

TRILOGÍA LOS HERMANOS VÓLKOV

2



María R. Box

El juego  
de  
E

María R. Box

# El juego de E

Trilogía los hermanos II

Título: Trilogía Los hermano Vólkov II: El juego de E © 2020, María R. Box

De la edición y maquetación: 2020, María R. Box

Del diseño de la cubierta: 2020, María R. Box ©

De la corrección: Laura Hurtado Colsa

Primera Edición, junio de 2020

ISBN: 9798644282470

Banco de imágenes: Pixabay

Ilustración: © Malena Suárez Sampedro

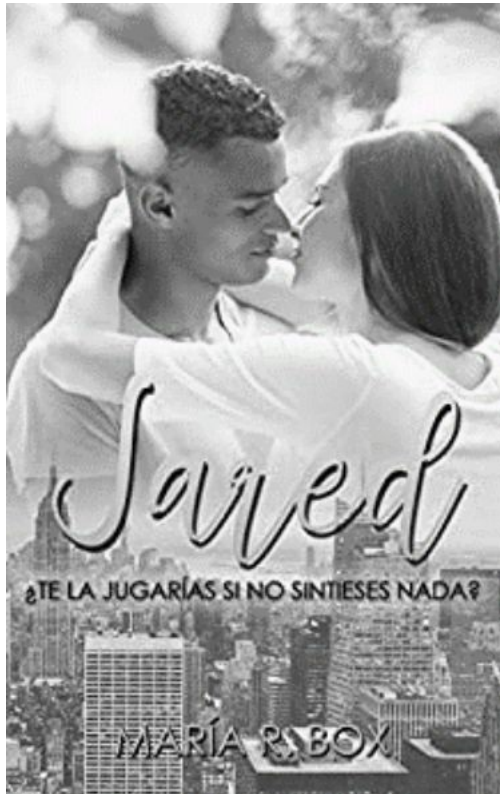
No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del escritor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).



## Biografía de la autora

Nacida en una pequeña localidad de Alicante (Albatera) en el año 1997. Con una formación académica en bachillerato, comienza su actividad profesional cuando decide presentarse a auxilio judicial. Lectora voraz desde los siete años. Escribió su primer libro cuando tenía catorce años, sin embargo, María, cuando tan solo tenía 11 años, se lanzó a escribir una serie de Fanfics. Siempre interesada en el mundo de la literatura, lanza decenas de historias de forma online que consiguen llegar a miles de lectores. María es una mujer independiente, romántica, simpática, amiga de sus amigos y versátil. Adora a los animales, hacer deporte y escuchar música entre otras cosas. Publicó su primer libro, *Corazones Encadenados*, en julio de 2017, y su segundo libro, *Los ojos del Diablo*, en febrero de 2018. Su mayor sueño es poder dedicarse a los libros plenamente.

### OTRAS OBRAS DE LA AUTORA



Meghan, de tan sólo veintiún años, siempre había estado bajo el yugo de una madre protectora y de clase alta. La joven había asistido a los mejores colegios y, ahora, estaba a punto de terminar sus estudios universitarios en una prestigiosa universidad de Nueva York. Harta de todo, decide instalarse en un piso compartido junto a su amiga Charlize y terminar su carrera de una forma tranquila y sin la presión de su madre, aunque esta nunca la deje

tranquila. Meghan siempre se había criado bajo la idea preconcebida de que debía juntarse con gente de su sociedad, idea que ella rechazaba por completo desde que tenía uso de razón. Ahora, libre de toda la presión que mantenía en su casa y junto a su inquisidora madre, Meghan es empujada a entrar en un mundo donde el peligro aparece en cada esquina. Su vida cambiará radicalmente cuando se encuentre con él.



¿Qué es el destino? Según la Wikipedia, es un poder sobrenatural inevitable e ineludible que, según se cree, guía la vida humana y la de cualquier ser humano une a dos personas incondicionalmente. Pero no está confirmado. ¿Según yo? Un gran cabrón. Nunca me había parado a pensar en ello, pero me la había jugado. Mi vida había dado un giro drástico desde que mamá contrajo matrimonio con Carl, su nuevo marido. Aunque, sin duda, lo peor era tener que dejarlo todo atrás. Mis amigas, mi familia... todo. Nos íbamos a mudar a Nashville y lo único positivo que podía sacar de la situación era que iba a estudiar arte en mi último curso de instituto en una escuela privada. Sin embargo, las condiciones eran claras: Debía de buscar un trabajo para poder hacer frente al gasto que suponía la escuela privada. ¿Ahora entendéis por qué estoy contra el destino? Una vida nueva, un lugar desconocido y una situación diferente. Pero ¿quién sabe lo que me deparará el futuro en Nashville? Siempre he creído en que éramos nosotros quienes movíamos los hilos de la madre fortuna hasta que, entonces, los conocí a ellos. Pero, sobre todo, a él. Establecemos reglas para los demás y excepciones para nosotros

*Dedicado al motor de mi vida*

«No te haces una idea del juego en el que se ha convertido mi vida»

María R. Box

# Agradecimientos

Quiero agradecer a las siguientes personas su ayuda y su apoyo: A mi muso, gracias por aguantar todas mis paranoias a nivel literario, y no tan literario. Eres uno de mis pilares fundamentales. A mi familia, porque sé que siempre están ahí para apoyar mis decisiones. A Laura Hurtado Colsa, mi correctora personal, amiga, confidente y compañera de letras. A belenuchi06, books\_lover\_soni, booksacrossthesky, desireofbooks, dreaming\_bookss, historias\_entre\_palabras, historiasentreletras, itssbellabooks, leamo\_un\_rato, librossinmiedo, losmundosdeblue, mrs.svetacherry, ryu\_reader92, vero\_malaga y yaizaa.mendez por ser mis lectoras cero y subirme el ego otra vez más con vuestras reseñas y críticas, y hacerme sentir que valgo para esto. A Yaiza Méndez, gran compañera de letras y creadora de la iniciativa #Apoyotulibro. A cada uno de mis lectores, gracias por apoyarme. Noelia, Cristina, Adriana, Laura, Lara, Carla, Nerea, Sarah, Sandra y a todos (que seguro que me dejo a muchísimos), gracias A Malena por las ilustraciones, me ha encantado tú trabajo y espero poder seguir con futuros proyectos contigo. Ha sido un placer encontrar a tan gran profesional Incluso a mis haters, gracias por hacer que cada día confíe más en mí.



# Capítulo 0

Nunca me había parado a reflexionar sobre mi vida, pero ya era hora de que afrontara las consecuencias de mis actos.

Después de cuatro años encerrada en mí misma, ahuyentado cada sentimiento hacia él, había vuelto a caer en la trampa.

Sin embargo, ahora era diferente.

Yo había cambiado.

Luego de ver como Daniil y Elizabeth festejaban con la familia su compromiso, después de cuatro años sin estar con él a solas, lo había hecho. Me encontraba en su coche camino a casa, pues no me había dejado marcharme sola. Una gran parte de mí se lo agradecía enormemente, porque salir sola a la calle a altas horas de la madrugada era todo un reto. Pero otra parte de mí me lo reprochaba. ¿Por qué no había llamado a Charles? Él estaría encantado de recogerme y llevarme a casa.

Todo era demasiado extraño y surrealista.

Cuatro años alejada de Edik y todo mi esfuerzo se resumía en nada. Una victoria fallida. Cuatro años de calma emocional que se habían ido por la borda porque estar en su simple presencia me ponía el vello de gallina y mantenía unos nervios en mi estómago que hasta juraría que podría vomitar.

No me gustaba sentirme así con él.

Charles era el correcto.

No Edik.

Mi etapa de quinceañera ya pasó hace mucho, ahora tenía veinticinco años y era una mujer adulta y profesional.

*Pero para él siempre vas a ser la Pequeña Paganini<sup>III</sup>*, me dijo mi subconsciente.

Íbamos en el coche camino a casa de mis padres, ya que aún seguía con ellos por el miedo a estar sola, aunque Charles me había dejado caer que algún día tendría que emanciparme; incluso me dijo que podía mudarme con él y que nuestra relación pasara a un segundo nivel. Llevaba tres años con él. Tres años en los que no me había tocado dado a mi fobia al sexo después de... bueno, después de que Sergey me violara.

Aún es complicado decirlo.

Pero Charles era paciente.

Sabía que mi corazón se había endurecido después de aquello y que lo que menos necesitaba era presión. Habíamos tenido alguna discusión por ello, no os voy a mentir, pero acababa comprendiendo lo que sentía.

De alguna forma sabía que la Natasha de quince años que una vez fui había vuelto. Esa chica tímida, encerrada en sí misma y en la música.

—Llevas todo el camino callada —lo escuché hablar—. ¿Te encuentras bien?

Tragué saliva y asentí mientras desviaba la mirada a la ventanilla del coche.

—Te has dejado el pelo más largo —lo vi sonreír de lado—. Me gusta.

—Aún lo sigo llevando gris —comenté para no hacer el trayecto más incómodo.

—Bueno, te queda genial. El color no importa —bromeó.

Asentí, aún sin mirarlo directamente.

Edik paró en un semáforo y descansó su cabeza en el asiento. Por el rabillo del ojo vi cómo me miraba sin miramiento alguno. Él había cambiado. Aún tenía esa pinta de chico malo, pues llevaba todo el cuero lleno de tatuajes y ese peinado que te incitaba a desordenarlo, pero ya no era ese chico de veintipocos que conocí en una de las carreras clandestinas más famosas de Nashville. Ahora era todo un hombre serio que se preocupaba más de mí de lo que debería. Cuando estaba con él parecía que el tiempo no había pasado, sentía lo mismo que la primera vez que lo vi. Una mezcla de euforia y temor.

Edik volvió a arrancar el coche. Puse la radio para hacer más amena la trayectoria hasta casa de mis padres. Un mensaje rezumbó en mi móvil, lo agarré de mi bolso y vi que era Charles.

Ya estoy en casa, cielo. Mañana te recojo para comer.  
Te quiero.

Te quiero.

Charles ya se había acostumbrado a mis monótonos mensajes. Pero era así, con él no tenía conversaciones telefónicas de horas como lo podía hacer con Bella o Elizabeth, con Aleksey o Daniil. Incluso con Edik.

Pero, sinceramente, era lo que necesitaba.

Tranquilidad mental.

—Hemos llegado —dijo él, aparcando justo delante de mi casa.

Las luces estaban apagadas, seguramente porque mamá y papá ya estaban en la cama durmiendo como troncos.

—Gracias —le dije, quitándome el cinturón y poniéndome el bolso en el hombro.

Iba a abrir la puerta, pero su mano agarrando mi brazo me lo impidió. Giré bruscamente, soltándome de su leve agarre. Edik bajó la mirada arrepentido, sabía tan bien como yo que tocarme era un incipiente delito para mi corazón.

—Lo siento —se lamentó.

—Da igual —abrí la puerta del coche—. Adiós.

Fui lo más rápido posible a la puerta de casa, rebusqué en el bolso las llaves y las encontré al fondo del todo. Pero noté como alguien me daba la vuelta mientras me agarraba de la cintura fuertemente. Estuve a punto de gritar si no fuera porque sus labios, esos que en cuatro años no había probado, se posaron sobre los míos.

Siquiera pude forcejear, me tenía atrapada entre su cuerpo y la puerta de casa. Pero ¿de verdad quería acabar con esto? Inconscientemente, cerré los ojos dejándome llevar por sus labios. Mi cuerpo se acopló al suyo y dejé de respirar por un segundo. Todo mi organismo se activó de inmediato y, de alguna manera, olvidé toda la mierda que tenía encima. Los problemas se alejaron mientras que disfrutaba de esa caricia tan tierna. Su mano libre fue a mi nuca, la acarició por varios segundos, y luego me incitó a seguir besándolo.

Estuvimos allí por... no sé el tiempo. Pero me parecieron segundos.

Al separarse de mí sentí frío. Mucho frío. Su cuerpo ya no me arropaba, pero sí su respiración, mezclándose con la mía, ambas agitadas. Nos miramos a los ojos y mis fuerzas flaquearon.

—Te amo, pequeña, no te haces una idea de cuánto —dijo con la voz entrecortada por la respiración acelerada.

Entré en pánico al escuchar esas palabras.

Yo estaba con Charles, una persona que me hacía bien. No con él. No podía haberlo hecho, no podía haberlo besado.

—Esto no está bien —lloriqueé sabiendo que había engañado a Charles.

Edik agarró mis mejillas e hizo que lo mirara. Estaba serio, tenía una lucha mental entre si hacer el bien o el mal. Pero, como siempre, se dejó guiar por el sendero de la lujuria y volvió a besarme con más intensidad.

Aun con lágrimas surcando mi rostro, no rechacé su caricia. La necesitaba como el respirar por muy mal que me sintiera por Charles.

Pero ese atisbo de razonamiento que aún me quedaba en la cabecita se activó, lo empujé y abrí la puerta de casa corriendo para luego cerrarla en sus narices y apoyarme en ella con la respiración desacompañada. Escuché como él también dejaba su cuerpo apoyado en la puerta.

—Te amo, Natasha.

Y se fue.

# Capítulo 1

—¿No te encuentras bien, cielo?

Charles aún no me conocía tanto como para identificar mi sonrisa falsa, pero no, no estaba bien. Pinché un trozo de carne con el tenedor y me lo metí a la boca mientras dejaba que una sonrisa subiera por mis labios.

Charles había venido a recogerme a casa de mis padres a la una de la tarde para llevarme a comer. Aquel día me había vestido con un sencillo vestido y unos tacones, había decidido recogerme el pelo en un moño desordenado y me había maquillado para tapar las marcas de mi desvelo nocturno.

—Sí —respondí, intentado aparentar normalidad.

—¿Qué tal ayer? —me preguntó antes de comer de su plato—. ¿Qué quería hablar contigo Bella? ¿Estuvo Edik allí?

*Edik, pensé.*

¿Cómo iba a explicarle a Charles lo que había pasado?

—Sí —balbuceé—, estuvo allí.

Charles me miró y dejó los cubiertos en la mesa.

—Sabes que puedes contarme lo que quieras, Natasha. Puedes confiar en mí —dijo sincero.

Lo miré por unos segundos, barajando en mi mente la posibilidad de contarle lo que había ocurrido con Edik. Pero ¿iba a tirar por la borda una relación de tres años por un estúpido beso?

—Pues fui y me encontré con la sorpresa de que mi amiga Elizabeth se había comprometido con Daniil. ¿Te acuerdas de él?

Charles pareció sorprenderse.

—Vaya —sonrió— me alegro muchísimo por tu amiga. La verdad es que Daniil parecía muy enamorado de ella.

—Lo está —le aseguré.

—¿Edik te dijo algo? —volvió a preguntarme con la mirada inquisitiva.

Negué con la cabeza mientras volvía a meter un trozo de carne en mi boca.

—Solo intercambiamos varias palabras, nada importante —me encogí de hombros para no darle importancia—. ¿Has preparado la clase para mañana? —le pregunté queriendo cambiar de tema.

—Sí, creo que a los chicos les va a encantar. ¿Tú que tal llevas la tuya? Dentro de nada tienes el concierto de navidad con *Bavarian Radio Symphony*. ¿En qué puesto están como filarmónica?

—Creo que están en el sexto o séptimo puesto —respondí sonriente.

—Es sorprendente la forma en la que tocas el violín, Natasha. Eres una gran artista.

—No es para tanto —susurré halagada.

—Cambiando de tema. —Charles bebió de su copa de vino—. ¿Has pensado en mi propuesta?

Mantuve el aire en mis pulmones por varios segundos mientras lo miraba fijamente. Charles llevaba varios meses insistiéndome en que me fuera a vivir con él, pero yo siempre le respondía con una negativa. Me era inconcebible irme a vivir con alguien, sobre todo por el hecho de tener que dormir en la misma cama. Me aterraba. Éramos una pareja desde hacía tres años y me daba

pánico el simple hecho de que me tocara. Charles se había mostrado muy comprensivo con este tema al principio, aunque ahora me insistía en que fuera a un especialista porque no era normal.

—Sabes lo que pienso —le dije, borrando la sonrisa de mis labios.

—Natasha, llevamos tres años, ¿no crees que ya es hora de dar el paso y emanciparte? Tienes veinticinco años, por Dios.

—Lo sé, pero aún no estoy preparada, ¿vale? —Bebí de mi copa.

—Tengo un amigo que se ha especializado en temas como lo que te ocurrió —dijo con los ojos plagados de preocupación—. Quizá él... —le corté.

—No necesito ayuda.

La comida pasó bastante incómoda, a decir verdad. Charlábamos de cosas ajenas al tema de la emancipación, pero, aun así, Charles sabía perfectamente que estaba molesta. Desvié la mirada por la ventana del restaurante y vi mi reflejo en ella. Vi a una pareja joven enamorada ir por la calle, tomados de la mano, y entonces recordé un fragmento que creí guardado a cal y canto en lo más profundo de mi mente. Los recuerdos una vez perdidos, volvieron salvajes, y todo pasó ante mis ojos como si estuviera en aquel momento.

« Claire y yo íbamos por la calle luego de que mi amiga me hubiera llamado para salir un rato, pues era de las pocas veces que su padre no estaba en la ciudad y podía ser ella misma. Aún tenía la mejilla un poco morada después de la última paliza de su padre, cuando entró de improvisto en su habitación y la vio vestida de mujer.

—Tía, tienes que denunciarlo o algo. ¿Tu madre no hace nada o qué? —le pregunté indignada.

La vi negar.

—Prefiero que me dé a mí las palizas antes de que se las dé a mi madre por meterse de por medio.

Anduvimos por la calle un buen rato, comiéndonos un helado y disfrutando de la brisa fresquita de principios de abril. Le di un momento el helado a Claire y me recogí el pelo en una coleta alta.

—Tía, mira —me dijo ella señalando a un restaurante.

—¡Qué bonito! —exclamé, viendo como un hombre le pedía matrimonio a su mujer. Creo que estaba yo más ilusionada que la propia chica, pero era inevitable. Me encantaba el amor.

—Ya quisiera yo encontrar a un hombre así —suspiró Claire con aires de enamorada.

La miré con una sonrisa en los labios y me abracé a ella.

—Lo encontrarás —le dije sincera.

—Claro... Y en cuanto vea que tengo pito saldrá corriendo —respondió indignada.

La agarré de la mano y me la llevé a un parque cercano para poder hablar tranquilamente.

—¿Has hablado con el doctor? —le pregunté, comiéndome mi helado.

—Sí —se puso seria.

—¿Qué te ha dicho? —Esa misma mañana, Claire había ido al doctor aprovechando que su padre no estaría en casa ese fin de semana.

—Disforia de género —me miró y comenzó a reírse, seguramente por la cara que debía de tener—. Significa que soy una mujer encerrada en el cuerpo de un hombre.

—¡Ah! —exclamé entendiéndolo mejor—. Al principio pensaba que solo era un juego el vestirme de mujer, pero ahora sabemos qué es lo que pasa. Sabes que te apoyo en todo, ¿verdad?

Claire me abrazó.

—Claro que lo sé, eres la única que me apoya en esto. Es un suplicio ir al instituto siendo alguien que no soy, vistiéndome como un hombre cuando me siento una mujer. No te imaginas

cómo me siento al entrar en el lavabo de hombres —hizo una mueca de asco.

—A mí también me daría asco entrar —la imité—. ¿Te ha dicho algo más el doctor? —le pregunté.

—Sí, me ha dicho que al ser menor solo puedo comenzar el tratamiento hormonal si mis padres quieren —resopló.

—¿Cómo? ¿No hay ninguna otra forma de empezar ese tratamiento?

—Qué va, me he puesto en contacto con el colectivo para que me aconsejen y todo. No estoy sola, Nata. Hay tantas personas como yo... Y tanta gente como mi padre que piensa que somos unos monstruos... Pero somos personas con sentimientos. —Claire bajó la mirada entristecida.

Posé mi brazo sobre sus hombros y la pegué a mi cuerpo.

—Haremos algo, ya verás —le dije.

—Lo sé —me sonrió y desvió la mirada hacia un punto fijo detrás de mí—. Tía, se disimulada y mira hacia atrás.

La cara de Claire me lo decía todo: había un chico guapo por algún lado. Disimuladamente me di la vuelta y, entonces, lo vi. ¡Dios Santo! Era un chico alto y fuerte, lleno de tatuajes por todos lados, de espalda ancha y brazos fornidos. Sus ojos denotaban peligro a distancia. Y tenía un aura sumamente peligrosa.

*Peligrosa y sexi*, pensé para mis adentros.

—Tía, disimula que se te cae la baba, joder —se rio Claire de mí.

Quitó la mirada del chico desconocido y la bajé hacia el suelo avergonzada, tapando mi cara enrojecida con mi melena larga y morena.

—¿Sabes quién es? —le pregunté a Claire.

—Sí, en el instituto es una leyenda. Se llama Edik Vólkov y hace carreras ilegales en la Trece. Nata, tírale —me incitó.

—¿Que le tire qué? —le pregunté embobada en Edik.

—Los trastos, estúpida —rio ella.

—¿Pretendes que le tire los trastos a un tío mayor que yo y que está más bueno que el pan con Nutella y el helado de yogur con dulce de leche?

—Sí —me dijo encogiéndose de hombros.

—¡Y una mierda! —exclamé tan alto que hasta Edik y su grupo de amigos nos miró.

Por un momento su gélida mirada azul conectó con mis ojos. Aun mirándome, soltó el humo del cigarrillo que se estaba fumando por la boca. Agarré a Claire del brazo y eché a correr hacia otro lado. »

—¡Tierra llamando a Natasha!

Me sobresalté al ver a Charles mirándome inquietado. Zarandé la cabeza varias veces y volví al presente.

—¿Qué decías? —me preguntó riendo—. ¿A dónde habías ido? ¿A Marte?

*Más bien al planeta recuerdos*, pensé.

—A Saturno —reí para quitarle hierro al asunto.

—Te decía que, si querías que te llevara a casa, tengo que terminar de preparar algunas cosas para mañana y estaré la tarde ocupado.

—Claro —le sonreí levantándome de la mesa—. He quedado allí con Elizabeth para charlar.

—Genial.

Charles pagó y me llevó a casa. Me di un baño para relajar los músculos, pues aún seguía pensando en cómo decirle lo que había pasado con Edik. Mamá y papá habían salido a pasear y

justo a las seis de la tarde, cuando ya me había puesto cómoda, tocaron el timbre de casa. Bajé las escaleras y le abrí la puerta a Elizabeth, quien estaba más que radiante. No la dejé ni hablar, la agarré del brazo y la metí en casa. Necesitaba su consejo inmediato, o simplemente sincerarme con alguien.

—¡Madre mía! —rio ella—. ¿Qué mosca te ha picado?

—Mejor llámalo moscarrón —fui a la nevera y saqué una botella de zumo. Bebí a morro y pensé en que si Charles me viera me regañaría por esa mala costumbre.

—¿Ha pasado algo? —Elizabeth parecía preocupada.

La llevé al salón e hice que se sentara en el sofá a mí lado.

—Ayer Edik me llevó a casa —respiré, relamiéndome los labios.

—¿Y?

—Tuvimos unas palabras.

—¿Y? —preguntó con una ceja carismática levantada.

—Me besó.

—¡Natasha! —exclamó sorprendida.

—No me grites —exclamé yo en mi defensa—. No sé qué coño me pasó, pero cuando estuve entre él y la pared con sus labios sobre los míos...

—Vale, vale —rio—. Lo he entendido. ¿Se lo has dicho a Charles?

Negué.

—No sé cómo decírselo.

—Natasha, mi querida Nata. —Elizabeth puso su mano en mi rodilla e hizo que la mirara—. ¿No sentiste miedo, ni pánico? —Negué—. Dime algo, ¿alguna vez Charles te ha besado así? ¿Qué has sentido con Edik?

—Charles es de otra forma —suspiré—. Cuando Edik me besó sentí que no había nadie más en el mundo. He estado cuatro años alejada de su simple presencia, sintiéndome sucia por... bueno, ya sabes por qué. Y ahora pasa esto y es como si el tiempo no hubiera pasado. Como si nada hubiera sucedido. Me sentí como la primera vez que me besó.

—No soy nadie para decirte lo que debes o no hacer, pero plantéate seriamente a dónde vas a llegar con Charles. Si de verdad quieres estar con él o si solo lo has utilizado como un refugio, alguien seguro. Porque tú y yo sabemos perfectamente que no lo has olvidado. Edik está muy dentro de ti.

—¿Por qué mierda te has tenido que hacer tan jodidamente adulta? —le pregunté, sabiendo que su consejo me había tocado el corazón. La escuché reír.

—Mira, cuando yo vi a Daniil en Viena casi me da un infarto. Y supe desde el primer momento en que lo vi parado en el parque que no lo había olvidado, mucho menos superado. Puede que a la gente le parezca precipitado el haberme prometido con él, pero es lo que siento. Y solo espero que tomes la mejor decisión para ti sin importar lo que otros piensen.

## Capítulo 2

El timbre sonó y di por terminada la clase. Todos y cada uno de mis alumnos recogieron sus partituras, guardaron sus violines en sus fundas y salieron de clase dejándome sola. Guardé con sumo cuidado mi violín en su funda y fui hacia mi mesa para meter en una capeta, de forma ordenada, las partituras que les estaba enseñando. Cuando acabé, me dirigí a la puerta de la enorme sala y apagué las luces. Se acababa un día más de trabajo. Cerré la puerta con llave y me dirigí a la salida, hoy no esperaba a Charles, pues tenía una reunión con el consejo para ver quién sería mi segundo solista en el concierto de navidad.

Pero cuando me dirigía a la puerta vi algo que no me gustó nada. Había un corrillo de chicas en uno de los bancos de fuera de la escuela. Emily, una de mis mejores alumnas de primer año, estaba llorando a moco tendido. Preocupada, me acerqué y de inmediato todas las chicas se callaron. No había percibido nada de lo que estaban hablando, pero supuse que era algo relacionado conmigo, pues sus caras me lo decían todo.

—¿Ha pasado algo, Emily? —le pregunté.

—¿Que si pasa algo? —preguntó irónica mientras se limpiaba las lágrimas con el dorso de la mano—. ¿Quiere saber lo que me pasa? ¡El estúpido de su novio me ha dicho en la puta cara que no me ha escogido para ser la segunda solista porque soy joven y una mujer! ¡Una mujer! —me quedé estática en mi lugar, sorprendida y notablemente desconcertada—. ¿Entonces por qué va a ser usted la solista principal? ¿Sabe lo avergonzada que me he sentido al tocar una pieza de *La Chacona*? Se han reído en mi cara y en especial su querido novio.

—Charles nunca haría algo así... —dije anonadada.

—Profesora —llamó mi atención otra de las chicas que intentaba calmar a Emily—, yo y las otras chicas hemos visto como el profesor Charles y todo el comité de selección se han reído de ella. Han escogido a un chico de último curso aun habiendo desafinado en una de las partes.

—Eran todos hombres —susurró Emily.

—Yo... —balbuceé aún sin creérmelo—. Chicas esto es algo muy serio. ¿Lo estáis diciendo de verdad? —pregunté, tragando saliva de forma ardua.

Ellas asintieron.

—Esto no va a quedar así —dije andando para dentro de la institución.

Estaba que echaba humo. ¿Cómo podían discriminar a una talentosa alumna por ser mujer? ¿Por qué me dieron a mí el solo principal entonces? Anduve por los pasillos echa una furia, los alumnos que aún quedaban dentro se apartaban. Emily y las otras cuatro chicas me siguieron apresuradamente. Entré sin llamar al despacho de Charles y lo vi metiendo el papeleo en su carpeta. Se dio la vuelta ante el estruendoso sonido de la puerta al cerrarse. Me sonrió como si no pasara nada.

—Cielo, ¿qué t...? —lo callé.

—¿Es verdad? —le pregunté dejando mis cosas en la mesa y cruzándome de brazos.

El frunció las cejas y me miró inquisitivo.

—¿El qué?

—¿Habéis echado para atrás a mi alumna Emily por ser mujer? —le pregunté seriamente.

Charles suspiró con pesadez y se apoyó en la mesa.

—¿Cómo lo has sabido? —me preguntó.



Abrí los ojos aún sin creérmelo.

—¿Cómo has podido ser tan hijo de puta?! —exclamé furiosa.

—Relájate —me mandó.

—¡Y una mierda! —Charles intentó venir hasta mí, pero le paré los pies—. ¿Cómo has podido hacerlo? ¿Por qué estoy yo como solista entonces?

—Mira, Natasha —su voz sonó mucho más alta que la mía mientras que uno de sus dedos me señaló—, no tienes ni idea de lo que me costó que el comité te eligiera. Así que no me vengas ahora con estas, ¿vale? No puedo hacer milagros siempre.

—¿Estás diciendo que si soy la solista mayor es porque tú me metiste a traición? —O sea, yo estaba alucinando. Mis manos fueron hasta mis caderas y mi pie no paraba de taconear el suelo.

—Mira, te quiero, pero no eres como esas violinistas clásicas. El comité no aprobó el hecho de que lleves el pelo gris, me costó muchísimo convencerlos.

—O sea, que aquí os basáis en el físico en vez de en el talento —fruncí los labios en una mueca—. Sois unas escorias, incluyéndote a ti el primero.

—Natasha, por favor —me suplicó intentando abrazarme. Resopló indignado—. No significa que no tengas talento, pero estamos hablando de un concierto de gran importancia. Las apariencias importan, y ese chico es de último año, además de que su padre es un gran beneficiario y...

Le di una bofetada.

Era la primera vez que me enfadaba tanto con Charles, pero todo este tema era tan... Siquiera tenía palabras para describirlo. Era horrible.

—Te voy a decir una cosa —lo señalé con uno de mis dedos mientras que él se acariciaba la zona afectada—. Esto no va a quedar así, voy a ir hasta el consejo mayor y luchar porque Emily haga ese solo junto a mí. Y si tuvieras un poco de raciocinio estarías de mi parte y no en la de esos viejos machistas que lo único que quieren mantener aquí es un clásico patriarcado.

Agarré mis cosas y salí echando humo de la escuela. Sabía que tanto Emily como las otras cuatro chicas lo habían escuchado todo. Pero es que era espantoso y sumamente machista. Estábamos en el siglo veintiuno, el aspecto físico tendría que dar igual. Pero, sin duda, lo que más me dolió fue que Charles estaba dentro de ese saco. Fui hasta mi coche y me subí dejando las cosas en los asientos de atrás. Metí las llaves en el contacto y eché a correr. Las lágrimas comenzaron a caer de mis ojos con violencia y tuve que parar para no tener un accidente. Dejé mi cabeza sobre el volante y me mordí el labio inferior para no gritar de la frustración. Entonces, me sobresalté al escuchar como tocaban mi cristal. Asustada, miré y vi unos enormes ojos azules mirarme con preocupación.

*¡Ay mierda! Tú ahora no, joder, pensé.*

—Natasha, ¿estás bien?

Me limpié la cara con el dorso de la mano y bajé lentamente la ventanilla. El aire fresco hizo que temblara. O él. Verlo allí con esa mirada como el mismísimo Caribe y arduamente preocupado era tentador. Era como ver un cuadro exclusivo del mejor pintor del mundo, o escuchar una de las sinfonías de Mozart o Beethoven.

Asentí en su dirección, evitando su mirada.

Edik se apoyó en mi ventanilla e hizo que lo mirara. Suspiró mientras de sus labios ascendía una sonrisilla.

—Vamos a hacer una cosa —dijo—. Te invito a comer y me cuentas qué ha pasado, ¿vale?

—Edik, yo... —me calló.

—No era una petición, es lo que vamos a hacer —rio.

—Edik, de verdad, no...

No me dio tiempo a terminar la frase. Edik se subió a mi coche y cerró la puerta, se puso el cinturón y me miró.

—Vamos a mi casa —dijo alegremente.

—¡Edik, que no, joder! —exclamé frustrada—. ¡No hagas que también te dé a ti una bofetada! Me miró inquisitivo.

—¿Le has dado una bofetada a Charles? —preguntó sorprendido, entre sorprendido y divertido. Incluso intentado asimilar lo que acababa de escuchar. Asentí mordiéndome el labio—. ¡Oh Dios, eso me lo tienes que contar! Arranca y te guío hasta mi casa.

—Ya sé llegar a casa de tus padres —le dije encendido el motor.

Lo escuché reír y sentí que las piernas me flaqueaban.

—Mira que eres boba —rio roncamente—. A mi casa, a mi piso. Me independicé hace unos años.

—Bueno, vale.

Quizá era una mala idea, pero lo último que me apetecía era ir a mi casa y estar escuchando la versión de Charles, pues sabía perfectamente que iría a darme la tabarra. Edik me guío y llegamos a un edificio en una muy buena zona de Nashville. Me hizo meter el coche en el parquin para residentes y lo seguí hasta el ascensor, que se elevó hasta la octava planta. El trayecto fue algo incómodo y, encima, el móvil no paraba de sonarme. Edik lo agarró de mis manos, ya cansado de escuchar la musiquita de llamada. Para mi sorpresa, lo apagó y, al entrar en su apartamento, lo dejó en la barra americana.

El lugar era precioso. Muy al estilo de Edik, la verdad. Tenía una amplia cocina americana que conectaba con el salón y un balcón amplísimo donde había una mesa y varias sillas. Desde mi posición veía un pasillo con varias puertas a cada lado, seguramente el baño y las habitaciones.

Edik me sorprendió dándome Coca-Cola. Me reí para mis adentros y lo seguí hasta el sofá.

—Bueno, ya he puesto la pizza en el horno y aquí tenemos un pequeño aperitivo compuesto de panchitos, frutos secos y patatas de bolsa. Todo muy al estilo de Charles, ¿verdad? —me guiñó un ojo con picardía y no pude esconder la risilla que salió sola de mis labios—. Ahora sí, ¿qué ha pasado?

Edik se acercó más a mí en el sofá y lo paré con una de mis manos. Reguló en el acercamiento y bebió de su cerveza. Abrí la Coca-Cola y le di un gran sorbo.

—Hoy eran las audiciones para ver quién sería mi segundo solista para el concierto de navidad. Charles estaba en el comité de selección y me he enterado de que han discriminado a una de mis mejores alumnas de primera por ser mujer y porque su padre no es beneficiario de la escuela. Me he puesto echa una furia y he ido a ver a Charles. Cuando me ha dicho que el comité tampoco me quería a mí... —la voz se me quebró y no pude evitar soltar un sollozo. Edik se acercó y dejó la cerveza en la mesa del comedor—. ¿Sabes lo que me ha dicho? —pregunté con la voz rota—. Que, si fuera de otra forma, físicamente hablando, quizá él no tendría que haber hecho nada para meterme como solista. ¿Te lo puedes creer?

—¿Me estás diciendo que el hijo de puta ese te ha dicho eso? —soltó notablemente enfadado. Me encogí de hombros.

—Yo... creo que tiene razón Edik —titubeé—. He pensado en ir a la peluquería y, como mínimo, volver a mi color de pelo.

Edik me agarró la cara e hizo que lo mirara fijamente.

—Escúchame, nadie puede decirte cómo ir. ¿Te queda claro? No te voy a negar que a mí también me impactó verte con el pelo gris, pero eres tú, Natasha. No se trata de cómo vistes, así eres perfecta. Y si Charles o el comité ese de mierda no lo ven es problema suyo.

Me quedé mirándolo por unos segundos. Me pegué una bofetada mentalmente, tenía que dejar de pensar así de él. No era bueno para mí, sólo tenía que recordar la última vez cómo acabé.

Cada vez Edik se iba acercando más y más hasta quedar a solo centímetros de mí. Me levanté del sofá esquivando su mirada y su aliento sobre el mío. Sabía el poder que tenía sobre mí y eso era lo más peligroso. No poder controlarme cuando estaba con él.

—Edik, esto no está bien —negué cruzándome de brazos, abrazándome a mí misma.

Lo escuché suspirar. Edik me sorprendió con un abrazo por la espalda. Dejó descansar su cabeza en mi hombro.

—Sé que no está bien —susurró cerca de mi oído—. Sé que estás con Charles, pero quiero estar a tu lado de alguna forma. Natasha, me da igual ser tu amigo o tu novio, pero quiero estar cerca de ti. Estos años han sido...

—Horribles —terminé su frase.

Me abrazó más fuertemente.

—La palabra horrible se queda corta.

—No voy a negarte que yo también te necesito cerca, Edik. No sé por qué, no me preguntes. Pero no puede pasar nada entre nosotros, estoy con Charles a pesar de todo —respondí.

—A pesar de todo... —comentó ido.

Me di la vuelta y lo miré.

—Sí, a pesar de todo.

—Entonces, ¿amigos? —me preguntó un tanto preocupado.

Asentí.

—Amigos.

Después de eso, Edik y yo estuvimos comiendo pizza y hablando de nuestras vidas en estos años en los que no nos habíamos visto las caras. Cerca de las seis de la tarde, después de estar con él casi cinco horas, decidí irme a casa. Edik me acompañó hasta el coche y me vio irme prometiéndome que sólo seríamos amigos.

Pero, sinceramente, no sabía si sólo podríamos ser amigos. Entre él y yo había mucho más que sólo una amistad. Era una conexión que siempre nos acababa uniendo a nuestro pesar.

Pieza majestuosa y severa que, en cada variación, aumenta el grado de dificultad, hasta convertirla en una virtuosa muestra de dificultad técnica, aunque existe la teoría de que la pieza está erróneamente atribuida a Vitali.

## Capítulo 3

Me encontraba en mi habitación, tumbada en la cama y con el portátil encendido realizando unos apuntes para la clase de mañana. Debían ser las ocho de la tarde cuando mamá volvió con la cena de nuestro restaurante favorito. Antes de cenar decidí darme una ducha y ponerme mi pijama rosa de franela con piñas como estampado. Mamá siempre me decía que, a pesar de tener veinticinco años, parecía una adolescente. Estaba a punto de sentarme en la mesa para cenar cuando alguien llamó al timbre. Mamá, con el ceño fruncido, fue a abrir la puerta y mi sorpresa vino cuando vi allí a Charles. Puse los ojos en blanco al verlo entrar a la cocina de casa seguido de mamá. Su cara me lo decía todo: estaba entre enfadado y preocupado.

—¿Puedo hablar contigo un momento, por favor? —me pidió de forma amable.

Mamá me miró inquisitiva, preguntándome qué pasaba.

—Estaba a punto de cenar...

—Sólo será un momento. —Charles carraspeó incómodo.

—Cielo, queda un poco hasta que la cena se caliente. Podéis ir al salón a hablar —dijo mamá—. Charles, ¿quieres quedarte a cenar? —le preguntó amablemente.

Mamá, como siempre, tan amable.

—Bueno, vale —le dije a Charles.

Me levanté de la silla y fui, seguida de él, hasta el salón. Cerré la puerta y lo miré con los brazos cruzados.

—¿Qué es lo que quieres? —le pregunté evitando su mirada.

—Saber dónde estabas —dijo, dejando su chaqueta en el sillón—. ¿Sabes lo preocupado que estaba? —me dijo con la voz entrecortada. Lo miré y vi el arrepentimiento en sus ojos—. Natasha yo... —suspiró—. Sé que la he cagado.

—Pero mucho —me recochineé de él.

—Lo siento —exclamó—. He estado toda la mañana y tarde llamándote. Pensaba que te había pasado algo.

Lo miré de soslayo y no pude evitar abrazarlo. Sabía que no amaba a Charles, pero le quería.

—Lo siento, yo... —*He estado toda la mañana con Edik*, pensé para mí. Pero no podía decirle eso—. Estaba enfadada.

—He hablado con el comité y he puesto el caso de Emily en manos del consejo —soltó de repente. Lo miré sorprendida.

—¿Cómo?

—Que tenías razón —dijo seriamente separándose de mí—. No podemos dejar que un comité de machistas rechace a una gran artista como lo es Emily o tú. Les he dado hasta mañana para rectificar su decisión si no quieren que dé parte al consejo. Voy a hacer todo lo posible para que esto acabe. Me siento horrible —exclamó—. No tendría que haberles seguido el juego, nunca.

Parecía verdaderamente disgustado.

Conocía a Charles lo suficiente como para saber que decía la verdad, el corazón se me encogió.

—Hice todo lo posible para que te escogieran porque tienes muchísimo talento, Natasha. — Charles me agarró de la cintura y me acercó a él—. No quiero que pienses que lo hice como un

favor personal ni nada. Esta mañana estaba muy cabreado, pero confieso que tu bofetada me ha aclarado las ideas —rio entre dientes.

Sonreí de lado y me besó detenidamente.

No era, ni de lejos, lo que podía llegar a sentir con Edik. Pero Charles era así, si se equivocaba rectificaba. Y rectificar era de sabios.

—Me alegro de ello —reí.

—Bueno, ¿vamos a cenar? —me preguntó—. Lo que ha hecho tu madre huele de maravilla.

—Lo ha traído de donde Scott —respondí divertida.

—Pues tenemos que ir algún día —rio abriendo la puerta del salón y agarrando mi mano—. En tres años nunca me has llevado a conocer al gran Scott.

Charles era el único que sabía todo lo que me había pasado. Bueno, después de Edik, Bella, Aleksey, Daniil y Elizabeth. Le había contado toda mi vida porque verdaderamente confiaba en él. Algo que me gustó desde un principio era que me hacía sonreír y con él los problemas se desvanecían. Sin embargo, me sentía fatal por mentirle. Pero ¿cómo le explicaba el beso de Edik y que ahora fuéramos amigos? Era todo demasiado complicado. Además, Bella me había aconsejado callarme la boca y, si quería estar con Charles, olvidarme de Edik.

*Como si eso fuera fácil, pensé.*

Cenamos hablando de todo un poco.

—¿Sabéis que la famosa Calle Trece ha vuelto a funcionar? —comentó papá.

—¿La de las carreras ilegales? —preguntó mamá horrorizada.

Charles asintió.

—Todas esas personas deberían ir a la cárcel —dijo asqueado.

Sin embargo, mi mente derivó en el recuerdo de la primera vez que pisé la Calle Trece. Me quedé en el limbo.

« Claire había venido a mi casa ese sábado por la tarde, pues mis padres habían decidido irse de cena y no había nada mejor que estar con mi mejor amiga. Sin embargo, cuando llegó toda arreglada (incluso llevaba esa peluca castaña que tanto dinero le había costado) no pude evitar asustarme. Llevaba un bonito vestido y unos tacones de infarto, se había planchado el pelo e iba súper maquillada.

—¿Dónde se supone que vas? —le pregunté cuando entró a casa.

—Donde vamos —rio—. Prepárate, nos vamos a la Trece.

—¡¿Qué?! —exclamé—. ¡Ni de coña! ¿Sabes todo lo que hay ahí?

—Edik Vólkov corre hoy —me guiñó un ojo.

Me quedé parada en mi sitio. La puerta hacía rato que se había cerrado. No podía parar de andar por el salón de casa asustada por la loca idea de mi querida amiga. ¿Ir a la Trece? ¡Ni de coña! Me estaba jugando el pellejo si iba ahí. Drogas, prostitución, carreras ilegales...

—Claire, que no.

La escuché suspirar.

—¿En serio? —me preguntó—. Tenemos la oportunidad perfecta para salir, descocarnos un buen rato y olvidarnos de toda la mierda que tenemos encima.

—Que no.

—Eres una aburrida —exclamó sentándose en el sofá de golpe.

—No soy una aburrida —dije—. Si vamos corremos peligro.

—¿Y eso no es emocionante? —preguntó ella con los ojos iluminados—. Es de las pocas veces que mi padre se va y puedo ser yo misma. Por favor, vayamos a divertirnos. Te prometo que

si la cosa se pone fea nos largamos.

Dudé un momento.

—¿Me lo prometes? —le pregunté cruzándome de brazos.

—Te lo prometo.

—Bueno, vale —accedí aún sin estar segura.

—Vamos a tu habitación —exclamó contentísima.

Claire me llevó a mi habitación y empezó a sacar ropa de mi armario. Puse el equipo de música y la música comenzó a sonar por toda la habitación. Claire hizo que me metiera la ducha y me lavara el pelo. Cuando volví a la habitación ya tenía la ropa que ella misma había elegido para mí junto a los zapatos y las planchas del pelo encendidas. Tiré la toalla que envolvía mi cuerpo al suelo quedándome desnuda frente a ella. Era algo que no me daba vergüenza, pues a pesar de ser un chico, Claire nunca me había visto de forma lasciva. Me puse la ropa interior y me vestí. Resoplé cuando Claire insistió en que me subiera más la falda, aunque al final le hice caso. Me senté en el tocador que tenía en mi habitación y ella empezó a peinarme y maquillarme. Al terminar, me miré en el espejo y no me hallaba. Para tener casi dieciséis años estaba tremenda, todo había que decirlo. Parecía mayor y eso me gustaba.

—Preciosa —dijo Claire—, tienes un culo de infarto.

Reí.

—Por lo menos tengo culo porque lo que se dicen tetas...

—Bueno, tía, todos pecamos de algo. ¿Tú sabes que tengo *Dierna*? —la miré con el ceño fruncido.

—¿Qué es eso? —le pregunté inquisitiva mientras metía mis cosas en un bolso pequeño.

—Tener más polla que pierna.

—¡Claire! —le grité avergonzada.

Agarré un cojín de mi cama y se lo lancé mientras ella reía con ganas, seguramente por mi cara. Siempre decía que era demasiado vergonzosa. Realmente lo era. En el instituto solo hablaba con ella, no me gustaba juntarme con mucha gente y desconfiaba mucho de mis compañeros. Tenía ganas de acabar el curso y poder ir al conservatorio de música. Empezar de cero con Claire a mi lado.

—Tendrías que ver tu cara —rio agarrándose el estómago—. Entre tú y un tomate la diferencia es tu pelo.

—¡Cállate!

—Tía, eres una gritona —rio—. Como seas así en la cama...

La miré con los ojos bien abiertos.

—¡Claire! —la regañé.

—Vale, vale, ya paro —rio—. ¿Vamos? Si no salimos ya no llegaremos a ver al buenorro de Edik. ¿Crees que te podría elegir a ti para hacer la carrera? Bueno, si no me subo yo y me abrazo a sus brazos de acero.

La miré con el ceño fruncido antes de bajar las escaleras.

—Lo primero, no pienso montarme en ese coche. Lo segundo, admito que Edik está muy bueno, pero no como para cometer locuras de este tipo. Tercero, se te cae la baba. ¿Quieres un babero? —me burlé de ella.

—Muy graciosa —hizo una mueca.

Ambas bajamos y nos fuimos en el coche de Claire, porque ella ya tenía carné de conducir. Era mayor que yo unos meses y había aprovechado que no estaba su padre para coger prestado (más bien robarle) el coche. Conforme nos acercábamos a la Trece mi corazón iba acelerándose.

¿Se acordaría de mí? ¿Estaría allí?

Claire aparcó cerca de la Trece, nos bajamos y comenzamos a caminar hacia el barullo de gente. Me agarré del brazo de Claire e intenté que el tumulto de gente no me aplastara.

—¿No crees que esto es alucinante? —me preguntó ella.

Negué.

—No tengo una buena sensación... —comenté.

Pero, de repente, delante de mis narices, lo vi. Estaba acompañado de un grupito y de sus brazos colgaban dos rubias tetonas. Me paré en seco tragando duro. Era un chico muy sexi y con solo verlo en la distancia ya me ponía como un tomate.

—¿Qué pasa? —me preguntó Claire preocupada.

—No es una buena idea —dije, evitando su mirada—. No sabía que Daniil era su hermano, fue con nosotras un año a clase. ¿Te acuerdas?

—¡Oh, sí! —exclamó Claire mordiendo el labio—. Todos los Vólkov están buenísimos, tía.

—Eso no voy a negártelo, pero ha sido una mala idea venir —me crucé de brazos y miré de soslayo a Edik, quien nos estaba mirando con curiosidad. Aparté mi vista de él y la puse en los ojos de Claire—. Tía, él nunca se va a fijar en una como yo. Tiene dieciocho años, tiene a dos pibones a su lado. ¿Crees que se fijaría en una cría como yo?

—Pues para tener dos pibones a su lado viene para aquí —susurró complacida.

—¿Qué? —pregunté, pero fue demasiado tarde.

Su mano agarró mi brazo y me sobresalté hasta el punto de pensar que el corazón se me iba a salir del pecho. Su mirada azulada se fijó en la mía y lo vi sonreír de lado. Su mano libre llevaba un cigarrillo, se lo metió en la boca y aspiró hasta soltar el humo despacio por esta.

—Tú correrás conmigo hoy —masculló entre dientes.

Siquiera había escuchado bien lo que me había dicho, esta embobada en sus ojos.

—¿Perdón? —susurré en su dirección.

Claire me dio un codazo para que reaccionara, pero a mí solo me temblaban las piernas.

—Eres muy graciosa, ¿lo sabías? —tiró el cigarrillo al suelo y lo pisó. Ahora, esa mano libre, se dirigió a un mechón de pelo que estaba atravesando mi cara y lo puso detrás de la oreja—. Vamos, no falta mucho para que la carrera empiece.

Comenzó a andar y yo tuve que hacerlo ya que aún me tenía agarrada. Claire cogió mi bolso y me incitó a ir con él. Le pedía ayuda, mascullando las palabras para que nadie me pudiera oír. Pero nada, ella estaba la mar de contenta.

Edik me llevó hasta un coche de lo más lujoso, creo que era un Ferrari.

—Perdona, pero yo no quiero correr —le dije tragando saliva.

—Sube —me dijo sonriendo de lado—. Será divertido, vamos.

Abrió la puerta del copiloto y me hizo subir. La cerró de un portazo y se subió él en el asiento del conductor. Arrancó antes de que pudiera decir una palabra y fue a la salida, justo donde otros coches comenzaban a amontonarse.

Entré en pánico.

Era muy joven para morir.

—Lo digo en serio, quiero bajarme —exclamé muerta del miedo.

—Relájate —su mano fue a mi muslo y lo miré abriendo mucho los ojos. Le di un manotazo para que apartara la mano de ahí—. ¡Joder! —rio, sobándose la mano—. Pensaba que no tenías carácter...

—Te lo vuelvo a decir, deja que me baje —especulé.

—Tarde —me guiñó un ojo señalando al frente—. Yo de ti me pondría el cinturón.

—¿Por qué? —Y arrancó.

Estúpida mi pregunta.

De un momento a otro el coche se puso a ciento veinte kilómetros por hora, todo mi cuerpo se fue para atrás y luego para el lado, dándome un buen porrazo, en una curva. Edik se mantenía con esa sonrisa fría y de pura confianza mientras conducía. Me puse el cinturón antes de que tomara otra curva. Su mano volvió a mi muslo y lo miré aterrada.

—¡Las manos en el volante, joder! —grité.

Él se echó a reír.

Edik esquivaba a todos los coches con elegancia. Las curvas eran temerarias y vi como un coche acabó ardiendo por toparse con un arancel. Empecé a respirar con dificultad. Acaba de ver cómo, muy probablemente, dos personas habían muerto. La carretera pasaba ante mis ojos como la bruma. Tuve que cerrarlos y centrarme en respirar, me estaba ahogando.

Edik pareció darse cuenta.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó notablemente preocupado.

—No puedo respirar. —Y fue cuando pasó la línea de meta. Abrió el coche y bajé como alma que lleva el diablo. Busqué a Claire entre la gente y cuando la vi me abracé a ella. Estaba temblando—. No vuelvas a hacerme esto, joder —le susurré.

—Tía, estás temblando —dijo preocupada.

De soslayo vi como Edik, entre todo el revuelo de gente y billetes que le estaban dando, se intentaba acercar. Pero las sirenas de los policías comenzaron a escucharse cada vez más cerca. Claire me agarró del brazo y me juntó a ella cuando todo el mundo comenzó a correr de un lado a otro. Algunas personas me empujaron tan fuerte que acabé en el suelo y con las rodillas raspadas. Alguien me levantó de apriesa y cuando vi sus ojos me quedé helada.

—¿Cómo habéis venido tu amiga y tú? —me preguntó.

Pero no supe que contestarle, estaba conmocionada.

—El coche está unas calles más arriba, por el vecindario —dijo Claire.

—Mierda —masculló Edik—. ¡D! —llamó a su hermano, que vino corriendo—. Necesito que acompañes a esta chica a por su coche, yo me encargaré de ella —dijo refiriéndose a mí.

Daniil agarró a Claire y se la llevó corriendo. Edik me obligó a subir a su coche de nuevo, me puso el cinturón y aceleró. Las sirenas de los policías se escuchaban cerca, me agarré al cinturón mientras veía como nos perseguían dos patrullas. Creo que fue de las pocas veces que recé para que no me pasara nada. Edik era todo un experto en escabullirse de la justicia y esta vez no fue diferente. Perdí de vista a la policía. Habíamos entrado en el centro de Nashville.

—¿Dónde vives? —me preguntó, mirándome de soslayo.

—¿Sabes dónde está el parque...?

Comencé a explicarle un poco por dónde vivía y acabó llevándome a casa en sólo quince minutos. Respiré tranquila cuando vi a lo lejos mi casa, mi maravillosa y terrenal casa. Allí estaba Claire esperándome. Me bajé del coche cuando paró y abracé a mi amiga con fuerza. Agarré mi bolso y saqué las llaves.

—Gracias —le agradecí sincera.

—No ha sido nada —dijo, enchufándose otro cigarrillo. Él estaba dentro del coche y tenía las ventanillas de delante bajadas. Una de sus manos estaba apoyada en la ventanilla de forma tranquila, enseñando todo el músculo que tenía en el brazo—. ¿Cómo te llamas? —me preguntó.

—Natasha, me llamo Natasha.»

Recordar aquellos momentos era duro. Edik y yo habíamos tenido algo muy especial que



comenzó en la Trece, cuando casi me dio un paro cardíaco al ver un accidente delante de mis putas narices. Siquiera reconocía a esa Natasha, a esa pequeña de quince años que pensaba que nunca le iban a crecer las tetas. Habían pasado diez años de aquello, una década en que sus ojos no habían podido salir de mis recuerdos.

La cena terminó, Charles se despidió de mí con un cálido beso y se fue. Lo despedí aun sintiéndome culpable por mis caóticos sentimientos. Cerré la puerta de casa con seguro, les di las buenas noches a mis padres y me fui a la cama. Caí con los brazos en cruz, exhausta.

Encendí mi móvil, pues aún estaba apagado, y me di cuenta de que tenía un mensaje de hacía poco tiempo.

Buenas noches, Pequeña Paganini. Espero que duermas bien.

El corazón me dio un vuelco cuando vi que era Edik.

Buenas noches, rey del asfalto, espero que duermas bien.

Lo intentaré.

Te quiero.

El móvil se me calló a la cara cuando leí su último mensaje. La verdad era que no sabía qué contestarle, así que decidí darle las buenas noches y cargarlo para mañana tener la batería al cien por cien.

## Capítulo 4

Me levanté cuando el despertador sonó, lo apagué de mala manera y me di la vuelta en la cama, tapándome hasta la barbilla con las mantas. Hoy hacía un frío que pelaba, el cielo estaba encapotado en nubes grises tirando a negras y el ambiente olía a lluvia. Escuché los pasos de mi madre subiendo las escaleras, poco después traqueteó la puerta de mi habitación.

—¡Natasha, a levantarse! —exclamó.

—¡Voy! —respondí a regañadientes.

Con veinticinco años mi madre aún tenía que levantarme en algunas ocasiones, pero no era mi culpa. Era la cama que estaba súper calentita.

Me levanté y fui directamente al armario. Saqué un pantalón largo tipo traje, una camisa blanca de media manga y mi maravilloso abrigo. Fui a la ducha luego de abrir mi habitación para que se ventilara. Me di una ducha rápida y bien calentita y me vestí en segundos. Bajé al zapatero y me puse unos tacones cerrados negros. No me gustaba ir tan sobria, pero era mi trabajo y tenía que aparentar ser la profesora. Me senté en la mesa junto a papá, quien estaba leyendo el periódico.

—Hija, ¿estás bien con Charles? —me preguntó, dejando el periódico al lado. Mamá dejó unos zumos de naranja recién exprimidos en la mesa y trajo las tostadas. Me levanté a ayudarla y volví a sentarme—. Parece que últimamente no estáis muy bien.

Bebí un trago de mi zumo de naranja y negué.

—Estamos bien papá, no te preocupes.

—¿Segura? —dijo mamá con el tono preocupado—. Cariño, sabes que puedes contar con nosotros.

Suspiré.

—Ya lo sé mamá.

—¿Entonces? ¿Qué está pasando con Charles y contigo? —me preguntó papá antes de tomar su café.

—Pues que después de tres años hay cosas que... bueno, que aún no soy capaz de hacer con él. Me da miedo la intimidad.

—¿Te está insistiendo? —preguntó mamá preocupada.

—No —respondí—. Pero hemos tenido algunas peleas por el tema de independizarme con él. Aún no me veo preparada.

—Si no te ves preparada, no lo hagas. —Papá me sonrió—. Esta es tu casa, mamá y yo estamos encantados de tenerte aquí. Además, después de lo que pasó es comprensible que estés así.

—Pero hay algo más —suspiré—. Yo no... bueno, no amo a Charles. Le tengo un grandísimo cariño, pero no lo amo.

—¿Entonces por qué estás con él? —preguntó papá con la mirada inquisitiva.

—Pues porque sé que con él no me pasarán las cosas que me han pasado con Edik.

Papá rio.

—Admito que ese chico nunca me ha caído bien, pero te hace sonreír como nadie. Desde el primer momento en que lo vi, lo supe. Natasha, hija, no puedes dejarte guiar por el miedo. Tienes

que ser feliz, ya sea con Charles o con el-macarra-de-los-tatuajes —lo miré escéptica—. Eres adulta, tómate tu tiempo para elegir qué es lo que quieres en realidad, si dejarte guiar por la razón o por el corazón. Porque estoy seguro de que esa cabecita no piensa lo mismo que lo otro.

Me levanté intentado aguantar las lágrimas. Mi padre había dado en el clavo. Me di la vuelta para que no me viesen de aquella manera y hablé.

—Siempre das en el clavo, papá. —Dejé que las lágrimas comenzaran a caer por mi cara cuando salí de la cocina, lejos de la vista de mis padres.

Fui al baño y encendí el rizador de pelo. Me limpié las lágrimas al lavarme la cara con agua tibia y me maquillé tenuemente. Me ricé el pelo y me lo peiné con las manos para que las ondas fueran más tipo californianas. Fui a mi habitación de nuevo, hice la cama y agarré mis cosas. Me puse el abrigo, me despedí de mis padres y me fui a trabajar sabiendo que hoy caería una buena tromba de agua. Cuando llegué, aparqué y bajé viendo a Charles hablando con Emily, la chica parecía estar muy alegre. Desde la distancia lo miré con una mueca en los labios, preguntándole que pasaba. Anduve hasta su lado, me dio un beso y me abrazó. Emily se había ido para clases segundos antes de que llegara a su lado.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—Han accedido a que Emily sea tu segunda solista —respondió Charles.

—¿De verdad? —pregunté eufórica. Él asintió sonriendo—. ¡Gracias, gracias, gracias! —lo abracé.

—No me las des, cielo. Ha sido todo gracias a ti. —Charles me despegó de su cuerpo y me abrió la puerta. Entré seguida de él—. Tengo que irme a clase, hoy no podré quedarme a esperarte porque tengo que preparar los exámenes.

Hice una mueca de desagrado.

—Vale —refunfuñé, parándome frente a mi aula—. Hoy seguramente me quede hasta tarde con Emily para ensayar. ¿Nos vemos en el almuerzo?

—Claro, cielo, dale duro.

Nos besamos por última vez y entré a mi clase. Los alumnos ya estaban más que preparados. Saqué las partituras y comencé a dar la clase.

∞

Terminé el ensayo con Emily cerca de las tres de la tarde. Habíamos estado sin parar desde las doce y se podían escuchar nuestras tripas rugir en nuestros estómagos. Parecían fieras hambrientas.

—Lo has hecho genial, Emily —la felicité, guardando las partituras en mi carpeta.

—Muchas gracias, profesora Dawson —respondió felizmente—. No esperaba que el profesor Charles hiciera algo así.

Reí entre dientes. Me di la vuelta para poder hablar con ella cara a cara.

—Lo queramos o no aún estamos bajo los estigmas sociales del patriarcado, Emily. Las mujeres de hoy en día aún tenemos que luchar para hacernos un hueco. Charles hizo mal en seguirles la corriente y ha rectificado.

—La verdad es que sí, profesora —suspiró—. Pero aun así pienso que el profesor Charles está más de acuerdo con ellos que con usted. Que solo ha hecho esto porque si no, lo suyo se iría a la mierda... ¡Perdón! A la basura —rectificó tapándose la boca. Me eché a reír, Emily tenía recién cumplidos dieciséis años y me recordaba mucho a mí.

—No te preocupes, Emily —le guiñé un ojo, cómplice—. Conmigo puedes hablar normal. Es

más, desde ahora cuando estemos en los ensayos tutéame.

—¿De verdad? —preguntó sorprendida.

—Claro, vamos a ser compañeras de solo. Lo menos que puedo hacer es que nos tratemos de igual.

—Vaya... Eres genial —balbuceó.

Volví a reír.

—Solo intento ser yo misma, Emily. Aunque a veces no pueda.

—Profesora... O sea, Natasha, eres una mujer impresionante. De mayor quiero ser como tú —dijo con admiración. El corazón se me paró en aquel momento.

¿Ella? ¿Ser como yo? ¿Alguien quería parecerse a mí?

—Me halagas muchísimo, Emily, de verdad —puse una de mis manos en su hombro y se lo apreté levemente mientras sonreía—. Pero te aseguro que no siempre he sido así, he tenido que caerme muchísimas veces para aprender.

Emily terminó de guardar sus cosas y, después de estar charlando por unos minutos, salió puesto que su padre había venido a recogerla. Fuera estaba lloviendo y no poco. Lo peor era que no me había traído paraguas y me mojaría entera.

Me puse el abrigo y salí al coche empapándome de pies a cabeza. Rebusqué las llaves del coche en mi bolso y no las encontré. Miré fijamente por el cristal y las vi puestas. ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Y más mierda! Mi coche tenía un mecanismo para cerrarse solo una vez que había salido, tardaba unos veinte segundos en cerrarse. Como pude, me refugié debajo del techado de la escuela y saqué el móvil. Llamé a mis padres, pero me ponía que estaba apagado o fuera de cobertura, y Charles me daba señal, pero no me lo cogía. Perfecto, tendría que ir a casa andando y mojándome para coger las llaves de repuesto y volver a por el coche. ¡Mierda! Las llaves de casa también estaban en el llavero de las llaves del coche.

*Todo una maravilla*, pensé con sarcasmo.

Pero, para mi suerte, un coche cuatro por cuatro paró junto delante de mí a unos metros en el asfalto. La ventanilla se bajó y lo pude ver mirándome con asombro.

—¿Qué se supone que haces ahí? —preguntó preocupado.

—¿Me espías o algo? —le pregunté haciendo una mueca y temblando. Estaba muerta de frío.

—Por aquí se va a mi apartamento, no sé si te acuerdas —respondió escéptico—. ¡Maldita sea, Natasha! ¿Estás temblando? Ven y sube al coche.

Refunfuñé, pero accedí. Volví a pasearme bajo la lluvia hasta entrar en el coche de Edik. Para ese momento ya estaba temblando violentamente y toda empapada.

—Madre mía —balbuceó viéndome—. Quítate el abrigo y déjalo detrás, vas a pillar un catarro.

Edik comenzó a quitarse su chaqueta.

—No quiero causarte más molestias, mira cómo te he puesto el coche de agua...

—Natasha, eso da igual —me miró con autoridad—. Quítate el abrigo.

Le hice caso. Me quité el abrigo y enseguida me puso su chaqueta sobre los hombros. Agarró el abrigo y lo lanzó a la parte trasera de su coche.

—Voy a poner la calefacción, ¿vale? —la puso—. Tienes los labios morados —dijo agarrando mi cara y mirándome—. Te llevo a casa y cuando llegues quiero que te des un baño caliente. ¿De acuerdo? Estás temblando muchísimo.

Edik agarró mis manos para calentarlas.

—No tengo llaves de casa, están dentro del coche —dije, castañeando los dientes.

—Joder —bramó—. Vamos a mi casa entonces.

—Edik, de verdad, no quiero molestarte —inquirí.

—Natasha —me miró fijamente mientras encendía el motor del coche—, tú nunca me molestarías.

Y puso rumbo a su apartamento.

## Capítulo 5

### Edik

Abrí la puerta de casa y la dejé entrar primero. De inmediato, el calor hogareño la envolvió y vi cómo se encogía ante el cambio de temperatura tan brusca. Llevaba mi chaqueta y aún temblaba de una forma agresiva. Cerré la puerta tras de mí y aumenté la calefacción.

—¿Te encuentras mejor? —le pregunté al abrazarla—. Ve a la ducha, la calefacción está por todo el piso. Date una ducha bien caliente —fui a mi habitación y agarré ropa de mi armario que le quedara medianamente bien. Volví al salón y agarré su mano, estaba helada. La llevé al baño y le quité la chaqueta, encendí la ducha y el agua comenzó a caer.

—E...Edik —me llamó.

—¿Sí? —le pregunté de espaldas a ella.

—Ne...necesito mi bolso —me dijo empezando a quitarse los botones de su camisa.

Asentí y fui hasta la entrada donde había dejado su bolso tirado en una esquina. No entendía muy bien porque lo necesitaba, pero no pregunté. Al volver a entrar en el baño la encontré ya en la ducha, el vaho distorsionaba su figura en la mampara. Bajé la mirada y le dejé el bolso en la pila de manos, intentando no mirar demasiado ese templo de Venus que me volvía loco.

Natasha no era como las mujeres a las que me tiraba de vez en cuando. Tenía un cuerpo en forma de pera. No tenía unos senos exuberantes, pero eran perfectos para mí. Su cadera era un poquito ancha y recuerdo las veces que se habían metido con ella por tener curvas. Su cintura era estrecha y fina. Sin duda, Natasha era preciosa.

—¿Qué tanto me miras? —me sobresalté al escuchar su voz.

—Yo... lo siento —me disculpé y la escuché reír.

Salí un tanto desorientado, pero fui a la cocina para intentar hacer algo decente que comer. Estaba seguro de que Natasha debía estar hambrienta, y rezaba para que no se hubiera resfriado. Ella es muy propensa a los resfriados, en seguida se le pone la nariz como a Rudolf.

—La ropa me viene enorme —escuché su voz desde el baño.

Reí.

Poco después escuché el secador. Aproveché para descongelar *Shashlik*<sup>[2]</sup>, mi madre había preparado, y muy amablemente me había traído, un poco para no siempre recurrir a la cocina precocinada.

—Qué bien huele, ¿ha preparado eso tu madre?

Volví a sobresaltarme al escucharla justo detrás de mí. Me di la vuelta y no pude evitar sonreír. Natasha llevaba mi camiseta de Metálica de manga corta y unos pantalones de chándal largos. Llevaba el pelo revuelto y los pies descalzos.

—¿Cómo sabías que no lo he hecho yo? —le pregunté.

—Porque tú no sabes cocinar —dijo riendo.

La miré por encima del hombro mientras apagaba el microondas. Cogí el plato y lo dejé en la

barra americana. Natasha fue a la nevera, como si esta fuera su propia casa, y agarró dos refrescos. Cerró la nevera con el pie y se sentó en uno de los taburetes mientras mantenía la mirada fija en mí. Llevé los cubiertos y varias servilletas a la barra y me senté frente de ella.

—¿Te encuentras ya mejor? —le pregunté—. Aún tienes la nariz roja...

—Me encuentro muchísimo mejor —rio entre dientes—. He vuelto a llamar a mis padres y a Charles, pero no me han contestado.

—¿Qué ha pasado? ¿Se te ha roto el coche?

—Qué va —exclamó—. Se me olvidaron las llaves dentro.

—Olvidadiza —reí.

—Totalmente —rio. Me encantaba escucharla reír.

—¿Cómo vas con Charles? —me atreví a preguntar, mirándola fijamente.

—Bien, rectificó en su decisión.

—¿La del solo? —pregunté sorprendido—. Me sorprende.

—¿Por qué? —inquirió bebiendo de su refresco.

—Porque Charles es un gilipollas, Natasha —bramé con rabia—. No me creo que haya decidido eso por sí mismo.

—¿Qué insinúas? —Natasha frunció el ceño—. No empieces con esas, Edik.

Uno de sus dedos me señaló.

—Joder, Natasha, ¿es que no te das cuenta? —pregunté frustrado.

Natasha dejó el cubierto en la mesa de mala gana y se levantó del asiento.

—Me largo —soltó.

—No, no, espera, por favor —le rogué. Me levanté de la silla y fui tras de ella, antes de que pudiese abrir la puerta la agarré de la mano y la atraje hacia mi cuerpo—. En serio, espera, por favor.

—¿Qué? No he venido aquí para que cuestiones mi relación, Edik —se separó de mí bruscamente. Se dio la vuelta y se cruzó de brazos. No pude remediar reír para mis adentros al verla de aquella forma; me recordaba a aquella niña de quince años que siempre se enrabetaba por el simple hecho de que la veía preciosa al enfadarse—. ¿De qué te ríes? —preguntó con el ceño fruncido en mi dirección. Sus ojos color caramelo estaba chispeantes.

—De ti —respondí agarrándola en mis brazos y echándomela al hombro.

—¡Suéltame! —gritó—. ¡Me cago en la puta, Edik, suéltame!

—No —reí.

Natasha comenzó a darme puñetazos en la espalda que ni cosquillas me hacían. Con la mano libre cerré la puerta con llave y las guardé dentro del bóxer. Si quería irse, tendría que meter la mano ahí dentro, y no creo que Natasha estuviera por la labor. La dejé caer en el sofá y comencé a hacerle cosquillas. Ella empezó a reírse y no pude evitar guardar ese sonido en lo más profundo de mi corazón.

—Da...dame las lla...llaves —dijo entre carcajadas.

—Vas a tener que meter la mano en un sitio muy privado para cogerlas, si es que quieres irte, claro —le dije agarrándola de las mulecas.

Natasha estaba tumbada en el sofá y yo encima de ella. Quizá en otro momento me hubiera lanzado sin pensarlo a sus labios, pero no podía hacerle eso. Debía ser ella quien diera ese paso, si no, lo único que provocaría sería su malestar y eso era lo último que quería.

—¿Cómo?! —exclamó sorprendida—. ¿Te has metido las llaves en...? —señaló mi paquete. Asentí y la vi ponerse roja como un tomate—. ¡Ni de coña voy a meter ahí la mano!

—¿Segura? —la piqué sonriéndole con malicia.

Logró soltarse de mi agarre y darme un puñetazo en el brazo.

—Segurísima.

Más que cabreada, Natasha parecía divertida. Hacía bastante que no la escuchaba reír, ya que en los años en los que había decidido encarecidamente alejarse de mí, la había estado viendo (y vigilando) de lejos. Mi hermano Daniil y ella eran muy amigos, al igual que con Aleksey y Bella. Poder recuperar una parte de Natasha después de todo lo que había ocurrido entre nosotros era toda una revelación.

—Eres un puto crío —me dijo haciendo una mueca con los labios.

—Natasha, te encanto y no lo puedes remediar —respondí más bien bromeando.

—En eso tienes razón. —Para mí sorpresa, Natasha se había puesto bastante seria.

Le solté la muñeca y apoyé mis manos en el sofá. Aún encima de ella me acerqué lentamente a su rostro.

—¿Qué has dicho? —pregunté escéptico, pensando que había escuchado lo que yo quería escuchar y no lo que había dicho de verdad.

—Que tienes razón —susurró, tragando saliva de forma dura—. ¿Por qué tuviste que joderla, Edik? ¿Por qué me hiciste tanto daño? —preguntó, esta vez con los ojos aguados.

Natasha era un cúmulo de emociones y, en parte, la entendía.

—Elegí la peor forma de protegerte —llevé una de mis mano a su grisáceo cabello y lo acaricié con cariño—. Pensé que haciéndote daño te alejarías de mí, y con ello la obsesión de Sergey por ti, pero solo lo he empeorado. Natasha, te amo y eso nunca va a cambiar. Te conozco desde que eras una cría de apenas dieciséis años. Te he visto madurar y luchar por lo que querías conseguir. Eres admirable.

—¿Me amas? —preguntó, abriendo los ojos como platos.

—Siempre lo he hecho.

Me acerqué un poco más a su rostro, entremezclando nuestras respiraciones. Quería besar esos labios de terciopelo rosado, aplastarla contra mí y no soltarla jamás. Pero lo único que pude hacer fue separarme de ella. Quería que estuviera conmigo, pero esas no eran las formas. Por mucho que odiara a Charles, debía respetar que estuvieran juntos. No hagas lo que no quieras que te hagan, decía mi madre. A mí no me gustaría que mi pareja me engañara con otra persona, por ello yo no quería hacerlo. El día que la dejé en casa no pude contenerme y acabé cayendo en las redes de Cupido. Ese beso se había clavado en mi memoria a fuego lento.

Intenté separarme de ella, pero me lo impidió. La miré sorprendido cuando me abrazó e hizo que descansara mi cabeza en su hombro. Estábamos tumbados en el sofá aún, no quería aplastarla por lo que utilicé todas mis fuerzas para levantarla y sentarla en mis rodillas como una niña pequeña. Natasha se había aferrado a mi cuerpo, estando en cuclillas sobre mis piernas. Ahora era ella quien descansaba su cabeza en mi hombro mientras se aferraba a mi cuerpo con fuerza. Escuché un sollozo y sentí cómo el corazón se me desintegraba dentro del pecho.

Quizá la gente no entendiera por qué Natasha actuaba así, pero había sido yo el culpable de sus lágrimas. El demonio que la atrapó haciendo de su vida un infierno. Natasha había pasado años acallando esas lágrimas. Era la primera vez que le confesaba que la amaba. La primera de muchas que pensaba decirle de aquí en adelante. ¿Por qué tenía que callarme? Iba a luchar por volver a conseguir su corazón, quería reestructurarlo, sanarlo. Demostrarle que yo era digno de él.

Natasha lloró en mi regazo hasta quedarse completamente dormida. Seguramente estaría agotada. Decidí cogerla en brazos y llevarla a mi habitación para que descansara hasta que sus padres o el gilipollas de Charles le cogieran el teléfono.

Estuve un rato viéndola dormir hasta que decidí salir para recoger los platos de la barra.



Estuve un buen rato ordenando la casa hasta que su móvil sonó. Fui hasta él y vi que era su padre. Dudé en si despertarla o no, parecía muy cansada. Así que decidí cogerlo yo. Su padre se quedó bastante atónito al escucharme, pero no dijo nada al respecto, le di mi dirección y me dijo que en una media hora estaría aquí. No había pasado más de una hora desde que Natasha se había quedado dormida. Tuve que despertarla a mi pesar, le dije que su padre venía a buscarla.

A los pocos minutos u móvil volvió a sonar. Su padre ya estaba abajo con las llaves de repuesto de su coche. Me despedí de ella con un beso en la mejilla y la vi irse en el coche de su padre con mi ropa aún puesta. Sabía que esa prenda la había perdido de por vida, pero no me importó. Al fin y al cabo, yo seguía teniendo su ropa y así tenía una excusa para verla de nuevo.

## Capítulo 6

Hay que decir que esa noche dormí bien se quedaba corto.

Había llegado a casa sobre las ocho de la tarde por ir a recoger el coche que estaba justo en frente de la escuela. Mis padres me acompañaron y los tres, ellos delante con su coche y yo detrás con el mío, nos fuimos a casa. En la noche la lluvia empeoró un poquito más, ayudé a mamá a preparar la cena mientras papá revisaba unas facturas de la empresa en la que trabajaba. A las nueve, un poco más tarde de lo normal, cenamos un delicioso pollo al horno con patatas. Me quedé con ellos viendo la televisión en el salón hasta que me llamó Charles y decidí subirme a mi habitación para hablar tranquilamente con él. Sin embargo, obvié contarle con quién había estado realmente. Quizá hacía mal, pero primero necesitaba estar segura de todo. Y en ese todo entraba mi incondicional atracción por Edik Vólkov. Aunque más que atracción era un sentimiento mayor. Esa noche, luego de colgarle a Charles sin decirle ni pío, dormí con su camiseta. Y es que no podía quitarme de la cabeza sus palabras.

Él me amaba.

*Y tú a él, estúpida. Deja de hacerte la tonta,* pensé para mis adentros.

Nunca lo había escuchado decirme que me amaba, era algo impensable. Pero esa forma de hacerme rabiarse, esa forma de cogerme y hacerme cosquillas... era como revivir mi juventud una vez más. Sentía mariposas en el estómago al verlo, tal como la primera vez que lo vi en el aparcamiento del instituto esperándome.

« El lunes había llegado. ¡Maldito despertador! ¿Por qué tenía que haber sonado? Mi único consuelo era que sólo me quedaban cinco meses para terminar el instituto e irme al conservatorio de música junto a Claire. Aquella mañana me levanté con pesadez en el cuerpo, me vestí y bajé a desayunar. Mamá me hizo el desayuno como siempre y, en menos de diez minutos, ya volvía a estar arriba para arreglar mi habitación y lavarme los dientes. Y, bueno, hacer mis cosillas en el aseo.

A la hora de siempre, Clarie pasó a por mí, aunque para ese momento ya no era Claire, sino Clansy, el hijo del remunerado abogado de Nashville. Verla vestida como un hombre me apenaba, ella no se sentía cómoda, pero tenía que aparentar.

—Hola, Claire —le dije en el oído.

Cuando estábamos en el instituto no podía decir su nombre; muchas veces me habían visto con ella por la calle y me preguntaban quién era. Nos habíamos inventado que era mi prima. En el instituto, Claire era Clansy. Ese chico tímido que no abría la boca. Se metían muchísimo con nosotros, éramos los típicos chicos que no se metían con nadie, que iban a su rollo, pero que siempre acababan dentro del cubo de la basura por culpa de los imbéciles del equipo de rugby.

—Hola, preciosa —me dijo sonriendo tristemente—. ¿Vamos? Llegaremos tarde.

Desde que Claire se había sacado el carné de conducir me recogía en su nuevo Mini Cooper e íbamos al instituto. Siempre había sido así, desde el jardín de infancia. Éramos amigas desde que teníamos tres o cuatro años.

—¡Esperad! —Mamá vino el coche y nos dio una bolsita de papel a cada una—. Ayer hice galletas, os he puesto unas pocas en las bolsitas para el almuerzo. Llevad cuidado, chicos. Clansy, cuida a mi niña.

—Por supuesto, señora Dawson.

Mamá pensaba que éramos novios o algo por el estilo; la verdad es que todo el instituto lo creía. Pero nos daba igual lo que pensarán. ¿Tan raro era ver a una chica de amiga con un chico? (Aun siendo Claire una mujer) Me desconcertaba este rasgo de la sociedad: si ibas con un chico, sí o sí, tenía que ser tu novio.

Claire metió la llave en el contacto y puso rumbo al instituto. Cuando llegamos, en menos de veinte minutos, pues nos pillaba en la otra punta de Nashville, aparcó y salimos. Claire se aseguró de cerrar el coche y nos fuimos a nuestra clase. Por milagro de a saber quién, nos tocaba en todas las clases juntas. Nos sentábamos en medio, ni muy atrás ni muy delante. Las clases transcurrieron con normalidad, al igual que el almuerzo. Algo extraño, porque nadie se había metido con nosotras. Aunque quizá se habían cansado de estar todos los días molestándonos.

Al salir, mientras charlaba animadamente con Claire de nuestras notas en los exámenes de historia, me di cuenta de que no había visto a ningún jugador de rugby por los pasillos. Se me hizo raro, pero pasé de ello. Sin embargo, en cuanto pisamos el asfalto de la calle, una docena de huevos fueron directos a nosotros. Claire se quedó tan sorprendida como yo, siquiera pudimos reaccionar. Cuando nos quisimos dar cuenta estábamos llenas de huevo crudo. Cerré los ojos y respiré, esto ya era el colmo. Todos se estaban riendo de nosotros, incluyendo al capitán. Intenté alejar esos pensamientos tan negros de mi mente, pero me fue imposible. Así que, manchada de huevo y con un cabreo de mil demonios, fui hacia Logan (el capitán).

—¿Eres idiota o qué te pasa?! —le grité en toda la cara.

Logan me sacaba una cabeza y parecía ridícula al encararme con él, porque eso solo me traería más problemas.

Riendo, me miró con mofa en sus ojos.

—Es lo que te mereces por rata de biblioteca —se rio en mi cara.

Fue la primera vez que le di un puñetazo a alguien, pero me sentí muy bien. Todos se callaron cuando vieron a Logan girar la cabeza mientras sangraba por la nariz.

—¡No vuelvas a meterte con nosotros en tu puta vida! —le grité—. ¿Te queda claro?

—Pero tú... ¿Quién te has creído? —preguntó levantando la mano.

Claire intentó interponerse, pero unos chicos del equipo la agarraron. Vi cómo la mano comenzaba a descender y pensé en lo penosa que debía de parecer. Sin embargo, nunca llegó a rozarme. Cuando abrí los ojos vi a Edik Vólkov detrás de Logan, agarrándole el brazo con cara de pocos amigos. Su ceño estaba fruncido y sus ojos estaban de un color azul intenso. Daniil estaba a su lado con los brazos cruzados y una sonrisilla diabólica en los labios.

Espeluznante.

Edik comenzó a apretarle el brazo a Logan hasta que lo escuché quejarse y caer al suelo de rodillas. Tragué saliva al verlo allí, defendiéndome de alguna forma. Desde el momento en que me dejó en mi casa no pude olvidar sus ojos y su forma de comportarse conmigo. Aun pareciendo un chico malo, era muy bueno conmigo y eso era de agradecer cuando en el instituto nadie lo era.

—¿Ibas a pegar a una chica? —le preguntó con la voz fría como un témpano—. ¿Ibas a caer tan bajo, niñato? —apretó la mandíbula—. Te voy a decir una cosa, y quiero que te quede bien clara. —Edik se agachó, aun retorciéndole el brazo—. Si vuelves a hacer alguna gilipollez de estas o a meterte con Natasha, te mato. ¿Te queda claro?

Logan asintió con el miedo en los ojos. Edik lo soltó y Logan echó a correr con su equipo. Me quedé mirando como se iban, huyendo de un ser mucho más fuerte que ellos. Noté cómo alguien me quitaba una cáscara de huevo del pelo. Me giré bruscamente, viendo a Edik.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó. Asentí—. ¿Tú estás bien, chaval? —le preguntó a

Claire.

Y pensar que se vieron el sábado...

—Sí, gracias —dijo ella cabizbaja.

—Gracias —dije bajando la mirada a mis pies.

—Si vuelven a molestarte, díselo a mi hermano —señaló a Daniil que se encontraba a poyado en un coche de alta gama—. Lo mismo te digo, chaval.

—¿Qué haces aquí? —solté, viendo a la gente ir de un lado para otro.

—A mi hermano se le ha roto el coche y lo he venido a recoger, habéis tenido mucha suerte.

—¡Ah! —exclamé, mirando de reojo a Claire, quien tenía una sonrisilla en los labios—. Gracias por todo, de verdad, pero tenemos que irnos.

Claire vino hacia nosotros y se puso a mi lado, comenzamos a andar para su coche, pero un fuerte agarre en mi brazo me lo impidió. Me di la vuelta de forma brusca. Edik me tenía agarrada y me miraba profundamente.

—¿Te gustaría cenar conmigo el viernes? —me preguntó.

Claire me miró desde arriba con los ojos abiertos, llenos de sorpresa, rogándome que dijera que sí. Se creía la celestina o algo por el estilo.

—Yo... —balbuceé.

—Estará encantada de ir —dijo Claire, Edik la miró de una forma extraña, pero acabó asintiendo y soltándome del brazo.

—Entonces nos vemos el viernes, Natasha. Te recogeré a las ocho. »

Al día siguiente me levanté aún con su perfume en mis fosas nasales. Antes de desvestirme, agarré la camiseta que llevaba puesta y la olí, embriagándome de su aroma. Me la quité, la doblé y la guardé en mi armario a buen recaudo. Ni mamá ni papá me preguntaron qué pasó con él, cosa que agradecía. Me vestí, hice mis cosas y me fui en mi coche al conservatorio. Lo primero que vi al salir del coche fue a Charles. Le di un beso en la mejilla y me fui directa a clase, aún el tiempo estando nublado. Creo que pensaba que esa felicidad era por estar con él, pero la verdad era por haber dormido con su camiseta (como si fuera otra vez esa cría de quince años).

Di las clases de violín y ensayé con Emily. Todo iba genial, maravilloso. Cuando terminé el ensayo decidí quedarme un rato para recoger las partituras. No obstante, un traqueo en la puerta me distrajo. Me di la vuelta y me quedé sorprendida al verlo con una bolsa en la mano.

—He venido a traerte esto —me dijo, dándome la bolsa—. Estás preciosa, Natasha.

Me quedé un buen rato prendada en sus ojos color Caribe. Agarré la bolsa y le sonreí.

—Muchísimas gracias, Edik —respondí, dejando la bolsa en el filo de la mesa de profesor.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó, metiendo sus manos en los bolsillos de su pantalón.

—Bien. Muy bien, la verdad.

—Me alegro muchísimo —sonrió y se rascó la nuca—. He venido para darte eso y para preguntarte si te apetecía tomarte algo conmigo el viernes, unas birras y eso.

—Yo...

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Charles con cara de pocos amigos en la entrada del aula de ensayos.

Lo miré intentado aparentar normalidad, pero la verdad era que estaba nerviosa. ¿Por qué había tenido que aparecer ahora?

—Yo... —balbuceé de nuevo.

—¿Tú qué? —preguntó acercándose a nosotros—. ¿Qué hace el aquí? —me preguntó cabreado.

—Solo había venido a invitarla a tomarse algo conmigo el viernes, no es para que le hables así —respondió Edik escéptico.

—A ti no te he preguntado —escupió Charles hacia él—. ¿Qué es eso de la bolsa?

—Nada —respondí con rapidez.

Charles se acercó a la bolsa y echó una ojeada.

—¿Nada? ¿Desde cuándo alguien te trae la ropa al colegio? ¿Desde cuándo este tiene ropa tuya?

Su tono de voz no me gustó nada.

—Si dejas que te lo explique lo entenderás. —Edik se había puesto tenso—. Ayer se me olvidaron las llaves del coche dentro del coche, como te conté. Llovía muchísimo y me calé entera. Edik pasó y muy amablemente, puesto que ni tú ni mis padres me cogíais el teléfono, me dejó ir a su casa para darme una ducha caliente y esperar a que alguien me contestara.

Charles abrió los ojos con sorpresa e ira a la vez.

—¿Me estás diciendo que ayer estuviste en su casa y no me has dicho nada? —pregunto Charles dando un golpe a la mesa. Me sobresalté—. ¿Tú quién te crees para mentirme, Natasha? ¡Me dijiste que te habían recogido tus padres!

—¡Porque no quería que te pusieras a sí por una nimiedad! —respondí en mi defensa—. Edik y yo somos amigos, nada más —titubeé en aquella frase.

—¡Te violaron por su culpa, Natasha! —gritó Charles—. ¡¿Cómo puedes tener la cara de decirle amigo o tan siquiera quedar con él?!

Bajé la mirada, odiaba que me hablaran así y mucho más si me recordaban aquel suceso de hace cuatro años.

—¡No le hables así! —Edik salió en mi defensa.

—¡Cállate! —gritó Charles propinándole un puñetazo a Edik.

Me quedé helada mirando cómo Edik se tocaba el labio, que tenía una pequeña herida a causa del golpe.

—No quería caer tan bajo como tú, pero te lo mereces. —Edik le dio un puñetazo que lo dejó atontado.

Y ahí comenzó una pelea que me costó parar. Se enzarzaban como lobos hambrientos a su presa. Les rogué una y mil veces que pararan, pero no lo hacían. Tuve que ponerme en medio y separarlos.

—¡Basta! —grité a punto de derramar las lágrimas que se acumulaban en mis ojos.

—¡Basta tú, Natasha! —Charles cogió camino y empezó a andar hacia la salida.

—Charles, por favor —dije desesperada—. Es solo mi amigo.

—Mira —me señaló—, a mí no me engañas. Sé que no me amas, Natasha, pero ¿de verdad vas a arruinar la vida por él? Recuerda todo el daño que te ha hecho, está jugando contigo de nuevo.

Sus palabras me dejaron pensando.

¿Y si era verdad? ¿Y si Edik solo estaba jugando conmigo de nuevo?

—Natasha, yo... —le corté.

Para ese momento ya estaba llorando.

—Déjame, ¿vale? —agarré todas mis cosas y me fui, dejándolo allí.

## Capítulo 7

Volví a despertarme entre gritos y un sudor frío que me cubría todo el cuerpo; la respiración la tenía agitada y me temblaba todo el cuerpo. Las pesadillas habían vuelto y con ellas ese sentimiento de devastación y asco. Era como si reviviera ese día una y otra vez. Sus manos se adueñaban de mi cuerpo y su sonrisa cínica de mis pensamientos. Pero, sin duda, lo que más me atormentaba era el haber matado a una persona. Igor Vólkov estaba muerto y la causante de ese disparo en el corazón fui yo. Quería matar a Sergey, pero mi puntería era una mierda y le di a Igor. Nunca me había planteado pensar en el por qué. ¿Por qué lo maté? ¿Por qué, aún hoy en día, no me arrepiento de haberlo hecho? Tanto Igor como Sergey merecían morir, pero eso no significaba que me sintiera bien con lo que hice. Nadie, a excepción de los Vólkov y Elizabeth, saben lo que hice. Tan siquiera lo saben mis padres, ellos piensan que solo me violaron.

*Como si eso fuera poco, pensé.*

Habiendo pasado cuatro años de aquello, aún me daba miedo que un hombre me tocara. Una vez lo intenté con Charles y... Bueno, acabé en el hospital por un ataque de pánico. Sin embargo, ese miedo se iba cuando estaba con él, con Edik.

Hacían ya varios días desde que lo había dejado solo en el aula de ensayo. Había intentado hablar con Charles, pero era bastante cabezota en cuanto a dar su brazo a torcer. Había comprendido de mí misma que estaba dividida. Sabía que Charles era lo mejor para mí, una vida tranquila y sin peligro. En cambio, Edik sería un abanico de amenazas en contra de mí, y el miedo a que pasara lo mismo con Sergey me aterraba.

¿Cuándo me había visto yo en esta situación? En mi puta vida.

Estaba dividida, aterrada y teniendo que soportar una presión incontable, siquiera yo sabía por qué lloraba a cada momento. Seguramente fueran las lágrimas que una vez no derramé.

Me levanté de la cama y fui directamente al baño para darme una ducha. Era sábado y no tenía que ir a trabajar, por lo que las horas me daban igual. Me di una ducha para relajar mis músculos y volví a mi habitación para no despertar a mis padres. Iban a irse por la mañana temprano a un balneario y volverían el domingo por la noche.

Intenté dormir de nuevo, pero no pude.

Mis padres, tal y como me lo dijeron, se fueron a las ocho de la mañana y, en cuanto partieron, agarré el teléfono y le mandé un mensaje a Elizabeth.

Urgencia: te necesito lo antes posible en mi casa.

La respuesta no se hizo de esperar.

En media hora estoy allí.

Cerré las puertas y las ventanas para sentirme más segura; nadie sabía que mis padres se habían ido, pero el miedo estaba presente. Me encontraba preparando el desayuno, puesta aún de pijama, cuando mi móvil sonó por toda la casa. Al estar sola retumbaba por las estancias. Lo agarré y vi que era Charles. Resoplé resignada y deslicé mi dedo por el botón rojo. No me apetecía hablar con él.

Justo en media hora, alguien tocó mi timbre. Fui hacia la puerta y miré por la mirilla. Eran Elizabeth y Diablo. Abrí la puerta y los dejé pasar.

—¿No te importa que me haya traído a Diablo? —me preguntó, quitándose el gorro y dejándolo en una silla de la cocina.

—Para nada, al contrario —me agaché y toqué su cabecita—. Me encantan los animales. Ven, he preparado el desayuno. Tengo un cuenco de cuando era pequeña, le echaré leche a Diablo para que él también desayune.

El perro pareció entenderme, pues comenzó a mover la cola de una forma eufórica. Volví a rascarle la cabeza y busqué entre los cacharros de la cocina uno de cuando yo era pequeña. Le puse leche y lo dejé en el suelo. Elizabeth se sentó en una de las sillas de la cocina y cogió un bollo, le pegó un mordisco y lo saboreó.

—¿Cómo llevas lo de la boda? —le pregunté, dejando en la mesa dos vasos de naranja.

—Muy bien, la verdad —respondió con destellos en sus verdes ojos—. Ya tenemos el sitio.

—¿Dónde es al final?

—En el Jardín de Arte de Indianápolis —rio ella.

—¿Cómo no? —me senté en la silla y bebí de mi vaso—. La verdad es que me alegro muchísimo por vosotros.

—Gracias —me sonrió—. Por cierto, ¿quieres ser la testigo de mi boda? —me preguntó, dejándome helada.

—¿Qué? —le pregunte sorprendida. Quizá había entendido mal o algo.

—Que si quieres ser la testigo de mi boda —rio Elizabeth.

—¿Me lo estás preguntando en serio? —pregunté emocionada.

—Claro, fuiste la primera persona que me ayudó al venir aquí, eres mi mejor amiga y la única a quien le propondría algo así.

Me levanté y la abracé.

—Claro que sí —respondí sonriente—. ¿Quién es el otro testigo? ¿Aleksey?

Vi como Elizabeth se ponía nerviosa, lo sabía porque había desviado la mirada.

—Hemos pensado que... bueno, que podría ser Edik. Él ya ha aceptado y tú también. ¡Ahora no te echas para atrás!

Suspiré.

—Es tu boda, no podría oponerme, aunque quisiera —reí—. De Edik y Charles es de quienes te quiero hablar.

—¿Qué ha pasado? —la miré escéptica—. Vale, no me mires así —rio—. Hablé con Edik el otro día y me lo contó.

—Sois unos cotillas —la señalé con el dedo—. Y eso que no vivís en la misma casa. El caso es que estoy hecha un puto lío. Sé que Charles es quien me conviene, es atento y no tiene enemigos locos por los rincones. Le tengo muchísimo cariño, pero desde que ha vuelto a aparecer Edik... la cosa no está bien entre nosotros.

—¿Y con Edik qué? —me preguntó frunciendo los labios.

—Con él es todo explosivo. Me dijo que me amaba.

—¡Oh Dios mío! —exclamó—. Mira Nata, yo no soy nadie para meterme de por medio, y mucho menos después de lo que pasó, pero tienes que pensar en lo que quieres. Si vivir en una mentira toda tu vida o arriesgarte a estar con la persona que verdaderamente amas. Y te aseguro que esa persona no es Charles.

—Tengo que hablar con Charles —titubeé.

—Si es lo que quieres, yo te apoyo. Pero luego no me vengas llorando —me guiñó un ojo.

Elizabeth hacía varias horas que se había ido y me disponía a llamar a Charles. Aún no estaba segura, pero no podía arriesgarme después de todo lo que me había pasado. Sus palabras me hicieron pensar mucho. No creo que fuera culpa de Edik el que me violaran, pero con él no estaba segura. En cambio, con Charles viviría una vida tranquila y sin locos que me persiguieran. Marqué su número. Un tono, dos tonos, tres tonos...

—¿Natasha? —preguntaron por la otra línea.

—Hola, Charles —dije.

—Tenemos que hablar, Natasha —dijo de una forma casi rogatoria—. me he pasado tres pueblos contigo, no tengo perdón de Dios para lo que ocurrió el otro día —dijo—. Dios, estoy muy celoso de ese cabrón.

El corazón se me estrujó en aquel momento.

—Todos nos podemos equivocar, Charles. No te dije nada por miedo.

—Natasha, te quiero. Sé que no puedo competir con él, pero sé que te puedo hacer feliz —habló—. Por favor, perdóname.

Suspiré.

—Quien tiene que perdonarme eres tú, Charles.

—Yo lo hago, pero no quiero que me mientas, por favor.

—Está... está bien —me moví por la cocina hasta apoyarme en la encimera—. Hoy ha venido Elizabeth y me ha propuesto ser su testigo de boda, el otro testigo es Edik. Tendremos que hacer los preparativos de la boda junto a Daniil y Elizabeth, espero que no te moleste.

—Natasha, sé que estas semanas he dejado mucho que desear como hombre, persona y como pareja tuya que soy. Me mata verte con él porque sé que lo amas, pero también sé que tú nunca me engañarías con él. Confío en ti, cielo. Confía tú también en mí.

—Claro.

—Estoy en casa de mis padres, no nos veremos hasta el lunes, pero prometo llamarte esta noche y mañana. ¿Vale? Te quiero, cielo.

—Vale, te quiero —colgué.

Si miraba hacia atrás, Charles había sido un novio estupendo, y lo seguía siendo a su manera. Sabía que no podía pasar nada con Edik, tenía que actuar con normalidad delante de él y no como una idiota hechizada por sus ojos Caribe. Y, como si me hubiera leído el pensamiento, un mensaje tintineó en mi móvil.

Necesito hablar contigo de lo ocurrido, ¿podemos vernos esta noche?

Claro, ¿vamos a donde Scott?

Te recojo a las 20:00

Ya era hora de decirle a Edik que lo único que podía haber entre nosotros era una amistad, tenía que enfrentarme a él de una vez por todas. Tenía que arrebatarle el poder de hacerme temblar con sólo escuchar su voz, de hacerme suspirar con su mirada o de erizarme cuando me hablaba al oído.



Quizá me estuviera equivocando, pero Charles era lo mejor para mí.

## Capítulo 8

« El viernes llegó a toda prisa.

Me encontraba en mi habitación, con la música bastante alta y eligiendo la ropa que me iba a poner. Aún no me creía que fuera a cenar con Edik Vólkov. Yo, o sea, yo, una niña de quince años, amante de la música clásica, iba a cenar con toda una leyenda del instituto.

En los días que habían pasado, ni Logan ni nadie del equipo se había vuelto a meter con nosotras. Ya no llegaba a casa oliendo a basura por haber estado dentro del cubo, o con todo el cuerpo lleno de huevos. Aunque la única culpable de aquello era yo. Ni mamá ni papá sabían nada, pues ellos llegaban una hora más tarde que yo de trabajar y, para ese momento, ya estaba toda la ropa lavaba y yo con varias exfoliaciones en el cuerpo.

Tenía a Claire por Skype, no podía venir porque su padre estaba en casa y tenían cena familiar.

—¡Ponte eso! —exclamó cuando vio que sacaba un jersey ancho en color beige tirando a marrón—. Ese jersey, unos vaqueros bien ajustados y esas botas que te compré para tu cumpleaños.

—¿Tú crees? —le pregunté.

Fui a bajar la música con el jersey en mano.

—Sí —asintió segura de su elección.

—¿Y qué me hago en el pelo? —le pregunté, sentándome frente al ordenador.

Claire se paró a pensar unos segundos.

—Rízatelo con las tenacillas y luego te lo peinas con los dedos —vi como hacía los gestos a través de la camarita—. Así te quedará muy natural.

—Vale —sonreí—. Estoy muy nerviosa.

Me mordí el labio inferior mientras estrujaba el jersey en mis manos.

—Lo sé, pero tienes que relajarte. Es increíble lo que te está pasando, ya quisiera yo algo así.

—¿Y si es una broma? —le pregunté preocupada—. ¿Y si solo quiere jugármela?

—¿Y si te callas la puta boca y te vas a la ducha? —ironizó. La miré mal—. Son las siete de la tarde, boba. Edik pasará por ti a la ocho —sonrió pícara.

—Eres mala —reí—. Me voy a la ducha, ¿vale?

*Deséame suerte.*

—Mucha suerte.

Claire desconectó la camarita y fui corriendo a la ducha. Hoy era mi día de suerte; mamá y papá habían ido a cenar a casa de mi tía Eva y llegarían a las doce.

Fui corriendo a la ducha, me lavé el pelo y me lo sequé. Volví a mi habitación y me vestí, habiendo sacado antes las tenacillas para que se calentaran. Cuando me puse por último las botas que Claire me compró por mi quince cumpleaños, anduve hasta mi tocador y comencé a rizarme el pelo. Luego lo peiné con mis dedos y me miré al espejo. No iba a maquillarme, no me apetecía. Cinco minutos antes de las ocho, ya estaba abajo y mirándome en el espejo de la entrada.

Estar nerviosa se quedaba corto.

Metí en mi bolso lo esencial (que en ese momento lo más esencial eran varias compresas) y me lo colgué del hombro.

A las ocho en punto el timbre de casa sonó. Me sobresalté, pero respiré y abrí la puerta, viéndolo apoyado en ella. Edik tenía las manos metidas en los bolsillos de su chaqueta de cuero negra; la camiseta en pico dejaba ver algunos tatuajes por la parte de su cuello y clavícula. Llevaba un pantalón oscuro y unas botas al estilo militar. Pero, sin duda, lo más impresionante eran esos dos pares de ojos como el mar Caribe y esa sonrisa pícaro en sus labios.

¿De verdad iba a salir con él?

—¿Te ha comido la lengua el gato? —preguntó riendo roncamente.

Tragué saliva y cerré la puerta tras de mí. Negué cuando estuvo a su lado.

—No, es sólo que no estoy acostumbrada.

—¿Acostumbrada a qué? —preguntó, dejándome contra la pared mientras que él se acercaba peligrosamente.

Miré para otro lado, su aliento se mezclaba con el mío de una forma peligrosa. Estaba demasiado cerca, quebrando todas mis barreras.

—A salir con un chico —balbuceé. La voz me flojeó.

Volví a escuchar su risa. Se separó de mí, dejándome mi espacio. Sacó las manos de sus bolsillos y dio dos pasos hacia atrás.

—Vaya...

—¿Vaya qué? —pregunté frunciendo el ceño y subiendo la mirada hacia su rostro.

—Pues que no pensaba eso —dijo aireadamente—. Por cierto, estás preciosa. ¿Vamos? Supongo que tendrás que llegar a...

—Antes de las doce —terminé la frase, levemente sonrojada.

Él pensaba que yo estaba preciosa. Me iba a dar algo si volvía a decirme algo así.

—Vale, vamos.

Lo seguí hasta el coche y muy amablemente me abrió la puerta para luego cerrármela y entrar él. Encendió el motor y arrancó, pero esta vez a una velocidad normal. Me puse el cinturón por si acaso, no me fiaba de él ni un pelo.

—Relájate —me miró de soslayo mientras ponía uno de sus brazos apoyado en el cristal—. No voy a hacerte nada malo, estás muy tensa.

—Yo... —balbuceé nerviosa, retorciendo mis manos—. Lo siento, estoy muy nerviosa.

—¿Por qué? —rió él parando en un semáforo—. No tienes por qué estarlo.

—Es raro.

—Ya —frunció los labios.

—Nunca alguien como tú me había dicho de salir a cenar y, la verdad es que sigo sin entender por qué tú lo has hecho.

—Eres una cabezota, ¿sabías eso? —rió—. El problema es que todo el mundo me juzga mal por llevar tatuajes y parecer un chico malo.

—¿Acaso no lo eres? —reí.

Edik volvió a arrancar cuando el semáforo se puso en verde.

—Un poco —rió él—. Pero me gusta conocer a gente nueva, me hiciste mucha gracia el día de la carrera. Y, bueno, creo que te debo una después de lo mal que hice que lo pasaras.

—En eso estamos de acuerdo —sonreí en su dirección. —¿Por qué me escogiste a mí para la carrera? Tenías a muchas chicas a tu alrededor... —pregunté, curiosa.

—Me llamaste la atención —respondió—. Aunque no te lo creas, me gusta la compañía de una chica inteligente, no de esas chicas que se van arrastrando porque las suba en mi coche. Además, estaba con mi primo y fue él quien de coña me dijo que no tenía cojones a subirme al coche.

—¡Oh! —exclamé haciéndome la ofendida—. O sea que solo soy una especie de apuesta.

Edik rio.

—Tú nunca serías una apuesta.

Aparcó delante de un restaurante, estábamos en un barrio que no conocía. Me bajé a la vez que él, cerré la puerta y lo vi dar la vuelta al coche para ponerse a mi lado. Uno de sus brazos pasó por mis hombros y me incitó a andar. Me sentía muy cómoda en su presencia.

Scott, el jefe, nos dio una mesa y esperamos a que viniera una camarera para servirnos. Edik fue el que pidió, me dijo que me quedaría asombrada de la buena comida que hacía Scott.

—Confiaré en ti —le dije cuando la camarera se fue con el pedido.

—Te aseguro que tiene la mejor comida de todo Nashville —me aseguró—. Natasha, cuéntame de ti. ¿Tienes dieciséis años?

—Quince —sonreí—, en unos meses cumpliré los dieciséis.

—Interesante —rio entre dientes—. Yo tengo casi diecinueve.

—¿Cuándo es tu cumpleaños? —le pregunté curiosa.

—El mes que viene —dijo—. Estudias con mi hermano, ¿verdad?

—Sí —respondí, viendo como la camarera nos traía las bebidas.

—Si los chicos esos te molestan, díselo a él. No hay cosa que más rabia me dé que vayan de abusones por la vida.

—Nunca lo diría —reí—. O sea, no puedo creer que digas eso. —Edik me miró con curiosidad.

—¿Por qué?

—Porque parece que eres de los malos —dije un poco avergonzada.

—Las apariencias engañan —rio él. La chica nos trajo los pedidos y comenzamos a comer—. ¿Sabes ya lo que vas a hacer después del instituto?

—Oh, pues la verdad es que este es mi último año en el instituto —sonreí ilusionada.

—¿Y eso? —preguntó—. ¿No quieres seguir estudiando?

—No es eso —miré para otro lado, era la primera vez que alguien ajeno a mis padres o Claire se preocupaba por mis estudios—. Voy a hacer la prueba para entrar al conservatorio de música de aquí de Nashville.

Edik, después de morder su hamburguesa, me miró masticando. Tragó antes de hablar.

—¿Qué instrumentos tocas?

—El violín —sonreí.

—¿Eres como Paganini?

Estuve a nada de atragantarme. Nunca hubiera esperado que Edik supiera algo sobre música, pero al decirme de Paganini... ¡Dios mío! Creo que mi corazón explotaría de alegría.

—No soy tan buena como él, te lo aseguro —reí.

—Bueno, para mi serás La Pequeña Paganini —sonrió en mi dirección. »

Desperté agitada en medio de la fría madrugada.

No podía creer que hubiera soñado con ese momento: la primera cita que tuve con Edik. Era tan joven e ingenua que nunca pensé en todo lo que conllevaría salir con él.

Miré mi móvil y eran las cinco de la mañana. Me levanté de la cama sintiendo el suelo algo frío bajo mis pies descalzos, me puse una chaqueta de borreguillo que iba a juego con mi pijama y miré por la ventana.

Estaba lloviendo y hacia bastante viento.

Decidí volver a la cama para intentar volver a pillar el sueño, pero fue en vano. No paraba de

dar vueltas sobre mí misma. Estaba nerviosa y no sólo era el recuerdo de esa primera vez a la que denominé mi condena, sino porque hoy lo vería después de todo.

Después de estar varias horas en la cama, mirando al techo de mi habitación, decidí irme a la cocina y preparar el desayuno. El tiempo había empeorado y estaba por llamar a Edik para decirle de no quedar para hablar sobre la boda.

Un trueno resonó como el eco, me sobresalté.

Agarré mi teléfono y marqué el número de Edik.

Un tono, dos tonos, tres tonos, cuatro tonos...

Iba a colgar cuando lo cogió.

—Hola, Natasha —dijo suavemente.

—Edik, escucha, el tiempo está hecho mierda. No creo que sea conveniente hablar hoy sobre la boda —le dije.

Lo escuché reír a través del móvil.

—Tarde.

—¿Cómo que tarde? Edik, ¿a qué te refieres? —pregunté, frunciendo el ceño.

Me colgó y a los segundos escuché como el timbre de casa sonaba. Abrazada a mí misma, fui a abrir la puerta y, para mi sorpresa, lo encontré allí cubriéndose del agua con un paraguas. Lo dejé pasar y cerré la puerta con pestillo y llave.

—No puedo creer que estés aquí —dije, verdaderamente sorprendida.

—Iba a entrar por tu ventana, como antes, pero me daba miedo resbalarme y abrirme la cabeza —rio, dejando el paraguas en el paragüero.

—Eres idiota —no pude evitar reír—. ¿Qué haces aquí? Quedamos para comer y no son ni las nueve de la mañana.

—Te conozco, utilizarías la excusa de que llueve demasiado como para quedar conmigo. —*¡Mierda!*—. ¿Me equivoco? —*No, para nada*, pensé.

—Claro que sí —me hice la ofendida—. Ya no soy esa chica de quince años, ¿sabes? —me crucé de brazos y miré para otro lado intentado no cruzarme con su mirada.

—Lo sé —respondió—. He traído unos bollitos que ha hecho mi madre —me enseñó una bolsa de papel reciclable que olía genial.

Agarré la bolsa y fui a la cocina seguida por él.

—Gracias. ¿Quieres desayunar?

—Claro.

Preparé un rápido desayuno y Edik me ayudó a poner la mesa en silencio. Nos sentamos uno frente al otro y, antes de lo que esperaba, comenzó a hablar.

—Siento muchísimo lo del otro día —se disculpó—. Pero no puedo ver cómo te tratan así.

Suspiré con cansancio.

—Edik, te agradezco que me defiendas, pero no quiero que te metas en la relación que tengo con Charles.

Asintió serio.

—¿Es lo que quieres? —me preguntó, aunque sabía que su pregunta tenía un doble sentido.

—Yo... —titubeé, pero acabé asintiendo—. Sí. Quiero avanzar con Charles, llevo tres años con él y le tengo muchísimo cariño.

—Pero no lo amas —bramó, apretando la mandíbula y mirándome con los ojos oscurecidos.

—Somos lo suficientemente adultos como para dejarnos de tonterías —respondí con toda la calma del mundo, aunque por dentro estuviera muriéndome—. Charles me da tranquilidad y es lo que quiero y necesito. Ya vendrá el amor.

—¿Y si no llega? ¿Vas a ser infeliz toda tu vida?

—Eso es algo que...

—¿Qué? —preguntó mirándome. Desvié la mirada de sus ojos hacia mi taza.

*Algo que me matará lentamente*, pensé.

—Algo que no sucederá —mentí—. Edik, por alguna razón te necesito en mi vida —dije —, pero como amigo.

—No me vale, Natasha. Yo también tengo derecho a luchar por ti, a reconstruir tu corazón.

—Perderás el tiempo —reí amargamente.

—Deja que lo intente —insistió.

—Haz lo que quieras —lo señalé con uno de mis dedos—. Ahora tenemos que hablar seriamente de la boda de tu hermano. Somos los testigos y creo que un bonito regalo sería comprarles los anillos.

—Me parece una idea perfecta —dijo—. Había pensado en montar un vídeo recuerdo. ¿Tienes fotos de cuando ibais a la misma clase o de cuando salíamos todos juntos?

Suspiré.

Esas fotos habían quedado guardadas en una caja al fondo de mi armario; pensé en quemarlas, pero me torturaba yo misma mirándolas cada noche mientras lloraba. Aunque de esto hace ya bastante tiempo.

—Sí, ven conmigo.

Nos levantamos y Edik me siguió hasta mi habitación, ya ordenada. Se quedó sentado en el borde de mi cama mientras yo rebuscaba en el armario. Encontré la caja al fondo, la cogí y la saqué. Fui con ella hasta la cama y me senté a su lado. Antes de abrirla lo miré con una sonrisa triste en los labios. Esa caja guardaba muchos recuerdos.

—No me lo puedo creer... —susurró Edik cuando vio lo que había dentro—. ¿Has guardado todos estos años esto? —me preguntó, agarrando la camiseta que me compró en el primer partido de baloncesto al que fuimos juntos. Asentí—. Pensaba que lo habrías tirado o quemado —frunció los labios.

—Cuando... bueno —carraspeé agarrando la camiseta—, cuando pasó eso lo guardé todo. Quise quemarlo, pero nunca pude.

Edik comenzó a sacar fotos y recuerdos de cuando estuvimos juntos.

—¿Te acuerdas de esto? —me enseñó una foto en la que estábamos Claire, Daniil, él y yo en el parque de atracciones.

—Claro que me acuerdo. ¿Y de esta te acuerdas? —agarré una de cuando engañamos a nuestros padres para irnos de viaje de fin de curso.

—¿Cómo se nos ocurrió la idea de mentirle a vuestros padres para que pensaran que estabais en el viaje de fin de curso?

—No preguntes —reí—. Fue uno de los mejores viajes de mi vida.

—Y el mío.

Apoyé mi cabeza en su hombro mientras seguíamos mirando recuerdos. No parábamos de reír mientras recordábamos viejos momentos de locura. Con él era así: podía estar frustrada y al segundo hacerme reír. Siquiera supe las horas que estuvimos planificando ese vídeo recuerdo para Daniil y Elizabeth; tuve que ponerme en contacto con la abuela y madre de Beth para que me mandaran fotos escaneadas al email.

Las horas pasaban de forma rápida.

Edik comió en mi casa y a las seis de la tarde se fue, pues mis padres llegarían pronto, pero quedamos el martes para ir a ver las alianzas de boda junto a Daniil y Elizabeth. Ambos supimos

quién llevaría los anillos, tenía que encontrar un traje para Diablo estilo esmoquin. Él los llevaría y, posteriormente, se quedaría conmigo cuando se fueran de luna de miel.

Sin embargo, un escalofrío recorrió mi espina dorsal mientras que un trueno resonaba en el cielo encapotado de nubes negras. No había parado de llover en todo el día. No obstante, sentí como si alguien me vigilara. Con la respiración agitada, fui hasta la ventana y me sobresalté al ver a Charles allí con un ramo de flores.

Respiré con tranquilidad sin saber que el verdadero peligro acechaba.

## Capítulo 9

—Sólo es una cita para mirar anillos, Charles, no tienes de qué preocuparte —reí entre dientes sintiendo los besos de Charles en mi cuello.

Me tenía abrazada por la espalda y no paraba de darme besitos por el cuello.

—Vale, pero quiero que tengas cuidado —me dijo dándome la vuelta y posando sus labios sobre los míos.

—Te lo prometo.

Me separé de él y recogí mis cosas del aula de ensayos. Hacía media hora que había acabado y aquí seguía yo. Me despedí de Charles y me fui hacia el centro de Nashville para ver los anillos para Elizabeth y Daniil. Las cosas entre nosotros habían mejorado mucho luego de encontrármelo en la puerta de casa con un bonito ramo de flores. Me llevó a cenar y hablamos largo y tendido; al final comprendió la situación.

Me reuní con Elizabeth y Daniil en donde Scott. Me senté en frente de ellos luego de saludar a mi antiguo jefe, quien se alegró de verme por allí. Pedí un menú número cuatro y me quité el abrigo dejándolo al lado.

—¿Dónde está Edik? —les pregunté—. Se suponía que íbamos a ir los cuatro —comenté frunciendo los labios.

—Mi padre ha tenido unos problemillas en la empresa —dijo Daniil, pasando el brazo por los hombros de Elizabeth—. Viene en seguida, le he pedido ya la comida.

—¿Tú qué tal? ¿Cómo llevas lo del evento de navidad? —me preguntó Beth.

—Bien, gracias por preguntar —les sonreí—. Tanto yo como Emily ensayamos todos los días.

—Estaremos en primera fila —comentó Daniil—. Por ahí viene Edik —señaló con la cabeza hacia la puerta.

Hoy hacía un frío que pelaba y Edik iba sumamente sexi con un abrigo que le llegaba hasta las rodillas. Llevaba unas botas militares y un pantalón vaquero. Tenía el pelo revuelto y le caían algunas gotas por los mechones de la frente. Desvié la mirada hacia la calle y vi que había vuelto a comenzar a llover. Edik se dirigió hacia nosotros y tuve que obligarme a relajar el ritmo de mi corazón.

—Siento haber llegado tarde —se disculpó, quitándose el abrigo. Agarró el mío y lo puso al otro lado del asiento en forma de sofá. Le sonreí en agradecimiento—. ¿Habéis hablado de algo importante?

—Sólo que Natasha tiene el concierto en navidad —respondió Beth con una sonrisilla pícara. La miré mal y con reproche.

—Pues estaré en primera fila —dijo sonriendo mientras que su mirada se fijaba en mí—. Por cierto, ¿habéis visto ya la fecha para la boda?

—Sí —dijeron al unísono.

—¿Para cuándo al final? —pregunté con curiosidad.

Ellos se miraron y rieron.

—Para marzo, el trece de marzo —respondieron.

—No podía ser otro día —reí—. Pero queda muy poco tiempo —hice cuentas y los miré con los ojos abiertos—. ¡Solo quedan cinco meses! ¿Y el vestido? ¿Y el fotógrafo? ¿Y..?



—Relájate —rio Edik poniendo una de sus manos en mi rodilla.

Le quité la mano de ahí de un manotazo, haciendo que tanto Daniil como Beth rieran. La camarera nos trajo los pedidos y comenzamos a comer.

—¿Cómo quieres que me relaje? —le pregunté —. No tengo siquiera el vestido...

—Hay tiempo para todo —rio él.

—Eso es verdad, Nata. Hoy hemos llamado y ya hemos pedido esa fecha, las invitaciones las enviaremos la semana que viene y como fotógrafa tenemos a Bella. —Elizabeth mordió su sándwich—. También he pedido cita para ver el vestido, iremos la semana que viene.

—¿Quiénes iréis? —preguntó Daniil con curiosidad.

—Tu madre, Bella, Natasha y yo. ¡Ah! Y mi abuela estará por vídeo llamada —se encogió de hombros—. Tengo en mente cómo me gustaría que fuerais vosotros, al ser los testigos quiero que vayáis a conjunto.

—¿Qué color has pensado? —pregunté.

—El color no lo tengo muy claro, pero quiero que vayas estilo diosa griega.

—Es una idea muy buena, ¿yo también tengo que ir al estilo dios griego? —se burló Edik. Le di un manotazo en el brazo.

—Eres imbécil. —Daniil le tiró una patata frita y comenzó la guerra de insultos y comida.

A la hora y media terminamos de comer y pusimos rumbo a una de las joyerías más bonitas de Nashville. Edik vino conmigo en el coche mientras que Daniil y Elizabeth se fueron en el suyo. Nos encontrábamos callados, con la música de fondo. Ellos iban delante y nosotros les seguíamos de cerca, siempre guardando la distancia de seguridad.

—Hacen muy buena pareja, ¿verdad? —preguntó Edik, irrumpiendo el silencio.

—La verdad es que sí, me alegro muchísimo por ellos —respondí sonriendo.

—Parecen dos adolescentes, ¿te acuerdas de cuando comenzamos nosotros? ¿También teníamos esas caras de idiotas? —reí.

—Seguramente. Aquellos eran otros tiempos, pero la cara sería igual.

Llegamos a la joyería y aparqué. Inesperadamente, allí se encontraba Bella con Emma y la cámara en mano. Según lo que nos explicó, iba a hacer fotos de principio a fin del proceso, y dentro también estábamos Edik y yo por ser los testigos de la boda. Dejamos que Bella hiciera de las suyas, y la verdad es que me lo estaba pasando muy bien. Llegó un momento en que dejé que Bella les hiciera fotos a Daniil y Elizabeth solos mientras yo husmeaba otros escaparates. Sin embargo, la voz de Edik muy cerca de mi oído me sobresaltó.

—¿Te gusta ese? —preguntó mirando el anillo que llevaba en la mano.

Lo dejé en su sitio y asentí.

—Es precioso, pero no es del estilo de esos dos —reí.

—¿Y de quién es el estilo de ese anillo? —preguntó curioso, posicionándose a mi lado.

Edik me miró desde arriba, subí la mirada y no pude evitar ponerme nerviosa. Me relamí los labios y desvié la mirada hacia los anillos.

—Del mío, yo soy más de estilos sencillos. No me gusta el color oro, así que yo me quedaría con un anillo fino y de oro blanco.

—Ya sé qué comprarte para cuando nos casemos —dijo, pillándome desprevenida.

Lo miré escéptica y me eché a reír.

—No digas tonterías.

Edik rio, pero, inesperadamente, me agarró por la espalda y me abrazó. Dejé descansar mi cabeza sobre su pecho mientras que miraba otro anillo muy de mi estilo.

—Lo digo en serio, sería una boda preciosa.

—Claro que sí —reí—. Sería en Maldivas, una ceremonia informal con nuestros amigos y familiares más cercanos. Sería al atardecer y todo estaría decorado de blanco, azul y antorchas prendidas —dije inconscientemente.

Edik besó mi mejilla y me puse colorada. Salí de ese estado de imaginación máxima y me solté de su agarré. Dejé el anillo en su sitio y carraspeé.

—Estaba bromeando —reí incómoda.

—Y yo, y yo —dijo él haciéndose el tonto.

Terminamos de mirar los anillos y, al final, acabamos comprando los que Elizabeth y Daniil quisieron. Le dije a Edik si quería ir a tomar un café para charlar acerca del vídeo recuerdo que les íbamos a hacer, porque tenía una idea para la música de fondo. Fuimos andando, pues no estaba muy lejos, pero al sentarme me di cuenta de que me faltaba la cartera. Me sobresalté.

—¡Mierda! —exclamé—. ¿Me pides un *smoothie* de fresa? Voy a la joyería y vuelvo en cinco minutos —le dije, levantándome de la mesa apresurada.

—¿Seguro que no quieres que te acompañe? —me preguntó.

—No —dije aireadamente—. Pídemelo, que vuelvo en cinco minutos.

Volví a ponerme el abrigo y salí corriendo hacia la joyería. Cuando llegué el hombre tenía mi cartera en mano, pues me había visto por el cristal del escaparate. Salí para volver al Starbucks, pero noté que alguien me agarraba del brazo y me llevaba a un pequeño callejón entre la joyería y otra tienda. Intenté gritar, pero una mano en mi boca y una navaja en mi cuello me lo impidieron. Se me cayó el bolso al suelo y no pude respirar hasta ver la cara de aquel que me estaba atacando.

—Tengo dinero en el bolso —dije temblando—, llévatelo.

Mi respiración estaba agitada y fue peor cuando vi la cara de mi asaltante: Abigail Bagley.

—No quiero tu puto dinero —escupió con asco—. Quiero que te mueras, quiero matarte. ¿Entiendes?

—Abigail, yo... —me calló de una bofetada. Abigail volvió a poner la navaja en mi cuello. La miré con lágrimas en los ojos—. Yo no te he hecho nada —respiré con dificultad.

—¿No? —rio amargamente—. ¿Crees que hacerme ser la puta del clan de Sergey y matar a mi padre no es suficiente? ¡Responde! —volvió a darme otro bofetón.

—Te juro que yo no... —Sólo escuchar su nombre me hacía entrar en un estado de horror y pánico.

—No jures, hija de puta —escupió con asco. Abigail puso la navaja en mi cuello y empezó a apretarla, comenzando a hacerme sangre—. Vas a ser la primera en morir, voy a acabar contigo y con mi querida prima. Acabaré con vosotras y todo mi infierno acabará.

—Por favor... —le rogué sintiendo cómo comenzaba a cortar.

Pensaba que iba a morir, que ese era mi fin. Sin embargo, su voz me libró de las garras de la muerte.

—¡Eh! —gritó Edik—. ¡Suéltala!

Abigail, quien estaba en la sombra, despegó la navaja de mi cuello y se fue corriendo. Caí al suelo despacio, deslizándome por la mugrienta y mohosa pared. Las lágrimas comenzaron a caer bravías. Edik se agachó y me abrazó. La gente comenzó a acumularse y escuché cómo las sirenas de la policía se acercaban.

—¿Estás bien? —me preguntó Edik exaltado, pero yo solo podía mirar a un punto fijo mientras lloraba—. Natasha, por favor, mírame. —Edik me obligó a mirarlo, agarró mi cara con sus manos e hizo que sus ojos se estamparan con los míos. Volvió a abrazarme cuando me vio aterrada—. Ya está —susurraba—, ya está. Todo va a estar bien, estoy contigo. No dejaré que

nada malo te pase.

Pero ya nada estaba bien.

# Capítulo 10

Edik

—¿Cómo no la acompañaste?! —gritó Charles hacia mí.

Respiré profundamente, intentando guardar la calma para no poner peor a Natasha.

—Charles, por favor —le rogó ella aún recostada en la camilla del hospital.

Había llevado a Natasha al hospital, pues había sufrido un ataque de pánico. Verla tan frágil me mataba. Sabía que sólo era cuestión de tiempo que Sergey o alguien de su entorno volviera a atacarnos, pero nunca pensé que fuera Abigail.

Como decía Dr. Seuss: A veces no te darás cuenta del valor de un recuerdo hasta que se convierta en memoria.

« Me encontraba en la Trece junto a Sergey y Daniil. Tenía colgando del brazo a la pesada de Abigail. No había cosa que me diera más rabia que una tía tan pesada. Desde un principio le dije que lo nuestro sólo habían sido dos polvos esporádicos, pero nada más. Ella no me interesaba, era demasiado tonta.

Era como todas.

No veía más allá del dinero, la fama o los coches caros.

Incluso mi hermano Daniil se la había tirado, y eso que ella era mayor que él. Abigail sólo buscaba un bolsillo lleno, miradas de envidia y dar el cante por todo Nashville.

Intenté soltarla de mi brazo, ya de malas formas.

—¿Vas a dejarme de una puta vez? —la aparté y escuché como Sergey y Daniil reían—. Lo digo muy en serio, déjame.

—No seas así —exclamó ella haciendo pucheros.

Fruncí el ceño y desvíe la mirada a mi primo. Sergey era muy parecido a mí, teníamos los mismos gustos y quizás a él le gustase.

—Sergey, ¿por qué no te llevas a Abigail a por unas bebidas? —le pregunté, pero él rio y negó.

—No pienso cargar con esta pesada —respondió, chasqueando la lengua. Abigail se sintió ofendida y se cruzó de brazos—. Además, prefiero a la chica del otro día.

Me quedé helado.

—¿Qué chica? ¿Natasha? —pregunté escéptico. Lo vi asentir mientras bebía de su cerveza—. ¡Y una mierda, Sergey!

—¡Vamos! —rio—. No me digas que al final te has interesado por ella...

—Primo, cállate la puta boca o te la reviento a golpes. —Daniil salió en mi defensa.

—¡Oh! —exclamó sorprendido, pero en su mirada hubo algo más que no pude diferenciar—.

Я не могу поверить этому.<sup>[3]</sup> Я думала, ты не в тыл, кузен.<sup>[4]</sup>

Daniil tuvo que pararme para no golpearlo.

—¿Qué coño has dicho? —preguntó Abigail desconcertada.

—Nada que te importe —le respondí de mala forma.

—¿Nada que le importe a quién?

Me giré con los ojos muy abiertos, no creí que hoy viniera. Natasha estaba allí, vestida con un vaquero y una sudadera que le venía un poco grande. Llevábamos hablando toda la semana, me encantaba estar con ella. Natasha no me juzgaba por llevar tatuajes ni por parecer, según ella, un chico malo. Con ella era yo mismo.

—Pero... ¿Qué haces aquí? —exclamé abrazándola.

Natasha correspondió a mi abrazo.

—Me he escapado para verte correr —dijo, desviando la mirada hacia otro lado.

—¿Cómo que te has escapado?

—Por la ventana —levantó la pierna y me enseñó un rasguño que llevaba en la rodilla, se había raspado los vaqueros—. Me he caído y todo —rio.

—Natasha, eso no está bien —le regañé y me sonrió sin enseñar los dientes. Pensé que me iba a derretir.

—Lo sé, pero quería salir un rato y verte.

—¿Quién es esta? —preguntó Abigail poniéndose delante de mí.

—Soy Natasha —le respondió ella con el ceño fruncido—, no está.

—Hola, Nat —la saludó mi hermano.

—Hola, D —respondió ella, con un movimiento de cabeza.

—Abigail, es mejor que te vayas. —Ella me miró con escepticismo.

—¿Por qué? —preguntó, cruzándose de brazos.

Pasé un brazo por los hombros de Natasha y dejé un beso en su mejilla.

—Porque ya tengo compañera para correr hoy.

—¿Qué?! —preguntaron al unísono Abigail y Natasha.

Reí y la miré desde arriba.

—Hoy correrás conmigo otra vez, ¿verdad? —Sabía que Natasha no podía resistirse a mis ojitos de corderito degollado. Se mordió el labio inferior y asintió—. Ya ves, Abigail, lárgate.

Refunfuñó antes de irse hacia Dios sabe dónde.

—Te pasas —rio Natasha.

—Lo sé, pero me da mucho asco —reí—. ¿Vamos a mi coche?

Natasha subió la mirada y abrió los ojos.

—¿Decías en serio lo de la carrera?

—Claro —respondí tocando el pico de su nariz.

—Si no quieres puedes venir conmigo —le propuso Sergey, mirándola lascivamente—. Estoy seguro de que nos divertiremos mucho.

Abracé más fuertemente a Natasha a mi cuerpo y miré mal a Sergey. Él era como otro hermano, no entendía su comportamiento con Natasha. Ella se refugió en mi cuerpo; estaba incómoda.

—Vamos —le dije, llevándomela lejos de él. »

—¡Ni por favor ni nada, Natasha! —exclamó Charles.

—¿Vas a callarte de una puta vez? —escupí con odio hacia él—. ¿No crees que ya tengo suficiente sabiendo que esto ha sido por mi culpa?

—Esto no es tu culpa, Edik —dijo Natasha con voz tenue.

—Natasha, sí lo es —intervino Charles.

—Te lo digo muy en serio, o te callas de una puta vez, o te pego una paliza —le dije, amenazándolo.

Charles iba a decir algo, a contraatacar, pero los padres de Natasha aparecieron y lo interrumpieron.

—¡Mi niña! —exclamó la madre de Natasha, abrazándola—. ¿Cómo estás?

—Bien mamá, solo ha sido un atraco.

—¿De verdad estás bien, cielo? —le preguntó su padre.

—Sí, papá, solo ha sido el susto.

—Si no hubiera sido por este... —farfulló Charles.

—Te lo digo muy en serio, te mato si no te callas —le dije sin tapujos.

La madre de Natasha rio entre dientes mientras que su padre me miraba de una forma muy seria.

—Estaba contigo, ¿verdad? —se dirigió a mí.

Asentí.

—Sí, señor —respondí—. Siento muchísimo lo ocurrido, de verdad. Tendría que haber acompañado a Natasha para evitar... —¿Qué le podía decir a su madre? Natasha había decidido no decir que era Abigail—. Bueno, lo ocurrido.

—No te preocupes, hijo, hubiera sido peor si no hubieras llegado a tiempo —dijo su madre.

—Señor Dawson, la próxima vez que queden iré con Natasha si hace falta. Seré su sombra...

—¡Charles! —le gritó Natasha—. ¡No quiero un canguro!

—Charles, ¿puedes dejar que hable con mi hija y Edik a solas? —El susodicho pareció sorprenderse, pero se fue. El padre de Natasha suspiró con pesadez, pero me miró con la mirada encendida—. ¿Sabes que nunca me has caído bien? Bueno, ni tú ni Charles, pero sé que eres el único que puede proteger a mi hija. —El señor Dawson miró a Natasha—. Hija, no te ofendas, pero Charles no daría la vida por ti. Edik, cuidala. Estaré más tranquilo si eres tú quien la cuida.

Había veces que pensaba que el señor Dawson era adivino. Tanto él como la señora Dawson sabían que había algo más.

—Claro —asentí.



Al salir del hospital lo primero que hicimos fue ir a casa de mis padres. De nuevo, la familia se reunía para algo más que una simple comida. Emma jugaba en el salón con Aleksey Junior mientras que Bella y Aleksey estaban con nosotros en la enorme mesa de la cocina. No sólo estaban allí mis padres y mis hermanos con sus respectivas parejas, sino que también había algunos miembros del clan que nunca nos habían fallado. Ellos eran parte del pasado de mi padre, al igual que sus familias. Nos ayudarían en todo.

—No puedo creerme que Abigail esté metida de lleno y que te haya querido matar —dijo Elizabeth, sorprendida.

—Me dijo que quería matarme porque era la puta del clan de Sergey, tu tío está muerto —habló Natasha, de forma tímida.

—Seguramente lo hicieron por no cumplir con su misión —interrumpió mi padre, rascándose la nuca—. Era cuestión de tiempo que Sergey volviera a atacar.

—Papá, necesito que vigilen la casa de Natasha. No puedo arriesgarme —le dije seriamente.

—Lo sé —respondió él—. Lo harán, de eso no hay que hablar nada.

—Me pondré a buscar por todos lados movimientos informáticos de Sergey o alguien de su clan, tengo contactos en la policía, entre otros —comentó Aleksey.

—No quiero molestar —dijo Natasha.

—Tú nunca molestarías, Nata —respondió Bella con una sonrisa cerrada.

—Organizaré a los chicos, papá —dijo Daniil.

—Está bien.

Nos levantamos todos de la mesa. Cada uno se fue para su lado, pero yo me quedé con Natasha en el salón. Mamá le había dado una infusión para que se relajara y la llevaba en manos mientras bebía despacio. Fui hacia ella y la abracé, dejando que descansara su cabeza en mi pecho. Besé su coronilla antes de coger la taza y dejarla en la mesa.

—¿Te encuentra mejor?

—Sí —respondió en un largo suspiro.

—Te llevaré a casa, quiero organizar las guardias —dije.

Natasha asintió y se separó de mí. Agarró su bolso y anduvo detrás de mí hasta el coche. Le abrí la puerta, era algo que me encantaba hacer. Natasha se subió y la seguí por la mía. Metí la llave en el contacto y comencé a conducir. Llegué a su casa en diez minutos, aparqué justo en frente. Dejé descansar la cabeza en el respaldo y la miré. Natasha estaba distraída, creo que siquiera se había dado cuenta que habíamos llegado. Me quité el cinturón y puse mi mano sobre la suya, que estaba en su rodilla. Se sobresaltó, pero me sonrió. Se quitó el cinturón y se dio la vuelta para estar cara a mí.

—Gracias —dijo, sonriendo de forma cerrada.

—¿Por qué? —pregunté acerándome a ella.

—Por salvarme, si no hubieras llegado...

—No pienses en eso —volví a acercarme a ella.

Lo único que nos separaba eran el freno de mano y las marchas. No podía parar de bajar la mirada a sus labios. Me tentaban.

—Tengo que hacerlo Edik, gracias. No sé cómo pagártelo...

Me quedé pensando.

—Un beso —dije.

—¿Qué? No —respondió.

—Has dicho que no sabías cómo pagármelo.

—Pero no puedo darte un beso —exclamó.

—Nunca he dicho dónde me lo podías dar —reí—. Me conformo con un beso en la mejilla.

Natasha rio, pero asintió.

—Vale, si es en la mejilla no te diré que no.

Natasha fue a darme un beso en la mejilla y, cuando estaba a sólo centímetros, desvié la cara y choqué mis labios con los suyos. Natasha se sobresaltó, pero no los apartó. Como pude, agarré su nuca para profundizar el beso. Me separé cuando nos faltó el aire.

La miré con la respiración agitada.

Natasha abrió los ojos y se relamió los labios. Nos miramos por unos segundos e, inesperadamente, volvió a abalanzarse sobre mis labios. Esta vez fue ella quien me impresionó. Estuvimos así durante minutos hasta que volvió a separarse y salir del coche corriendo.

# Capítulo 11

—*¡Eres mía, solo mía! ¿Lo entiendes?*

*De nuevo, Sergey volvió a pegarme. En aquella habitación en la que estaba, mugrienta y mohosa, tirada en el suelo y con más de una herida en todo el cuerpo por la fuerza de sus golpes, hacía mucho frío. Estábamos solos él y yo en la habitación donde una cama y una bombilla colgando del techo eran lo único que se podía encontrar como decoración. Desde el suelo, levanté la vista para encararlo.*

*—En tu puta vida, Sergey —le dije con asco.*

*Él, con los ojos inyectados en sangre, me agarró del pelo y me lanzó a la otra punta de la minúscula habitación. Vi cómo comenzaba a quitarse el cinturón y los pantalones.*

Grité.

Desperté en mi cama totalmente sudada y temblando. Recordar aquel momento me causaba un fuerte dolor en el pecho, como si lo estuviera volviendo a vivir en mis carnes.

Cerré los ojos y suspiré con pesadez.

Miré el teléfono móvil y vi que eran las cinco de la mañana. Resoplé, levantándome de la cama, aún con el corazón desbocado, y fui a la ducha. Mamá estaba en la puerta del baño, preocupada. Me preguntó qué había pasado y le dije que otra vez habían vuelto las pesadillas. Mamá me comentó que sería bastante bueno pedirle una cita a la Doctora Morgan. Hace unos días se habían encontrado con Alexandra y se habían puesto a hablar. Mamá le preguntó quién había tratado a Daniil, pues mi madre sabía algo, aunque no todo lo que le pasaba al futuro marido de Beth. Cuando salí de la ducha, me enrollé en una toalla y salí, encontrando a mamá apoyada en la pared.

—Está bien, mamá —le dije, suspirando—. Tengo que ir con Beth para ver los vestidos esta tarde, le preguntaré.

—Prepararé el desayuno, ¿vale, cielo? —Mamá se fue escaleras abajo.

—Mamá, no hace falta.

—Claro que sí, cielo —dijo ella, bajando las escaleras.

Rodé los ojos y fui a mi habitación para cambiarme. Cuando quise darme cuenta eran ya las siete de la mañana. Me sequé el pelo y me vestí. Recogí mi habitación y bajé a desayunar con mamá.

Papá estaba aún dormido; ahora que estaba jubilado no se levantaba temprano si no era por una emergencia. Desayuné con mamá tranquilamente, charlando de la posibilidad de visitar a la Doctora Morgan. A las ocho de la mañana volví a subir a mi habitación para intentar tapar las ojeras que tenía bajo mis ojos. Me maquillé tenuemente y bajé con mi maletín para ponerme los zapatos.

Sin embargo, sentada en una de las sillas de la cocina mientras me ponía los zapatos, recordé lo ocurrido días atrás. Una leve sonrisa apareció en mis labios.

¿Cómo puedo ser tan zorra? *Siéndolo.*

Me ahuequé el pelo y me tapé la cara con las manos sintiéndome desconcertada conmigo misma.



Recordar el beso con Edik me hacía sentir mariposas en el estómago.

Había veces que pensaba que era una gran zorra. Estaba con Charles, ¿cómo podía hacerle eso? Él nunca me había engañado y, aunque sintiera que me derretía cuando estaba con Edik, debía serle fiel porque él no se merecía que lo engañaran. Aún recordaba la primera vez que nos besamos, eran recuerdos que estaban muy bien guardados en mi subconsciente, porque cada vez que los recordaba volvía a revivir cada uno de los sentimientos de antaño.

«—¡No me jodas! —exclamó Claire, asombrada.

Me di la vuelta en mi silla de estudio y me mordí el labio inferior mientras asentía.

—Es que él es tan... —Siquiera tenía palabras para describirlo.

—¿Sexy? —preguntó ella con picardía.

—Iba a decir bueno conmigo, pero sexy también —reí.

—¿Qué hicisteis? —me preguntó, curiosa, mientras se tumbaba en mi cama—. Aún no me creo que te escaparas de casa para ir a verlo.

—Ni yo —dije, riendo—. Fue una experiencia única. Me llevó a cenar después de correr, estuvimos hasta las dos de la mañana juntos y cuando me trajo a casa me ayudó a subir por la enredadera.

—¡Me muero! —gritó Claire emocionada—. Cuéntame más, tía. ¿Cómo es él en persona? O sea, más cercano, digo.

—Pues es una persona maravillosa —me levanté de la silla y me tumbé a su lado suspirando—. Odia que lo juzguen de malo por llevar tatuajes, le encanta la música y es muy aventurero. Estudia en la universidad para trabajar en la empresa familiar de su padre.

Claire me miró mordiéndose el labio.

—Dime que lo has besado, dímelo tía —me rogó.

Cerré los ojos y negué.

—No —suspiré cual enamorada—. Pero siempre nos despedimos con un beso en la mejilla, y la otra noche estuvo a nada de rozarme los labios. Creí que me moría.

Claire soltó una risa bastante grave.

—Te gusta, ¿verdad?

—Sí —me tapé la cara con una almohada—. Con él me siento súper bien, Claire. No pensé que fuera así de...

—¿De qué? —preguntó ella.

—De cariñoso.

Claire y yo estuvimos un buen rato haciendo los deberes juntas. Mis padres habían ido a comprar y nos habían dejado solas. Debían ser las cinco de la tarde cuando escuchamos unos golpecitos en la ventana. Me levanté extrañada, pero al abrirla me quedé sorprendida al verlo en mi jardín trasero.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté sorprendida.

Claire anduvo hasta la ventana y cuando lo vio comenzó a hiperventilar, estaba alucinando. No gritaba, pero hacía gestos como si lo estuviera haciendo. *Ella tan Drama Queen*, pensé divertida.

—Como en Romeo y Julieta —susurró ella emocionada.

—Cállate —le grité a Claire divertida. Edik parecía igual de divertido—. ¿Qué haces aquí? —le volví a preguntar.

—He venido a verte —me dijo sonriendo—. Apártate que subo —dijo, empezando a escalar la enredadera.

—Edik, no están mis padres —reí—, voy a abrirte la puerta.

Pero él no desistió, y acabó entrando a mi habitación por la ventana. En cuanto entró, me dio un beso en la mejilla y creí morir. Claire estaba más que emocionada e hiperventilando. Estaba, literalmente, flipando.

—Hola —la saludó Edik.

Claire recogió sus cosas y se fue murmurando mil y una bobadas. Edik no podía parar de reír al igual que yo. Se sentó en el borde de mi cama y lo miró todo con ojo crítico. Dejé la ventana abierta y recogí los libros, lo vi de soslayo sintiendo mil sensaciones en mi interior.

—¿Ahora vas a ser el chico que entra por mi ventana? —le pregunté divertida, intentado acallar los nervios que me carcomían.

—Puede ser —rio—. ¿No están tus padres?

Negué.

—Han ido a comprar —respondí.

Anduve hasta él y, tomándome por sorpresa, hizo que me sentara en sus rodillas. Me puse más roja que un tomate, era la primera vez que estaba con alguien así y, sobre todo, tan sumamente cerca.

—¿Y eso que has venido? —le pregunté, desviando mi mirada a sus ojos.

Edik suspiró con cansancio.

—He tenido una pelea con mi primo y no tenía ganas de verle la cara.

Fruncí el ceño.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté con curiosidad.

De forma vergonzosa, pasé mi brazo por su cuello y comencé a acariciar el pelo de su nuca. Edik cerró los ojos disfrutando de la caricia y es que nunca me había sentido tan cómoda con un chico, y más estando de esta forma tan... íntima. Tomándome por sorpresa, Edik subió una de sus manos a mi pelo y lo acarició con cariño.

—Hemos tenido una pelea gorda —comentó, apretando la mandíbula.

Intenté agarrar su mano para incitarlo a seguir, pero vi que tenía unas marcas horribles y rojizas, incluso rasguños aún sangrantes. Me sobresalté y me levanté mirándole las manos con preocupación.

—¿Qué te ha pasado? —le pregunté asustada.

—Ya te lo he dicho, la pelea ha sido gorda —hizo una mueca cuando pasé mis dedos por los rasguños.

Lo miré con escepticismo, me separé de él y fui al cuarto de baño para coger el pequeño botiquín. Volví la habitación dejando la puerta abierta, me senté de nuevo y mojé un poco de algodón en alcohol. Le agarré la mano y Edik la retiró.

—Deja que te cure —le dije, volviendo a agarrar una de sus manos.

—Eso escuece —se quejó cuando puse el algodón en la herida.

—Pues no hubieras sido tan bruto —repliqué, mirándolo con reproche—. Sergey es tu primo, no sé qué os ha podido hacer pelearos de esta forma...

—Has sido tú —desvié mi mirada hacia su rostro.

—¿Cómo? —pregunté confundida.

—Que la pelea ha sido por ti —confesó.

Apreté el algodón en su mano sin querer, por la sorpresa de sus palabras. Edik se quejó y me sobresalté.

—¡Joder! Lo siento, lo siento —farfullé limpiándole todo el alcohol de sobra de sus heridas—. No entiendo por qué os vais a pelear por mí, Edik, eso es imposible.

Edik agarró mi cintura y me obligó a sentarme encima de sus piernas. Con su mano libre agarró mi mentón e hizo que lo mirara.

—Tú no lo comprendes. Sergey siempre ha tenido fijación por lo que yo quería o tenía. Nunca nos preocupamos porque pensábamos que eran tonterías, pero no, esta vez se estaba pasando.

—¿Y yo qué tengo que ver en eso?

—Que estoy interesado en ti, Pequeña Paganini —dijo, tomándome por sorpresa.

Me puse muy roja, notaba cómo el calor subía a mis mejillas mientras que Edik se acercaba mucho a mi rostro; exactamente a mis labios. Llegó un momento en que sentía su aliento mezclándose con el mío. Tragué saliva viéndolo a sólo dos centímetros de mí.

—Edik, yo... —puso uno de sus dedos en mis labios.

—Lo sé —sonrió.

Él sabía que yo experiencia no tenía, y era casi irreal que un chico como él se fijara en una cría como yo.

—Esto no puede estar pasando —susurré, lo escuché reír.

—¿Por qué no? —preguntó.

—Porque tú nunca te fijarías en alguien como yo, Edik.

—¿Y quién dice eso? —preguntó, ahora serio. Edik agarró mi mentón de nuevo e hizo que lo mirara—. Dime, ¿quién dice eso?

—Yo —respondí avergonzada.

—Pues te equivocas —sonrió—. Me gustas, mucho.

Y entonces me besó.

Edik fue mi primer beso.

Mi primer y único amor. »

—Hija, llegarás tarde si no te das prisa.

Me sobresalté al escuchar la voz de mamá desde la puerta de la cocina. Asentí en su dirección y me fui a trabajar. Llegué al trabajo y, antes de salir, respiré profundamente. No era bueno estar así, tenía que aclarar mis ideas y sentimientos pronto, antes de que me diera algo.

Me sorprendí cuando vi a varias chicas de la escuela con el pelo corto y tintado de colores vivaces. Me miraban y me saludaban. De alguna forma ese corte me recordaba al mío. Conforme me fui yendo a clases vi a más chicas así, estaba demasiado sorprendida viéndolas.

A la hora del almuerzo, Emily, quien también llevaba el mismo estilo de pelo que yo y las otras chicas, me pidió que la acompañara al aula de ensayos de forma urgente. Para mi sorpresa, allí estaban todas las chicas que había visto en la escuela con el pelo corto y tintado. Me explicaron que se habían dado cuenta de que las normas de la escuela iban en preferencia a los hombres y que iban a luchar por ello. Lo que ocurrió con Emily solo les abrió los ojos y querían parecerse a mí: yo era una personificación de la que querían seguir sus pasos. Querían luchar para que en el comité también se admitieran mujeres.

Simplemente impresionante.

Les prometí que lucharía por ello y que desde ese momento el aula de ensayos sería nuestro lugar de reunión, pues querían formar un grupo de comité para casos machistas y xenófobos. Para casos como los de Emily y yo.

Entre clases, charlé con Charles sin comentarle los detalles que me traían de cabeza, sentimentalmente hablando.

A las cuatro de la tarde, después de comer y haber ensayado, me fui a ver vestidos con Beth, Alexandra y Bella. Elizabeth se probó muchísimos vestidos de novia, pero al final se quedó con

uno con un aire muy vintage e hippie. Tal y como era ella. Luego vino el momento en que Alexandra, Bella y yo nos empezamos a probar vestidos. Elizabeth se quedó enamorada de uno que me probé en un color fucsia que se ataba al cuello y dejaba la espalda al descubierto. Era largo y tenía un bello fruncido en la parte de la cintura.

Todo iba de maravilla hasta que tuvimos que salir y vimos a varios hombres vigilándonos. Beth vino conmigo en el coche y me dijo que fuera a casa de los Vólkov. Llamó a Edik y le comentó lo que ocurría.

He de deciros que estar nerviosa se quedaba corto. Los desconocidos nos estaban siguiendo en un coche, pero Beth y yo fuimos más listas y los esquivamos en cuanto vimos una carretera transitada. Elizabeth me insistió en que siguiera sus instrucciones. Al final, acabamos en el aparcamiento del edificio de Edik. Guardamos el coche teniendo todo el cuidado posible para que esos desconocidos no nos persiguieran.

Cuando apagué el motor, sintiéndome ya segura, me apoyé en el respaldo del asiento. Esto ya estaba sobrepasándome.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó Beth.

Asentí.

—Lo intento, Beth. Pero cuesta estar así. ¿Cuándo podré hacer mi vida normal?

—Espero que pronto —me sonrió—. Mira, ahí vienen.

Miré por el cristal y vi como Edik se acercaba al coche apresurado. Iba sin camiseta, parecía que estaba haciendo deporte. Tragué saliva, miré a Elizabeth y salimos del coche, cerrándolo.

En cuanto Edik estuvo cerca de mí, me abrazó. En un principio me quedé parada, helada. Pero acabé abrazándolo.

## Capítulo 12

Edik me pasó una taza de té, estaba muy nerviosa y tenía que relajarme. Su madre era una experta en hacer té y él había sacado esa faceta.

—Gracias —se lo agradecí con la voz tímida.

—No me las des —dijo, sentándose a mi lado en el sofá—. ¿Te encuentras ya mejor?

Asentí.

Nos encontrábamos en su casa, con la vigilancia máxima. Elizabeth estaba en las rodillas de Daniil, justo en el sillón a mi derecha. El ambiente estaba algo tenso, a decir verdad. Siquiera me había atrevido a llamar a Charles o a mis padres, no quería preocuparlos más de lo que ya estaban. Edik pasó un brazo por mis hombros y se acercó a mí hasta estar pegado y dejarme descansar mi cabeza en su hombro.

—¿Les habéis visto la cara? —preguntó Daniil.

Yo negué, pero Elizabeth frunció los labios.

—Uno de ellos tenía una cicatriz cruzándole la mejilla y el labio, era horrible. —Elizabeth hizo una mueca de asco.

—¿Una cicatriz dices? —preguntó Edik—. ¿Es posible que sea...? —preguntó en dirección a su hermano.

—Puede ser —rio Daniil—. Después de la que le metió Aleksey no me extraña que sólo se haya quedado como un peón.

—Espera, espera —hablé, dejando la taza en la mesa de café del comedor—. ¿Qué queréis decir con eso?

—Hace muchos años, cuando Aleksey comenzó a salir con Bella, tuvieron muchísimos problemas. Estuvieron huyendo por el país durante meses, los perseguía un tío muy chungo, pero Aleksey, cuando vio que intentaba hacerles daño a Bella y a Emma, le rajó la cara —explicó Edik con una sonrisa de puro orgullo.

—De verdad que yo no os entiendo —susurró Elizabeth desconcertada.

—¿Todos habéis matado a alguien o qué? —pregunté sin pelos en la lengua.

—Todos no, yo y Daniil nunca hemos matado a nadie. Herido sí, pero lo que se dice matar no. Nunca —respondió Edik—. Las únicas personas que han matado a alguien han sido Aleksey y mi padre.

—Y yo —susurré con la mirada perdida.

Aún recuerdo el momento en que agarré la pistola, apunté a Sergey y maté a Igor por mi mala puntería. Esa muerte quedaría siempre en mis recuerdos. La sangre de un extorsionista hijo de puta fue derramada por mi culpa. Y no me arrepentía.

Edik me abrazó aún más fuerte a su cuerpo.

—No pienses en eso —me dijo suavemente.

Me mordí el labio y desvié mi mirada del suelo a sus ojos. Asentí, suspirando y dejando caer mi cuerpo en el respaldo del sofá.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Elizabeth.

—Creo que lo mejor será poneros seguridad —dijo Daniil—. Tú siempre vas conmigo, pero Natasha no tiene a nadie que esté veinticuatro horas tras de ella.

—¡No quiero niñera! —exclamé.

—No es una niñera, no te darás ni cuenta de que te vigilan —me aseguró Edik mirándome—. Es la mejor opción, os están vigilando, nos están vigilando, y debemos tener cuidado. Natasha, necesito que recules. Deja que ponga a mi gente a tu disposición, no sólo en tu casa, sino también contigo.

Me mordí la mejilla interna, valorando su petición.

—Está bien. —Era imposible no aceptarla si no paraba de mirarme directamente a los ojos.

Los ojos son el espejo del alma, y para mí los suyos una debilidad.

—Vale, me quedo más tranquila —dijo Elizabeth—. No me voy a separar de ti ni un minutito —le dijo a Daniil con picardía.

Reí entre dientes, al igual que Edik.

—Sería conveniente que hoy te quedaras con Edik, no sabemos si os han seguido hasta aquí —comentó Daniil—. Le diré a Aleksey que os ponga vigilancia, ¿vale? Le he prometido que hoy nos quedaríamos con Emma y Junior para que ellos disfrutaran de una noche romántica —hizo las comillas al pronunciar la palabra romántica.

Reí.

—Que van a follar como conejos, vamos —dije divertida.

Ellos rieron.

—Exacto —dijo Edik—. ¿Te quedarás entonces conmigo? Por seguridad, claro.

Tanto Edik como yo sabíamos que la seguridad nos la pasábamos por el forro. Cuando estaba con él no tenía ganas de irme a ningún sitio salvo estar con él. En este caso no iba a ser diferente. Nos miramos a los ojos por unos segundos y una sonrisilla cerrada apareció en mis labios, al igual que en los suyos. Y ese brillo en sus ojos Caribe era indescriptible e irresistible.

—Claro —dije, relamiéndome los labios mientras que subía y bajaba la mirada de sus ojos a su boca.

Elizabeth me miró con picardía en los ojos y Daniil estaba más que serio.

—¿Por qué no estáis juntos de una puta vez? —nos preguntó resoplando. Elizabeth le dio un codazo mientras lo miraba de una forma que, si las miradas matasen, él estaría dos metros bajo tierra —. Lo digo en serio, lleváis así diez años... ¿Cuándo os vais a dejar las tonterías?

—No son tonterías —replicó Edik con la mandíbula prieta.

—Yo estoy con Charles, Edik es mi amigo... —farfullé, desviando la mirada al mueble que adornaba el comedor.

—Seguid así, esto va a ser un descojone —dijo Daniil, levantándose—. ¿Vamos? Tenemos que recoger a Emma y a Junior.

—Sí, claro. —Elizabeth agarró su abrigo y se lo puso, ambos anduvieron hasta la puerta y la abrieron—. No hagáis muchas travesuras —nos guiñó un ojo.

Resoplé sacándole el dedo.

Se fueron dejándonos solos. El silencio se hizo entre ambos, agarré la taza de té, algo ya fría, y le pegué un sorbo.

—¿Qué quieres de cenar? —me preguntó Edik, rascándose la nuca—. Aún son las siete de la tarde, puedo preparar algo rápido.

—La verdad —suspiré—es que creo que lo mejor es que me vaya.

—¿Qué? ¿Por qué? —preguntó él, girándose por completo en el sofá.

—Porque esto no está bien, Edik —dije—. Estoy con Charles y lo estoy engañando contigo. Él no se merece eso. No puedo ir por ahí con él y luego besarte o que me beses tú. Eso no está bien.

Dejé descansar mi cabeza en el respaldo del mullido sofá y cerré los ojos aún con la taza en

mis manos. Sentí que Edik la agarraba y la dejaba en la mesa.

—Sé que no está bien, soy consciente de ello —dijo, dejando escapar de sus labios un largo suspiro—. Pero ¿qué hago si es lo que siento? Sabes perfectamente que quiero que estés conmigo.

—Pero eso no es posible.

—¿Por qué? —preguntó, poniendo una de sus manos sobre las mías.

Abrí los ojos, me incorporé y agarré sus manos con cariño.

—Porque el tiempo me ha dado a entender que es mejor que no esté contigo, Edik. Tengo miedo, sólo tienes que ver todo lo que nos está pasando. Esto es el pez que se muerde la cola. Si sigo contigo nunca parará y quiero poder estar tranquila, tener un trabajo y una persona a mi lado que me de tranquilidad. No quiero vivir perenne de si me van a perseguir o matar.

—Te comprendo. —Edik se dejó caer en el respaldo—. Natasha, no te haces una idea del juego en el que se ha convertido mi vida. Me encantaría darte eso que tanto quieres, pero no puedo prometerte nada. Yo... te amo, pero si quieres tranquilidad yo no te la puedo dar. No te puedo asegurar que pasemos toda la vida sin un solo peligro.

Acaricié sus manos lentamente.

—Lo sé —lo miré intentado no llorar. Yo también lo amaba, más de lo que se podía imaginar. Sin embargo, lo nuestro era imposible—. Somos amigos, ¿vale? Siempre me vas a tener.

Edik abrió los ojos y me miró intensamente.

—Tú también me vas a tener siempre, Natasha, aunque estar sin ti y verte con otro me mate.

—Anda —me levanté y adelanté mi mano—, vamos a hacer la cena. —Edik me dio la mano y se levantó, sonriendo de una forma triste—. A ver qué tienes por aquí... —comenté abriendo el frigo—. Tienes que ir a comprar —reí intentando quitarle hierro al asunto—, creo que podré hacer unos sándwiches y una ensalada de pollo.

—Me parece perfecto —respondió él.

—Mira esto —exclamé, viendo en la despensa—. También voy a hacer crepes de chocolate —le enseñé un preparado que tenía en la despensa con un bote de chocolate.

Edik rio y empezó a hacer la ensalada mientras yo hacía los sándwiches. Veinte minutos más tarde, estábamos en el comedor comiéndonos la cena mientras veíamos una película de comedia romántica llamada: Guerra de Novias. De vez en cuando, cuando Edik soltaba una carcajada, lo miraba de soslayo y me quedaba prendada de esa bonita sonrisa. Edik era un chico imponente, todos los Vólkov lo eran, aunque el que más malo parecía era él, sobre todo por su cuerpo lleno de tatuajes. Aun así, Edik era un trocito de pan. De los tres hermanos, diría que es el más cariñoso.

Terminamos de cenar y Edik me dejó ropa para dormir. Fui a la ducha y me di un baño rápido. Me lavé los dientes con un cepillo de sobra que tenía en casa (Edik era muy precavido en ese sentido) y salí ya con lo que iba a ser mi pijama.

Edik estaba en su habitación, con sólo unos pantalones y buscando algo en uno de los cajones de su mesita de noche. No se había dado cuenta de que lo estaba observando, pues me encontraba apoyada en la pared, con los brazos cruzados, y él de espaldas a mí. Me encantaba observarlo. Edik no sólo era atractivo, sino que tenía un aura que te atrapaba. Y ni hablar de sus hermosos ojos...

Me derretían.

Mi móvil vibró en mi mano y tuve que desviar mi atención.

Nos vemos mañana, cielo, espero que descanses.

Te quiero.

Tragué saliva, me relamí los labios y tecleé con rapidez.

Igualmente <3

Bloqueé el móvil y volví a mirar a Edik.

—¿Qué tanto buscas? —le pregunté desde la puerta.

Edik se sobresaltó, pero me miró.

—Nada, una tontería —se rascó la nuca. Edik anduvo hasta la puerta y me miró desde arriba—. Hoy dormirás aquí, mañana iremos a tu casa a por ropa y te acompañaré al trabajo, ¿te parece bien? Mi hermano ya ha puesto a dos hombres para que te cuiden las veinticuatro horas.

—Vale —resoplé—. Voy a estar un poco paranoica al saber que me están vigilando, pero me acostumbraré.

—Es por tu bien —me dijo, besándome la coronilla.

Me abracé a su cuerpo y respiré su aroma.

—Edik...

—Dime —respondió, separándose de mi cuerpo y mirándome.

—Eres mi amigo, ¿verdad?

—Claro —respondió con el ceño fruncido—. ¿Por qué me lo preguntas?

—¿Puedes dormir conmigo, por favor? —le pregunté, desviando la mirada—. Me da miedo dormir sola cuando no estoy en mi casa.

Edik cambió su cara de sorpresa por una tierna sonrisa.

—Claro, venga, a la cama —me dijo—. Voy a apagar las luces y ahora vengo.

Anduve hasta la cama y me metí bajo las sábanas. Puse mi móvil a cargar y me tumbé mirando el techo. A los pocos segundos apareció Edik y se metió conmigo, me abrazó e hizo que descansara mi cabeza en su pecho. Entre tantos tatuajes repasé uno que me hizo recordar viejos tiempos.

—Aún lo tienes —susurré impresionada, repasando las letras en una preciosa tipografía. Edik agarró mi mano y la besó—, pensé que te lo taparías o algo así.

—Nunca haría algo así, es importante para mí.

Volví a repasar con mi dedo el nombre que coronaba su corazón: Natasha.

—Yo... yo tampoco me lo he quitado —balbuceé tímida.

—Lo sé, lo vi la primera vez que viniste cuando te estabas bañando. ¿Sabe Charles que tienes mi nombre tatuado?

Tragué saliva sin dejar de repasar mi nombre en su piel.

Negué.

—No, él nunca me ha llegado a ver desnuda.

Cerré los ojos y bostecé. Edik me abrazó aún más a su cuerpo, acoplándose a mí perfectamente. En menos de dos minutos caí en brazos de Morfeo. Sin embargo, llegó un momento en el que empecé a sentir besos en mi cuello y leves caricias por mi cadera. Me removí, soltando un ligero jadeo al sentir como esos besos bajaban hasta el valle de mis senos. Entreabrí los ojos y vi a Edik mirarme con los ojos dilatados y brillantes. Siquiera pude preguntarle qué era lo que pretendía, la mano en mi cadera bajó hasta el dobladillo de la camiseta. Comenzó a subir su mano hasta llegar a mis pechos. No sabía cómo habíamos llegado a esto, sólo que el maldito infierno se estaba ciñendo sobre mí con sus caricias húmedas. Me giró, ya no estaba mirando su pecho, sino



que mi trasero estaba totalmente pegado a su erección. Edik siguió masajeando mi seno mientras pellizcaba mi pezón.

—Edik —jadeé—, ¿qué haces?

Chistó antes de morder el lóbulo de mi oreja.

—Calla y disfruta —dijo con la voz ronca.

Empezó a menearse, rozando su erección contra mi trasero. Cerré los ojos y me mordí el labio inferior. Una de sus manos bajó hasta, sin saber cómo, quitarme el pantalón de deporte que llevaba puesto. Paseó su mano por mi pierna, apretó mi trasero y se adentró en mi sexo sin permiso. Sus labios, húmedos, mordían mi cuello cual experto. Sabía perfectamente dónde besar, morder y acariciar para hacerme delirar. Me dio la vuelta de nuevo; ahora estaba bocarriba. Me quitó la camiseta dejándome completamente desnuda ante él, que estaba de perfil. Sin permiso alguno, empezó a besarme mientras sus dedos hacían pequeños círculos en mi botón de placer. Hizo que abriera las piernas y las flexionara, de alguna forma eso me creaba mucho más gusto.

Sus labios eran exigentes, su lengua se encaramó con la mía en una guerra que perdí. No podía parar de gemir en sus labios mientras que dos de sus dedos se colaban en mi interior. Entraban y salían mientras su pulgar trazaba círculos en mi botón de placer. Mi pecho subía y bajaba agitado, acoplándose a su tez.

Edik aceleró el ritmo de sus dedos. Tenía que dejar sus labios para poder respirar, aunque a los segundos volvía a exigirme con crudeza. Me agarraba a su cuello fuertemente con los brazos.

Siquiera podía creer lo que me estaba ocurriendo.

Llegó un momento en el que mi cuerpo era una montaña rusa de sensaciones, el placer se acumulaba y se dejó caer en picado. Gemí en sus labios.

Edik sacó sus dedos de mi interior, se los lamió y me miró.

—Deliciosa —dijo roncamente.

Jadeé, sintiendo que el universo se ceñía en mí. Veía estrellitas por el inmenso clímax que acababa de tener. Vi cómo se levantaba, se quitaba la ropa y se posicionaba entre mis piernas. Me miró intensamente. Su miembro estaba rozando mi entrada con ansia, listo para embestirme.

—Ahora sí, mi Pequeña Paganini, ahora vas a saber lo que es el placer.

Y entonces desperté, en el justo momento en que Edik se metía en mi interior. Abrí los ojos agitada, sudando. La habitación estaba oscura y juraría que iba mojadísima. Intenté controlar mi desbocada respiración, pues no podía creer que hubiera tenido un sueño húmedo con Edik. Era una locura.

Una maldita y puta excitante locura.

Me dejé caer de nuevo a la cama, cerré los ojos para intentar controlar la respiración y, al abrirlos, lo vi dormido de lado, justo mirándome a mí. Di gracias al cielo por no haberlo despertado, sería demasiado bochornoso.

Me atreví a pasar mi mano por su pelo, rostro y hombros.

Sonreí entristecida y me di la vuelta para intentar conciliar el sueño. Pero, entonces, su mano volvió a mi cadera y me pegó a él. Mi corazón volvió a latir con rapidez.

—Me encanta que tengas sueños húmedos conmigo.

Abrí los ojos sorprendida de lo que acaba de decir, me puse más roja que un tomate y me acurruqué en la almohada como si eso me protegiera de toda la vergüenza que estaba pasando.

# Elizabeth

—¿Cuánto piensas que van a durar con la tontería? —le pregunté a Daniil cuando subimos al coche.

Daniil se echó a reír, metió las llaves en el contacto y comenzó a conducir.

—No tengo ni idea, son un par de cabezones. Lo van a pasar fatal, más de lo que lo están pasando. Pero acabarán juntos, ya verás.

—Natasha está muy confundida —dije, apoyando mi brazo en el cristal—. Le tiene mucho cariño a Charles, él la ayudó mucho. Pero Edik..

—Edik es su debilidad, al igual que tú la mía —habló, serio.

Daniil condujo por las calles de Nashville, ya desiertas por el frío que hacía. Fijé mi mirada en el cristal, viendo cómo los comercios cerraban y las pocas personas que había por las calles se refugiaban en sus casas.

—¿Crees que algún día podremos vivir tranquilos? —le pregunté.

—Espero que sí, ¿por qué lo preguntas?

Suspiré con pesadez. Desde que había vuelto con Daniil me planteaba muchísimas cosas respecto a mi futuro con él. La posibilidad de formar una familia era algo que me colmaba la mente de ideas, pero el temor a que les pudiera pasar algo me mantenía en vilo.

—Nos vamos a casar... —farfullé.

—Sí —respondió un poco confundido—. ¿Adónde quieres llegar?

—Algún día tendremos hijos y no quiero que estén toda la vida en peligro.

Daniil paró en un semáforo en rojo, se dio la vuelta y me miró intensamente mientras una sonrisilla ascendía por sus labios.

—No lo estarán —me aseguró—. Ahora que Sergey ha vuelto a hacer de las suyas lo tenemos más cerca que antes, Lizzy. Sólo tenemos que esperar el momento adecuado, nuestros contactos de la policía intervendrán en cuanto les demos el soplo. Y se acabó todo.

Posé una de mis manos sobre la suya y la acaricié con cariño. Daniil se quedó mirando un momento el anillo que me había comprado de pedida, era precioso. La agarró y la besó.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

El río había vuelto a su cauce, Daniil y yo volvíamos a ser los mismos de antes. Habernos separado durante cuatro años nos había hecho madurar y plantearnos otro tipo de cosas. Hubiera sido demasiado egoísta seguir juntos por aquel entonces, haciéndonos tanto daño.

Daniil volvió a poner el coche en marcha. Una de sus manos fue a mi muslo mientras que con la otra manejaba el volante. Me miró de soslayo, sonriendo. No pude evitar poner mi mano encima de la suya y acariciarla.

—¿Has ido esta semana a la Doctora Morgan? —le pregunté.

—Sí —respondió—. Me ha dicho que voy mucho mejor, cada vez controlo mejor los ataques de agresividad.

—Me alegro muchísimo, esa mujer es un genio.

—Es muy buena en su trabajo, ella siempre opta por métodos más psicológicos que clínicos —dijo—. Oye, gatita, ¿y si algún día tenemos hijos y tienen mi problema?

—Pues los llevaremos a la Doctora Morgan —respondí, encogiéndome de hombros.

Lo escuché reír.

—Eres increíble, en serio.

—Lo sé —reí.

Después de veinte minutos de camino llegamos a la enorme casa de mi cuñado. Y cuando digo enorme, es enorme. Era una casa de dos pisos, moderna al estilo cubista y minimalista. Tenía toda la seguridad disponible por este entonces: desde redes electrificadas encima de los altos muros que cerraban la propiedad a cámaras de seguridad y las vigilancia veinticuatro horas hasta una puerta como la de las cajas fuertes de los bancos. Aun así, me sorprendía que todo combinara tan bien. Era casi imperceptible la seguridad que había en esa casa.

El coche subió por la cuesta hacia arriba que había antes de llegar a la casa propiamente dicha. Daniil dejó el coche de cualquier forma y bajamos para recoger a Emma y a Junior. Toqué el timbre y me abrió Junior, el pequeño de los Vólkov de cuatro años que era un torbellino. Había sacado todos y cada uno de los rasgos de Aleksey, pero el carácter de Bella.

—¡Mamá! —exclamó cuando abrió la puerta. En sus manos llevaba su peluche favorito, uno que le regalé de cuando vino por primera vez a Viena—. ¡Ребята уже здесь!<sup>[5]</sup> —Os juro que no comprendía cómo aquel pequeño hablaba ruso tan bien, hasta mejor que el inglés.

Junior nos dejó pasar y se lanzó a mis brazos. Le di un sonoro beso en la mejilla mientras lo achuchaba; era un encanto. Daniil le revolvió el pelo con cariño, Junior se cabreó y acabó dándole una patadita en la espinilla. Luego salió corriendo porque sabía que Daniil odiaba eso; creo que le dolía más una patadita en la espinilla que un bofetón.

Cerré la puerta tras de mí y anduvimos hasta el salón, donde estaba Aleksey con Emma y Junior, regañando al último por haberle pegado a su tío.

Emma, en cuanto me vio, vino hacia mí y me abrazó, al igual que a D. Ya no era esa pequeña de siete años que conocí, ahora tenía casi doce y estaba hecha una mujercita.

—¿Cómo estás, cielo? —le pregunté.

—Bien, tía Lizzy —respondió sonriente—. ¿De verdad tiene que venir el enano del demonio? Papá, no va a parar de dar follón... —refunfuñó Emma, haciendo pucheros.

—Emma —le advirtió su madre con la mirada—. Sabes que papá y yo queremos aprovechar todo lo posible antes de que venga tu nueva hermanita.

Ví cómo Bella se tocaba la barriguita.

—Bueno, ¿nos vamos? —dijo Daniil, agarrando a Junior y subiéndoselo a los hombros—. He encargado pizza.

—¡Bien! Mamá no deja comer pizza mucho —dijo Junior.

Reí.

—Pues hoy vas a comer muuuuuucha pizza —le guiñé un ojo.

Bella vino hacia nosotros y nos dio una mochila con cosas de Junior. Emma ya tenía la suya puesta.

—Llevad cuidado, niños. Haced caso a vuestros tíos, sobre todo tú, Junior —lo señaló con un dedo antes de alzarse de puntillas y darle un beso.

—Emma, cuida a tu hermano y procura que estos dos no hagan travesuras —le dijo Aleksey, más bien para picarnos a nosotros.

—¿Me quedo con tus hijos y encima le dices a Emma que nos vigile? —preguntó Daniil frustrado—. Esto ya es la hostia...

Junior le dio una palmada en la boca. Daniil se quedó impactado.

—No digas *pabrabrotas*, mami te castigará —chapurreó Junior.

—¿Podemos darnos prisa? —preguntó Emma, desviando la vista de su móvil—. Van a dar

*Pretty Woman* y quiero verla.

—¿Por qué ves esas cosas? —le preguntó Aleksey con el ceño fruncido.

—¿Por qué te gusta ver películas de asesinatos, tiros y coches? —contraatacó Emma.

Al final, acabamos yéndonos casi media hora después de haber llegado. Daniil conducía por la carretera con cuidado, pues acababa de empezar a llover y, tal como estaba el tiempo, sabíamos que desembocaríamos en una tromba de agua. Junior me pidió que encendiera la radio, iba en la sillita de niños con el cinturón puesto, pero aun así notaba cómo no paraba de moverse de un lado a otro. Tenía en manos el peluche que le regalé, no lo soltaba nunca. En cambio, Emma iba embobada con el móvil. Daniil y yo nos miramos de soslayo y no pudimos evitar reír entre dientes.

Emma era una niña muy guapa, idéntica a Bella. Traía a todos los chicos de su clase enamorados, incluso Aleksey nos comentó que uno se atrevió a ir a su casa para pedirle una cita.

—¿Qué tal con los chicos de tu clase? ¿Tengo que patearle el culo a alguien? —le preguntó Daniil a Emma.

—No preocupes, tito, yo les pego cuando vienen casa —balbuceó Junior.

—¡Ese es mi sobrino! —exclamó él contento—. Tienes que proteger a tu hermana de esos chicos, al igual que a la bebé nueva.

—Sí, tito —respondió Junior feliz.

Reí entre dientes.

—¿Sabes que ayer papá volvió a echar a alguien de casa? —comentó divertida Emma.

—¿De verdad? —pregunté curiosa.

—Sí, pero no era nadie de mi clase. Era un hombre, así como tú, tío D.

Daniil paró en un semáforo y miró hacia atrás.

—¿Como yo? ¿A qué te refieres? —inquirió Daniil.

—Sí, era un chico, un tal Theo. —Emma se quedó pensando—. Estábamos solos con mamá cuando tocó la puerta. Empezó a gritarle a mamá y Junior le empezó a tirar piezas de construcción —narró la niña. Daniil y yo nos miramos preocupados cuando escuchamos el nombre de Theo—. Él dijo que era mi padre biológico. Sé que papá no es mi papá. Bueno, ya me entendéis, pero no quiero que ese idiota sea algo mío. Estuvo a punto de pegarle a mamá, pero apareció papá y lo echó a patadas.

—Bella no me ha contado nada —balbuceé sorprendida.

Emma se encogió de hombros.

—Emma, cielo, aunque Aleksey no sea tu padre biológico siempre lo ha sido de corazón, eso es lo que importa —le dijo Daniil.

El semáforo se puso verde y Daniil volvió a encender el motor.

—Coche viene —farfulló Junior, señalando en una dirección.

—¿Qué dices, Junior? —le preguntó Daniil con el ceño fruncido.

La lluvia había empeorado y no se veía muy bien.

—¡Coche viene! —exclamó el niño señalando hacia delante.

Daniil se aclaró la vista y empezó a conducir marcha atrás sin importar los coches que venían, al muy estilo Kamikaze. Un coche todo tintado de negro nos dio por delante y tuvimos que parar. Recé porque los niños estuvieran bien y los miré antes de que Daniil derrapara por el asfalto y comenzara a conducir a gran velocidad. El mismo coche negro tintado nos estaba persiguiendo y chocando.

Emma gritaba con cada choque y Junior se reía pensando que era una atracción de feria. Bendita ignorancia de los niños.

Llegó un momento en que uno de los golpes nos hizo girar y chocar con un poste. El golpe no

fue muy fuerte, pero nos dimos cuenta de quién era el hombre que estaba conduciendo el coche.

Era el mismo que días atrás nos había estado vigilando.

El hombre de la cicatriz.

—¿Estáis todos bien? —preguntó Daniil alarmado.

—¡Más! —rio Junior.

Emma asintió, la pobre tenía una cara de espanto.

De repente, comenzamos a escuchar las sirenas de la policía.

—Llamaré a Aleksey —comenté, sacando mi móvil del bolso.

## Capítulo 13

Desperté arremolinada en las sábanas de seda color gris que me envolvían en su cálido abrazo. Parpadeé varias veces, intentado descifrar en dónde me encontraba, hasta que escuché el grifo de la ducha al otro lado del pasillo. Me incorporé, poniendo mis pies descalzos en el suelo, y bostecé. Lo miré todo con ojo crítico hasta que recordé en dónde me encontraba.

Los recuerdos de lo que había pasado hacía tan sólo unas horas me abordaron. Noté cómo comenzaba a ponerme roja, igual que cuando era más jovencita y parecía un tomate andante. Me tapé la cara con las manos y me dejé caer de nuevo a la cama.

—Buenos días —escuché que decían desde la puerta.

Me destapé la cara poco a poco. Edik estaba a pocos centímetros de mí, con el pelo húmedo y sólo una toalla en la parte inferior de su cuerpo. Abrí los ojos escandalizada y me levanté a toda prisa poniéndome de espaldas a él.

—¿Cómo se te ocurre salir así? —le regañé.

Lo escuché reír.

—Como si no me hubieras visto antes con toalla... —comentó divertido.

Me giré bruscamente y le lancé lo primero que encontré de por medio, que para mayor burla sólo fue una almohada que ni lo rozó.

—¡Cállate! —le dije avergonzada.

—Llevaba muchísimo tiempo sin verte así de roja, pareces un tomatito —se rio—. Además —se acercó a mí y me señaló—, después del sueñecito que tuviste anoche no sé por qué te escandalizas tanto. Seguro que me imaginaste con una polla enorme, más de lo que ya es, claro.

Desvié la mirada y me mordí la lengua para no gritarle lo gilipollas que era en toda esa carita preciosa.

—Narcisista de mierda —farfullé entre dientes—. ¿No tenías nada mejor que hacer que verme dormir?

—Perdona, pero estaba durmiendo hasta que cierta señorita se removió y pronunció mi nombre —sonrió con picardía—. Ya quisiera Charles que soñaras eso con él —se burló.

—¿Y tú qué sabes? —dejé que mis brazos cayeran a ambos lados de mi cuerpo.

—Sé varias cosas —acortó la distancia que nos separaba y me agarró el mentón para levantar mi mirada hacia sus ojos—. Lo primero que sé es que no tienes esos sueños húmedos con Charles, pongo mi mano en el fuego. Y otra cosa que sé es que no la tiene tan grande como yo —se encogió de hombros—. Es una pena que quieras estar con él, estoy desaprovechado.

Había dado en el clavo. En casi cuatro años de relación nunca había tenido ese tipo de sueños con él. Charles era atractivo, pero no llegaba al punto de hacerme enloquecer de deseo, algo que creía extinto si os digo la verdad. En cambio, era ver a Edik y algo ahí abajo hacía palmas. Soy de las que creen que una relación tiene varios pilares fundamentales: el respeto, el amor, la confianza y el sexo.

—¿Qué quieres decir con desaprovechado? —le pregunté, frunciendo el ceño.

—Tú has rehecho tu vida, ¿por qué tengo que esperarte? —Su cara me lo decía todo: estaba hablando muy en serio—. Eres una cabezota —dijo, apretando la mandíbula y dejando toda burla en el pasado—. Sabes que quieres estar conmigo, que es a mí a quien amas, y prefieres hacernos

daños a los dos estando con Charles. Explícame por qué tengo que esperarte y luchar por ti si tú lo único que haces es jugar conmigo.

—¿Jugar contigo? —exclamé.

—Sí, jugar conmigo —respondió—. Me besas para luego decirme que sólo quieres que seamos amigos. Llevamos así diez años, Natasha, ¿cuándo vas a darte cuenta? ¿Quieres que seamos sólo amigos? ¡Vale! Me parece perfecto, pero luego no vengas llorando cuando me veas con otra chica.

—¡Tú también me besaste! —le reclamé enfadada.

—Porque pensaba que eso cambiaría tu percepción, pero no es así.

Edik se dio media vuelta y se fue dejándome sola en la habitación. Me senté en el borde de la cama y solloqué en silencio. Lo que había dicho me había dolido, mucho. Edik tenía razón. No podía estar así toda la vida, tenía que aclararme y decidir con quién estar. Le estaba haciendo daño, y ese sueño había sido la gota que había colmado el vaso. Me abracé a mí misma y, aun sintiendo cómo las lágrimas caían por mis mejillas, supe que la estaba cagando. Me mordí el labio inferior, intentado acallarme, pues Edik había vuelto a entrar en la habitación. Sin embargo, lo escuché suspirar. Sus pies descalzos resonaron por la habitación hasta posicionarse delante de mí de cuclillas.

—Me he pasado —dijo—. Natasha, de verdad, yo... Joder, no llores, por favor.

Aparté mi cara cuando intentó cogerla con sus manos.

—Tí...tienes raz...razón —balbuceé entre sollozos. Sorbí por la nariz y lo miré—. Ni yo misma sé qué quiero. Estoy muy confundida —hablé con la voz quebrada.

—Lo sé. —Edik se levantó y se sentó a mi lado.

—No quiero hacerte daño, Edik. —Él me abrazó y me obligó a ponerme en sus rodillas, sentada.

—Lo siento —se disculpó—. Me he pasado, pero es lo que siento. No debería haberte gritado o habértelo dicho así. Natasha, esto es muy complicado hasta para mí. Intento tomármelo a bien, pensando que algún día dejarás ese miedo aparte y podremos estar juntos.

—Yo... —me calló.

—No digas nada —dijo—. Haremos una cosa, sabes perfectamente lo que siento por ti. ¿Por qué no te tomas un tiempo para pensarlo?

—¿Un tiempo? —Edik me limpió las lágrimas.

—Sí, un tiempo sin Charles y sin mí. Pensando en lo que quieres.

Me quedé mirando a la nada, quizá eso era lo que necesitaba.

Asentí.

—Vale, creo que eso sería lo mejor.

Edik me palmeó la pierna con una sonrisilla en los labios.

—Vale, ahora vístete. Ha pasado algo y tengo que ir con mis hermanos.

—¿Qué ha pasado? —pregunté, carraspeando.

—Ayer el mismo tío que os estaba vigilando persiguió a Daniil y Elizabeth y les hizo tener un pequeño accidente.

—¿Cómo?! —me levanté asustada—. Pero ¿están bien? Dios mío, los niños...

—Están bien, pero tengo que dejarte en casa e ir con mis hermanos.

—Edik, si estoy en peligro... ¿puedo llamarte? —le pregunté con duda.

—Sí, claro —se levantó y se cruzó de brazos—. Cuando necesites mi ayuda porque te sientas en peligro, sólo tienes que llamarme.

—Vale.

Edik me dio mi ropa para vestirme, desayunamos en pleno silencio y luego me llevó a mi casa. No hablamos en todo el camino. Sinceramente, sentía esto como un adiós. Sabía que iba a ser muy duro, pero necesario. Cuando aparcó delante de mi casa, se dejó caer en el asiento, cerró los ojos y suspiró.

—Esto va a ser duro, Natasha.

—Lo sé —respondí, mirando mis pies—, pero me vendrá bien pensar en lo que quiero.

—Recuerda que, si sientes peligro, puedes llamarme —asentí.

—Vale —respondí, frunciendo los labios. Iba a abrir la puerta, pero su mano agarró mi brazo—. ¿Qué? —le pregunté, girándome.

—Es posible que este sea el último momento en el que pueda estar contigo —se desabrochó el cinturón e hizo que me acercara a él.

Entonces, inesperadamente, y antes de que pudiera decir algo, Edik posó sus labios sobre los míos. Cerré los ojos, siguiéndole el ritmo. Su mano fue a mi nuca mientras que la otra estaba en mi muslo. Cuando nos separamos por falta de aire, juntó nuestras cabezas y volvió a darme un beso, esta vez corto.

—Por si no vuelvo a besarte nunca más.

Abrí los ojos y lo miré. Tragué saliva y me bajé del coche, sintiendo cómo el corazón se me encogía con cada paso que daba alejándome de él.



## Capítulo 14

Llevaba ya varias semanas sin hablarle a Edik ni a Charles. Todos en la escuela sabían que algo pasaba entre nosotros, pues Charles no me dirigía la palabra. En más de una ocasión tuve la necesidad de llamar a Edik, pero me alejaba del teléfono en cuanto marcaba el primer número.

Llevaba ya varias semanas de ensayos y de momentos en los que creía que me iba a morir de la desesperación. Todas las noches me quedaba hasta tarde pensando en los pros y en los contras de estar con Edik y con Charles. Lo que estaba en juego era mi felicidad y le daba gracias de todo corazón a Edik por haberme presionado a tomar esta decisión. No me había dado cuenta de cuánto necesitaba estar conmigo misma.

Catorce días después, sentía una especie de frenesí cuando pensaba en él. El corazón se me aceleraba y la respiración se me agitaba. Nuestro último beso fue especial. Y aún como una cría, todas las noches rozaba mis labios con mis dedos sintiendo esa caricia tan sumamente excitante que me quemaba como las mismas llamas del infierno.

Me sentía como esa chica de quince años que un día fui. Recordarle de aquella manera era perturbador.

« Cuando tienes quince años sueñas con encontrar a ese chico que te am eternamente. Pues yo no lo estaba soñando, lo tenía.

Llevaba varias semanas viéndome a escondidas con Edik; muchas veces me lo encontraba en mi habitación esperándome. Siquiera sabía cómo lo hacía para que nadie lo viera, pero no me importaba. Mis padres respetaban mi intimidad y creían que me cerraba la puerta para estudiar. Ellos siempre tocaban antes de entrar, y era algo que me concedía unos minutos para esconderlo por algún lugar de mi habitación. Nuestros encuentros se resumían en hablar entre susurros, intentar no reírnos demasiado cuando estaban mis padres en casa, y una sesión contigua de besos y caricias que me ponían los pelos de punta.

Hoy no iba a ser distinto.

—Mamá, voy a estudiar a mi habitación. No me molestéis, por favor —le dije a mamá, bajándome del coche con el violín a cuestas.

—Claro, cielo —dijo mi padre, sonriendo—. Te llamaremos a la hora de la cena.

—Papá y yo vamos a ir a comprar y luego a ver a tu tía, volveremos un poco antes de la hora de la cena —comentó mamá, sin bajarse del coche—. ¿Llevas las llaves de casa o te abro yo?

—Las llevo —les sonreí, yendo hacia la puerta de casa.

Entré a casa cerrando la puerta tras de mí y por la mirilla vi cómo se iban. Me quedé un buen rato mirando para comprobar que no venían a por algo. Mamá era un poquito despistada y a veces me sorprendía entrando de improvisto.

—¡Bu! —salté, gritando del susto.

Me giré bruscamente y comencé a dar patadas y puñetazos a diestro y siniestro. Edik me había dado un susto de muerte; el muy cabrón se estaba riendo de mí por mi cara de susto.

—Eres imbécil —exclamé, ya más relajada.

—Tendrías que haberte visto la cara —rio.

Iba a hablar, pero su boca tapó la mía en un ferviente beso. Llevábamos varios días sin vernos

debido a que Edik había tenido exámenes.

Me apoyó en la puerta de casa y me agarró de las caderas. Pegó su cuerpo al mío y me besó por largos minutos. Me agarré de su cuello y él aprovechó para morder mi labio inferior. Me sorprendí y me despegué de él rozando mi labio inferior con mis dedos.

—Es la primera vez que haces eso —susurró sorprendida.

Rio.

—Anda, ven aquí.

Edik abrió los brazos y me abracé a su cuerpo.

—¿Qué tal los exámenes? —le pregunté.

—Han ido —se rascó la nuca—. Uno de ellos era súper jodido, pero espero haberlo aprobado con un siete como mínimo.

—Nadie diría que te gusta estudiar —reí, agarré su mano y lo llevé a la cocina.

—¿Por los tatuajes, dices? —preguntó divertido—. Mis padres siempre nos han inculcado el hábito de estudiar.

—Es que pareces un chico malo de verdad, de esos de las películas y libros —reí.

Edik se sentó en una de las sillas de la cocina y yo aproveché para sacar unas crepes de chocolate que había preparado después de comer.

—¿Quieres? —le pregunté, metiendo el plato al microondas—. Los he hecho esta tarde después de comer.

—Claro —respondió—. ¿Qué tal tus clases de violín? Mi hermano me ha comentado que el otro día se metieron otra vez con vosotros.

—Las clases de violín geniales —respondí alegre—. Y, bueno, Logan ha vuelto a hacer de las suyas —me encogí de hombros.

Saqué las crepes del microondas y las puse en la mesa. Fui hacia la nevera de nuevo y saqué la nata. Me senté en frente de Edik y comenzamos a comer.

—Es una suerte que mis padres hayan ido a comprar —murmuré.

—Pues sí, la verdad es que estar siempre en tu habitación no mola.

—¿Cómo qué no? —pregunté, frunciendo el ceño.

—Me encanta estar contigo en la habitación, no te pienses otra cosa —rio—. Pero me gustaría poder entrar y sentarme contigo mientras están tus padres. No sé, como una pareja normal.

Me atraganté.

—¿Pareja normal? —pregunté boquiabierta.

—Claro —rio.

—O sea... ¿cómo novios?

—Si quieres como follamigos —rio de nuevo y lo miré mal—. Claro que, como novios, boba.

Me sonrojé y desvié la mirada.

—Nunca lo habías dicho —farfullé.

—Porque lo daba ya por sentado —me sonrió—. Por cierto, quería proponerte una cosa.

—Claro, dime.

—Pronto será mi cumpleaños y mis amigos y yo hemos pensado en ir a Jacksonville, está cerca de la playa —dijo, mirándome directamente a los ojos—. Quiero que vengas con nosotros. Tu amiga también puede venir, y ese chico que siempre está contigo en clase también. ¿Son hermanos o algo? Se parecen muchísimo.

—Edik —desvié la mirada—, son la misma persona.

Lo miré de soslayo y estuvo a punto de atragantarse.

—¿Cómo? —preguntó sorprendido.

—Que son la misma persona, Claire tiene disforia de género. En realidad, se llama Clansy.

—Yo... no tenía ni idea —se apoyó en el respaldo de la silla—. Igualmente, eso no es un impedimento. Quiero que vengas, que vengáis.

—Eso es algo casi imposible, ¿qué les diría a mis padres?

—Pues que es el cumpleaños de tu novio y que te ha invitado a irte con él a Jacksonville. Vendrán también mis hermanos. Uno de ellos ya está casado, así que hará de niñera —rio.

—Edik, yo...

—Por fi —se puso a hacerme pucheros.

—No creo que...

—Por fi —hizo un nuevo puchero y no pude resistirme.

Reí.

—Deja que piense en cómo se lo digo a mis padres. »

Qué incrédula era por aquel entonces.

Como cada mañana de sábado, me levanté a las diez de la mañana y me di una larga y relajante ducha. Luego ayudé a mamá a limpiar y almorcé con papá en el jardín trasero mientras hablábamos de todo un poco. Justo a las doce volví a subir a mi habitación para arreglarme, pues había quedado con las chicas para ir a comer. Bella nos había comentado que Theo había vuelto a aparecer y Elizabeth quería hablarnos del accidente que tuvieron por el hombre de la cicatriz.

Me puse un pantalón vaquero en un tono claro, una camiseta anchita en color blanco y mi chaqueta de cuero negro sintético. Me calcé mis deportivas nuevas y me alisé el pelo. No me maquillé, no me apetecía cargarme la cara más que con un poco de brillo en los labios y algo de máscara de pestañas. Preparé mi bolso y a la una ya estaba delante de la puerta del restaurante. Sinceramente, estas últimas semanas había estado tranquila. No habían vuelto a vigilarme ni nada. Supongo que era debido a la vigilancia extrema que habían puesto sobre mí las veinticuatro siete.

Aparqué y entré al restaurante donde ya estaban Elizabeth y Bella charlando con dos buenas copas de vino.

—Hola —las saludé, sentándome en la silla libre.

—Qué bonita estás hoy, Nata —comentó Beth.

—La verdad es que sí —comentó Bella—. Tenemos que hablar de muchas cosas, chicas —la escuchamos suspirar.

—Comienza a cantar —dije, echándome una buena cantidad de vino en la copa.

—¿Comienzo yo? —preguntó Bella. Beth y yo asentimos—. Pues Theo ha vuelto a aparecer. Hace unas semanas vino a casa, que no sé ni cómo sabía mi dirección, y me reclamó el que no haya querido que él formara parte de la vida de Emma. La pobre se llevó un gran chascó cuando vio cómo se comportaba Theo conmigo.

—Vaya con el gilipollas —murmuré.

—Intentó pegarle y todo —dijo Beth.

—¿En serio? —pregunté.

—Sí, pero Aleksey llegó y lo echó a patadas. Quien me preocupa es Emma; no está bien desde entonces. Me dijo que tenía miedo de ser como su... bueno, como esa persona.

—Yo y Daniil hablamos con ella —Elizabeth pinchó un poco de ensalada—, le dijimos que padre no es aquel que pone la semillita, sino quien lo demuestra de corazón.

—Es que eso es verdad —intervine—. Emma sabía que Aleksey no era su padre biológico, ¿no?

—Sí, claro, pero él siempre la ha tratado como a una hija. —Bella sonrió enternecida. Su

mirada se perdió en la nada, como si estuviera recordando ese momento—. Bueno, Beth, cuéntanos. ¿Qué tal la boda?

Resopló.

—Estamos organizándola lo más rápido posible, es increíble volver a estar así de nuevo con él. Bella, ¿cuánto tiempo llevabas con Aleksey cuando te casaste con él? —preguntó con curiosidad.

—¡Eso! Háblanos de vosotros, que apenas sabemos nada de vuestra relación —dije.

—¿Qué queréis que os diga? —se rio—. Fue muy... extraño. Pero fue amor a primera vista. — Bella sonrió como una total enamorada—. Me casé con él a los pocos meses, llevábamos unos ocho. Y os aseguro que las pasamos canutas...

—Vaya locura —reí.

—Es que cuando te enamoras de un Vólkov... —murmuró Elizabeth divertida.

—Es que ellos son así de espontáneos, pero la vida sería una completa mierda sin hombres como ellos —dijo Bella.

—¿Cómo que como ellos? —pregunté, frunciendo el ceño.

—Pues hombres que son capaces de darlo todo por ti y que saben lo que quieren desde el principio —respondió Bella.

—Si es que la llevamos negra —reí.

—¿Y tú con Edik? ¿Qué ha pasado? —preguntó Elizabeth.

Me rasqué la nuca.

—En resumidas cuentas —tomé aire—: me quedé con él a dormir, tuve un sueño húmedo, Edik se dio cuenta, a la mañana siguiente discutimos y luego nos perdonamos. Me sugirió que me tomara un tiempo para pensar las cosas y simplemente acepté.

—La hostia —murmuró Bella.

—Tía, ¿cómo puedes ser tan cabezota? —me riñó Elizabeth—. Vamos a ver, ¿tú amas a Charles?

Negué.

—No.

—¿Entonces qué coño tienes que pensar? —preguntó Bella.

—Es complicado —resoplé—. Charles me da tranquilidad, y me ayudó mucho en su momento. Sabéis que con Edik las cosas nunca estarán estables, y eso me preocupa. Me aterroriza que me pueda pasar otra vez lo de Sergey...

—Te entendemos. —Bella agarró mi mano y la apretó.

—Vamos a estar contigo —dijo Beth.

—Gracias, chicas.

Comimos mientras hablábamos de todo un poco. Aprovechamos el día para ir de compras y, al final, acabé llegando a casa de mis padres a las siete de la tarde. Mamá me dijo que habían quedado con mi tía para cenar y me preguntó si quería ir, pero me negué. Cuando se fueron, a eso de las siete y media, me aseguré de cerrar bien las puertas y ventanas y me fui a darme una ducha calentita. Otra vez volvía a hacer viento y a llover. Me puse el pijama y salí descalza hacia mi habitación. Sin embargo, cuando llegué, la ventana estaba abierta y entré en pánico. Un trueno resonó por toda la casa y grité al ver como una sombra se desplazaba por el lado de mi escritorio.

—Natasha, pequeña, no te preocupes. Soy yo.

—¿Edik? —pregunté sorprendida.

# Capítulo 15

Edik

—Pero ¿estás loco o qué? —me gritó Natasha enfurecida—. ¿Sabes el susto que me has dado?

—Lo siento —me reí entre dientes, sintiendo como me pegaba en el brazo con su puño.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó, cerrando la ventana—. ¿Has entrado por la ventana? Está cayendo una buena, Edik, podrías hacerte daño.

Me quité la chaqueta y me la colgué del brazo. Me encogí de hombros y me senté en el borde de su cama. Nada había cambiado en esa habitación, todo seguía igual que antes. Natasha siempre había sido bastante minimalista en tanto a la decoración, en cambio, en la cama y por todas las estanterías, tenía una importante cantidad de peluches y artículos de colección. Recuerdo que el primer cumpleaños que pasamos juntos como pareja le regalé una caja llena de estatuillas de Disney, desde Dumbo hasta Mary Poppins pasando por todas las princesas Disney existentes en aquel momento.

—Quería verte —respondí, mirándola fijamente.

—¿A mí? —preguntó con el ceño fruncido—. ¿Por qué? ¿Ha pasado algo?

Me levanté y cerré la ventana, dejé mi chaqueta húmeda colgada de la silla de su escritorio y me acerqué a ella.

—No.

—¿Entonces? —inquirió.

Suspiré.

—Sólo necesitaba verte —respondí.

Y bien verdad que era. Desde que me había enterado de que Natasha había dejado, de cierta forma, a Charles, mis expectativas de estar con ella habían aumentado en un doscientos por ciento. Antes mi impedimento era él y, ahora que no estaba, no había nada que se interpusiera entre nosotros salvo su cabezonería y su miedo. Pero yo sería quien destruiría esos muros inquebrantables que ella misma se había forjado.

Cuando discutí con ella pretendía esto.

Puedo sonar incluso mal, pero mi intención era que dejara a Charles para tener una oportunidad más abierta, porque ahora nada la detenía salvo sus miedos.

La escuché suspirar.

—Edik dijimos que...

—¡Ya sé lo que dijimos! —exclamé, acercándome más a ella—. Pero ¿qué quieres que haga si necesito estar a tu lado? Esto para mí es una oportunidad, Natasha. Yo... te quiero. Quiero que estemos juntos y no voy a desaprovechar la oportunidad.

Natasha interpuso sus brazos entre nosotros, pero sus ojos estaban sorprendidos y vivaces, como si esto nunca se lo hubiera esperado.

—No puedo... yo... no puedo —murmuró, mirándome fijamente—. Quedamos en que esto era para pensar, no para quedar con ninguno.

—Dime la verdad —la agarré de los brazos y la atraje hacia mí. Natasha tuvo que subir la mirada—. ¿Charles ha hecho algo así en las dos semanas que llevas pensando? Date cuenta de una vez quién es el que te ama de verdad, Natasha.

—Él no es impulsivo como tú —bramó muy cerca de mi cara.

—¿Quieres ver lo impulsivo que soy? —le pregunté socarronamente. La llevé hasta la pared más cercana e hice que pegara su espalda en ella. En ningún momento fui brusco, pero sus miedos comenzaban ya a tocarme las pelotas—. Escúchame bien, quédate con esto: Charles no te ama porque, si lo hiciera, no sería tan tonto de esperar.

Mi mirada bajó de sus ojos a sus labios, vi cómo se los relamía y no pude evitar tragar saliva de forma dura.

—Edik —susurró—, esto no está bien.

—Y yo vuelvo a repetirte que me importa una mierda lo que esté bien o mal —respondí, pegando mi cuerpo al suyo—. Vuelvo a decirte que quiero ser yo quien reconstruya pieza a pieza esto —toqué con uno de mis dedos el lugar donde estaba su corazón—. Escúchame bien, Natasha, no voy a parar hasta conseguirlo. ¿Entiendes?

—¿Y lo que me dijiste qué? —preguntó con los ojos humedecidos.  
Negué.

—Si no tengo ya una mujer a mi lado es porque la única a la que quiero es a ti —hablé, acercando mi cara a la suya hasta quedar a sólo centímetros de sus labios. Para ese momento, Natasha no pudo con la presión y comenzó a derramar lágrimas saladas que borré con besos—. ¿Lo entiendes ya? Sólo te quiero a ti —la besé en un sutil piquito—. Sólo a ti.

Solté sus brazos con lentitud y me fui despegando de ella. Sin embargo, aún con lágrimas cayendo de sus ojos, Natasha pasó sus manos por mi cuello y me besó, haciendo que me pegara por completo a su cuerpo. Su espalda chocó con la pared y, de un salto, se colgó de mi cuerpo. Sorprendido, respondí a su beso con la misma intensidad mientras me aseguraba de agarrarla bien del trasero para que no se cayera.

Había estado años soñando con este momento, el instante en el que sus miedos flaquearan y pudiera volver a entrar en su corazón.

Sus piernas estaban alrededor de mi cuerpo y nuestros sexos se rozaban a través de la ropa. Era excitante sentir cómo Natasha me necesitaba de una forma tan carnal. Sus labios exigían los míos como hace años que no lo hacían. La rabia se entremezcló con la pasión. Apreté su trasero y la escuché jadear de sorpresa. Nos separamos unos segundos para respirar, nos miramos directamente a los ojos y todo se desató.

Natasha tenía los ojos dilatados y brillantes, quizá por las lágrimas derramadas con anterioridad. Me clavó las uñas en la parte de los hombros y abordó mis labios de nuevo para morder el de abajo con fuerza. Gemí, sintiendo cómo pegaba su sexo a mi miembro aún más, reclamando atención. No me quedé atrás, mordí su labio inferior y bajé mis besos a su cuello. Lo mordisqueé y lo chupé fuertemente, creándole alguna que otra marca. Ella no se quedó atrás; Natasha bajó a mi cuello y lo mordió hasta crearme una gran marca. Me sorprendía verla de aquella manera, por fin mis sueños se hacían realidad.

Parecía una batalla por la dominación.

Nuestros labios volvieron a juntarse y aproveché cuando fue a coger aire para meter mi lengua y jugar con la suya. Noté como se le puso la piel de gallina y jadeó en mis labios.

Anduve hasta su cama y caímos en ella, aun besándonos fervientemente. Me separé de sus labios para quitarme la camiseta y quedar expuesto ante sus ojos. La vi tragar saliva duramente.

—No sabes el tiempo que llevo esperando esto —le susurré roncamente en el oído.

—Yo tampoco lo sabía —dijo ahogadamente mientras besaba su clavícula.

Poco a poco fui desabrochando la camisa de su pijama hasta dejar a la vista sus senos, ya turgentes. Me relamí los labios, hice que se alzara un poco para poder quitársela y la dejé caer al suelo. Natasha volvió a caer en la mullida cama sin quitar su mirada de mí. Sabía que estaba asustada de lo que sentía, pero sus ojos me demostraban que quería que siguiera. Volví a besarla, esta vez más lentamente, deleitándome con el sabor de sus labios. Despacio, fui bajando mis besos por su cuello hasta llegar al valle de sus pechos. Mordí su clavícula con cariño y escuché cómo gemía y levantaba su torso hasta pegarlo a mi pecho.

Sonreí como todo un diablillo mientras la miraba de soslayo. Natasha agarró mi pelo cuando me atreví a besar uno de sus montes, jadeó y arqueó la espalda de nuevo. Lo mimé mientras que con mi otra mano masajeaba el otro. Luego hice lo mismo, pero, al contrario.

Después de un tiempo en el que dejé sus senos bien servidos y turgentes, volví a sus labios. Sus manos comenzaron a pasearse por mi espalda y no pude evitar sonreír entre dientes.

—Te amo, *Pequeña Paganini* —le susurré antes de volver a besarla.

—Yo también te amo, mi *rey del asfalto*.

Hacía años que no me llamaba de aquella manera. El pecho se me hinchó y tuve que separarme de ella para mirarla a los ojos. Natasha me sonrió como lo hacía antes, cuando no había nada que se interpusiera entre nosotros. Una sonrisa sincera.

Rodeó mi cuerpo con sus piernas y se elevó, mordiéndose el labio inferior. Reí para mis adentros y nos volvimos a besar con pausa y cariño, disfrutando de cada segundo. Con suma lentitud le quité pantalón y aproveché para quitarme el mío. Ambos estábamos desnudos, besándonos con pasión y entrelazando nuestros cuerpos entre las sábanas. Me puse a su lado mientras que ella hizo lo mismo, entrelazamos nuestras piernas y nos perdimos en los ojos del otro. Paseé mi mano por todo su cuerpo, deteniéndome en su sexo húmedo y caliente. Natasha cerró los ojos cuando la toqué suavemente. Escondió su cara en el hueco de mi cuello y me dio paso a darle placer. Su mano bajó por mi pecho para encontrar mi miembro erecto. Fue la primera en comenzar a masajearlo, despacio, haciéndome sufrir con sus movimientos. No me quedé atrás; mi pulgar comenzó a hacer círculos en su clítoris. Cada vez su mano iba más deprisa, exigiéndome silenciosamente que yo hiciera lo mismo con ella.

Gemí apartando su mano de mi miembro, si seguía así dudaba que aguantara más. La puse bocarriba mientras que yo estaba de lado, hice que abriera las piernas y metí dos dedos de mi mano en su interior. Me mordí el labio cuando la escuché gemir. Bajé mi boca a uno de sus pechos y comencé a morderlo y chuparlo con exigencia. Natasha comenzó a levantar su pelvis y supe que estaría a punto de llegar.

No me equivoqué. Aceleré el ritmo y, en escasos segundos, explotó. Vi cómo se mordía el labio para no gritar. Dejé que se relajara por unos minutos, pues su respiración estaba mucho más agitada que la mía. La besé sonriendo de felicidad.

Me posicioné encima de ella aun besándola. Natasha enredó sus piernas en mi cuerpo y me miró fijamente. Mi miembro rozaba su entrada, y ella miró nuestros cuerpos sin unir, al igual que hice yo.

De nuevo, no hicieron falta las palabras.

Natasha me besó, dándome a entender que quería más.

Tragué saliva mientras apretaba la mandíbula. Comencé a introducir mi miembro en su sexo despacio, no quería hacerle daño. Natasha cerró los ojos y jadeó al sentirme dentro de ella, derribando sus barreras. Acabé totalmente unido a ella, no pude evitar resguardar mi cara en el hueco de su cuello mientras gemía.

—¿Te duele? —le pregunté roncamente.

—Un poco —dijo en un jadeo—. Edik, no pares, sigue —me rogó con la voz ahogada.

Salí y volví a entrar despacio; después de tanto tiempo supongo que sería como una primera vez.

Volví a besarla mientras entraba y salía de su interior. Me apoyaba en mis brazos para no dejar todo mi peso sobre ella. Poco a poco fui acelerando el ritmo hasta hacerla enloquecer.

En la habitación sólo eran audibles nuestros jadeos y gemidos. El sonido que hacían nuestros sexos al unirse era excitante, y no pude evitar seguir aumentando el ritmo con cada embestida. Natasha me pedía más entre ahogados gemidos de placer.

Simplemente, era increíble.

Volver a estar dentro de su cuerpo, amándola como nunca nadie lo había hecho, era único. Su cuerpo era como mi templo.

Llegó un momento en que solo éramos uno.

Nuestras respiraciones se entremezclaban, al igual que nuestros gemidos. Aceleré, sintiendo cómo se estrecha a mi alrededor. Aun estando resguardado en el hueco de su cuello sentí cómo abrazaba mi miembro en un ferviente orgasmo que la dejó devastada. No pude evitarlo, aceleré y a los pocos segundos acabé al igual que ella. Tuve que besarla para no caer en las garras de un tremendo gemido. Me derramé en su interior, escuchando cómo jadeaba de la impresión.

Nos besamos por un largo rato, aun estando unidos. Me salí de su interior para luego sentir cómo apoyaba su cabeza en mi pecho. Aún agitados la abracé y besé su coronilla.

—Ha sido increíble —susurró, sonriendo.

Reí.

—Claro que sí —respondí entrecortadamente.

—Edik —murmuró—, te amo.

Bajé la mirada y sonreí.

—Yo también te amo —la pegué más a mi cuerpo. De repente, escuché como le rugían las tripas y no pude evitar reír al ver como se sonrojaba—. He traído un pizza enorme para los dos, ¿quieres que nos la comamos? —le pregunté, recuperando el aire.

Asintió.

—Pero primero vamos a la ducha.

Natasha me llevó hasta el baño y nos duchamos juntos. Salimos y cenamos en su habitación mientras veíamos una película en su portátil. Reíamos y nos dábamos de comer como dos adolescentes, esos que un día fuimos.

—Quería preguntarte una cosita... —comenté.

—Claro, dime —dijo, mirándome a los ojos.

—Ven conmigo a Jacksonville —le dije directamente.

—¿Cómo? —preguntó sorprendida—. No puedo ir, tengo trabajo y... —la besé para que callara.

—Pide unos días en el trabajo o di que estás enferma —hice pucheros que sabía que eran irresistibles—. Ven conmigo, recordemos viejos tiempos.

Natasha se quedó pensando, pero negó.

—No puedo hacer eso, lo siento —me dijo, sonriendo con tristeza.



# Bella

Me encontraba mirando por la ventana mientras que Junior y Emma estaban en el salón viendo la televisión. No podía pasar por alto todo lo que estaba ocurriendo con Theo de nuevo, era como un bucle que nunca acabaría.

Hacía años que no sabía nada de él, pensaba que estaría muerto o en la cárcel. Pero no era así. Sin poder evitarlo, el miedo se apoderó de mis pensamientos. Lo último que necesitaba mi familia era esto, y más ahora que esperaba a mi tercer hijo. Theo era ese pasado que no quería recordar, el padre biológico de mi hija, y una de las razones por las que dejé mi ciudad para acabar junto a mi amiga con una hija de apenas cuatro años.

La desesperación me absorbió.

Aleksey estaba en el jardín con un grupo de hombres que había visto en algunas ocasiones. Les estaba dando órdenes explícitas de cómo actuar si Theo volvía a rondar cerca de casa. Tragué saliva duramente, mi marido no se andaba con tonterías cuando se trataba de mí o de la familia.

Intenté relajarme cuando desvió la mirada hacia la enorme ventana del salón, le sonreí y lo saludé con la mano intentando que no se diera cuenta de cómo estaba realmente. Toqué mi barriguita y fui a sentarme al sofá. Junior en seguida vino a tocarme la barriga, porque decía que él iba a proteger a su nueva hermanita. Junior era muy protector y celoso cuando a sus hermanas se refería; era un gen Vólkov y era imposible de hacer algo contra ello.

—¿Cuán viene la bebé? —preguntó curioso.

—Pues aún le quedan cinco meses aquí dentro, cielo —le dije.

—Cuando *nasca* voy a *tererla* mucho, igual que Emma. —La susodicha, que estaba enfrascada en la serie de televisión, miró a Junior y le sonrió.

—Claro que sí —le sonrió—. Junior, ¿por qué no vas a por un libro?

—¿Tú leerlo? —le preguntó a Emma, ilusionado.

Ella asintió y el pequeño fue hasta la estantería de los libros infantiles, que estaba justo en el salón abajo del todo, para que llegara. Se puso a rebuscar mientras Emma se acercaba a mí en el sofá.

—Cielo, escupe ya lo que quieras decirme —murmuré bajito mientras me acomodaba de lado.

—¿Papá está así de enfadado por... ya sabes quién? —me preguntó entristecida.

—Emma, cielo, sabes que papá se toma muy en serio la seguridad de la familia —dije, agarrando sus manos.

—Pero, mamá, ¿y si papá deja de quererme?

Abrí la boca, sorprendida de lo que acababa de decir.

—Escúchame, Emma —ensombrecí la mirada—, tu padre es Aleksey. ¿Te queda claro? Y no va a dejar de quererte por ser hija biológica de... ese hombre. Tú no te acordarás, pero cuando eras pequeña nadie se quería acercar a mí porque tenía una hija. Cuando conocí a Aleksey fue diferente, le sorprendió que te tuviera, pero no se echó para atrás. Un día llegamos a casa y estaba Blue contigo porque yo iba a echar horas en la cafetería —narré—. Cuando viste a Aleksey te acercaste a él y le preguntaste si él iba a ser tu papá. Y, para mi sorpresa, se agachó, te cogió en brazos y te dijo que sí. ¿Crees que un hombre que nada más conocer a una chica que tiene una hija y no sale corriendo despavorido te dejaría de querer?

—¿De verdad? —me preguntó con los ojos humedecidos.

—Te lo juro, cielo. Blue está de testigo —respondí.

—Hay veces que sueño cosas, mamá. Momentos de cuando era niña —dijo, desviando la mirada al suelo.

Me acerqué más a ella y la abracé.

—Sé que tienes sueños, cielo. —Emma se abrazó mucho más fuerte a mí—. Me gustaría que nunca hubieras pasado por eso, pero lo hicimos y estamos aquí gracias a él.

—Recuerdo ir de un lugar para otro y de escucharte discutir en una habitación con papá, yo me hacía la dormida, pero os escuchaba. Le decías que me había puesto en peligro —murmuró.

Suspiré.

—Mira, Emma, tu padre ha cometido muchos errores y ha hecho cosas de las que no está orgulloso, y te aseguro que el ponernos en peligro será algo que nunca se perdona.

—Pero papá es diferente, mamá —hizo una mueca—. Recuerdo cuando... cuando... —se acercó a mí y me susurró al oído para que Junior no lo escuchara —cuando mató a aquellos hombres. Pero papá nunca nos hará daño, él nos ama. Recuerdo por qué lo hizo, mamá. Y también recuerdo todas las noches que se acostaba conmigo por las pesadillas, y las veces que me pidió perdón por haberlo hecho delante de mí. Él me dijo: O era él o eras tú, y no iba a dejar que mataran a mi hija.

—Lo sé, cielo —paseé mi mano por su ensortijado cabello—. ¿Por qué no vas a tu habitación y estudias un rato? Quiero hablar con papá de algunas cosas.

—Vale, mamá.

Emma se despegó de mi cuerpo y fue escaleras arriba a su habitación. Resoplé y cerré los ojos hasta que sentí como Junior se colocaba en mis piernas con un libro. Los abrí y le di un sonoro beso en la mejilla, haciéndolo reír.

—¿Emma? —preguntó, mirando a todos lados.

—Ha ido a estudiar, yo te leeré el cuento —le dije, apagando la televisión y abriendo el libro—. Érase una vez, en un reino muy lejano, un niño que era muy pequeño, muy pequeño, muy pequeño, llamado Pulgarcito. ¿Sabías por qué lo llamaban Pulgarcito?

—Porque *eda* como pulgar —rio, enseñándome el dedo.

—Muy bien —le dije sonriendo—. Pulgarcito, un día... —me callé, escuchando un ruido que provenía de arriba. Sentí como el vello se me erizaba y tuve la sensación de que algo no iba bien. Bajé a Junior de mis piernas y lo senté en el sofá. Me levanté—. Quédate aquí, cielo —le dije sonriendo.

—Vale, mami.

Fui hacia las escaleras y escuché otro ruido.

—¿Emma? ¿Pasa algo? —Pero no me contestó. Empecé a subir las escaleras lo más rápido posible—. ¿Emma? Voy a entrar a tu habitación.

Abrí la puerta y creí que me iba a morir.

Theo tenía a Emma y la estaba apuntando con una pistola, tenía su boquita tapada y la pobre estaba llorando e intentando zafarse.

—Si gritas, la mato —dijo enloquecido.

—Por favor —le rogué—, suéltala. Aleksey está en casa, Theo, por favor, deja a Emma.

Pegó la pistola a su sien.

La ventana de la habitación estaba abierta de par en par, seguramente habría entrado por ahí.

—Y una mierda —escupió con asco—. Estuviste años huyendo de mí, escondiendo a mi hija de su padre.

—Huiste —le contesté, apretando la mandíbula—. Cuando supiste que estaba embarazada

huiste y apareciste años después reclamándome como si fuera un objeto.

—Tú no eres así, Bella —rio cínicamente—. ¿Le has contado alguna vez a nuestra hija cómo de puta y mala eras? ¿Sabías que mami fumaba y todo? —le preguntó a Emma con sorna—. ¿Sabes que el día que te concebimos estaba hasta arriba de *crystal*?

—Me drogaste, Theo —le dije asqueada—. Suelta a mi hija —escuche como preparaba el arma—. Escucha, yo puedo irme ahora mismo contigo, pero deja a Emma.

Estaba demasiado agitada, intentaba no llorar, pero era imposible.

—Dile a adiós a mami —se rio cínico.

—¡No! —grité.

Sin embargo, escuché un sonido sordo volar por la habitación. Theo tiró la pistola al suelo y comenzó a soltar a Emma mientras su cara se desfiguraba. Desvié la mirada a la ventana. Aleksey estaba subido encima del árbol que tanto le gustaba a Emma y había disparado a Theo en la cabeza, aprovechando el silenciador. Su cara, al contrario que la de sus hermanos cuando alguna vez habían tenido que disparar a alguien, estaba tranquila. Diría que Aleksey era el asesino perfecto. Silencioso, cauteloso y aniquilador. Tragué saliva duramente. Emma se soltó de Theo y vino a mis brazos. Vi como Aleksey guardaba el arma detrás de su pantalón y me hacía una señal para que saliera de la habitación.

Llevé a Emma a nuestra habitación y bajé corriendo para coger a Junior y subirlo. Una vez allí, Junior calmó a su hermana. El pobrecito pensaba que algún chico de su clase le había hecho daño.

Escuché ajeteo y a los minutos entró Aleksey a la habitación. Emma levantó la mirada y se quedó viéndolo por unos largos segundos. Sabía que esa mirada ensombrecida era por haber tenido que matar a alguien delante de Emma, otro demonio más que no podría perdonarse.

Emma se levantó y lo abrazó.

No sé cuánto tiempo pasó, pero Emma se quedó dormida en brazos de Aleksey. Decidí que lo mejor sería cambiar su dormitorio a otra estancia de la casa, así que Aleksey la llevó al cuarto de invitados, que desde mañana mismo sería su habitación. Bajé con Junior y preparé algo de cenar. Aleksey no abrió la boca en toda la noche. Llevó en brazos a Junior a su habitación y se aseguró de que todo estuviera bien cerrado.

Me encontraba ya en la cama, mirando el techo. Escuché la ducha cerrarse y supe que Aleksey estaría a punto de salir. No me equivoqué, salió a los pocos minutos con sólo el pantalón puesto. Se tumbó en la cama y me atrajo a su cuerpo, escondiendo su cabeza en el hueco de mi cuello.

—Lo siento —susurró de forma ahogada—. Te prometí, y me prometí, que nunca más haría algo así delante de Emma o de los niños. Lo siento.

Lo abracé con fuerza. Sabía que estaba llorando y que le daba vergüenza que lo viera.

—La has salvado, Aleksey. La has salvado de nuevo —susurré—. Emma no te tiene miedo, ni yo tampoco.

—¿Soy malo por no sentir pena por esa gente? —me preguntó, ahogando un sollozo.

Era increíble ver a un hombre tan imponente de esa forma.

—Yo tampoco sentiría pena, no la sentí en su día, Aleksey. No te tortures más.

Hice que levantara la cabeza y me mirara. Le sonreí y le limpié las lágrimas con el dorso de mi mano.

—Te juro que sois lo mejor que me ha pasado en la vida, Bella —me besó—. Fuiste la mujer que me salvó de mis demonios, aún lo sigues haciendo.

## Capítulo 16

Hacía ya horas que Edik se había marchado de casa, justo antes de que mis padres llegaran. Faltaba poco para su cumpleaños y la idea de irme con él a Jacksonville rezumbaba en mi cabeza. Ahora la situación era diferente. Tenía trabajo y no estaba bien mentir para irme de vacaciones con él por puro placer.

Me encontraba en la ventana de mi habitación, eran las tres de la mañana. Edik partiría a Jacksonville en seis horas, un viaje que había decidido hacer por carretera para visitar otros estados, como Georgia. Me acobijé en mí misma mientras bebía de mi taza de té.

¿Ir o no ir? Esa es la cuestión.

Lo que hoy había ocurrido aquí había sido algo espectacular. Edik había derribado mis barreras una a una y había conseguido que dejara el miedo atrás. Me moví por mi habitación, silenciosa, de un lado a otro sin saber qué hacer. Me acerqué a mi vieja caja, que ahora estaba encima del escritorio, y miré dentro. Rebusqué hasta encontrar lo que andaba buscando. Me acosté en mi cama bocarriba y miré la foto.

El recuerdo de la primera vez que pisé Jacksonville vino a mí mente en cuanto cogí la foto entre mis dedos.

«Mentir a mis padres no estaba en mis planes, mucho menos que Claire se estuviera exponiendo a un peligro tan grave como lo era que su padre descubriera adónde nos íbamos realmente.

A mediados de noviembre como estábamos, habíamos falsificado una autorización para futuros alumnos del conservatorio de música para ir a una especie de campamento de una semana y aprender todo lo que la escuela nos podía ofrecer.

Claire había convencido a su padre luego de que este hubiera llamado al número que ofrecía la autorización, que en realidad era el de Edik.

La habíamos liado y no poco, pero ¿qué hacer cuando quieres vivir aventuras? Nos íbamos a perder una semana de clase, aunque a estas alturas lo único que hacían los profesores era repaso de las materias para los exámenes de diciembre.

Claire y yo íbamos sobradas.

Hice mi maleta con todo lo que Edik me había dicho: ropa de abrigo y algún que otro bikini, porque tenían una piscina climatizada en la casa.

El día en el que nos teníamos que ir, por la noche para llegar por la mañana temprano, les dijimos a nuestros padres que nos íbamos a quedar en la casa de la otra a dormir para irnos las dos juntas.

Funcionó.

Y ambas acabamos esperando a Edik en una parada de autobús totalmente alejada de nuestras residencias.

—Estoy súper nerviosa, tía —murmuró Claire—. Creo que es la primera vez que hacemos algo así.

—Y que lo digas —reí—. Estoy súper nerviosa yo también.

—¿Dormirás con Edik en la misma cama? —me preguntó pícaro.

—Sí —respondí nerviosa—. Somos impares, así le dije si podías tener una habitación para ti sola.

—¿En serio? —preguntó sorprendida—. Gracias por pensar en mí, la verdad es que dormir con alguno de los chicos era mi mayor preocupación.

—No te preocupes —le sonreí.

—¿Cuántas horas son de viaje?

—Vamos en avión —pensé—. No más de una hora y media.

Claire y yo estuvimos esperando cerca de una hora hasta que vi como el coche de Edik se acercaba. No pude evitar ponerme nerviosa y sentir cómo mi corazón se desbocaba cuando paró y bajó del coche para darme un beso y abrazarme. Me escondí en el hueco de su cuello, poniéndome de puntillas porque me era imposible llegar estando normal.

—¿Estáis listas? —nos preguntó. Asentimos—. Pequeña, tienes la nariz rojita —rio y frunció los labios.

Escuché a Claire chasquear la lengua.

—Acostúmbrate a verla así cuando llega la época de frío —rio.

Claire fue a agarrar su maleta, pero Edik se lo impidió.

—Yo las subo, no os preocupéis —dijo. Claire me miró con cara de quiero-un-chico-así-en-mi-vida y se subió en la parte de atrás del coche, donde estaba Daniil.

—¿Dónde están los demás? —le pregunté con curiosidad.

—Están yendo al aeropuerto —subió las maletas y cerró el maletero. Se dirigió a mí e hizo que me subiera al coche. Seguido, él fue a su asiento y metió las llaves en el contacto—. ¿Listas? —preguntó antes de arrancar.

—Listísimas, arranca antes de que esta cabeza hueca se arrepienta —exclamó Claire.

—¡Oye! —me quejé, girándome en el asiento—. No soy una cabeza hueca, para eso tendría que ser rubia como tú —le saqué la lengua.

—Ataque más gratuito. —Claire se hizo la ofendida.

—¿Siempre estáis así? —preguntó Daniil, creo que aún no se había dado cuenta de que Claire era Clansy.

Reímos las dos.

—Lo ves todos los días en el instituto —se burló ella. Por primera vez se atrevía a decir quién era realmente.

—¿Cómo que lo veo todos los días en el instituto? —preguntó Daniil, mirando a Claire.

—Todo lo que tienes de guapo, lo tienes de tonto —murmuró Claire haciendo que Edik y yo riéramos a carcajadas.

—Hermano, ¿no te suena su cara? ¿No te suena un amigo de Natasha que va a tu clase llamado Clansy?

Daniil abrió mucho los ojos y miró de arriba abajo a Claire.

—¡Ay la puta hostia! —exclamó cuando se dio cuenta.

—¡Por fin! —exclamó Claire, haciéndose la exagerada—. Te has costado, ¿eh?

—Es que yo... —balbuceó—. No sabía nada, de verdad.

Estuvimos todo el trayecto hablando, incluso Edik puso su mano en mi pierna cuando condujo. Parecía una tontería, pero me emocioné al ver ese gesto.

Supongo que a los quince se vive el amor más intensamente. »

Cuando quise darme cuenta, me había quedado dormida y había soñado con el recuerdo de aquel momento. Parpadeé, cogí la foto que estaba a mi lado y miré la hora en el móvil. Eran las

seis y media de la mañana; sólo había dormido tres horas y media. Resoplé y me levanté de la cama, dejando la foto en la mesita de noche. Fui al baño y me di una ducha caliente.

No podía parar de pensar en lo que me había propuesto Edik. Una parte de mí tenía unas inmensas ganas de ir, pero ¿cómo iba a faltar al trabajo durante diez días? Era una locura.

Volví a mi habitación aún con la toalla envolviendo mi cuerpo. Había estado una hora en la ducha. Empecé a rebuscar por mi armario qué ponerme y, al fondo, vi una de las camisetas de Edik, tenía toda una colección de ellas.

Entonces, agarré el móvil y me senté en la cama.

—Hola, soy Natasha —dije, haciéndome la enferma—. He cogido la gripe y no voy a poder acudir a clases durante diez días. Sí, claro, les mandaré el justificante. Muchísimas gracias.

Colgué y lancé el móvil a la cama.

Sonreí y saqué la maleta. Comencé a guardar ropa y zapatos de sobra, pues íbamos a hacer el viaje en coche para ver varios lugares, como Chattanooga, Atlanta y Savannah. Me vestí con unas mallas negras, un jersey extralargo y unas deportivas cómodas. Me puse mi abrigo y bajé por las escaleras. Eran las ocho y media cuando le dejé una nota a mamá diciéndole que me iba de viaje diez días y que no le dijera nada a nadie.

Me subí a mi coche y conduje hasta la casa de Edik, evitando pasar por el conservatorio para que nadie me viera. Llegué a casa de Edik, dejé el coche enfrente de su edificio y me bajé con la maleta en malo. Anduve hasta la puerta y toqué el timbre de abajo.

—¿Quién? —preguntó a través del megafonillo.

—Soy Natasha —dije, mordiéndome el labio inferior.

Me abrió y subí por el ascensor con la maleta de ruedecillas en mano. Salí y fui corriendo hasta su puerta. No me hizo falta ni tocar, Edik me abrió la puerta sorprendido. Aún estaba con el pijama puesto y no pude evitar abrazarlo.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó sorprendido.

—¿No nos íbamos de viaje? —le pregunté, sonriendo.

Edik me dejó entrar y cerró la puerta tras de sí.

Dejé mi maleta a un lado y lo miré.

—¿Lo dices en serio?

—Claro —exclamé.

—Pensé que... —lo callé lanzándome a su cuello y besándolo—. Vaya cambio —exclamó, agarrándome de la cintura y siguiéndome el beso.

—Te juro que esto es una locura, pero necesitaba hacerlo.

—¿Por qué? —preguntó.

—He visto la colección que tengo tuya de camisetas en mi casa y después de lo de ayer... —lo miré desde abajo—... no he podido resistirme. Eso sí, tienes que hacerme un justificante del doctor, si no me echan —reí entre dientes.

—Entonces... —Edik se puso coqueto—... ¿eso significa que vas a ser mía durante diez días?

Edik me agarró de la cintura y me dio la vuelta para besarme el cuello. Posé mis manos sobre las suyas.

—Toda tuya —murmuré, mordiéndome el labio inferior.

—Pues has tenido suerte —rio—, no he cancelado los hoteles.

Me giré y lo miré a los ojos.

—¿Hacemos tu maleta? —le pregunté, sonriendo.

—Claro.

Edik me tomó de la mano y me llevó a su habitación. Le ayudé a hacer la maleta y la cama.

Aproveché que él se fue a duchar y yo preparé el desayuno. Cuando salió eran las nueve y media de la mañana. Desayunamos juntos, riendo mientras que organizábamos el viaje. Vladimir le había dado dos semanas libres a Edik y queríamos aprovecharlas y revivir viejos tiempos.

A las diez de la mañana estábamos guardando mi coche en el parquin y sacando el suyo. Teníamos dos horas y media hasta llegar a Chattanooga. Paramos en el banco para sacar dinero en efectivo y por el supermercado a las afueras de Nashville para comprar algunas cosas. Edik aparcó y bajamos, inesperadamente pasó uno de sus brazos por mis hombros y me abrazó a su cuerpo.

—¿Qué quieres que compremos para estas dos horas y media de trayecto? —me preguntó Edik, mirando una sección un tanto... excitante. Me enseñó varios lubricantes de sabores mientras subía y bajaba las cejas a lo Gaucho Marx—. ¿Quizá esto?

—Eres un salido —respondí, riendo.

Agarré su mano y fui a la zona de bebidas. Agarré una botella de agua y varios refrescos.

—Espera —dijo, riendo al ver que no llegaba al refresco de naranja—, toma.

—Gracias —respondí, dándole un beso en la mejilla.

Edik me dio una cachetada en el trasero y lo miré sorprendida. Me mordí el labio inferior y le saqué el dedo. Luego de quince minutos volvimos a subir al coche, Edik metió las llaves en el contacto y antes de empezar a conducir me miró y acercó su cara a la mía.

—¿Lista? —me dio un pico.

Sonreí.

—Listísima.

## Capítulo 17

«Hacía quince minutos que habíamos bajado del avión. Nos encontrábamos en la terminal, esperando a los coches que habíamos alquilado para desplazarnos por Jacksonville. El hermano mayor de Edik, Aleksey, era quien se había encargado de todo. Claire iba agarrada de mi brazo y Bella, la recién mujer de Aleksey, no podía parar de reír con sus comentarios.

—Ahora en serio, chatas, ¿cómo lo hacéis para tener a estos hombres a vuestros pies? —nos preguntó Claire, acicalándose el pelo.

Bella se encogió de hombros divertida.

—Tampoco te creas que yo llevo mucho tiempo con él —respondió la chica—. Ahora vuelvo, chicas.

—Claire, yo voy al baño, quédate aquí con las maletas, por favor —le rogué, haciéndole un puchero.

—Venga, corre —rodó los ojos—. No tardes mucho.

Fui corriendo al baño y me metí en un cubículo a hacer pis. Escuché como la puerta se abría y se cerraba con la entrada de alguna otra mujer. Cuando salí, me lavé las manos y al mirar el espejo no pude evitar asustarme y gritar.

—Cálmate. —Sergey me tapó la boca con la mano y me pegó al lavamanos—. Sólo quería hablar contigo —susurró, pegándose a mi cuerpo. Su mano libre se paseó por mi cara y me destapó la boca.

—¿Qué quieres? ¡Apártate! —le grité, empujándolo.

—Vaya genio tiene la niña —rio cínico—. Quiero lo mismo que le das a Edik.

Lo miré escéptica.

—¿Tú estás enfermo o qué? —le pregunté, andando hacia la puerta e intentando abrirla. Me paró los pies.

—Todos sabemos que sólo eres una más para Edik, ¿qué más te da follar conmigo también?

No pude aguantar y le pegué una bofetada.

—Pero ¿tú qué te has creído que soy? —vi cómo se tocaba la parte afectada. Había sido tal la fuerza que la cabeza se le había girado—. Escúchame, aléjate de mí si no quieres que le diga nada a Edik.

Lo amenacé, pero se pasó mi amenaza por el forro del pantalón. Sergey se acercó a mí y me agarró del cuello. ¿Dónde estaba la gente cuando se necesitaba que entraran al baño?

—Escúchame bien tú, puta, harás lo que a mí me dé la gana te guste o no —escupió con asco hacia mí.

Su mano apretaba mi cuello, pero entreví que tenía una zona de su cuerpo sin proteger. Con toda mi fuerza, levanté la pierna y le di en toda su masculinidad. A Sergey se le desfiguró la cara y acabó cayendo al suelo. Me soltó del cuello y aproveché para escaparme e ir corriendo hacia donde estaba Claire, quien me miró con preocupación.

—¿Qué ha pasado? —me preguntó al verme tan agitada.

Tragué saliva y, de pronto, Edik estaba a mi lado con la misma cara de preocupación que todos.

—¿Qué pasa? —me preguntó, agarrándome la cara y haciendo que lo mirara.

—Ser... Sergey —murmuré, intentado respirar con tranquilidad.



—¿Qué pasa con...? —Edik rozó mi cuello y me quejé. Llevaba un jersey de cuello vuelto, por lo que comenzó a bajarlo despacio y, cuando vio lo que había ahí, apretó la mandíbula—. ¡Hijo de puta! —gritó.

Edik miró a todos lados y, cuando lo vio, salió corriendo hacia donde estaba. A nadie nos dio tiempo a detenerlo, en medio de todo el gentío Edik comenzó a darle una paliza. Los guardias de seguridad del aeropuerto intentaron detenerlo, pero fue imposible.

Bella me mantuvo lejos junto a Claire. Me sentó y miró mis marcas, se horrorizó al verlas. Una amable chica se acercó ofreciéndome hielo y una crema para la inflamación. No sabíamos cómo, pero consiguieron separar a Edik de Sergey. Un guardia se acercó a mí y me preguntó qué había pasado. Se lo expliqué detenidamente, aguantándome las lágrimas.

—Miraremos las cámaras de seguridad —me aseguró—. De momento, llevaremos a los chicos a retención hasta que todo se aclare.

—¿Qué?! —pregunté alarmada cuando vi que esposaban también a Edik—. ¡No! —me levanté y fui hacia el guardia—. No puede llevárselo, él sólo me estaba defendiendo. ¡Mire! —le enseñé las marcas del cuello—. Me las ha hecho aquel chico —señalé a Sergey.

—Señorita, esto pertenece al protocolo —me dijo el guardia amablemente—. Acompáñenos usted también.

—Espere —habló Aleksey—, yo también iré. Soy el hermano mayor y el primo de estos dos —los señaló con la cabeza.

—Está bien.

Aleksey se posicionó a mi lado y los guardias llevaron a Sergey a una sala contigua a la que le habían asignado a Edik. Cuando llegamos y entramos, el guardia le quitó las esposas a Edik y fui a abrazarlo.

—Mi compañero va a revisar las cámaras de seguridad —habló el guardia, sentándose frente a una mesa—. Señorita, ¿podría decirme qué ha ocurrido?

Tanto Aleksey como Edik se sentaron a ambos lados, dejándome a mí en el centro. Edik tomó mi mano y la besó, tenía una pequeña herida en la ceja y un corte en el labio.

Miré al guardia y suspiré.

—Fui al baño y cuando salí me encontré con Sergey —narré—. Me dijo cosas horribles...

—¿Qué cosas, señorita? —preguntó, apuntándolo todo en el ordenador.

Suspiré y me mordí la mejilla por dentro.

—Me dijo que quería lo mismo que le daba a Edik, se refería a...

—La entiendo, no se preocupe —me dijo el guardia de forma comprensiva—. ¿Y las marcas?

—Intentó sobrepasarse y le di una bofetada, luego me agarró del cuello. En un momento dado se despistó y le di una patada en... —señalé hacia abajo—... ya me entiende. Aproveché y escapé.

—Entiendo —el guardia terminó de escribir y se tocó el pinganillo que llevaba en la oreja—. Mi compañero confirma que el chico entró al baño minutos después que usted. Necesito su DNI y tendré que llamar a sus padres para dar parte a la policía.

—¿A mis padres? —pregunté alarmada.

—Escuche —intervino Aleksey, subiéndose las gafas—, hablemos usted y yo a solas un momento.

El guardia nos hizo salir de la habitación y, en cuanto la puerta se cerró, Edik me abrazó. Resguardé mi cara en el hueco de su cuello y aspiré su perfume.

—No sabes el miedo que he pasado —susurré.

—Esto ha sido demasiado —dijo, separándose y tomándose la cara para que lo mirara a los ojos—. Sergey siempre ha mostrado una actitud bastante preocupante conmigo, de pequeño

siempre quería lo que yo tenía, pero esto ha sido la gota que colma el vaso: te ha agredido. Mis padres tomarán cartas en el asunto.

Asentí, suspirando con pesadez. Volví a abrazarlo y a apoyarme en su pecho. Edik besó mi coronilla y me envolvió en un cálido abrazo.

—Si llaman a mis padres estoy muerta —le dije—. Y Claire también.

—Aleksy hará algo, te lo prometo.

Nos quedamos fuera por un buen rato, no sé muy bien el tiempo. Cuando la puerta se abrió, vimos salir a un imponente Aleksy y, detrás, al guardia. Se dieron la mano como si hubieran pactado algo y Aleksy lo miró de una forma tan aterradora que hizo que el vello se me erizara.

—Ya sabe lo que hemos hablado —le dijo Aleksy al guardia.

Vi tragar saliva al hombre y asentir.

—Sí, señor Vólkov. —Y cerró la puerta tras de sí.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté con urgencia.

—No llamarán a tus padres —me sonrió y me revolvió el pelo con cariño—. Se llevarán a Sergey a un centro para menores de veintiuno. Mamá y papá ya están avisados y vienen en camino. Me han asegurado que todo está bien y que ellos se encargan de todo. Ahora, vamos.

Nos fuimos hacia donde estaban todos. Claire, en cuanto me vio, me abrazó y me preguntó qué había pasado. Le conté un poco por encima para que se quedara tranquila. Sin embargo, no era consciente de todo lo que se me había echado encima después de estar en el blanco de la diana de Sergey Vólkov. »

—Natasha, cielo, hemos llegado —me revolví en donde sea que estuviera. Escuché su risa muy cerca de mi oído—. Vamos, pequeña, te prometo que después de comer podrás dormir todo lo que quieras.

Abrí los ojos y me desperecé. Parpadeé y bostecé.

—Lo siento —le dije—. Me he quedado frita.

Lo escuché reír entre dientes.

—No te preocupes. —Edik se quitó el cinturón y se giró para mirarme—. Estás muy bonita cuando duermes. Por cierto, ¿qué soñabas? Me ha parecido escuchar mi nombre otra vez —rio.

Me sonrojé.

—He soñado con la primera vez que fuimos a Jacksonville y lo que ocurrió con Sergey —dije.

—¡Oh! —exclamó sorprendido—. Me ofende que no hayas tenido otro sueño húmedo conmigo —hizo una mueca—, mi sexapil está en rojos.

Me hizo reír. Le apreté los cachetes como si fuera un niño pequeño.

—Tú siempre tienes el sexapil por las nubes, amigo. Perteneces a la evolución del *Homo Erectus Permanentis*.

Ahora fue él quien se echó a reír.

—¡Vaya sentido del humor! —rio—. ¿Vamos a hospedarnos? Son casi la una y tengo un hambre...

—Claro, vamos —le sonreí, quitándome el cinturón.

Ambos bajamos del coche, que estaba justo aparcado en el hotel en donde nos quedaríamos. Edik bajó las maletas y cerró el coche. Su mano libre aprisionó la mía y me llevó a la recepción del hotel. En cinco minutos ya estábamos en nuestra habitación. Me tiré a la cama y Edik hizo lo mismo. La cama estaba súper mullida y las sábanas suaves, era de tamaño King. Teníamos una maravillosa vista al exterior y nos habían dejado una cestita con suvenires.

Sentí como él me abrazaba y me atraía a su cuerpo.

—¿Quieres que pidamos la comida y que nos la traigan, o prefieres ir a Taco Mamacita (restaurante físico y real de Chattanooga)? —me preguntó, deteniéndose por un momento en mis labios.

Reí en sus labios.

—¿Qué te parece si vamos a Taco Mamacita y luego visitamos el acuario?

—Me parece perfecto. —Edik se levantó y me ayudó a levantarme. Íbamos a salir de la habitación, pero Edik me retuvo cogiéndome del brazo—. Espera un momento.

Fue hacia su maleta y la abrió. Me sorprendía al ver que sacaba un arma y se la guardaba.

Me quedé sin aliento.

—¿Qué haces con esa arma? —le pregunté, tragando saliva duramente.

Me miró apenado.

—Lo siento, pero la llevo por si acaso —me respondió sincero—. No quiero correr más riesgos, ya nos vale con tener vigilancia las veinticuatro horas del día.

—¿Cómo que tenemos vigilancia? —pregunté sorprendida.

Él rio.

—¿A que no te has dado ni cuenta de que están? —se encogió de hombros—. Después de todo, me da miedo que actúen en estas vacaciones. —Edik se acercó a mí y enrolló sus brazos en mi cintura—. Son las primeras que tenemos en mucho tiempo, y quiero que estemos seguros y que nada ni nadie las estropee.

Desvié la mirada de sus ojos a sus labios y sonreí sin enseñar los dientes.

—Vale.

Edik bajó la cabeza y me besó, tiernamente, mientras acariciaba mi cintura. Metió su lengua en mi boca sin permiso alguno y tuve que pararle los pies.

—Para el carro —reí— si no, no saldremos nunca de la habitación.

—Lo que usted quiera, señorita, pero que sepa que he alquilado la zona de spa para esta noche. Para nosotros solos —me guiñó un ojo.

—¿En serio has hecho eso? —asintió.

—Justo cuando estabas respondiendo al mensaje de tu madre —sonrió como un niño pequeño.

## Capítulo 18

—¡Ni se te ocurra! —exclamé divertida.

Edik rio y me persiguió por la habitación para mancharme toda la cara de nata.

—Vamos —murmuró con picardía. Se llevó la fresa con nata a la boca y la chupó hasta dejarla sin nada de helado—, es divertido.

—Divertido cuando no te lo hacen a ti —dije, limpiándome la cara, donde llevaba restos de helado de nata.

Hacía poco que habíamos llegado de visitar varios lugares de Chattanooga, entre ellos el acuario y el Ruby Falls y, para mi sorpresa, Edik había pedido al servicio de habitaciones que para cuando llegáramos hubiera en la habitación fresas con helado de nata y champán.

Volví a echar a correr, saltando por la cama, cuando volvió a coger helado con la fresa. Dejó el cuenco en la mesita de noche y, después de perseguirme por la habitación un buen rato entre risas, me atrapó entre sus brazos. Edik me acercó la fresa a la cara y grité entre risas. Conseguí dalear el rostro y que me manchara toda la mejilla.

—¡Para! —reí—. ¡En serio, para!

—¿O qué? —me preguntó divertido, acercando de nuevo la fresa a mi cara.

—O te juro que me tiro un pedo en tu cara, lo digo en serio —reí, pero en el fondo iba de verdad.

—A ver si el que se tire un pedo sea yo... —comentó riendo.

Aproveché su despiste para comerme la fresa y así evitar que me manchara más. Mastiqué y tragué.

—No eres capaz de hacerlo —lo reté con la mirada.

—Tarde para eso.

De repente, un olor poco agraciado comenzó a inundar mis fosas nasales. Me despegué de Edik y me fui a la otra punta de la habitación con la nariz tapada. Con mi mano libre agarré un almohadón y se lo lancé.

—¡Qué guarro! —exclamé bastante divertida.

Parecía una locura, pero los pedos eran algo normal, y era de las personas que en cuanto escuchaban uno se tiraba al suelo de la risa. No había cosa que me hiciera más gracia que los pedos y las caídas.

Edik se agarró el estómago de la risa.

—Tu cara... —rio.

—¿Mi cara qué? —volví a lanzarle un almohadón—. ¿Cómo quieres que esté después de esa bomba nuclear gaseosa?

Edik se lanzó a la cama y me miró cuando la risa se le pasó.

—Me encantan estos momentos contigo —dijo sincero.

Le sonreí y me lancé a su lado.

—Aunque no te lo creas, a mí también me encantan —le confesé de forma tímida—. Incluso el hecho de que te hayas tirado un pedo en mi presencia. Hay gente a la que le da asco, pero no sé... yo siento como que es comodidad con la otra persona, que no tienes vergüenza.

—Pienso lo mismo —Edik agarró mi mano y la besó—. ¿Vamos a darnos unos chorros?

Tenemos todo el spa para nosotros, incluso he reservado un masaje doble.

—Claro, qué detalle de tu parte —exclamé, levantándome de la cama—. Me pongo el bikini y vamos.

Rebusqué en mi maleta, agarré uno de los bikinis que me había traído y me quité la ropa que llevaba delante de él. Lo miré por encima del hombro y le guiñé un ojo, pícara. Edik me miraba de arriba abajo con deseo, lo notaba en sus ojos dilatados por la excitación. Me puse el bikini y luego el albornoz, Edik no tardó en hacer lo mismo que yo y juntos bajamos al spa.

Me sorprendí al verlo todo con tenues luces de colores.

—Esto es precioso —murmuré, viéndolo todo.

—Lo sé —sonrió él—. ¿Por qué no vas yendo a la sala de masajes? Yo iré en un momento.

—Claro —le sonreí y me dirigí a una sala decorada con velas aromáticas y en tonos rojos.

Todo muy erótico y zen, a decir verdad. Había dos camillas, una para mí y otra para Edik. Una de las cosas que me llamó la atención fue que había un cartelito donde decía que teníamos que desnudarnos, ponernos la toalla y tumbarnos.

No dudé en hacerlo.

Me quité el bikini y me lie la toalla en el cuerpo. Me subí a la camilla y me relajé, sintiendo como alguien entraba a la sala.

—Buenas noches, señorita —habló una mujer de acento español—. Soy su masajista, si me permite empezaré bajándole la toalla.

—Claro —le dije, aún con los ojos cerrados.

La chica bajó mi toalla un poco.

—Disculpe, señorita, vuelvo en un momento —dijo, disculpándose.

—No hay problema —respondí, sintiendo cómo el aroma a frutos del bosque me relajaba.

Escuché como la chica se iba. Hubo un momento en el que me quedé como en trance, en ese limbo entre el sueño y la realidad, hasta que volví a escuchar que alguien entraba. No me inmuté tan siquiera. Sentí las manos de la chica en mi espalda, untadas en lo que pensé que era algún tipo de aceite. Suspiré cuando llegó a mis hombros y los masajeó con la fuerza justa. Poco a poco, sus manos fueron bajando, al igual que la toalla. El masaje me estaba sentando de maravilla, lo único era que echaba en falta a Edik, aunque suponía que debía ser algo importante.

La masajista bajó a mis piernas, fue subiendo sus caricias poco a poco. Sin embargo, llegó un momento en que noté que subía demasiado. La toalla apenas tapaba mi trasero y sus manos estaban por la parte interna de mis muslos, casi llegando a la ingle. Me alarmé cuando sus manos acariciaron mi sexo. Me incorporé y me giré bruscamente, alarmada.

—¿Edik? —le pregunté con una mano en el pecho.

Él asintió, mordiéndose el labio.

—Relájate, pequeña —me dijo sensualmente. Su mano volvió a acariciar mi zona íntima y no pude evitar gemir.

—Edik, no —me mordí el labio cuando volvió a rozar mi clítoris—, nos pueden descubrir.

Una de sus manos siguió masajeando mi muslo mientras que la otra me excitaba con cada caricia. Me dejé caer en la camilla cuando volvió a pellizcar mi monte de Venus.

—No nos pillarán —rio roncamente—, he ido a decirles que cancelaran el masaje. Tenemos todo esto para nosotros solos hasta la hora de la cena.

Movió sus dedos más rápidamente.

Gemí.

—Eres un... —jadeé—... un depravado.

—Y te encanta que sea así —volvió a reír—. ¿Sabes el tiempo que he esperado para tenerte

conmigo? No voy a desaprovechar ni un minuto.

No tenía ni idea de si era por el hecho de estar haciendo esto en un sitio más bien público, si era por la aromatización o por qué; pero estaba encendida. Y, por muy depravado que sonara, quería sexo. Necesitaba sentirlo dentro de mí.

—Date la vuelta —me susurró aun excitándome.

Le hice caso.

Me di la vuelta, quedando totalmente expuesta ante él, quien estaba sin nada en el cuerpo. Abrí los ojos sorprendida al verlo desnudo y con una erección de caballo. Edik me agarró de las piernas y me atrajo hasta el borde de la camilla. Grité de la impresión. Sin embargo, su lengua se fundió con mi sexo y creí que moriría. Sus manos separaban mis muslos, su lengua chupaba mi zona íntima con vehemencia. Creí morir, estaba en todo lo alto y caería al mismísimo infierno. Arqueé la espalda cuando sentí cómo el orgasmo me invadía salvajemente. Tuve que morderme el labio para no gritar.

Aún con la respiración entrecortada, Edik me agarró del trasero y me pegó al borde de la camilla de masajes. Me tuve que agarrar de los bordes cuando me embistió sin previo aviso. Jadeé por la sensación de su cuerpo fundiéndose con el mío, encajando como piezas de un puzle.

Lo más arriesgado de Edik era que me había enamorado de sus defectos. De esa forma tan salvaje que tenía de amarme, del modo en el que me hacía reír. Del peligro que emanaban sus ojos.

Edik me levantó las piernas y las puso sobre sus hombros. Se recostó en la camilla y volvió a embestirme. Sus ojos no dejaban los míos por un momento, me torturaba con ellos.

—Más... —farfullé, echando la cabeza atrás.

Edik rio roncamente y me embistió con más fuerza, lo sentí en todos mis adentros. Hasta el fondo. No quedó ni un centímetro de mi sexo que no acogiera su miembro. Sus embestidas eran pausadas, pero demoledoras. Sus movimientos se acompañaban a mi respiración agitada y a los movimientos de mis pechos.

—¿Quieres más? —preguntó, ahogando un gemido.

Jadeé.

—Sí —respondí roncamente.

Lo vi sonreír como todo un demonio. Edik dejó mis piernas y se salió de mi interior, dejándome un profundo vacío. Me incline para adelante, agitada, para preguntarle por qué se había salido de mí. Lo único que pude hacer fue fijarme en sus ojos y en su sonrisa de diablo. Se tumbó en la camilla de masaje y pronto estuve encima de él, rezando para que no se rompiera. Me mordí el labio, mirándolo desde arriba mientras bajaba mi cadera para introducir su gran miembro en mi interior.

Gemimos cuando estuvo dentro por completo.

Comencé a moverme encima de él, arriba y abajo. Edik agarró mis caderas y me hizo aumentar el ritmo. Llegó un momento en el que no me importó si alguien nos escuchaba, no podía evitar soltar algún que otro grito. Él, experto en mi cuerpo, levantaba la cadera cuando yo la bajaba haciendo que las embestidas fueran mucho más profundas. Estaba en esa línea entre el dolor y el placer, delirando.

Me tumbé sobre su cuerpo. Lo besé sin pudor, metiendo mi lengua dentro de su boca.

Llegó un momento en el que perdí el rumbo.

Edik echó la cabeza hacia detrás y gruñó. Aumenté el ritmo y ambos caímos en brazos del placer.

Me dejé caer en su pecho agotada. Aún dentro de mí, Edik me abrazó y me besó la coronilla.

—¿Qué te parece si nos vamos a darnos unos chorros y luego a cenar? —me preguntó.

—Es una idea maravillosa.

Me levanté y bajé de la camilla. Nos pusimos los bañadores, limpiándonos antes con un poco de papel, y fuimos a la piscina. Allí, me puse bajo una gran fuente de agua templada que caía directa a mi espalda.

—Oye, Edik —llamé su atención—, ¿por qué hemos hecho el viaje en coche? —le pregunté con curiosidad.

Edik se acercó nadando a mí y me besó bajo la fuente de agua que nos caía.

—Porque me gusta conducir, ya sabes cómo soy —rio entre dientes—. Natasha, no hemos usado ningún método anticonceptivo...

Me reí y le tiré agua a la cara.

—Tú no, pero yo utilizo las inyecciones anticonceptivas, me las pone mi médico —le conté.

—¿Y eso cada cuanto te lo pones? —me preguntó curioso.

—Cada cuatro meses —sonreí—. ¿Nos salimos? Tengo un hambre de mil demonios.

—Vamos a cenar entonces.

Sin embargo, lo que ni yo ni Edik sabíamos era que algo más gordo nos esperaba en este viaje, algo que cambiaría nuestras vidas por completo.

## Capítulo 19

A la mañana siguiente emprendimos el viaje, después de desayunar, hacia Atlanta. Nos íbamos a hospedar en el Hilton Atlanta y aprovecharíamos el día para visitar un poco la ciudad. La verdad era que viajar en coche junto a Edik se me hacía cómodo y nada pesado, sobre todo porque no hacíamos más de tres horas de carretera.

Bajé la ventanilla y dejé que las finas gotas de lluvia rociaran mi mano. Atlanta era un estado que en la época invernal se caracterizaba por ser húmedo y frío. Hoy no iba a ser diferente. A mediados de noviembre como estábamos, a sólo cuatro meses de la boda de Elizabeth y Daniil, el frío y la humedad se intensificaban por momentos.

—Hoy hace bastante frío —comenté, cerrando la ventana.

Edik encendió la calefacción y silbó cuando vio la temperatura.

—Estamos a menos tres grados —dijo sorprendido—, hacía tiempo que la temperatura no era tan baja. Pararé a echar gasolina y comprar cadenas.

—Vale, perfecto —respondí, mirando por el retrovisor—. Edik, ¿ese coche que parece familiar es de los que nos vigilan? —le pregunté curiosa.

Edik rio y asintió.

—Llevas toda la mañana buscándolos, ¿verdad?

—Sí —reí—. Tenía curiosidad por saber quiénes eran.

—Pues ahora ya lo sabes —me sonrió.

Edik condujo por la carretera a una velocidad moderada a causa de las heladas anteriores que se anunciaban en carteles. Pasmos varios controles policiales y a los treinta minutos paramos en una gasolinera.

—Espera aquí, ¿vale? —me sonrió, quitándose el cinturón—. Hace muchísimo frío y no quiero que se te ponga la nariz como a Rudolf.

Edik besó mi mejilla y salió del coche.

Agarré mi móvil y me puse a ver todos los mensajes que tenía. Reí al ver los de Elizabeth y Bella; ambas me preguntaban lo mismo y a las dos les respondí con similitud. Aproveché para llamar a mamá y decirle que estaba bien. La pobre se había preocupado al no verme en casa. También recibí llamadas de Charles y algunos mensajes. Fruncí los labios y apagué el móvil, lanzándolo a los asientos traseros.

Me abrace a mí misma, miré por el cristal y vi la larga cola que había para pagar la gasolina. Suspiré y enfoqué mi mirada en el coche que nos seguía de cerca. Los saludé con la mano, eran dos hombres no más mayores que Edik. En cuanto me vieron se echaron a reír.

Dejé que mi cabeza descansara en el asiento y cerré los ojos unos minutos antes de escuchar cómo un coche derrapaba por el asfalto húmedo. Abrí los ojos asustada, había impactado contra uno de los depósitos de gasolina, aboyándolo en el acto. Preocupada, me desabroché el cinturón y abrí la puerta. La gente comenzaba a arremolinarse cerca del coche. Salí y me perdí entre el gentío que miraba como salía un hombre, tapándose la cara.

—¿Está usted bien? —pregunté, intentado acercarme al hombre al que aún no le había podido ver la cara.

Sin embargo, todo pasó a cámara lenta.



Vi como el hombre desenfundaba una pistola y se destapaba la cara para apuntarme directamente con ella. Temblé al ver que era el hombre de la cicatriz. La gente comenzó a huir y pude esconderme tras un coche cuando los dos hombres que nos vigilaban le comenzaron a disparar. La gente escapaba despavorida y yo me resguardé como pude. Edik, quien estaba dentro de la gasolinera, salió corriendo en mi busca. Grité cuando el hombre disparó contra Edik y tuvo que resguardarse tras unos neumáticos que había cerca. Vi como sacaba la pistola y dispara al hombre de la cicatriz. Me tapé los oídos ante tantos disparos, me estaba quedando sorda. No obstante, comencé a escuchar las sirenas de los coches policiales.

Lo que me faltaba ya era acabar arrestada.

Edik consiguió llegar a mí, pero tenía una herida en el brazo a causa de un disparo.

—¡Dios mío! —grité cuando vi tanta sangre.

—Relájate —susurró, sonriéndome. Se asomó y disparó—. Estás bien, ¿verdad? —asentí, aguantándome las lágrimas. Edik paseó sus dedos por mi mejilla y me dio las llaves del coche—. Súbete al coche y abre la puerta del copiloto. Cuando yo entre, quiero que arranques y conduzcas sin mirar atrás.

—¿Y qué pasará con ellos? —le pregunté, refiriéndome a nuestros guardaespaldas.

—No te preocupes por ellos, lo importante eres tú ahora. Además, la policía viene y con suerte arrestarán al capullo este —bramó Edik con furia—. Si miras bien, mis compañeros están preparados para entrar al coche y seguirnos a toda velocidad. ¿Te acuerdas de cómo era antes? En las carreras.

—Sí.

—Pues esta vez vas a ser tú quien conduzca —me sonrió.

—Edik, no estoy muy... —me calló.

—Natasha, ahora —me dijo, empujándome para que fuera al coche.

Me mordí el labio y fui hasta nuestro coche. El hombre de la cicatriz disparó en mi dirección, olvidándose de que Edik lo tenía a tiro. Mi chico consiguió darle en la pierna y hacer que cayera al suelo.

Edik aprovechó para venir al coche y subirse.

—¡Arranca! —exclamó.

Metí las llaves en el contacto y salí disparada hacia la carreta. Siquiera me pude poner el cinturón, estaba concentrada en que el hijo de puta no nos siguiera.

—Coge la dirección hacia Atlanta, daremos un rodeo por la policía —me dijo, tapándose la herida.

—¿Y tú herida qué? —pregunté, viendo por el retrovisor como los guardaespaldas nos seguían de cerca.

—¿Quieres conducir y dejar de preocuparte por mí? —dijo, mirándome con reproche—. Lo mejor es que vayamos a un motel, no sé si la policía cogerá al hijo de puta este, pero prefiero no arriesgarme a ir al hotel que había reservado. En cuanto lleguemos y me cure, les diré que vayan a por coches nuevos.

—Vale —dije, concentrándome en la carretera.

Edik se puso el cinturón y, dejándose la herida aparte, me puso el mío. Agarró su camiseta interior y la rompió, haciéndose un torniquete en la herida. Ahora llevaba el abrigo y, abajo, una camiseta rota que dejaba ver los músculos de su abdomen. Tuve que hacer de tripas corazón para no deleitarme con su cuerpo. Me centré en la carretera y en asegurarme de que nadie nos siguiera. Después de una hora en carretera, Edik me hizo parar en un motel de mala muerte de Atlanta. Aparqué y bajé junto a él. Se puso el abrigo para que nadie pudiera ver la herida que llevaba y

entramos al lugar. A nuestras espaldas estaban los dos gorilas.

—Перейти на два новых автомобилей<sup>[6]</sup> —les dijo Edik en tono serio.

Ellos asintieron y desaparecieron de nuestra vista.

Un hombre de unos treinta y pocos al que le faltaba un diente nos atendió. Nos dio una habitación a nosotros y otra a los dos gorilas. El motel era uno de mala muerte, olía a moho y humedad, y las paredes estaban arrugadas. El recepcionista nos ayudó a subir las maletas y nos dejó justo en la puerta de nuestra habitación. En cuanto la abrió me sorprendí al ver que la habitación estaba medianamente aceptable, pero era algo peculiar. La cama era redonda, y había un espejo justo encima. Las paredes eran de papel y tenían el escenario de Tokio, las sábanas eran de color rojo y había más espejos en frente de la cama.

Entramos y el chico cerró la puerta.

—Pero ¿qué es esto? —pregunté—. Parece un escenario de película porno barata.

Edik se sentó en la cama y suspiró al quitarse el abrigo.

Fui hacia la ventana que había y, cuando la abrí, me encontré con un grandísimo cartel luminoso donde había una tía en bolas. Volví a cerrar la cortina y lo señalé con el dedo.

—¿No pensarás que nos vamos a quedar aquí? ¿En el motel de un puticlub?

Me miró escéptico.

—Anda, ven aquí y ayúdame —me dijo—. Hazme el favor y abre mi maleta, saca un pequeño maletín blanco.

Hice lo que me ordenó. Me senté a su lado con el maletín en la mano, lo ayudé a quitarse la camiseta rota y tragué saliva al ver la sangre.

—La bala sólo me ha rozado —dijo entre susurros.

—Pero habrá que ponerte puntos o algo —repliqué.

—En el botiquín hay unos puntos de sutura adhesivos, sácalos —lo hice—. Ahora quiero que me ayudes a limpiar la herida y luego los coloques —lo miré a los ojos unos segundos antes de asentir. Moje un poco de alcohol en algodón y comencé a limpiar la herida. Edik no se quejó, aunque lo veía morderse la lengua para no soltar maldiciones. Lancé el algodón lleno de sangre a la papelera y cogí otro, así hasta que no quedó ni una gotita de sangre en su brazo. Poco a poco, sintiéndome toda una enfermera, comencé a ponerle los puntos de sutura adhesivos—. Así es, muy bien. Eres una gran enfermera, pequeña —me dijo, sonriéndome.

Levanté la mirada y le sonreí. Acabé por venderle la parte herida y darle una camiseta de su maleta.

—Aún no me acostumbro a estas cosas —dije, volviendo a sentarme a su lado en la cama redonda.

—¿A qué?

—Al peligro.

Edik bajó a mirada y se dejó caer en la cama.

—No quiero ponerte en peligro, soy egoísta. Quiero que estés conmigo a pesar de todo lo que te puede pasar —habló entre susurros.

Iba a contestarle, pero tocaron la puerta. Edik se levantó y agarró su pistola, me hizo una señal para que me callara y me quedara quieta. Abrió la puerta un poco y miró, suspiró y dejó entrar a los gorilas.

—Pasad, ¿habéis comprado coches nuevos?

—Sí, señor —dijo uno de ellos con un acento muy marcado—. Nos hemos deshecho de los otros. Nuestros contactos de la policía nos han dicho que han arrestado a Petrov y hemos traído algo de comer para ustedes.

—Perfecto —respondió Edik, agarrando las bolsas de comida—. Natasha, ellos son Borya y Erast, son de confianza. Sus padres siguieron a los míos, cuando decidieron abandonar a mi abuelo, y venir a Estados Unidos a comenzar una nueva vida.

—Encantada —me levanté y les di la mano—. ¿Lleváis toda la vida con los Vólkov? —les pregunté curiosa.

—Sí, señorita —dijo el que reconocí como Borya—. Somos como un clan, una gran familia.

—Os agradezco muchísimo que arriesguéis vuestra vida por la mía —les agradecí.

—No se preocupe, señorita —habló Erast—. El peligro es nuestra forma de vida, sin peligro no habría diversión.

Rieron.

—Podéis descansar —les dijo Edik—. Ahora que Petrov está arrestado podremos continuar el viaje tranquilos —me miró y me guiñó el ojo—. Si nuestros contactos de la policía nos hacen un empalme, avisadme.

Ellos asintieron y se fueron a su habitación. O al puticlub, una de dos.

Me dejé caer en la cama de nuevo y cerré los ojos. Sentí como uno de mis lados se hundía y sentí su abrazo.

—¿Sabes que en diez años que te conozco no sé casi nada de tu familia? Más bien de vuestro pasado —hablé, aún con los ojos cerrados.

—¿Qué quieres saber? —Edik comenzó a hacerme circulitos en el estómago.

—Todo —respondí, abriendo los ojos—. ¿Por qué os vinisteis a Estados Unidos?

—Mi padre quedó con mi abuelo en que si residíamos con él en Rusia nos dejaría crecer como niños normales, pero no fue así. A quien más caña le daba era a Aleksey, él era el mayor de los tres y el futuro heredero —tragó saliva—. Un día nos reunió a los tres y obligó a mi hermano Aleksey a matar a una familia entera. Éramos unos críos, pero eso siempre quedará en nuestra memoria. Mi madre, horrorizada, le dijo a mi padre que, o nos íbamos todos, o nos íbamos nosotros con ella. Así que mi padre reunió a los hombres que estaban trabajando para mi abuelo, pero que de alguna manera estaban en contra de él, y consiguieron huir. Eso fue un palo bien gordo para mi abuelo, más siendo una de las mafias más antiguas de Rusia.

—¿Vuestra familia de dónde procede? —le pregunté con curiosidad.

—Pues, según lo que sé, nuestra familia procede de la época de los Zares. Sin embargo, tuvo su auge en la Segunda Guerra Mundial y en la Guerra Fría. No te haces una idea de todo lo que he tenido que ver estando allí, desde extorsiones a violaciones. Era horrible.

—Vaya —exclamé sorprendida.

—Sí —resopló—, es una mierda.

—¿Sabes que tengo curiosidad por saber la historia de tu hermano Aleksey? Siempre habéis dicho que él y tu padre son los que peor lo pasaron..

—Y así es —afirmó—. Aleksey y Bella lo pasaron fatal, estuvieron huyendo meses, y lo peor fue cuando metieron a Emma de por medio... Estuvimos meses que apenas supimos de él. Fue una tortura, pero era eso o morir. Y él decidió luchar contra mi abuelo y por la que ahora es su familia. Es un gran ejemplo para mí y Daniil, a pesar de ser el peor de los tres —rio amargamente.

—¿Qué te parece si nos damos una ducha y comemos algo? —le pregunté, cambiando completamente de tema.

—¿Habrá sexo? —me preguntó como un niño pequeño cuando le enseñan un caramelo.

—No —reí. Edik hizo un puchero muy gracioso y se levantó.

—Te recuerdo que tengo ahí al lado el puti...

—Si se te ocurre ir a un puticlub estando conmigo te juro que te corto los huevos y juego con

ellos al *busca* con Diablo. ¿Te queda claro? —lo señalé con el dedo y con cara de pocos amigos.

—¿Eso significa que estamos juntos? —preguntó sonriendo.

—Sí —respondí, y me abrazó.

Edik me agarró de las mejillas como pudo y me besó.

—¿Por qué crees que iría a un sitio así teniendo a semejante belleza para mí solito? —me preguntó picarón.

Me mordí el labio inferior y lo miré.

—Bueno, quizá sí tengas un poquito...

# Elizabeth

—¿Crees que deberíamos invitar a T.J. y Blue?

Me encontraba tirada en el sofá, viendo las invitaciones de boda, mientras que Daniil hacía la cena. Me encogí de hombros, la verdad es que invitarlos me daba igual. Lo único que quería saber era qué color escoger, si rosa salmón o lila lavanda. Los dos me gustaban lo suficiente para el color de nuestra invitación.

—Sinceramente, me da igual —le dije, resoplando—. ¿Salmón o lavanda? —le pregunté, enseñándole las invitaciones, aún tumbada en el sofá.

—El que te dé la gana —respondió.

Me incorporé y lo miré con mala cara.

—Me ayudas mucho, cariño —dije irónicamente.

Daniil agarró dos copas y vertió vino en ellas. Se acercó a mí y me entregó una, sentándose a mi lado en el sofá.

—A ver, ¿cuál es la que más te gusta? —me preguntó.

—Las dos —respondí escéptica.

—Entonces tenemos un problema —se rascó la nuca—. Si te sirve, a mí me gusta la rosa —se encogió de hombros.

Lancé la invitación lila a la mesa.

—A tomar por culo la lila —exclamé, bebiéndome toda la copa de un trago.

—Bestia —dijo, riendo.

—¿Sabes los días que llevaba con la maldita invitación? —resoplé—. Ahora tenemos que aclarar lo de T.J. y Blue. ¿Quieres que vengan o no? —le pregunté.

—T.J. es mi amigo —se rascó la nuca para luego beber de su copa—. Siempre ha estado conmigo, incluso cuando te fuiste; me gustaría verlo allí si a ti no te incomoda.

—¿Incomodarme? —reí. Me levanté y me senté en sus rodillas—. Es tu amigo y lo respeto, aunque no me quepa entre ceja y ceja.

—Eso será ahora —hizo una mueca—. ¿Te recuerdo hace cuatro años quién quería estar con él?

Me levanté y fui hacia la cocina. Quité la sartén del fuego y me llené la copa, a este paso me iba a acabar la botella yo sola.

—Mejor no me lo recuerdes, hubiese sido el peor error de mi vida.

—Hasta que por fin lo reconoces —exclamó—. Diablo, ven aquí —le dijo al perro.

Puse la mesa mientras que él estuvo jugando con Diablo. Era una estampa muy bonita; Diablo, con todo lo grande que era, parecía un cachorrillo cuando jugaba. Le puse comida en su cuenco y en seguida fue a comérsela, era un tragón. Daniil fue al baño y se lavó las manos, volvió y me abrazó, dejando un suave beso en mis labios.

Nos sentamos a cenar mientras la televisión sonaba de fondo.

De repente, la noticia de un tiroteo en una gasolinera cercana a Atlanta nos preocupó intensamente. Ambos nos quedamos viendo la televisión en silencio y, cuando terminó la noticia, nos miramos serios.

—Esto tiene que ver con ellos, seguro —dije, refiriéndome a Natasha y Edik.

—Sí —respondió Daniil con preocupación. En la tele se vio la imagen del tío de la cicatriz y fue cuando más nos preocupamos—. Definitivamente, han sido ellos.

—Pero es bueno que la policía hay atrapado al tío este, ¿no?

Daniil se levantó y comenzó a llamar a su hermano.

—Sí y no —respondió—. Es posible que tengan a más gente detrás de ellos.

Agarré mi móvil y le mandé varios mensajes a Natasha, pero no los recibía.

—¿Edik? —preguntó Daniil a través del móvil—. Lo hemos visto en las noticias. Sí. ¿Estáis bien? —dejó que hablara su hermano—. Vale, pero tened cuidado.

Colgó.

—¿Ellos? —pregunté con una ceja alzada.

—Sí, resulta que Natasha había apagado el móvil y se le ha olvidado enchufarlo. Están en un motel de mala muerte —se rio—, pero están con ellos Erast y Borya.

—Para matarlos —reí.

—Por lo menos me alegro de que estén bien —comentó Daniil.

—Oye, cielo, ¿estarán seguros? —le pregunté preocupada.

—No lo sé —frunció el ceño—. Pero parecían más unidos que nunca, me alegro de que hayan dejado las tonterías en el pasado. Pensé que Natasha no se iría con él.

—Pienso lo mismo —bebí de mi copa—. ¿Sabes que el otro día vi a Charles y me dijo que Natasha estaba enferma? Qué cabrona la tía —reí—. Me gusta verla hacer las mismas locuras que antes, la echaba de menos.

Terminamos de cenar tranquilamente, pero a eso de las once Daniil volvió a recibir una llamada por parte de sus contactos de la policía; detrás de Natasha y Edik iba alguien en busca de venganza que no pararía hasta verlos muertos.

Hasta vernos muertos a todos y cada uno de nosotros.

Con urgencia, llamamos a Aleksey.

Daniil me dijo que lo mejor era que me quedara con sus padres, al igual que Bella, Emma y Junior. Resoplé y me indigné, hinchando las mejillas como una ardilla, pero al final le hice caso.

Esa misma noche preparé una mochila, con mis cosas y las de Diablo, y nos fuimos a casa de sus padres. La mansión Vólkov estaba tensa, se podía cortar la tensión con unas tijeras. Aleksey se despidió de Bella y de sus hijos mientras que Daniil lo hacía de mí.

¿Sabéis ese momento que debían vivir las mujeres cuando sus maridos se iban a la guerra? ¿Ese sentimiento de preocupación y vacío?

Pues yo me sentía igual.

—Ten mucho cuidado —le rogué a Daniil, abrazándolo.

—No te preocupes —me sonrió, abriéndose la chaqueta. Llevaba dos pistolas en sus cartucheras—, voy bien preparado. Además, me acompaña este de aquí —señaló a Aleksey, quien anduvo hasta donde estaba y le dio un golpe en el cogote.

Daniil se quejó y lo miró con mala cara.

—Ya veo como me quieres, hermanito... —comentó Aleksey con Junior en brazos—... Y tú, campeón, tienes que cuidar a mamá y a Emma. Espanta a todos los chicos que se les acerquen a las dos, te doy permiso para que utilices la fuerza bruta.

—Vale, papi —respondió el niño, contentísimo.

Aleksey volvió a besar a Bella y abrazó a Emma con fuerza. Junior bajó de sus brazos y se fue corriendo a jugar con Diablo. Alexandra les dio unos bocadillos para el camino, muy típico de ella, y Vladimir estaba organizando a los chicos que iban con ellos.

Me quedé en la puerta, viendo cómo se iban en comitiva, con el corazón en un puño.

## Capítulo 20

Edik

Me desperté bastante temprano, a decir verdad.

Cuando abrí los ojos, me di cuenta de que Natasha estaba bocarriba y con los ojos abiertos. Suspiró y me miró.

—No he podido dormir —susurró—. Por favor, no vuelvas a traerme a un motel en tu vida.

Reí entre dientes.

—Lo siento, fue lo primero que se me ocurrió.

—No te culpo, pero no lo vuelvas a hacer —me pidió—. No sé cómo has dormido con... —hizo una mueca de asco—... con todos los ruidos que han hecho.

—Una experiencia más que contarles a nuestros hijos —bromeé, a lo que Natasha me miró con escepticismo.

—Estás loco —me dijo, levantándose de la cama. Cuando la sábana cayó de su cuerpo no pude evitar mirarla de arriba abajo. Estaba completamente desnuda—. No me mires así —la vi ponerse roja e ir al baño.

Me desperecé y, cuando pasó a mi lado, le di una cachetada en el trasero. Natasha se sobresaltó, pero me sacó el dedo riendo. Se metió al baño y cerró la puerta. Me quedé por un largo tiempo mirando el techo, como solían decir: *mirando a la nada, pensando en todo*. Y es que esa frase me representaba demasiado. Lo que más me traía de cabeza era el tema de Sergey. Petrov había sido arrestado y nuestros contactos de la policía se encargarían de él, pero Sergey... era demasiado escurridizo.

Cuando huimos de Rusia mi primo vino con nosotros, pues mis padres le tenían un grandísimo cariño. Siempre lo habían tratado como si fuera un hijo más. Sergey nació de una violación y nunca tuvo esa conexión con su padre, tal como la teníamos nosotros. Su madre acabó muerta y él... Bueno, cuando nació Sergey, comenzó todo el tema de la envidia de mi tío hacia mi padre. Aun siendo el menor, mi tío quería quedarse con todo lo que mi abuelo había conseguido durante años (entre otras cosas, con la enorme fortuna). Pero mi abuelo siempre decía que todo lo que tenía iba a ser para mi padre y, en caso de que faltara, para Aleksey.

—¿En qué piensas tanto? —me sobresalté al escuchar a Natasha a mi lado—. ¡Tierra llamando a Edik! —rio.

—Lo siento —reí entre dientes y me levanté de la cama.

No pude evitar abrazarla, Natasha era lo único bueno que me había pasado en mi vida. Ya la hice sufrir lo suficiente como para hacerlo más y no aprovechar cada minuto para decirle lo que sentía.

—No te disculpes —rozó su nariz con la mía alzándose en puntillas.

—¿Sabes que te quiero? —le pregunté, besándola tenuemente.

Ella asintió, respondiendo a mi beso.

—¿Sabes que yo también te quiero?

Negué divertido mientras mordía su labio inferior.

—¿Querermé tú a mí? No lo creo —reí lanzándola a la cama.

—¡Para! —gritó, riendo cuando comencé a hacerle cosquillas—. En...en... enserio —dijo entrecortadamente —... para, por... por favor.

Tal como estaba, encima de ella totalmente desnudo, pues aún no me había dignado a vestirme, la besé durante un buen rato. Nuestros labios se conectaron como las piezas de un puzle, decir que aquello era mágico sería quedarse cortos. Cuando besaba a Natasha sentía un cosquilleo en el estómago.

Tuve que separarme por falta de aire, volví a darle un beso en la mejilla y me levanté. Carraspeé mirando para abajo, un poco avergonzado de que mi amiguito estuviera tan contento por la mañana. Natasha rio, supongo que divertida. Pero era irresistible, no podía evitarlo. Era estar con Natasha y ¡voilà! ¡Erección permanente! Aunque también tenía que admitir que, de veinticuatro horas que tenía el día, veintitrés me las pasaba fantaseando con ella.

—Te lo digo en serio —se levantó, llevaba mi camiseta puesta. Señaló a mi amiguito con uno de sus dedos—. Eso no es normal.

—¿Por lo grande que es? —levanté las cejas a lo Gaucho Marx.

La escuché resoplar mientras iba a la maleta y sacaba algo de ropa.

—¿Por qué todos los tíos siempre estáis con la polla? Que si es grande, que si es pequeña, que si esto, que si lo otro...

—¡Para el carro! —exclamé—. Yo no siempre estoy con mi... —su mirada me mató.

Natasha rodó los ojos.

—O quizá sí —murmuré—, pero es un orgullo para mí. No todos los hombres están dotados de esta forma —me excusé.

—En eso voy a darte la razón, la tienes grande, todo sea dicho —dejó su ropa en la cama—. Pero es bastante coñazo escucharos siempre hablar de lo mismo, con tus hermanos estáis igual. ¿No os cansáis?

—No —le sonreí como un niño pequeño.

—Eres increíble. —Natasha negó varias veces divertida.

—Es que vosotras no lo entendéis —anduve hasta su vera y la abracé—. Esto —señalé para abajo —, es un orgullo.

—Vale —rio, rodando los ojos —. Haremos una cosa, dejemos de hablar de tu polla y vamos a darnos una ducha y a desayunar. Quiero irme de aquí lo antes posible y dormir en paz sin escuchar peticiones extrañas en medio de la noche.

Reí, pero le hice caso.

Natasha y yo nos dimos una ducha. Cuando salimos le di su teléfono, ayer me lo dio Borya y se me olvidó dárselo con todo el lío. Ella comprobó las llamadas y respondió a varios mensajes de su madre, Elizabeth y Bella. Ignoró por completo las llamadas de Charles y desayunamos juntos mientras charlábamos de lo bien que nos iba a venir el agua de la piscina climatizada de Jacksonville.

A las diez en punto dejamos el motel, nos subimos a los nuevos coches y pusimos rumbo directo a Jacksonville. Quería haber hecho una parada en Savannah, pero prefería ir directo a la casa en la playa y disfrutar los ocho días que nos quedaban por delante.



Casi cinco horas más tarde, llegamos a Jacksonville sanos y salvos. Natasha no había pegado ojo en todo el viaje y tenía ligeras ojeras bajo los ojos. La casa estaba tal y como la recordaba. Dos maravillosos pisos de una edificación hecha en madera, una casita con un tejado a dos aguas y una chimenea. Tenía una espectacular vista hacia la playa y sistemas de seguridad de lo más modernos.

—Vaya —silbó Natasha cuando salió del coche—, sigue todo igual.

Anduve hasta donde estaba y pasé mi brazo por sus hombros.

—La verdad es que sí —respondí—. ¿Qué te parece si entramos, lo ordenamos todo y nos damos un baño?

—Me parece perfecto —besó mi mejilla—. Vamos.

Cada uno agarró su maleta y entramos a la casa. Eran cinco dormitorios y cuatro baños, una cocina-comedor enorme y una terraza impresionante. Llevé a Natasha a la que fue nuestra habitación y fue como si los recuerdos fluyeran por sí solos.

«Era la primera vez que traía a una chica a Jacksonville, y más si iba a dormir con ella. Natasha estaba impresionada con la casa, sobre todo con las vistas de nuestra habitación.

—Esto es una maravilla —exclamó asombrada, lanzándose a la cama.

—Pues podemos venir todos los años por mi cumpleaños —le dije, tumbándome a su lado.

—¿De verdad?

Asentí.

Era casi una locura que hubiera caído a sus pies, pero Natasha me traía loco. Ella era todo lo que quería y buscaba en una chica. Aún era joven, pero ¿qué más daba? La quería a mi lado por siempre.

Dejé descansar mi mano en su estómago mientras que ambos nos veíamos a los ojos, sin decir ni una palabra. Sin embargo, no hacía falta, el silencio era cómodo. Me atreví a acercarme a sus labios y besarlos tenuemente, más bien siendo un roce. Vi cómo se mordía el labio inferior y no dudé en atacarlos de una forma hambrienta. Después de lo que había pasado, de sentirme impotente por no haberla protegido, necesitaba demostrarle lo mucho que la quería y sentía.

Comencé a hacer círculos por su vientre hasta subir, aún por encima de la camiseta, a sus pechos. Natasha se sorprendió, pero no se negó. Al contrario, arqueó su espalda y me dejó meter la lengua hasta fundirnos en uno.

—Chicos, íbamos a ir a... ¡Joder! —se escuchó. Miré hacia la puerta y vi a uno de mis amigos con cara de horror—. ¡Tío, que solo tiene quince años! ¿No puedes esperar un poquito para follártela?

Lo miré con la rabia plagada en cada poro de mi piel.

—¿Pero tú eres tonto o te comes los mocos? —le preguntó Natasha malhumorada—. Lo que yo haga con mi novio no es asunto tuyo, lárgate —le gritó.

Él se fue, cerrando la puerta despavorido.

Reí cuando vi a Natasha hinchar las mejillas como una ardillita.

—Vaya corta-rollos —resopló.

Reí entre dientes y volví a besarla.

—¿Por dónde íbamos? —dije, antes de morder su labio inferior.

La escuché suspirar.

—Te juro que esto es irreal, parece un puto sueño.

—Tú sí que eres mejor que un sueño. »

Aun recordando la primera vez que la traje, emparejé toda mi ropa en el armario y me puse el bañador con un albornoz para cubrirme del frío. Natasha me imitó y ambos bajamos a la piscina climatizada que había en la casa. Le dijimos tanto a Erast como a Borya que se tomaran un descanso, sobre todo para poder estar juntos y solos un buen rato.

Nos metimos a la piscina y el agua tibia nos cubrió los cuerpos. Estuvimos un buen rato hablando en el jacuzzi y otro buen rato jugando, aunque más bien jugaba yo con ella, pues no podía ahogarme en el agua.

Sin embargo, de repente, escuchamos como algo caía al suelo y Natasha rodó los ojos.

—Seguro que estos dos han hecho un estropicio en la cocina —se burló Natasha—. Voy a ir a ver y de paso prepararé unos cócteles. ¿Qué te apetece?

—Lo que te hagas tú —le guiñé un ojo.

Natasha, riendo, salió de la piscina y se puso el albornoz. Vi cómo se iba hacia dentro de la casa. Me metí bajo el agua y aguanté todo lo que pude.

¿Cómo era posible que estando con ella sintiera mariposas en el estómago?

Habían pasado muchos años y seguía sintiendo lo mismo que la primera vez.

Los minutos comenzaron a pasar y Natasha no aparecía. Cuando vi que habían pasado casi quince minutos en mi reloj, salí de la piscina y fui hacia dentro poniéndome el albornoz por el camino.

—¿Natasha? —pregunté, esperando respuesta.

Aceleré mi paso hacia la cocina.

—¿Natasha? —grité.

Cuando entré a la cocina, lo primero que vi fueron los cuerpos de Erast y Borya en el suelo.

—Pero... ¿qué...? —Cuando levanté la mirada el pánico me paralizó. Tragué saliva duramente y el corazón comenzó a agitarse hasta el punto pensar que se me saldría del pecho—. Abigail, baja el arma.

## Capítulo 21

Veía como Edik recorría su mirada por la frívola arma sobre mi cabeza. Tragué saliva duramente, sintiendo como las lágrimas caían de nuevo por mi rostro; Abigail apretó más el arma contra mí sien.

Siquiera podía imaginarme cómo había entrado o cómo nos había seguido sin ser vista, pero cuando entré a la cocina y vi a Borya y Erast en el suelo, me imaginé lo peor. Segundos después la tenía detrás de mí, tapándome la boca y apuntándome con el arma. ¿Su plan? Matarme o entregarme a Sergey, una de dos.

—Abigail, por favor, suelta el arma —le rogó Edik, dando dos pasos hacia nosotras.

—¡Quieto o la mato! —gritó, enloquecida.

—No quieres llegar a esto, Abigail, tú no eres así —le dijo.

—Yo... —tartamudeó, bajando un poco el arma—... yo no soy mala —murmuró—. Por tu culpa estoy aquí, por amarte, Edik. No tienes ni idea de lo que me han hecho, de lo que me han hecho todos —lloró, aún sin soltarme.

—Puedo ayudarte —le dijo, acercándose. Edik me miró y luego desvió la mirada a ella—. Sabes que puedo ayudarte.

—¿Cómo? —preguntó dubitativa.

—Baja el arma y podremos hablar tranquilamente —habló Edik con voz pausada.

—No —respondió ella, volviendo a hacer presión en mi sien.

—¿Has llegado hasta aquí no? ¿Ves a Sergey por algún sitio? Te has escapado, ya no estás bajo su control. Nadie te hará nada. —Edik volvió a tragar saliva, estaba tenso—. ¿Por qué matarme a mí, o a Natasha? ¿Qué necesidad hay?

—Porque si no la mato tú nunca podrás estar conmigo —bramó, cargando el arma. Abrí los ojos y empecé a luchar por deshacerme de su agarré.

—¡Abigail, no! —gritó Edik, corriendo.

Todo pasó a cámara lenta.

Escuché un disparo que me dejó sorda, veía como Edik venía hacia mí hasta abrazarme en el suelo. Pero no había dolor. Yo estaba perfectamente bien. Giré mi cabeza en dirección a donde estaba Edik mirando y, para mi sorpresa, la que estaba en el suelo, muerta, era Abigail. Me abracé a Edik sin dejar de mirar el cuerpo inerte y bocabajo de la chica. A su alrededor había un reguero de sangre.

—¿Estáis los dos bien? —escuché que preguntaban a lo lejos.

—Natasha, ¿estás bien? —me preguntó Edik.

Pero su voz era lejana, yo sólo podía fijarme en el cuerpo sin vida de Abigail. Y, sin quererlo, caí en una espesa bruma de recuerdos afinados en mi memoria, cayendo en brazos de un profundo sueño.

«Nos encontrábamos todos en la piscina climatizada de la casa, cada cual en su mundo. Claire se había puesto unos pantalones anchos y una camiseta, le daba vergüenza bañarse porque decía que se burlarían de ella.

Aún con los albornoces puestos, la incitaba a meterse en la piscina.

—Venga, vamos —la agarré del brazo y tiré de ella.

—No —exclamó resignada—. ¿No entiendes que si me quito esto —se señaló el albornoz— sabrán que soy un tío? No quiero que se rían de mí.

—Nadie se va a reír de ti —le aseguré.

Edik salió de la piscina y se acercó a nosotras a paso ligero.

—¿Qué pasa? —nos preguntó, poniéndose el batín—. ¿No os apetece bañaros?

—Claire tiene miedo a cómo reaccionarán tus amigos —respondí, haciendo una mueca.

Edik sonrió y pasó un brazo por los hombros de Claire.

—No tienes de qué preocuparte, ¿vale? —Claire lo miró y asintió, no muy convencida.

Ella comenzó a quitarse el albornoz, al igual que yo. Los dejamos cerca de dónde nos íbamos a meter y comenzamos a andar hacia la piscina. Sin embargo, uno de los amigos de Edik, el que peor me caía (todo había que decirlo), comenzó a hacer comentarios poco agradables hacia Claire, cosa que enfadó muchísimo a Edik y a Daniil. Nuestro maravilloso compañero de clase, Daniil, le dio una colleja. En cambio, Edik optó por la agresión verbal.

—Si vuelvo a escuchar que te metes con Claire te parto la boca, ¿te queda claro, gilipollas? —le dijo seriamente.

El amigo de Edik, del que ni siquiera recordaba el nombre, asintió y se puso a hablar evitando el tema.

Al final, Claire se lo pasó genial y yo también. La veía muy feliz de poder ser ella misma. Estuvimos horas en la piscina, y admito que me hice muy amiga de Bella. La chica era majísima, y me dio bastantes consejos para estar con un Vólkov. Aleksey, el mayor de los tres hermanos, también me cayó genial. Era muy simpático y se preocupaba mucho por sus hermanos. La verdad era que, de los tres hermanos, Aleksey parecía el más centrado.

Cuando el sol comenzó a ponerse, decidimos salir de la piscina e ir a bañarnos para irnos a cenar a un restaurante de Jacksonville al que acudían todos los años por estas fechas. Edik y yo subimos a nuestra habitación y, mientras yo le mandaba un mensaje a mamá, él se fue a darse un baño. Me encontraba sentada en la cama, tecleando, cuando escuché que el agua dejaba de caer. Centrada en mi teléfono, no me di cuenta de que Edik estaba delante de mí con sólo la toalla en el cuerpo.

—¿Qué estás tecleando tan ansiosa? —me preguntó, sobresaltándome.

Subí la mirada y no pude evitar ponerme completamente roja de la vergüenza.

—¡Pero tápate! —le grité, tapándome los ojos.

Lo escuché reír.

—Estoy tapado con la toalla...

—Con ropa, con ropa —respondí, aún sin quitarme las manos de delante de los ojos.

—Si tanto insistes... —comentó divertido.

Entre mis dedos dejé un hueco para verlo, y cuando me lo encontré completamente desnudo, no pude evitar gritar. Se lo vi todo, TODO. No podía quitarme de la cabeza la imagen de su miembro, grande y ancho. Yo me iba a morir, si no de la vergüenza, me moriría cuando me metiera semejante miembro dentro.

Edik no podía parar de reír.

—Me has dicho que me pusiera la ropa —comentó divertido.

—En el baño, joder —respondí avergonzada, desviando mi mirada hacia otro lado que no fuera... eso.

—¿Por qué no vas tú al baño y yo me quedo aquí para vestirme?

—También es verdad —dije, tapándome de nuevo los ojos e intentando ir al baño sin toparme

con nada.

Lo conseguí.

Llegué al baño y respiré con tranquilidad.

Vi mi reflejo en el espejo y no pude evitar sonreír. Con Edik toda situación incómoda se convertía en algo gracioso.

Enchufé la regadera y me quité el bikini, dejándolo tirado por el suelo. Me metí dentro de la enorme ducha y dejé que el agua caliente cayera por mi cuerpo, relajándolo. Me lavé el pelo y a los minutos, como quince, salí envolviéndome en la toalla. Sin embargo, cuando miré a todos lados, no pude evitar darme una bofetada mental. No me había metido la ropa y tendría que salir así, envuelta en la toalla.

Respiré y me armé de valor, me daba muchísima vergüenza que Edik me viera así.

Entreabrí la puerta y lo vi en la cama, con su móvil en manos y el ceño fruncido. Parecía tenso.

—¿Puedes pasarme la ropa? —le pregunté para evitar salir del baño, pero pareció no escucharme—. Edik —lo llamé mucho más fuerte, atrayendo su atención—, ¿puedes pasarme la ropa, por favor?

—Sí, claro —respondió, dejando el móvil en la cama—. ¿Dónde está?

—En el armario, está todo preparado.

Edik fue hacia el armario, estando ya vestido, y cogió la ropa. Se sorprendió al ver lo que había encima; lo agarró con una mano y me miró con una ceja alzada.

—¿Te pones esto? —me preguntó asombrado.

En su mano estaba mi ropa interior que, esta vez, consistía en un tanga rosita a conjunto con el sujetador.

—Sí —respondí frunciendo los labios—. ¿Pasa algo?

—No —miró la prenda y luego a mí. Se acercó y me lo dio—, sabía que eras una chica muy sexi, pero nunca me imaginé que llevaras algo así. Me has puesto muy cachondo, Natasha.

Lo miré sorprendida y me metí de nuevo al baño sin decir una palabra más que el color rojo que se apoderó de mis mejillas.

Dejé descansar mi espalda en la puerta y me mordí el labio inferior cuando escuché cómo Edik dejaba su peso detrás de la puerta también.

—¿Sabes que te amo, Natasha? —me preguntó, dejándome sin aliento.

—Yo también te amo, Edik. No te haces una idea de cuánto. »

—¿Natasha? —escuché que decían.

Poco a poco fui abriendo los ojos, y lo primero que vi fue la cara de preocupación de Edik. Parpadeé varias veces, gruñendo por el cambio de luz.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté con la voz ronca.

—Menos mal que estás bien —respiró con tranquilidad. Edik me agarró la mano y la besó—. Te desmayaste, pensaba que me iba a dar algo cuando te vi inconsciente.

—Dios. —Entonces lo recordé todo—. Me duele la cabeza —dije roncamente— y tengo sed. ¿Me puedes traer agua?

—Claro —Edik se levantó y desapareció de nuestra habitación. Volvió a los minutos con un vaso y una jarra de agua—. Toma, preciosa.

Bebí, sintiendo cómo la garganta dejaba de estar seca.

—¿Borya y Erast están bien? —pregunté, dejando que mi espalda descansara en el respaldo.

Edik asintió.

—Sí, sólo los había dormido.

Suspiré.

—¿Qué habéis hecho con el cuerpo de Abigail? ¿Se lo habéis dicho a Elizabeth? —pregunté.

—Daniil la ha llamado. —Edik se sentó en el borde de la cama—. Siento muchísimo lo que ha pasado. Quería demostrarte que conmigo puedes llevar una vida normal, pero veo que eso es imposible.

Tiré de la mano de Edik e hice que se recostara en mi pecho, lo abracé fuertemente.

—Edik, siempre he sabido que mi vida a tu lado no iba a ser del todo normal. Pero me da igual.

Pasé mi mano por su pelo, Edik soltó un suspiro de pura tranquilidad.

—Te amo, Natasha —me dijo, cerrando los ojos, disfrutando de mis caricias.

—Yo también te amo, Edik. No sabes cuánto —sonreí.

Edik se incorporó y me besó. Se tumbó a mi lado y comenzó a acariciar mi cabello, me ahuequé en el hueco de su cuello y cerré los ojos. Aspiré profundamente el aroma de su perfume, tan singular y atractivo, que me hacía delirar.

—Mis hermanos se irán en unas horas —susurró en mi oído—. ¿Qué te parece si hacemos las maletas y nos vamos a casa? No quiero que corras más riesgos.

Sonreí y negué.

—Si tienen que venir, que vengan, no puedo estar toda la vida escondiéndome. Por primera vez desde hace muchos años no tengo miedo, Edik, porque sé que tú siempre estarás ahí para protegerme.

Sentí como me abrazaba más a su cuerpo y dejaba un suave beso en mi mejilla.

—Te amo.

## Capítulo 22

No podía más que pensar en cómo los días habían pasado tan rápidamente. Después de todo lo ocurrido con Abigail, las cosas, tanto por Jacksonville como por Nashville, estaban tranquilas. Ya llevábamos una semana en la casa de la playa, disfrutando de la tranquilidad sin móviles, pues había decidido apagar el mío y no enchufarlo a no ser que no fuera una emergencia.

Aquella mañana de finales de noviembre era más que fría.

Me di la vuelta en la cama, encontrándome de frente con Edik, quien dormía plácidamente. Teníamos las sábanas hasta arriba, cubriéndonos todo el cuerpo. Hoy era su cumpleaños, veintinueve años que cumplía. Lo tenía todo pensado, el otro día mandé a Erast a comprarle un reloj de pulsera similar al que le compré para su cumpleaños número diecinueve hacía hoy diez años.

Sigilosamente, me levanté de la cama y bajé hacia la cocina para hacer el desayuno. Me puse los auriculares y metí su iPod en el bolsillo de mi pijama. Dejé que la música me envolviera mientras cocinaba y danzaba de un lado a otro. ¿Sabéis esos momentos en los que os sentís vosotros mismos? Era como si hubiera despertado de un sueño, siendo esa Natasha fuerte que antes era. Una chica sin miedo.

Miré mi reflejo en la ventana de la cocina y no pude evitar sonreír. Me puse a batir la masa para los crepes mientras escuchaba a la gran Lindsey Stirling, una de las mejores violinistas que he podido escuchar en mi vida. Cada vez que escuchaba sus canciones se me erizaba el vello.

Hice las crepes, zumo de naranja natural, tostadas, huevos revueltos y beicon. Saqué dos tazas y vertí leche en ellas, saqué el cacao en polvo y preparé la barra. Cuando quise darme cuenta eran casi las nueve de la mañana y Edik aún no se había levantado. Aproveché para fregar y charlar con Borya y Erast, a quienes les había dado el día libre para que hicieran lo que quisieran. Me comentaron que aprovecharían el día para irse a ligar por el pueblo.

—¿De qué os reís tanto?

Me giré con una sonrisa de oreja a oreja para verlo bajar por las escaleras con cara de recién levantado. Edik llevaba sólo la parte de abajo del pijama, dejando todo su buen formado torso al aire.

—Felicidades, jefe —dijeron al unísono Borya y Erast con un acento ruso muy marcado.

—Gracias —Edik bajó las escaleras y se acercó a nosotros, rodeó mi cintura con uno de sus brazos y me besó—. ¿No os quedáis? —les preguntó.

—No —rio Erast—, la señorita nos ha echado de casa con la excusa de darnos el día libre.

—¿Qué mentiroso! —exclamé riendo.

Edik rio también.

—Bueno, jefe, pase un feliz cumpleaños —dijo Borya antes de desaparecer con Erast por la puerta.

Nos quedamos por unos momentos en silencio, ambos mirando la puerta. Sin embargo, Edik rompió aquel silencio dejando un suave beso en mi cuello.

—¿Todo esto es para mí? —señaló la mesa.

Asentí.

—Sí —me giré para estar cara a cara con él—. Feliz cumpleaños.

—Gracias, preciosa —me besó—. ¿Ese regalo es también para mí? —preguntó con ilusión, tal como un niño pequeño.

—¿Alguien más cumple hoy veintinueve años? —pregunté, irónica y divertida, a la vez que lo llevaba a la barra y le daba el regalo.

Edik rompió el papel con cuidado y abrió la cajita. Cuando vio el reloj abrió los ojos, sorprendido, y sonrió con cariño.

—Es como...

—Como el que te compre hace diez años, lo sé. —Edik se puso el reloj y me abrazó.

—Muchísimas gracias, de verdad, Natasha —dijo agradecido—. No hacía falta nada de todo esto.

—Pero es tu cumpleaños —le dije, haciendo que se sentara en el taburete alto de la barra.

—Vaya —murmuró asombrado—, has hecho de todo.

Edik y yo desayunamos charlando de todo un poco, sobre todo de lo rápido que pasaba el tiempo. Decidimos, luego de desayunar, ir al St. Johns Town Center, que era un bonito y moderno centro comercial con una enorme sala de recreativos.

Siendo noviembre, decidí ponerme un vestido de vuelo, que me llegaba un poco más arriba de las rodillas, las medias, unas botas negras y mi abrigo largo. A las once de la mañana salimos rumbo al centro comercial. Estuvimos un buen rato paseando y viendo tiendas y aproveché para comprarme algo de ropa que acabó pagando Edik por el simple hecho de que le dio la gana. Fuimos a comer a un restaurante, que pagué yo después de convencer a Edik. Y, cuando pensábamos irnos a casa, a eso de las cuatro de la tarde, pasamos justo por delante de los recreativos. Tanto Edik como yo nos quedamos viendo cómo jóvenes de unos quince hasta veintitantos jugaban a juegos para conseguir puntos y canjearlos por cosas.

—¿Te acuerdas de la vez que vinimos? —me preguntó con la mirada fija en la gran superficie.

—Sí, me conseguiste un peluche enorme que casi no pude meter en la maleta —respondí.

—Pero ahora somos muy mayores para entrar a este tipo de sitios, ¿verdad?

—Claro, claro...

El silencio nos envolvió, nos miramos y desviamos de nuevo la mirada a los recreativos.

—A la mierda —exclamó —, te pienso ganar en todos los juegos que haya —habló, comenzando a andar hacia la superficie.

—Eso no te lo crees ni tú —eché a correr hacia la sala, dejándolo atrás.

—¡Eso es trampa! —escuché que decía a mis espaldas.

« El billar era el juego favorito de Edik.

Hacia poco que acabábamos de cenar en un restaurante del centro comercial de Jacksonville y, en seguida, nos habíamos dirigido a una superficie donde los juegos de mesa, tipo billar y fútbolín, invadían una parte del local mientras que otros juegos, tipo caza-topos (ese en el que tenías que coger un martillo de plástico y darles a los topos que salían de la maquinita), estaban en el lado contrario.

Bella, Claire y yo nos encontrábamos ganando puntos para conseguir algún premio mientras que los chicos estaban en el billar.

—Esto es una mierda —resoplé al ver que no conseguía más de cien puntos—. En serio, esto es un saca cuartos.

—Real —Claire rodó los ojos—. Pero desestresa muchísimo darles a los monigotes (muñecos) estos —dijo, metiendo otra moneda y cogiendo el martillo de plástico.

En cuanto salió el primer topo, Claire le dio con ganas. Cada vez iban más rápido y no pudo



conseguir más de doscientos puntos.

—¿Cuánto llevaremos entre todas? —preguntó Bella, frunciendo los labios.

—Ni quinientos puntos —dije, haciendo una mueca—. Con eso no nos dan ni un llavero.

Sin embargo, de repente, sentí como alguien me abrazaba por la espalda y depositaba un suave beso en mi cuello.

—¿Por qué estáis tan frustradas? —preguntó Edik en mi oído.

Me ericé, pero me di la vuelta sobre los talones para mirarlo a los ojos.

—Porque estos juegos están amañados —hinché las mejillas cual ardilla.

—¿Sí? —preguntó sonriendo con picardía—. ¿Qué me das si te consigo ese osito de ahí? —señaló un oso de peluche bastante grande al que ya le había puesto los ojos encima en cuanto entré.

—No creo que lo consigas —dije, riendo—, hacen falta muchísimos puntos, así que te daré lo que quieras.

—¿Segura? —me preguntó, sonriendo como un diablillo.

—Segurísima.

Edik se acercó a una máquina de baloncesto, echó una monedita y comenzó a jugar. Encestaba todas y cada una de las pelotas, dejándome boquiabierta. El juego consistía en tres fases: la primera la pasabas con 150 puntos; Edik tenía casi el doble. La segunda fase la pasabas con 400; Edik la pasó a la perfección con puntos de sobra. Y la tercera fase del juego era encestar las pelotas mientras el aro iba de un lado para otro; Edik se sacó casi mil puntos en un abrir y cerrar de ojos. La máquina se volvió loca tirando los tiques y yo me puse nerviosa a más no poder.

Ahora tenía que darle lo que quisiera, y miedo me daba.

Edik, con todos los tiques en mano, se acercó a donde estaban los premios y le dio a la chica todos los que necesitaba para conseguir el enorme oso de peluche. Se acercó a mí y me guiñó un ojo.

—La he cagado, ¿verdad? —Edik se echó a reír mientras que escuchábamos como Claire lo maldecía por lo bajo.

—Totalmente —Bella rio por lo bajo y se fue al lado de Aleksey.

Edik me dio el peluche y pasó un brazo por mis hombros, acercándose a él.

—Ahora vas a tener que recompensarme. —Su voz en mi oído hizo que el vello se me erizara. Tragué saliva y lo miré de soslayo.

—¿Qué es lo que vas a querer? —pregunté con recelo.

—Nada de lo que te estás imaginando, boba —rio por lo bajo—. Quiero darte un masaje, hoy te he notado muy tensa después de...

—Saber que Sergey ha agredido a un policía cuando se lo llevaban al reformatorio no es agradable —suspiré—. ¿Seguro que tus padres pueden controlar la situación? Me da mucho miedo.

—Por supuesto que sí —asintió—. ¿Qué te parece si nos vamos a casa y hago que te relajés un poquito?

Le sonreí algo avergonzada.

—Vale —respondí, mordiéndome el labio inferior.

Edik y yo nos dirigimos solos a casa, los demás decidieron quedarse un rato más. Llegamos más rápido de lo que pensé, la verdad era que me ponía nerviosa estar a solas con Edik, y más si tenía esta sensación tan extraña que hacía que sólo pensara en una cosa.

Sexo con Edik.

Entramos a casa y subimos a nuestra habitación en silencio. Edik entró al baño después de

decirme que me quedara sólo con la parte de debajo de mi ropa interior y que me tumbara bocabajo en la cama.

Asentí, no muy segura, pero hice lo que me dijo.

Edik nunca se aprovecharía de mí, y más sabiendo que yo, experiencias sexuales, cero.

Me quité la ropa y me tumbé en la cama, tal como me dijo. Cerré los ojos e intenté relajarme. Escuché como la puerta del baño se abría y, de pronto, comencé a oler un fantástico aroma a frutos rojos que me hizo relajarme de inmediato. Entreabrí los ojos y vi a Edik poner varias velas aromáticas en la habitación. Se había puesto cómodo, dejando su torso al aire de nuevo. Sólo llevaba la parte de abajo del pijama.

La cama se hundió y sentí cómo se colocaba encima de mí. Me puse tensa y tragué saliva duramente.

—Relájate, ¿vale? —me susurró en el oído.

Asentí.

Edik comenzó a masajearme la espalda y tenía que admitir que era muy bueno en ello. Ejercía la fuerza necesaria para quitarme las pequeñas contracturas por la tensión e hizo que me relajara hasta el punto de no tener, ni acordarme, de la vergüenza.

—Esto me está viniendo de maravilla —murmuré.

—Lo sé —rio él por lo bajo. Edik se tumbó, sin dejar todo su peso encima de mí, y sopló en mi oreja haciendo que un escalofrío recorriera toda mi espina dorsal—. Te amo, pequeña.

—Yo también te amo, grandullón —sonreí enternecida.

—Y, por cierto —besó mi mejilla—, muchísimas gracias por el regalo. Es un reloj precioso, aunque te dije que no hacía falta comprarme nada.

—Tú calla y sigue con el masaje.

Sin embargo, aquella noche surgió algo más que unas simples caricias. Una cosa llevó a otra y, sin saber realmente cómo, acabé bajo el influjo de la pasión, de los besos afrodisiacos que Edik me daba. No hubo vergüenza, apenas hubo dolor. Sólo fuimos él y yo, juntos, disfrutando de mi primera experiencia.

Porque, sin quererlo, Edik había sido mi primer amor.

Ese que a pesar de todo nunca se olvidaba y queda clavado en tu corazón a fuego lento. »

—¿Ves como sí que te he ganado? —preguntó un victorioso Edik, recogiendo todos los tiques de la máquina de baloncesto.

—¡Eso no vale! —me mordí el labio inferior y le di un codazo—. Estaba distraída y te has aprovechado.

—Sí, claro —rio—. ¿En qué pensabas tanto? —No pude evitar ponerme roja.

—En... —carraspeé—... bueno, en la primera vez que vinimos aquí.

Edik frunció el ceño para luego relajarlo y sonreír enternecido.

—Éramos unos críos —susurró, agarrando mi mano y llevándome hacia el lugar donde estaban todos los premios.

—Sí —suspiré—, pero ese viaje fue mágico. No sé, es raro. Siempre he sabido que eras mi primer amor, pero nunca que terminaríamos así. Esa noche fue especial.

—Todos las noches y días que paso contigo son especiales, pequeña —rio por lo bajo—. Aunque esa noche fue... no sé cómo describirla.

Hablábamos muy bajito para nadie nos escuchara, casi en susurros.

—Yo tampoco.

—Me diste algo muy importante para ti y es algo por lo que siempre te estaré agradecido —

sonrió entre dientes.

—¿Mi virginidad? —pregunté escéptica.

—Tu confianza —me miró con un brillo especial en los ojos.

Edik decidió conseguir con los puntos otro peluche enorme de esos que tanto me gustaban. Volvimos a casa después tomarnos un café en el Starbucks, nos dimos una ducha bien calentita y nos pusimos a hacer la cena a eso de las siete de la tarde. Tanto Edik como yo comenzamos a beber vino hasta el punto de terminarnos la botella y acabar más bien contentos.

Siquiera supe cómo llegué a la cama, pero lo que sí recuerdo son sus labios sobre los míos, moviéndose con pasión. Edik se deshizo de mi pijama con facilidad, dejándome completamente desnuda ante sus escrupulosos ojos color Caribe. En un abrir y cerrar de ojos, lo tenía sin ropa y acorralándome contra una pared. Gemí cuando volvió a abordarme, esta vez sin dejar un centímetro de nuestros cuerpos separados. Masajeó mis senos, me estimuló candentemente y acabé tirada en la cama, gritando y con su miembro bombeando salvajemente en mi interior.

## Capítulo 23

Volver a Nashville fue sinónimos de muchísimas preguntas que no quería contestar, sobre todo por parte de Charles. Llevaba aquí una semana, siete días en los que Edik me había acompañado a mi trabajo. Siete días en los que Edik y yo no nos habíamos separado ni un minuto. Una semana desde que todo el mundo hablaba de mi ruptura o separación con Charles.

Juzgar era una de las cosas que más le gustaba a la gente.

Los ensayos con Emily salían redondos, pero tuve que enfrentarme a las sospechas de que no había estado enferma. Edik tuvo que falsificarme, mediante su conocimiento de informática, un justificante del médico.

Me había pasado toda la semana de aquí para allá con Edik preparando el vídeo sorpresa para la boda de Elizabeth y Daniil, que sería en tres meses. Bella nos había ayudado encontrando fotografías de Daniil cuando era pequeño, y Aleksey nos había comentado que iba a regalarles la luna de miel. Vladimir y Alexandra nos comentaron que habían comprado un terreno para regalárselo a la pareja y que edificaran ellos cuando quisieran.

La verdad era que todo estaba saliendo a la perfección.

A excepción de Charles, quien volvió a irrumpir después del ensayo.

Me encontraba guardando mis partituras en mi nuevo maletín, regalo de mi madre. Lo tenía todo listo para salir de clase y disfrutar de un buen fin de semana con las chicas cuando apareció por la puerta. Rodé los ojos, intentando evitarle.

—Natasha, en serio, para —Charles me agarró del brazo y me paró.

—¿Qué quieres? —pregunté—. Me están esperando.

Charles me soltó y se relamió los labios.

—Siento haberme comportado de esa forma, Natasha —se disculpó—. No he actuado de una forma correcta, pero ¿qué quieres que haga? Él no es bueno para ti, está jugando contigo.

Resoplé y me crucé de brazos.

—¿Ya estamos otra vez? —hablé, desviando la mirada al suelo—. Charles —lo miré—, sabes que te tengo muchísimo cariño. No empeores las cosas, por favor.

Anduve hasta la puerta, pero antes de irme lo escuché de nuevo.

—Sólo quiero que sepas que yo siempre estaré ahí para ti, y que algún día te demostraré que él juega contigo.

—Lo que tú digas, Charles —murmuré escéptica, yéndome para fuera de la institución.

Salí a paso apresurado, encontrándome con Edik esperándome fuera del coche. Hoy llevaba unos vaqueros y una camisa, seguramente porque habría tenido alguna reunión importante con algún socio capitalista en la empresa de su padre. Sonreí y me lancé a sus brazos para abrazarlo fuertemente, rodeándolo con el maletín y el violín.

—¿Qué tal tu día? Por cierto, estás preciosa —me dijo, antes de besarme.

Reí como una tonta.

—Gracias —respondí coqueta—. ¿Habéis tenido hoy reunión?

Asintió, abriéndome la puerta.

—Sí —suspiró y cerró la puerta. Dejé mis cosas en los asientos traseros y vi como Edik se subía al coche y metía la llave en el contacto—. Ha sido un coñazo, estaba deseando salir para

verte.

Lo miré y le guiñé un ojo.

—Si es que soy peor que las drogas —reí.

Edik comenzó a conducir.

—Anda que no —rio él—. ¿Qué te apetece comer hoy?

—¿Vamos al chino y luego a tu casa? —pregunté—. Quiero quitarme los tacones de una maldita vez —me quejé, sintiendo como los pies me dolían.

—¿Por qué no mejor vamos a mi casa y pedimos comida desde allí? ¿Has avisado a tus padres de que te quedas conmigo este fin de semana?

—Edik, no soy una cría —reí—. Pero sí, se lo he dicho para que no se preocupen.

—Perfecto, no quiero que tu padre me mire con cara de perro la próxima vez que me vea.

—¡Ah! Se me olvidaba decirte que me gustaría ir a cambiarme el número y el móvil. Desde que vinimos estoy prácticamente sin móvil, solo puedo mandar mensajes, pero no me entran ni las llamadas ni puedo llamar. De los golpes se ha tenido que joder ya más de lo que estaba jodido.

—Pues vamos a por un móvil antes —dijo, girando a la derecha.

Edik me acompañó a la tienda de móviles y me compré uno nuevo junto a un nuevo número, por si acaso. No me fiaba nada de Sergey, y quizá volvería a cambiar de número en un tiempo para estar ilocalizable en ese sentido. Había nuevos dispositivos que te rastreaban por el número de teléfono y no quería arriesgarme. Me pasé del móvil de Edik los números de Aleksey, Bella, Daniil y Elizabeth. Me apunté también los de sus padres y el teléfono de los míos. Les mandé a todos un mensaje diciéndoles que este era mi nuevo móvil y puse una de las tantas fotos que tenía, mía y de Edik, como foto de perfil.

Volvimos a subirnos al coche y Edik puso rumbo a su edificio.

—¿Cómo me has puesto a mí? —me preguntó curioso, mirando mi móvil de soslayo.

—Te vas a reír —dije, un poco avergonzada.

—Venga, dímelo —me rogó.

—Te he puesto como: Mi rey del asfalto.

Paró en un semáforo y me miró con destellos en sus ojos color Caribe.

—Vaya —murmuró sonriente—. Así era como me llamaban antes, ¿te acuerdas?

—Para no acordarme —reí.

—Yo te tengo como Pequeña Paganini, nunca he cambiado el nombre, a decir verdad.

Edik condujo hasta su apartamento. Días antes había dejado algo de ropa en su casa, así que no me preocupaba mucho. Dejó el coche en el aparcamiento y subimos en el ascensor. Mientras que yo me quitaba los zapatos nada más entrar, Edik pidió la comida. Me quité la ropa y la dejé tirada por la habitación, pues llevaba todo el maldito día sin ir al baño y me hacía mucho pis. Edik, sin tapujo alguno, entró y se quitó la ropa para meterse a la ducha.

Era algo muy normal en nosotros ser así, era como si lo conociera de toda la vida y, mientras solo fuera pis, me daba exactamente igual que me viera.

Me metí con él a la ducha y nos dimos un baño bien calentito. Luego salimos y me puse una de sus camisetas, que me llegaban casi por la rodilla, y mi pantalón del pijama, mientras que él solo se puso la parte de abajo.

La comida china llegó a los cuarenta y cinco minutos; Edik fue quien la pagó. Encendí la televisión y saqué dos coca-colas de la nevera.

—¿No quieres vino? —me preguntó divertido.

—Y una mierda —le respondí, abriendo los ojos—. ¿Sabes cómo me puse la última vez que bebimos vino? Como una cuba, no me acuerdo de casi nada.

—Del polvazo sí, ¿no? —me preguntó, trayendo los cubiertos.

—De eso sí, olvidar eso sería un pecado.

Edik subió la mesa del salón y cambió de canal hasta encontrar la serie que tanto nos gustaba, House. Nos flipaba. Habríamos visto esa serie mil veces y nunca nos cansábamos de verla. House era un personaje muy carismático, un cascarrabias, en mi opinión. Sarcástico y malhumorado.

De alguna forma me recordaba a Edik cuando se enfadaba.

A las seis de la tarde, cuando ambos estábamos acurrucados en el sofá, sonó el teléfono de Edik. Se levantó y lo cogió, a los pocos minutos lo escuché soltar maldiciones por un tubo y supe que nada bueno había pasado.

—¿Qué pasa? —le pregunté, levantándome del sofá y yendo a su lado.

Edik respiraba con dificultad y le temblaba todo el cuerpo. Rocé su brazo con mi mano, pero me sobresalté al ver cómo lanzaba el móvil a la pared, quedando hecho añicos.

—¿Qué pasa? —le exigí, preocupada.

Él se apoyó en la pared y me miró con los ojos aguados. Verlo así me mataba.

—Mi madre está en el hospital —murmuró, apretando la mandíbula—. Estaba comprando, como hace todos los viernes para la barbacoa del domingo, y... y... —Edik no pudo hablar más, pues cayó en manos del llanto. Lo abracé fuertemente —Lo voy a matar, Natasha —gimoteó—. Te juro que, si a mi madre le pasa algo por culpa de Sergey, lo mataré de la forma más lenta que se me ocurra. Desde que se le ocurrió tocarte un pelo —sorbió por la nariz y se limpió las lágrimas con el dorso de la mano —tuvo la muerte asegurada. Primero tú y ahora mi madre... —maldijo—. Es un maldito hijo de puta, ella hizo todo lo posible para salvarlo de esa miserable vida y mira cómo se lo paga.

—Tienes que relejarte —le dije suavemente, agarrando su cara entre mis manos—. Vamos a vestirnos y vamos a ir al hospital. ¿Vale? Sabes que siempre me vas a tener aquí —le dije.

Edik me abrazó y se resguardó entre mi cabello.

—No te merezco.

# Elizabeth

Llegar al hospital y ver allí a la familia me acabó por derrumbar. Creo que nunca había visto el miedo en los ojos de Aleksey, o llorar a Edik. Vladimir era quien se mantenía emocionalmente, estable a pesar de que fuera su mujer quien se encontrara en la UCI. Sin embargo, sus ojos lo delataban. Él también estaba a nada de derrumbarse.

Iba de la mano de Daniil, quien aún estaba en shock. Para ellos su madre era sagrada, fue quien luchó por formar lo que ahora eran. Verla tras un cristal y enchufada a una máquina no era fácil de digerir.

—¿El médico ha dicho algo? —preguntó Daniil, con la voz quebrada.

Aleksey dejó a Junior en el suelo y vino hacia nosotros.

—Está en coma —dijo Aleksey, apretando el hombro de Daniil—. Los médicos no nos han dicho mucho más. Sólo que le están haciendo pruebas para comprobar que todo esté bien.

Daniil me apretó la mano.

—Está bien —murmuró él, sin mirar a Aleksey a los ojos.

Aleksey volvió a apretarle el hombro e hizo una mueca con los labios. Volvió a irse con Bella, abrazándola a su cuerpo como si no hubiera un mañana.

Daniil estaba tenso, le temblaban las manos levemente y lo escuchaba contar con lentitud. Tragué saliva duramente y me lo llevé a otro lado, tenía miedo de que estallara en medio de la UCI y nos echaran.

—Cinco... seis —murmuraba con la respiración agitada.

Apoyó su espalda en la pared y me soltó la mano; ahora sí que estaba segura de que explotaría en algún momento. Su pecho subía y bajaba inestable, temblaba y no era capaz de mirarme a los ojos.

—Ocho... nueve... —lo escuché decir en voz baja con la voz quebrada.

—Daniil, cariño, no... —Pero no me dio tiempo a terminar de hablar.

Grité al escuchar cómo Daniil le pegaba un puñetazo a la pared, y tal fue la fuerza que la pared se agrietó. Otro puñetazo lo siguió, y luego otro. Y otro. Me aparté de su lado, rezando para que nadie apareciera. Daniil en este estado era demasiado inestable como para tratar con alguien.

Me encogí sobre mi cuerpo cuando volvió a dar otro puñetazo. Miré sus manos y estaban sangrando, sobre todo la parte de los nudillos. Por mi cabeza pasó el llamar a alguien, pero sabía que no era buena idea. Entonces, me armé de valor y, cuando iba a arremeter de nuevo contra la pared, le agarré el brazo.

—Por favor —le rogué—, para.

La pared frente a mí estaba agrietada por completo, los azulejos estaban destrozados e intuía que, posiblemente, Daniil se hubiera clavado alguno.

—No sigas —volví a hablar entre susurros.

Daniil se dio la vuelta y me miró, cayendo en mis brazos y llorando como un niño pequeño. Lo abracé y dejé que llorara en mi hombro. Lo único que podía hacer en ese momento era estar con él.

Lloró cuanto pudo y más. Sus ojos reflejaban un abismo negro de angustia y tristeza que me encogía el corazón.

—Ella no —murmuró, recostado en mi hombro.

Lo llevé hasta unas sillas que había cercanas, hice que se sentara y le limpié las lágrimas con el dorso de mi mano.

—Lo sé, Alexandra no se merecía esto —susurré.

Tuve que aguantarme las ganas de llorar, pues verlo así me producía una ansiedad terrible que acabaría en un inminente llanto. No podía ver ese sufrimiento en sus ojos.

—Yo... —Daniil respiró y sorbió por la nariz—... No puedo, no puedo con todo esto.

Sabía perfectamente a qué se refería.

Cuando Daniil y Aleksey fueron a ayudar a Edik en Jacksonville se encontraron con la sorpresita de que mi prima, Abigail, estaba a puntito de matar a Natasha. Aleksey no tenía la pistola cargada, pero Daniil sí. Apunto y le disparó, matándola en el acto. Era la primera vez que Daniil mataba a una persona. Cuando volvió a casa estuvo días sin decir ni una palabra, perdido en su mundo. Torturándose a sí mismo.

Agarré su cara entre mis manos y lo obligué a mirarme.

—Sí que puedes —le dije seria—. Nada de esto es tu culpa, ¿lo entiendes?

—¡Soy un asesino! —exclamó, zafándose de mi leve agarre. Daniil se levantó de la silla cabreado—. La que no lo entiende eres tú, he matado a una persona. Y mi madre está en coma.

Me levanté y lo encaré. Lo señalé con un dedo y no dudé en hablar.

—Escúchame bien, no eres un asesino —dije—. Salvaste a Natasha.

—A cambio de otra vida —respondió.

—Mira, llevo años asimilando que tengo un maldito desastre de familia por parte de mi madre —me crucé de brazos—. Lo raro es que yo haya salido normal, no descarto que algún día me encuentres en bolas por casa haciendo un ritual satánico o algo por el estilo —bromeé y conseguí una ligera sonrisilla de su parte—. Me importa una mierda Abigail, mi familia sois vosotros. ¿Entiendes? Sé que es complicado, pero juntos podemos con todo.

Daniil suspiró y se sentó en la silla, apoyando su cabeza sobre las manos.

—Tú eres parte de esta familia, siempre lo has sido. Pero verla ahí...

—Es duro, será muy duro. Pero Alexandra se pondrá bien, ella es fuerte —dije, dándole ánimos.

—Lo sé —me resguardé en sus brazos—. Quiero que esté en nuestra boda.

—Y lo estará —le aseguré—. Esperaremos hasta que despierte.

Daniil me sonrió aún con la tristeza clavada en sus dos iris grises, se acercó a mí y me besó. Se levantó y se miró los nudillos con escepticismo.

—Necesito a una enfermera —dijo.

—Y un buen cheque para que arreglen esto —señalé la pared. Me levanté y lo agarré de la chaqueta, pues si lo agarraba de la mano capaz y me manchaba yo también de sangre—. Vamos a buscar ayuda y ve preparando el cheque, le explicaremos tu situación al doctor.

Daniil y yo fuimos en busca de un doctor para que le revisara las manos, lo encontramos en la zona de urgencias. Tuve que explicarle lo ocurrido, diciéndole también que tenía NIMH. Al final le sacó varios trocitos de mármol que se le habían astillado y le vendió las manos. Nos dio indicaciones para su curación y volvimos a donde se encontraba la familia, no sin antes extender el cheque.

Todos nos miraron con cara de saber qué había pasado, pero no dijeron nada al respecto. Horas más tarde, después de que varios doctores entraran para revisar a Alexandra, quien aún seguía incubada, vino el mismo doctor que había tratado a Daniil.

—¿Son los familiares de la Señora Vólkov? —preguntó, mirando el papel.



—Así es —Vladimir se levantó y estrechó la mano del doctor—. ¿Cómo está mi mujer?

—Su mujer es lo que denominamos un milagro médico —dijo sonriendo—. Le hemos hecho pruebas para determinar la gravedad del accidente y déjeme decirle que no hay nada roto. Internamente está perfecta. —El doctor volvió a leer los papeles—. Llevaba el cinturón de seguridad, por lo que sólo fue un golpe en la cabeza. En breves minutos le quitaremos el respiradero, nuestro miedo era que no pudiera respirar por ella misma o que el golpe hubiera sido más fuerte.

—Entonces —Aleksey se puso al lado de su padre—, ¿mi madre saldrá del coma?

—Así es —respondió—. El estado de coma es, sobre todo, por el golpe en la cabeza. El cerebro debe asimilar lo ocurrido, es como si su parte frontal se hubiera hinchado en exceso. Cuando comience a bajar la inflamación despertará, sin duda.

Daniil respiró con tranquilidad.

—Gracias, doctor. —El señor Vólkov volvió a apretar la mano del médico—. Gracias al cielo —murmuró, dejándose caer en la silla—, sabía que no podía perderla.

—Mamá y tú habéis pasado mucho como para acabar así —dijo Aleksey.

Vladimir rio entre dientes.

—Anda que no —susurró.

Daniil y Edik se dirigieron hacia su padre y se pusieron a hablar, ya con mejor humor y ánimo. Emma jugaba con Junior en las sillas mientras que nosotras tres nos quedamos en la lejanía, mirándolos.

—¿Os habéis preguntado cuál es su historia? —les pregunté, señalando a Vladimir con la cabeza.

—Muchísimas veces —silbó Natasha.

—La verdad es que sí, es intrigante —murmuró Bella.

La miramos con escepticismo.

—Lo que sí que es intrigante es vuestra historia, la de Aleksey y tú —refunfuñé—. ¿Cuándo piensas contarnos algo más allá de sucesos esporádicos?

Bella miró a Aleksey y una sonrisa se plasmó en sus labios. Desvió la mirada al suelo para luego mirarnos a ambas. Sabía que detrás de aquel brillo que tenían sus ojos se escondía una historia de puro amor y superación.

—Quizá algún día os la cuente.

## Capítulo 24

Antes de poder darme cuenta, ya nos encontrábamos en vísperas de Navidad. Alexandra había despertado hacía tres días y ya se encontraba en casa junto a su familia, organizando la cena de Nochebuena. Como regalo de Navidad, adelantado, les había regalado a mis padres dos noches de hotel para pasar las fiestas en compañía de ellos mismos; en parte para así poder estar con Edik y recuperar el tiempo que él se había pasado en el hospital con su padre, y yo ensañando para el concierto, que sería en dos días.

Me encontraba en mi casa, ensayando como hacía la mayor parte del tiempo cuando no estaba en el trabajo. Lo tenía todo perfectamente ordenado para el día veinticinco: el vestido que me pondría y los zapatos impolutos, guardados en mi armario.

—Cariño —mi madre se asomó por la puerta—, lo estás haciendo genial. Tengo muchísimas ganas de verte el día veinticinco.

Dejé el violín a un lado y me giré para verla con la maleta en mano.

—Gracias, mamá, estoy muy nerviosa —le dije—. ¿Os vais ya?

—Sí, cielo —asintió—. ¿Mañana cenarás con los Vólkov?

Asentí.

—Hoy le he dicho a Edik de venir a cenar —murmuré, mordiéndome el labio inferior.

Mamá rio por lo bajo.

—Que quede entre nosotras —me hizo la señal de silencio—, sabes cómo es tu padre en ese tema.

Puse los ojos en blanco.

—¿Alguna vez aceptará que ya no tengo cinco años?

—En la vida —rio mamá—. Eres su niña, te ve feliz, pero ningún chico le gustará. Eso te lo aseguro yo.

Reí entre dientes, me acerqué a mamá y la abracé.

—Gracias por guardarme el secreto, mamá —le dije.

Ella me guiñó un ojo, cómplice.

—No me las des, cielo —sonrió—. Yo sé que ese chico te adora, nunca me he querido meter en vuestra relación ni en vuestros problemas. Alguna vez que otra he hablado con Alexandra y me ha dejado caer que su vida no es fácil.

—Ya... —fruncí el ceño—. ¿Adónde quieres llegar, mamá?

Mi madre era muy lista, y dudaba que me dijera aquello simplemente por decirlo. La vi sonreír con ternura, dejó la pequeña maleta en el suelo y acarició mi mejilla.

—Que los padres sabemos más de lo que pensáis, y que solo quiero que tengas cuidado. ¿Vale? Tú sabes por qué te lo digo —volvió a guiñarme un ojo.

Tragué saliva.

Claro que sabía por qué me lo decía. Mis padres lo pasaron fatal después de que Sergey me violara. Ellos no sabían toda la historia, claramente no quería ponerlos en peligro, pero vi cómo la vida se iba de sus ojos, cómo mamá lo sufría en silencio mientras que papá era un poco más expresivo.

—Aún recuerdo cuando él venía a verte al hospital, o cuando aparecía por casa para decirme

que lo dejara verte... —murmuró mamá—. Te ama y sabe que se ha equivocado, aprovecha el momento.

Asentí, mordiéndome la mejilla por dentro.

—¿Está ya lista mi chica hermosa? —preguntó papá, apareciendo por el pasillo. Nos miró y frunció el ceño—. ¿Qué me he perdido?

—Nada, papá —sonreí—. Tened mucho cuidado.

Acompañé a mamá y a papá a la puerta y vi cómo se iban en coche, los despedí con la mano y luego volví dentro de casa para seguir ensayando un rato más antes de que viniese Edik.

Sin embargo, a los pocos minutos de que mis padres se fueran y yo subiera para seguir con el violín, llegó una llamada a mi móvil. Suspiré y vi quién era.

—¿Qué quieres, Charles? —le pregunté, fastidiada.

—Vaya humor —rio—. Te llamaba porque quería enseñarte algo, ¿puedo ir a tu casa? Es urgente —su tono se había vuelto serio.

—Dime dónde estás y quedamos en una cafetería cercana —le dije.

—Está bien. ¿Quedamos en la cafetería que está a dos manzanas de tu casa? —me preguntó.

—Nos vemos en quince minutos y, por tu bien, espero que sea serio. —Y colgué.

Rodé los ojos y guardé el violín. Agarré mi bolso y salí, cerrando bien la puerta, hacia la cafetería. Lo único que se me podía pasar por la cabeza era que había pasado algo con el evento de Navidad y, si era así, a mí me daba algo.

Anduve ligera hasta llegar y encontrármelo en la puerta, esperándome.

—Natasha —exclamó, mirándome con algo de extrañeza—, estás... diferente —murmuró.

Miré en otra dirección que no fueran sus ojos y fruncí los labios en una mueca.

—Gracias —respondí de forma seca—. ¿Entramos? He quedado esta noche y aún tengo que hacer muchas cosas.

—Claro. —Charles me abrió la puerta y me dejó pasar.

Fuimos hacia una mesa y nos sentamos, pedimos cada uno lo que quiso y la camarera nos lo trajo en seguida. Bebí de mi chocolate caliente, la verdad es que el día se había quedado bastante frío y nunca venía mal una bebida para calentar el cuerpo.

—¿Qué querías decirme? ¿Ha pasado algo con lo del día veinticinco? —le pregunté, notablemente preocupada.

Charles negó.

—No es eso —metió su mano en la chaqueta y sacó el móvil. Lo escuché suspirar—. Natasha, sabes que te quiero, ¿verdad? Nunca haría nada para hacerte daño.

—Charles... ¿Adónde quieres llegar con esto? —le pregunté—. Ya sé que me quieres, yo te tengo mucho cariño, pero sabes que no... —me cortó.

—No estoy aquí para convencerte de que vuelvas conmigo —murmuró, volviendo a suspirar—. Ayer salí con mis amigos de la facultad y fuimos a una discoteca.

—¿Y? —me encogí de hombros.

Charles rebuscó en su móvil y me lo enseñó. Lo que vi hizo que las lágrimas comenzaran a acumularse en mis ojos. El mundo se me cayó encima.

—Esto... —respiré entrecortadamente—... Esto no es verdad.

Mis ojos no podían despegarse del vídeo que Charles me estaba enseñando.

—Lo estás viendo con tus propios ojos —susurró triste—. Natasha, por favor, no llores...

Me levanté bruscamente, atrayendo la atención de los comensales de la cafetería. Me mordí el labio inferior para no sollozar y negué en repetidas ocasiones sin poder creerlo.

—No... —balbuceé.

Agarré mi bolso y salí corriendo de la cafetería. Corrí por las calles, empujando a la gente, hasta llegar a casa y meterme dentro del coche. Aún con las lágrimas cayendo de mis ojos, metí la llave en el contacto y empecé a conducir hasta llegar a su casa. Aparqué de mala manera y me bajé, mi corazón latía a mil por hora y sentía que en algún momento desfallecería.

Rezaba una y otra vez porque lo que había visto no fuera real.

Rocé las llaves que me había dado con la yema de los dedos y no dudé en abrir la puerta de abajo. Subí las escaleras de forma apresurada hasta llegar a su puerta. Me quedé completamente parada, mirándola mientras lloraba acongojada. No tenía ni idea de si mi corazón aguantaría los bruscos latidos que parecían salir de mi pecho.

Tragué saliva, limpiándome las lágrimas con el dorso de mi mano. Lentamente fui abriendo la puerta de su casa y, cuando entré al salón, me quedé petrificada.

Había ropa por el suelo, y no solo masculina.

Anduve sin cuidado ninguno hasta su habitación y, cuando entré, mi mundo se vino abajo por completo.

Edik estaba en la cama, profundamente dormido, con otra tía.

Se removió con pereza y quejándose. Abrió los ojos y miró a su lado, su expresión era de puro desconcierto.

—Natasha, por favor —murmuró, levantándose y viniendo hacia mí con solo el bóxer. Lo esquivé cuando intentó pararme, me dirigía a la puerta para irme. Consiguió agarrarme y girarme—. Cielo, por favor, yo no...

—¡Cállate! —le grité, llorando.

Me solté de su agarre e intenté abrir la puerta.

—Natasha, por favor, te juro que no sé qué ha pasado —exclamó, volviendo a agarrarme.

—¿Quieres que te lo explique yo? —pregunté irónica, sorbiendo por la nariz—. De nuevo lo has hecho, Edik —bramé con dolor—. Has jugado conmigo. ¡De nuevo he vuelto caer en el puto juego de Edik Vólkov! —lo señalé con el dedo, encarándolo. Lo miré a los ojos y vi como los tenía aguados—. Te odio, Edik.

Me volví a soltar de su agarre y abrí la puerta, yéndome sin mirar atrás.

Me subí al coche y me puse a llorar como nunca. No, mentira. Me puse a llorar como la última vez que me hizo daño. Como la primera vez que me engañó, que me hizo entrar en su juego para luego destrozarme el corazón.

Edik Vólkov nunca cambiaría.

Y lo había vuelto a conseguir, me había roto el corazón en mil pedazos.

Me apoyé en el respaldo y me limpié las lágrimas con el dorso de la mano. Metí las llaves en el contacto del coche y conduje hasta casa. Volví a cerrarlo todo bien y me encerré en mi habitación a llorar desconsoladamente.

Porque encontrar a la persona que amas en la cama con una tía desnuda no era muy agradable. Dolía, dolía horrores.

Charles tenía razón, Edik solo estaba jugando conmigo.

De nuevo...

Me tumbé boca arriba en la cama y me fue imposible aguantar el llanto.

No sé siquiera la hora que se me hizo, lo único de lo que fui consciente fue de que el sueño se apoderó de mí y acabé cayendo en brazos de Morfeo, acurrucada en la húmeda almohada.

Sin embargo, esa pesadilla que por años me había estado torturando, volvió a reaparecer.

Eran mis recuerdos, dolorosos e imposibles de amedrentar.

«—Claire, que te digo que Edik está muy raro conmigo últimamente —resoplé, dejándome caer en mi cama.

—¿Y no os habéis peleado por nada? —inquirió ella, pasando uno de sus brazos por mis hombros.

Negué con la cabeza y me tapé la cara con las manos.

—De un día para otro, no sé qué pueda pasarle conmigo. No coge mis llamadas, ni los mensajes. La última vez que quedamos estuvo muy frío conmigo y... —comencé a sollozar—... Claire, sabes todo lo que dicen de él, ¿verdad?

—Claro que lo sé, pero dudo que Edik se haya cansado de ti. Tía, se le ve tan enamorado de ti... —comentó, abrazándome.

—¿Y si se ha cansado? ¿Y si solo era un puto juego para él? ¡Dios, me siento tan estúpida!

Me limpié las mejillas con el dorso de mi mano y la miré. Conocía demasiado bien a Claire como para saber que por su cabecita estaban ocurriendo cosas no muy cristianas.

—¿En qué piensas? —pregunté.

—Dame su número, vamos a acabar con todo esto —dijo, seria.

Le di el número de teléfono de Edik, solo hicieron falta dos pitidos para que se lo cogiera. Sin embargo, su cara cambió por completo. Claire colgó y me sonrió nerviosa.

—¿Qué pasa? —pregunté, alarmada.

—Nada —se encogió de brazos.

—Claire, ¿qué está pasando?

Comenzaba a enfadarme, si una me dolía era que me mintieran.

—Nada —insistió.

—Tengo que ir a verle —susurré, levantando.

Claire me agarró del antebrazo.

—No es una buena idea —dijo.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué? —pregunté—. Necesito saber que está pasando, y dado que no me dices nada...

Claire se quedó callada y miró para otro lado. Me armé de valor y salí de casa, era tarde y la noche había caído en Nashville. Cogí el autobús nocturno para llegar a su casa. Por lo poco que sabía, los padres de Edik estaban de viaje. Cuando me bajé en la parada, anduve un par de calles y llegué a su casa. La luz de su habitación estaba encendida.

Tomé aire y toqué el timbre. Me crucé de brazos, sintiendo como el corazón se me encogía por segundos. Pero lo peor fue ver como abría la puerta con solo unos pantalones cortos puestos. Al verme, tragó saliva duramente.

—Natasha... —susurró.

—¿Puedo pasar? —le pregunté con la voz quebrada.

Seguramente debía estar horrible, los ojos me picaban por todo lo que había llorado.

—No es una buena idea —comentó.

Intenté conectar su mirada con la mía, no obstante, fue imposible.

Suspiré y me armé de valor para hablar.

—Edik, no sé qué está pasando —comencé a hablar con la voz titubeante—. Un día estábamos tan bien y al otro... —me callé para coger aire—. Si he hecho algo mal yo...

Pero todo mi mundo cayó al ver como unos brazos rodeaban la cintura de Edik. Una chica que no conocía de nada dejó un beso en su hombro y lo miró con picardía.

—¿Quién es, cariño? —le preguntó.

Edik volvió a tragar saliva, la miró e hizo un ademán con la cabeza para que entrara dentro de

casa. La chica iba enfundada en unas de sus camisetas, sin nada debajo al parecer.

Me mordí el labio inferior, que temblaba sutilmente. Los ojos volvieron a llenarse de lágrimas y sentí como mi corazón se rompía en pequeños trocitos.

Comencé a respirar entrecortadamente, pero no me permití derramar una sola lágrima por él.

—Natasha... —murmuró.

Lo paré con la mano y desvié la mirada hacia él.

—Vete a la mierda, ¿vale? —dije, con la voz aún más quebrada.

Corrí lejos de él.

Había sido una estúpida. Nunca debí caer en sus redes y entrar en juego. »

## Capítulo 25

Edik

Y aún recuerdo ese momento del pasado donde me vi obligado a engañarla porque Sergey había escapado del correccional y sabía que iría a por ella si seguía junto a Natasha. La palabra dolor se quedaba corta. Cuando la vi en la trece, mirándome desde la lejanía, envuelta en un manto de lágrimas que caían de sus ojos, creí morir. Pero no, aquel momento pensé que sería lo mejor. Conseguí que Sergey se alejara de ella por un tiempo, hasta que comencé a rondarla de nuevo desde que Elizabeth vino a Nashville.

¿Que si me arrepiento?

Totalmente, no pensé con demasiada claridad y la cagué por completo, dejándola desprotegida.

De aquello hace ya diez años.

¿Y dónde me encontraba ahora?

En la misma maldita situación, con la diferencia de que no tenía ni puta idea de lo que había hecho. Sin embargo, lo que más me dolía era aquel recuerdo. Nunca podré olvidar el momento en el que de verdad la rompí por completo.

« —¿Vas a correr hoy? —me preguntó Dannil apoyandose en el coche.

Tiré el cigarrillo al suelo y lo pisé.

—Sí.

—Hermano, no creo que estés en condiciones de correr —dijo.

—¿Y eso por qué? —inquirí.

—Porque no paras de pensar en ella —respondió.

—He escuchado que Sergey vendrá esta noche. ¿Sabes lo que significa eso? Va a por ti, a por la familia. Edik, no quiero perder a nadie —me confesó.

Como si eso me importara mucho...

Iba preparado, tenía mi arma descansando, preparada por si se le ocurría volver.

Descubrir que Sergey siempre había estado en nuestra contra había sido un palo muy gordo para la familia, sobre todo para mis padres, quienes lo habían tratado como un hijo más.

Pero no le hice caso. Me subí al coche y emprendí el camino hacia la salida. Lo que necesitaba era sentir la adrenalina correr por mis venas. Concentrarme en algo que no fuera Natasha y el amargo recuerdo de lo que hice.

Corrí como nunca, temerario, hasta llegar a la meta.

Cuando todo aquello se despejó por la fiesta que estaban montando, pude ver a lo lejos a Natasha y a Claire.

Miré para todos lados, alarmado.

Ellas no podían estar aquí, si Sergey aparecía...

—¿Qué hacéis aquí? —le pregunté a Natasha de muy mala forma.

—Necesito saber por qué lo has hecho, Edik —masculló entre dientes.

Tragué saliva con dureza.

—Porque solo has sido un pasatiempo, Natasha, asúmelo —mentí descaradamente.

—¡No! —exclamó, llamando la atención de la gente que estaba más cerca de nosotros—. No te creo —dijo.

—Pues créeme, ¿cómo iba a estar con una cría como tú teniendo a la tía que me diera la gana?

Hasta a mí me dolieron esas palabras.

—Eres... Eres... —balbuceó.

Sin embargo, el ruido de un coche nos distrajo. Miré para todos lados cuando escuché disparos.

Saqué el arma y coloqué a Natasha detrás de mí. Daniil no tardó en llegar.

—¡Te lo dije, Edik! —me gritó.

No obstante, no fui consciente de en dónde nos habíamos metido hasta que, de soslayo, vi a Sergey montado en un coche justo a nuestra espalda. Sacó un arma y comenzó a disparar ferozmente hacia nosotros.

Cubrí a Natasha con mi cuerpo, tirándola al suelo.

—¡Claire! —la escuché gritar.

Deví la mirada hacia ella y entonces la vislumbré en el suelo, inerte.

—¡Claire! —volvió a gritar, destrozada. »

Parpadeé varias veces, volviendo a la realidad.

Después de echar a la chica, llamé a Aleksey para que viniera a mi casa. La cabeza me dolía y no recordaba nada de la noche anterior. Me senté en el sofá a esperar a mi hermano mayor, cerré los ojos y, de nuevo, recordé horas antes cómo Natasha se había ido, rota de dolor.

¿Qué había hecho? ¿Por qué?

Tuve que carraspear para no ponerme a llorar, me odiaba a mí mismo por lo que le había hecho.

A los quince minutos apareció Aleksey por casa, preocupado. En cuando lo vi no pude aguantarme y me eché a llorar. ¿Quién dijo que los hombres nunca lloran o sufren por amor? Porque quien dijera eso era un completo gilipollas.

Intenté relajarme, respirar para equilibrar mi agitada respiración y, cuando lo conseguí, miré a Aleksey con toda la incertidumbre del mundo.

—¿Qué ha pasado? —me preguntó él, sentándose a mi lado en el sofá.

Sorbí por la nariz y me limpié las mejillas con el dorso de la mano.

—Ese es el problema —hablé con la voz ronca por llorar—, que no tengo ni puta idea de lo que he hecho.

Aleksey me miró frunciendo el ceño. Conocía demasiado bien a mi hermano como para saber que se estaba montando los esquemas de lo que, posiblemente, había pasado.

—Muy bien, vamos a ver, ¿te drogaste? ¿Bebiste en exceso? —Negué.

—No, solo me bebí una cerveza.

—¿Qué recuerdas? —me preguntó, escaneando mis ojos.

—Pues —hice memoria—, llegué con los chicos —me refería a mis amigos —a un bar cercano al gimnasio. Llevábamos ya tiempo sin quedar y decidimos tomarnos algo para ver cómo nos iba la vida —Aleksey asintió, rascando levemente la barba de varios días que llevaba—. Comenzamos a hablar y reírnos, lo de siempre, pero nada de drogas o alcohol en exceso. Había



quedado hoy con Natasha y quería estar bien, ya me entiendes. —Los ojos se me empezaron a aguar—. Me pedí una cerveza y de ahí ya no recuerdo nada.

Me llevé las manos a la cara.

—Es muy raro —murmuró.

—¡Es que no me acuerdo de nada! —exclamé frustrado.

—A ver, mírame —me exigió Aleksey.

Lo miré y frunció el gesto.

—¿Qué?

—Vamos, te llevaré a que te hagan unos análisis toxicológicos —torció el gesto—. Dudo que tú hicieras algo así, amas demasiado a Natasha como para volver a equivocarte.

Fruncí el ceño.

—¿Crees que es posible que me drogaran? —pregunté, levantándome del sofá, seguido de él.

—Tiene toda la pinta —dijo, agarrando su chaqueta—, aún tienes las pupilas dilatadas, así que supongo que han tenido que utilizar algún tipo de anulador de voluntad.

—¿Me estás diciendo que, de alguna forma, me han drogado con burundanga? —pregunté, sorprendido.

Aleksey asintió.

—En Nashville ha habido una creciente consumición de burundanga y, ¿a qué no sabes quién es el mayor proveedor de burundanga de la zona?

Me enfurecí de inmediato.

—Sergey.



Aleksey y yo nos encontrábamos en el departamento toxicológico del hospital de Nashville. Josh, el doctor que conocía Aleksey desde hacía muchísimo años, y que era una de nuestras manos derechas en el ámbito sanitario, me acababa de hacer las pruebas. El único inconveniente era que tardarían como un día y medio en darme lo resultado.

—¿Cree que me drogaron? —le pregunté, quitándome el algodón de la casi invisible incisión de la aguja.

Josh asintió, bastante convencido.

—Tiene toda la pinta, la verdad —frunció el gesto—. Si es lo que creemos, el efecto en sangre saldrá reflejado en los análisis. Los narcóticos anuladores suelen durar en sangre bastante tiempo, así que daremos con ello.

—Gracias —le agradecí, viendo como tiraba los aguantos a la basura—. ¿Cuándo podré venir a por los resultados?

—Por desgracia, hasta el día veintisiete no estarán.

Asentí.

El doctor Josh se fue dejándome solo con Aleksey. Suspiré con pesadez al mirarme en uno de los cristales donde guardaban varios fármacos. Tenía unas incipientes ojeras bajo los ojos, y se notaba que había llorado. Como me había dicho mi hermano, las pupilas aún las tenía ligeramente dilatadas.

—¿Qué vas a hacer ahora? —me preguntó Aleksey, poniéndose la chaqueta.

Imité su gesto y me encogí de hombros.

—¿Te digo la verdad? —le pregunté con los ojos inyectado en sangre—. Matar a Sergey es mi objetivo. Pero necesito ver a Natasha y decirle lo que ha ocurrido. Necesito hablar con ella.

Aleksey puso una mano en mi hombro y lo apretó.

—¿Quieres que te de un consejo? —asentí—. Espera un poco. Tanto tú como yo sabemos que Natasha ahora mismo no está en condiciones de ver a nadie. ¿Por qué no esperas a tener los resultados y hablas con ella?

Asentí.

—¿Qué crees que pasará? —le pregunté.

—Personalmente, no tengo ni idea. —Aleksey y yo caminamos por los pasillos del hospital rumbo a su coche en el aparcamiento—. Bella y Elizabeth han ido a verla. Lo único que sé es que no vendrá a cenar. Se va con sus padres.

Me entristecí.

—La he cagado —dije, llegando al coche—. De esta no me perdona, y menos con lo que le hice.

—¿Sabe ella que lo hiciste por su bien? ¿Se lo contaste? —me preguntó, antes de abrir la puerta del coche y subirse.

Lo seguí.

—Sí, pero ¿crees que me va a creer después de todo? Tendrías que haberla visto cuando me vio ahí con esa tía... —farfullé asqueado—. Siquiera me acuerdo de qué hice y qué no, me doy asco.

Aleksey me miró y sonrió entristecido.

—La vida da muchas vueltas; no te preocupes, que todo saldrá bien.

Pero tanto él como yo sabíamos que la cosa iba a ir a peor. Sobre todo, porque había perdido de nuevo a ese pedacito de cielo llamado Natasha. A la única persona que siempre me ha mirado sin juzgarme por tener tatuajes o cicatrices. Una mujer que lo ha dado todo por mí, y a la que yo he fallado una y otra vez.

## Capítulo 26

Los días habían pasado con demasiada lentitud.

Me encontraba en mi habitación, junto a mi madre, intentado ponerme el vestido para el concierto de Navidad que tenía en unas horas. La tristeza se había entremezclado con los nervios.

¿Y cuál fue el resultado?

Vómitos.

Desde el día en que encontré a Edik con otra mujer en la cama, tenía una serie de náuseas típicas ya en mí debido a todo el estrés y el mal de amores. Siempre me pasaba. Cuando me ponía nerviosa por cualquier cosa, el nervio me pillaba el estómago y acababa con la cabeza en el retrete tirando hasta las primeras papillas.

—Cielo, encoge un poquito la barriga —farfulló mi madre, intentando cerrar la cremallera del vestido—. Cariño, ¿has engordado? Me cuesta subirlo de la parte del pecho...

Suspiré.

—Últimamente he estado comiendo mucho, mamá —me regañé mentalmente a mí misma.

—Es normal, niña —rio ella—. En la época de Navidad se suben unos kilillos... —Mamá consiguió cerrar la cremallera e hizo que me diera la vuelta. Abrió los ojos sorprendida—. Vaya par de... —murmuró fijándose en mi pecho.

—Ya era hora de que crecieran, mamá —reí entre dientes, admirándome en el espejo—. Pero seguro que cuando todo pase vuelven a su estado original —me toqué los senos y fruncí el gesto—. Engordar da asco, ahora tengo que ponerme sujetadores deportivos porque los otros se me han quedado un poco pequeños.

—Mira la parte positiva, te ahorras una operación de pecho —rio mamá divertida.

—¿Quién dijo que yo quiero operarme las tetas? —fruncí el gesto.

Mamá rio por mi cara, me miré en el espejo y planché la falda del vestido largo. Estaba emocionada de poder tener la oportunidad de realizar el concierto de Navidad con una de las mejores filarmónicas del mundo, pero también estaba sumida en una profunda tristeza que intentaba dejar de lado para que nadie se preocupara demasiado.

—Estás preciosa, cariño —dijo mamá—. Verás cuando te vea tu padre, estamos muy orgullosos de ti.

El corazón, por un momento, se me encogió, y ni yo misma supe por qué.

Desvié la mirada al suelo.

—Gracias, mamá —le agradecí, intentado sonreír—. ¿Vamos? No quiero llegar tarde.

Mamá y yo bajamos al salón para encontrarnos con mi padre, que en cuanto me vio se sorprendió. De nuevo, me dijo lo preciosa que estaba y me ayudó a llegar al coche familiar. Lo que más necesitaba ahora era estar con ellos y dejar de pensar en Edik.

Papá encendió el motor y comenzó a conducir hacia el auditorio de la ciudad donde la gente hacía una larga cola para entrar, toda la ciudad estaba allí para deleitarse con una maravillosa sinfonía clásica. Mamá y papá decidieron quedarse con mi tía fuera a hacer cola mientras que yo me dirigía por la puerta de atrás hacia una especie de camerino pequeño. Me senté y respiré con lentitud. El estómago se me había revuelto al ver a tanta gente, los nervios los tenía a flor de piel. Me miré en el espejo del tocador y decidí retocarme el maquillaje.

Sin embargo, de repente, entró Emily con su violín en mano. Parecía aún más nerviosa que yo.  
—Señorita Dawson —la regañé con la mirada—, o sea, Natasha —se aclaró la garganta—, estoy muy nerviosa.

Reí entre dientes, intentado darle a ver una imagen de calma.

—Aunque no lo creas —suspiré—, yo también estoy nerviosa.

Emily se sentó en una silla cerca de mí y miró mi reflejo en el espejo.

—¿De verdad? —asentí.

—Sí —torcí el gesto y me atreví a tomarla de la mano—, pero juntas vamos a poder con esto. Los vamos a dejar con la boca abierta.

Ella rio.

—Con usted, seguro —afirmó—. ¿Cree que voy adecuada?

—¿Cuántas veces te he dicho que me trates de tú? —la regañé con la mirada.

—Lo siento —se disculpó avergonzada.

—Respondiendo a tu pregunta, creo que vas genial —le sonreí sin enseñar los dientes—. Pero deja que te dé un poquito de color... —me levanté y le retoqué el maquillaje—. Ahora sí, perfecta.

Emily se miró en el espejo y sonrió.

—Ha venido el chico que me gusta —comentó nerviosa—, ¿cree que se fijará en mí?

La miré escéptica.

—Si no lo hace, entre tú y yo, es que es un gilipollas —la hice reír—. ¿Es un chico de la escuela?

Negó.

—Es mayor que yo —dijo, frunciendo los labios—, tiene 20 años.

Torcí el gesto.

—Es bastante más mayor que tú —comenté, frunciendo el ceño.

—Sí —sonrió como un tonta enamorada—, pero es encantador. Me ayudó cuando unos chicos se metieron conmigo en un pub. Comenzamos a hablar y... bueno, me gusta mucho.

Sonreí de lado.

—Tú solo ten cuidado y ya está —sentencié con sinceridad.

—Se me hace muy fácil hablar contigo, profesora —dijo.

La miré e hice una mueca que pretendía ser una sonrisa.

—Eso es porque yo también he pasado por vuestra edad —reí por lo bajo. Alguien traqueteó la puerta tres veces y comprendí que esa era la señal. Planché la falda de mi vestido y miré a Emily—. ¿Estás lista?

Ella asintió, poniéndose muy seria.

Ambas anduvimos por los pasillos oscuros hasta llegar al escenario, donde ya nos esperaba la filarmónica preparada. Emily fue la primera en pasar, y luego lo hice yo bajo los aplausos de todo Nashville. Me preparé el violín para tocar, al igual que Emily, sin embargo, mi mirada se paseó por la sala y, entonces, vi sus dos ojos color Caribe mirándome fijamente.

Creí desfallecer, los ojos se me aguaron al chocar mi mirada con la suya. Pero me negué a derramar una sola lágrima.

Decidí centrarme en el maestro y en sus gestos acompasados hacia la filarmónica. Cuando fue nuestro turno, solo pude cerrar los ojos y dejar que toda esa tristeza que me embargaba en aquel momento saliera en forma de melodía. No había nada más que mi violín, la música y yo.

Y, antes de poder darme cuenta, estaba en el final de aquella trágica canción que tanto había practicado. Esa melodía que acabó en aplausos de todo el público. Tuve que aguantar las lágrimas para no llorar. Todo el público estaba de pie, y Emily fue quien me trajo un bonito ramo de rosas

rojas y lirios color caramelo. La abracé, le di las gracias a la gente y a la filarmónica y fuimos hacia el camerino de nuevo, donde ya estaban mis padres con otro enorme ramo de lirios azules.

Sí, el lirio era mi flor favorita por toda la variedad de colores que tenía.

—Lo habéis hecho genial —dijo mi madre, limpiándose las lágrimas de la emoción.

—La profesora Dawson es la mejor —dijo Emily, sonriendo—. Gracias por todo lo que ha hecho por mí, señorita. Esto ha sido un sueño hecho realidad.

Emily se despidió de mí y fue con sus padres y sus amigos, los cuales la abrazaron efusivos. En cambio, yo me quedé en el camerino con mis padres para recogerlo todo.

Alguien traqueteó la puerta.

—Pase —dije.

Charles apareció por la puerta vestido de traje, y llevaba una caja de bombones en la mano.

—Enhorabuena —me dijo alegremente mientras me abrazaba.

—Muchísimas gracias, Charles —le respondí con una sonrisa ladeada—. ¿Esa caja de bombones es para mí? —le pregunté sintiendo como el estómago me rugía.

Él asintió y me la dio.

—Sabía que todo el mundo te iba a traer flores —se rascó la nuca, nervioso—, así que decidí traerte esto.

—Gracias. ¡Mira! Tiene una nota y todo... —Iba a leerla, pero Charles me la quitó de las manos.

Lo miré escéptica.

—Yo te la leo —me guiñó un ojo—: para la chica más preciosa del mundo, te quiero.

Le sonreí.

—Muchas gracias, Charles.

Alguien volvió a traquetear la puerta. Mamá la abrió y me dejó ver la cabecita pelirroja de Elizabeth quien, en cuanto me vio, pegó un agudo chillido y me abrazó. Mamá, papá y Charles salieron, dejándome a sola con ella y Daniil, aunque al rato aparecieron Alexandra, Aleksey, Vladimir y Bella. Todos me felicitaron, incluso el pequeño Junior, que estaba en su carro. Emma, la no tan pequeña, me había grabado con su móvil y decía que iba a presumir de mí en el instituto. Sin embargo, un escalofrío recorrió mi espina dorsal.

La puerta se abrió y apareció Edik con la cabeza gacha. Todo el mundo, incluido Junior, se quedó en silencio. Tragué saliva duramente. Nuestras miradas se entrecruzaron y fue cuando carraspeó, indicando a todo el mundo que saliera de la habitación.

Me senté en el tocador y comencé a peinarme el cabello, de alguna forma tenía que entretenerme para no caer más en sus sucios juegos.

—Natasha, yo... —me relamí los labios y lo miré duramente a través del espejo.

—¿Tú qué? —le pregunté.

—Todo tiene una explicación —dijo ahogadamente.

—¿Y crees que me importa? —le pregunté de nuevo, negando—. Edik, has jugado dos malditas veces conmigo. ¿Puedes de una puta vez dejarme en paz? —me di la vuelta y lo encaré—. Me da igual lo que digas o hagas, lo has hecho de nuevo.

—¡Me drogaron! —exclamó.

Giré el rostro y reí amargamente mientras sentía cómo los ojos se me aguaban.

—¿Has acabado ya de mentirme? —Su rostro se deformó.

—¿No me crees?

—¿Debería? —me crucé de brazos para luego bajarlos y limpiar las lágrimas que caían por mi rostro—. Si no te importa, quiero irme —le dije, abriéndome paso y dejándolo allí solo.

Anduve por los pasillos con el violín en mano y las lágrimas cayendo por mis mejillas furiosamente. No podía creerle de nuevo, una parte de mí se negaba a ello para no sufrir más.

Me metí en el coche de papá y le ordené que acelerara antes de escuchar a esa pequeña parte de mí que me decía que fuera con él.

Se había acabado, no entraría más en su estúpido juego.



El día siguiente decidí quedar con Elizabeth, estábamos a veintiséis de diciembre y me encontraba fatal aquella mañana. Había vomitado de nuevo, seguramente por el atracón a cenar que me metí en casa de mi tía por la cena de Navidad.

Me vestí lo más cómoda posible y esperé a que llegara Elizabeth junto a Bella. Llegaron a las cinco de la tarde, justo cuando mis padres se iban a dar un paseo para hacer algo de ejercicio, aunque por mucho que me lo negaran, sabía que iban al parque a besuquearse como dos adolescentes.

En realidad, me encantaba ver así a mis padres.

—¿Dónde iban tus padres? —me preguntó Beth, entrando a casa y mirándolos por encima del hombro con una cara de desconcierto total.

Reí por su expresión.

—A besuquearse como críos al parque, pero ellos dicen que van a hacer ejercicio —me encogí de hombros, dejándolas pasar a casa.

—¿Cómo estás? —me preguntó Bella, abrazándome.

Resoplé.

—Fatal —me senté en el sofá—, me he pasado toda la mañana vomitando.

—¿Y eso? —preguntó Elizabeth, frunciendo el ceño.

Ambas se sentaron a mis costados.

—Ayer cené demasiado, me pegué el atracón del siglo —respondí, haciendo una mueca.

—¿Por qué no vas al médico? —sugirió Bella—. Quizá hayas pillado el virus ese del estómago...

—Bella tiene razón —dijo Elizabeth.

Me encogí de hombros.

—Bueno, todo sea por prevenir, porque llevo unos días malísima —rodé los ojos.

Me levanté y fui a la cocina para coger mi móvil, que me lo había dejado cargando en uno de los enchufes. Volví con las chicas y le di a llamar al número de mi médico. En dos toques me atendió la recepcionista.

—Buenas tardes, llamo para pedir una cita rutinaria con mi doctor —dije, con el altavoz puesto.

—Claro —respondió la recepcionista—. ¿Puede decirme su nombre?

—Natasha Dawson.

—¡Oh, señorita Dawson! —exclamó la recepcionista—. He estado mucho tiempo intentando llamarla.

—¿Por qué? ¿Pasa algo malo? —pregunté preocupada, Bella y Elizabeth se alarmaron.

—Tenía que haber venido a finales de octubre para que le pusiéramos la inyección. He estado llamándola muchísimas veces, pero no conseguía localizarla.

Palidecí.

Bella y Elizabeth se miraron alarmadas.

—¿Cómo que la inyección? No, no... A mí me tocaba la siguiente a finales de enero.

Mi respiración se agitó y comencé a sudar en frío. Las manos me temblaban exageradamente.

—No, señorita —habló la mujer a través del teléfono—, tenía programa la inyección anticonceptiva para finales de octubre, le recomiendo que venga lo antes posible al doctor para ver si está bien. ¿La espero mañana a las diez? —preguntó.

—S...Sí, claro —siseé.

Colgué y el teléfono se me cayó al suelo.

Me llevé las manos a la cabeza y caí al respaldo del sofá.

—¡Mierda, mierda, mierda! —grité frustrada.

—Nata... dime que tú no... —Elizabeth me miró con los ojos muy abiertos.

Me levanté y fui a mi habitación seguida de ellas dos. Miré el calendario y, justamente, en noviembre no me había bajado la regla.

Palidecí aún más.

—¿Lo hiciste con Edik? —me preguntó Bella cuando me dejé caer sentada en la cama.

Asentí.

—Pero no tiene por qué estar... —murmuró Beth.

El pecho comenzó a dolerme horrores.

—Necesito ir a la farmacia —sentencié, levantándome y poniéndome la chaqueta.

Elizabeth y Bella me acompañaron en todo momento. Fuimos a la farmacia más cercana y compré tres pruebas de embarazo.

Volví a casa con el corazón en un puño, me metí en el baño y lo hice. Salí con las pruebas en la mano y Bella me las cogió. Hizo que me sentara en la cama y comenzó a consolarme cuando mis ojos comenzaron a aguarse.

—Todo va a salir bien, Natasha —me susurró Elizabeth, abrazándome.

—Pase lo que pase vamos a estar contigo —dijo Bella, sentándose en el otro lado.

Tres minutos.

—¿Y si estoy embarazada qué? —pregunté asustada.

Ellas se callaron y se miraron.

—Vamos a estar contigo pase lo que pase —sentenció Bella.

Dos minutos.

Un minuto.

La alarma de mi móvil sonó.

Bella aún tenía las pruebas en la mano, tapando el resultado. Apagué la alarma y tragué saliva duramente.

—Enséñamelas —dije, temblando.

Bella suspiró y me enseñó los resultados.

—¡Oh, mierda! —escuché que decía Elizabeth.

Los tres palitos estaban rositas y uno decía: embarazada de entre tres-cuatro semanas.

—¡Oh Dios mío! —exclamé, tocando mi barriguita—. Estoy embarazada.

## Capítulo 27

No sabía siquiera cómo el tiempo había pasado tan rápido. Nos encontrábamos a mediados de enero y estaba cayendo una buena nevada que hacía años que no se veía por Nashville. Me quedé embobada viendo por la ventana de mi habitación cómo la nieve caía mientras que tocaba mi barriguita de diez semanas.

—Cielo —escuché a mi madre desde la puerta de mi habitación. Me giré y le sonreí—, el desayuno está listo.

—Bajaré en unos minutos, mamá. —Ella asintió y salió.

Suspiré.

Mamá y papá se habían llevado un buen susto cuando les dije que estaba embarazada de Edik, pero me apoyaron sin juzgarme. Elizabeth y Bella me guardaban el secreto, lo último que necesitaba era que Edik se enterara. Suficiente tenía con aguantar sus mentiras de que lo habían drogado... Como si no supiera que sabía falsificar perfectamente documentos.

Había tomado la decisión de criar a mi hijo (o hija) sola.

El día después de hacerme las pruebas fui al médico y me mandó a la ginecóloga para empezar a evaluar mi embarazo, aunque todo pintaba a que iba perfectamente, según mi médico de cabecera. Aún no me habían hecho ninguna ecografía, hoy sería la primera porque no habían podido darme cita antes.

Me puse las zapatillas de deporte y bajé a desayunar con mis padres. De nuevo, las náuseas mañaneras me habían levantado; según mi doctor pronto pasarían. Me senté al lado de papá, quién me sonrió mientras leía el periódico.

—¿Cómo te encuentras hoy, cielo? —me preguntó papá, dejando el periódico al lado.

Me encogí de hombros.

—He vuelto a tener náuseas, el doctor dice que es normal. —Papá torció el gesto.

—Igual que tu madre —rió entre dientes.

Mamá se sentó, poniendo una gran fuente de fruta en frente de mí. Me relamí los labios y comencé a comer.

—¡Madre mía! —rió mamá—. Se nota que estás embarazada, cariño. Comes por cinco.

Me atraganté con la fruta y comencé a toser.

—No menciones ruina —murmuré.

—Oye, hija, ¿le has dicho algo al desgraciado de los tatuajes?

Papá estaba muy contento por tener un nieto, lo que no le hacía gracia era quién era el padre. Bueno, lo que no le hacía gracia era saber que su niñita ya no era virgen. Creo que si fuera monja estaría mucho más tranquilo, por eso llevar toda una vida alejada de los hombres.

Mamá no pudo evitar reír.

—Te recuerdo que ese desgraciado de los tatuajes es el padre de tu nieto, o nieta. Aún no sabemos nada —comentó mamá.

—Y yo os recuerdo —los interrumpí— que no le voy a decir nada.

—Entonces, cuando te vea con el barrigón, ¿qué le vas a decir? ¿Qué es de Charles?

Miré mal a mamá.

—Soy la nueva Virgen María, ¿queda claro? —los señalé y me levanté de la mesa, comiéndome una tostada—. Recuerda, mamá, que hoy vendré a comer, me he tomado el día libre



en el trabajo para ir a la ginecóloga.

—Vale, cielo —respondió ella—. ¿Te va a acompañar Elizabeth? Me da muchísima pena no poder ir contigo —lloriqueó.

Le sonreí.

—No te preocupes —dije. Fui hacia papá y le besé la mejilla—, vosotros id con tía Catherine, que desde que murió su marido no levanta cabeza.

—Quiero las ecografías de mi nieto —susurró papá en mi oído—, así voy a poder fardar de él con mis colegas.

Reí.

—Vale, pediré copias o algo. No sé cómo va esto —fruncí el ceño.

Fui a mi habitación y cogí mi bolso. Bajé las escaleras y salí, porque Elizabeth ya estaba esperándome junto a Bella en el coche. Sonreí al verlas y no dudé ni dos segundos en subirme.

De repente, la canción de *Motivation*, de *Normani*, se coló por mis oídos.

—¿Lista? —preguntó Beth cuando cerré la puerta.

Bella miró hacia atrás y me sonrió.

—Arranca.

Elizabeth volvió a meter la llave en el contacto y condujo por las calles de Nashville. Las tres íbamos en silencio hasta que Bella decidió romperlo.

—Natasha, ¿te has planteado contárselo a Edik? —me preguntó, mirándome por el retrovisor. Negué repetidas veces.

—Ni de coña, no quiero saber nada de él.

Escuché como Elizabeth chasqueaba la lengua.

—Es tu decisión, nena —habló, mirando a la carretera—, nosotras te guardaremos el secreto.

—Gracias —les dije agradecida.

—Pero ve pensando en cómo narices vas a explicar el aumento de pecho y la barriga que te comenzará a salir —comentó Bella.

—De momento me pondré camisetas más anchas —pensé—. Y no creo que nadie sea tan maleducado de preguntarme por qué las tetas me han crecido.

Elizabeth paró en un semáforo y miró hacia atrás, torció el gesto al verme.

—Menos mal que el vestido para la boda es suelto de abajo, no creo que te saque mucha barriguita... —comentó.

—Solo estará de cuatro meses para ese entonces —dijo Bella.

—Cinco —la corregí.

Vi como abría los ojos bastante sorprendida.

—Entonces vas a tener suerte de que el vestido sea vaporoso —torció el gesto—. A partir del cuarto mes es cuando más empieza a crecer la barriga.

—¿Tú de cuánto estás ya? —le pregunté por curiosidad.

Elizabeth arrancó de nuevo.

—De cuatro meses y medio —sonrió a través del retrovisor—. Aleksey está encantado, pero le he dicho que basta ya de niños —rio—. Con los tres que tenemos es suficiente.

Reí.

—Normal —exclamé—. Es que donde ponen el ojo los Vólkov...

—Ponen la semilla —terminó la frase Elizabeth, haciéndonos reír.

—Es increíble la facilidad que tiene los cabrones para dejar a una mujer embarazada... —comenté—. Primero fue Bella, ahora yo... Beth, siento decirte que la próxima eres tú, sí o sí.

—¡JA! —exclamó—. Para eso aún falta mucho tiempo, os lo aseguro.

Elizabeth condujo hasta la consulta de la doctora. Las tres nos bajamos y entramos, en seguida nos dijeron de pasar. Me hicieron tumbarme en una camilla y subirme la camiseta. Bella y Elizabeth estaban a ambos lados con mis manos agarradas, una cada una.

La doctora entró y apagó las luces, me echó ese potingue gelatinoso en el estómago y comenzó a hacer su trabajo. En realidad, era una mujer muy simpática, me lo fue explicando todo paso a paso.

—¿Ves esto? —me dijo, señalando la pantalla—. Ese es tu bebé.

Me quedé embobada viendo la pantalla, era muy pequeñito. Escuché como Bella se sorbía la nariz, la miré y vi cómo se limpiaba algunas lágrimas. Tanto la doctora como Beth y yo la miramos escépticas.

—Yo también estoy embarazada, ¿vale? Son las hormonas —dijo nostálgica.

La doctora rio por lo bajo, pero volvió a la pantalla para hacer las mediciones del bebé.

—¡Vaya! —exclamó sorprendida—. Va a ser un bebé bastante grandecito —comentó—. Escucha esto.

De repente, por la sala comenzó a escucharse el latido del bebé. Sin saber muy bien por qué, algunas lágrimas cayeron de mis ojos hacia mis mejillas mientras miraba atenta a la pantalla.

No me había llegado a creer del todo que estaba embarazada.

Hasta ahora.

Escuchar el latido de mi bebé era algo maravilloso. La verdad era que aún estaba alucinando con la capacidad de la mujer para crear una vida.

—¿Ese es el latido de mi bebé? —pregunté, mirando embobada la pantalla.

—Así es —afirmó la doctora—. Estás de diez semanas, pero el bebé parece que va muy bien encaminado. Por lo que me dijo tu médico, este embarazo no era deseado —farfulló—. En caso de que no quieras tenerlo... —la interrumpí.

—Quiero tenerlo —afirmé, segura de mí misma—. Valoré el no hacerlo, pero había algo dentro de mí que me lo impedía. Cada vez que pensaba en no tenerlo me dolía. Es mi hijo, o hija, y lo he amado desde el minuto cero en que supe que estaba embarazada —le dije a la doctora.

—Entonces, si estás tan segura, ven conmigo —me limpió el potingue que llevaba en la barriga y fuimos a su mesa—. Te voy a dar unas directrices para seguir de aquí en adelante —sacó varios papeles y me lo explicó todo al detalle—. También quiero que vengas el día... —me dio una nueva cita.

—Perfecto, doctora —le sonreí—. Por cierto, ¿me puede dar unas copias de las ecografías? —le pregunté con vergüenza—. Mis padres me las han pedido.

—Por supuesto —exclamó.



Cuando llegué a casa, a la hora de comer, me encontré con la sorpresita de que Charles estaba en casa. Él no sabía nada, la verdad era que desde que me contó lo de Edik había vuelto a mantener un tipo de relación más... ¿sentimental? Con él. No éramos nada, pero me apoyaba mucho emocionalmente.

—Vaya —exclamó, besando mi mejilla—, estás preciosa.

—Gracias —le sonreí.

—¿Cómo te encuentras? —me preguntó inquisitivo.

Me encogí de hombros.

—Ya sabes —me mordí la lengua para no decir lo que verdaderamente me pasaba—, soy de

resfriado fácil, y en cuanto me noto acatarrada voy al médico.

Charles se levantó y me cedió su silla. Le sonreí, agradeciéndoselo.

—Es que te faltan vitaminas —me regañó, miró su reloj y abrió los ojos—. He quedado con mis padres para comer, me alegro de que estés genial, Natasha. ¿Nos vemos mañana en la escuela? —me preguntó.

—Claro —lo despedí.

Comí en compañía de mamá y papá, quienes se emocionaron al ver las ecografías. Estuvimos un buen rato hablando mientras comíamos, sobre todo del bebé. Que si la cuna, que si la bañera, que si la sillita...

Al final acabé de comer y tuve que irme a la cama del cansancio.

Otra cosa negativa del embarazo era que siempre estaba cansada.

Mamá subió luego de que durmiera un rato y me dijo que iba a comprar junto a papá y que me quedaría un rato sola. Aún medio adormilada le dije que no pasaba nada. Escuché como la puerta se cerraba con la partida de mis padres hacia el supermercado. Pero a los pocos minutos escuché cómo volvía a abrirse; pensé que era mamá que se había olvidado algo. Sin embargo, me removí al sentir como entraba a mi habitación. Abrí levemente los ojos y a quien vi me produjo terror.

—Bu —dijo, antes de ponerme un pañuelo en la boca y caer en la oscuridad del vacío.

## Capítulo 28

No sabía dónde me encontraba, pero lo que sí sentí era cómo las muñecas y los tobillos me ardían. Tal y como estaba, en una posición fetal tirada en el suelo mugriento de a saber dónde, no podía identificar nada más allá de esa luz colgando del techo por los cables, la cama con el colchón mugriento y una pequeña mesita de noche con golpes por todos lados.

Intenté moverme para ponerme más cómoda y lo conseguí luego de varios intentos. Me apoyé en el hierro de la cama y miré a todos lados.

Estaba encerrada, eso estaba claro.

De repente, escuché como la puerta chirriaba al abrirse. Vi como entraba una chica demacrada, de preciosos ojos color caramelo, pero tremendamente tristes. Estaba temblando y llevaba una bandeja en manos con un trozo de pan y agua.

Se acercó y se agachó, dejó la bandeja en la mesita de noche y me desató las manos. No habló, pero sí que me incitó a comer lo que me había traído. Tragué saliva y agarré el trozo de pan. Mordí ligeramente y tragué.

—¿Por qué estás aquí? —me preguntó entre susurros.

La miré por unos segundos antes de desviar la mirada hacia otro lado.

—Es por Sergey —le dije—. ¿Y tú? —le pregunté, volviendo mi mirada a sus ojos.

Ella tragó saliva duramente.

—Mi padre apostaba, era adicto al juego —dijo con pesadez—. Cuando se quedó sin dinero, se lo pidió a Sergey y al final él acabó en la tumba y yo siendo su sirvienta.

Torcí el gesto.

—Me alegro de que no te haya hecho nada malo —le dije.

Ella suspiró.

—Tener que servirle es lo peor que le puede pasar a una persona, él es una persona horrible. Ansío el día en que alguien lo mate de una puta vez...

—A mí me violó hace cuatro años —me perdí en el infinito—, y mató a mi amiga Claire.

La desconocida se horrorizó. Me desató también los pies con rapidez.

—Dios mío, lo siento muchísimo —se lamentó—. Sergey no está aquí ahora, volverá en unos días. Por lo que he podido oír, pretende atraer a un tal... ¿Edil?

—Edik.

—Eso —exclamó en voz baja—. ¿Lo conoces?

Me mordí el labio inferior para evitar soltar las lágrimas que comenzaron a acumularse en mis ojos.

Asentí, respirando despacio para tranquilizarme.

—Es... Bueno, éramos pareja y es el padre de mi bebé. —La chica me miró sorprendida.

—¿Estás embarazada? —me preguntó, a lo que asentí—. Joder, esto ya es una puta locura.

—Pero él no lo sabe —le dije.

—¿Edik no sabe que estás esperando un bebé? —negué—. Sergey tampoco lo sabrá, o sí. No tengo ni idea.

—¿Crees que me hará algo? —le pregunté, temiendo que la respuesta fuera un sí.

Ella desvió la mirada.

—Lo único que sé por ahora es que te quieren de cebo —habló—. Quieren atraer a ese chico y a su familia para matarlos, según Sergey quiere matarte ante los ojos de Edik para que sufras.

—¿No crees que es peligroso hablar aquí? —le pregunté, antes de volver a beber agua.

—No te preocupes —sonrió con tristeza—. Alguien que me ha estado protegiendo todo este tiempo está vigilando. Él no dirá nada, al contrario, quiere escapar de aquí conmigo.

De repente, alguien abrió la puerta y un chico imponente se dejó ver.

—Daana, tenemos que irnos —dijo. Tenía una voz extremadamente masculina.

Ella lo miró y asintió. Los ojos le brillaban de forma incoherente cuando lo miraba, supongo que yo debía de haberme visto así ante Edik.

—Tengo que irme —me dijo—. Cuidaré de ti e intentaré que puedas escapar con nosotros, tenemos que aprovechar que Sergey no está. Volveré más tarde para traerte algo de comida.

Ví como Daana se iba junto a ese chico, cerraron la puerta con llave y me dejaron de nuevo sola. Bueno, sola no, con mi bebé. Rocé mi barriguita con mis dedos y suspiré. Había otra puerta en la habitación. Me levanté, tambaleándome, del suelo, y fui hacia aquella puerta. Me sorprendí al ver un pequeño baño medianamente en buen estado.

*Por lo menos esto está decente*, pensé para mis adentros.

Entré y con suma atención, para que no entrara nadie a la habitación, habiendo atrancado la puerta con la mesita de noche, me di un baño poniéndome la misma ropa que llevaba. Hice mis necesidades y volví a la habitación, poniendo la mesita de noche en su sitio.

Me senté en el mugriento colchón y pensé en todo lo que podría pasarme, y en la ligera esperanza que tenía al saber que Sergey no estaba cerca. Quizá en un despiste, o con ayuda de Daana, podría escapar.



No tenía ni idea de la hora que era, pero calculaba que llevaba aquí casi cinco días.

Volví a abrir los ojos cuando escuché que alguien abría la puerta, de nuevo me encontré con Daana. Llevaba una bandeja con algo de comida, pero esta vez la notaba muy nerviosa. Cerró la puerta con sumo cuidado y vino hacia mí, dejando la bandeja en la cutre mesita de noche. Se sentó a mi lado y sacó del bolsillo de su sudadera un teléfono móvil.

Abrí los ojos, sorprendida.

—Llama a ese chico, a Edik —me incitó—. No te preocupes, pronto saldremos de aquí —dijo contenta—. Hoy hay partido de boxeo y muchos de los tíos que trabajan para Sergey se irán. Aquí solo se quedarán unos pocos, calculamos que unos siete o diez como mucho.

—¿De verdad? —le pregunté.

Ella asintió.

Daana había sido más que una simple chica. Tal y como me había dicho, nadie más que ella había entrado en la habitación. Sergey no estaba por unos asuntos de mercancía en la otra punta del país, cosa que me tranquilizaba. Daana había sido una confidente. Venía a estar conmigo siempre que podía, me traía comida y agua, algo de ropa y ahora un teléfono.

—Llámallo —me insistió—. Él vendrá a por ti y podremos salir de aquí. Por fin podré rehacer mi vida, vivir con...

Escuché como alguien entraba y, en seguida, Daana me hizo esconder el teléfono. Para nuestra suerte, era el chico imponente del que desconocía aún el nombre. Daana se llevó la mano al pecho y fue hacia él para abrazarlo.

—Me has dado un susto de muerte —le dijo.

—Lo siento —se disculpó—. ¿Has llamado ya a Edik?

Negué con la cabeza.

—Iba a hacerlo ya mismo —le dije.

—Vale, dile que Márkov está contigo.

Asentí y tecleé el número de Edik.

Quizá fuera un poco arriesgado confiar en ellos de esa manera, pero era la esperanza lo que me guiaba.

Un pitido...

Dos pitidos...

Tres pitidos...

—¿Quién es? —preguntó Edik, sumamente malhumorado.

—Edik, soy Natasha —le dije.

Algo dentro de mí, y os aseguro que el bebé no era, se removió al escuchar su voz. Sentí que todo mi mundo volvía a ser el que era.

—¿Natasha! —exclamó—. ¿Dónde estás? ¿Estás bien? ¿Te ha hecho algo el hijo de puta de...?

—Estoy bien. Escucha, estoy con un tal Márkov, dice que te conoce.

—¿Márkov? —preguntó—. Dios mío, claro que lo conozco. ¿Está contigo?

—Sí, está vigilando la puerta para que nadie nos escuche. —Daana me urgió—. Escucha, Sergey no está y los tíos de su pandilla se irán esta noche a ver un partido, Márkov dice que solo habrá unos siete o diez como máximo.

—¿Dónde estáis? —me preguntó Edik.

—Por lo poco que sé, estamos en un sitio muy cutre en Atlanta. Es como una casa muy vieja, incluso un almacén abandonado o algo —le dije.

—¿En Atlanta? —preguntó Edik—. Vale, sé perfectamente dónde estás. Natasha, te lo juro, te voy a sacar de ahí.

Sonreí.

—Lo sé —Márkov me instó a que dejara de hablar—. Edik, por favor, sálvame, tengo que colgar.

Y colgué, dándole el móvil a Daana.

Ella cogió la bandeja e hizo como si nada hubiera pasado. Márkov intercambió algunas palabras con uno de los gorilas que hacían vigilancias para luego irse. Daana suspiró y volvió a sentarse a mi lado, Márkov cerró la puerta y esperó fuera.

—¿Vas a decirle que estás embarazada? —me preguntó.

—He decidido criar al bebé sola —fruncí los labios.

—¿Por qué? —preguntó Daana curiosa.

—Todo el mundo, desde que saben que estoy embarazada, me dice lo que debo o lo que debería hacer. Pero nadie se ha planteado preguntarme si estoy bien o cómo me siento al respecto. Si he decidido criar a mi bebé sola es porque Edik y yo tenemos una relación más bien tormentosa, y no quiero que mi futuro bebé se críe con un padre que engaña a su madre cada vez que puede.

—¿Eso hizo él? ¿Te engañó?

—Sí —asentí—. Dice que estaba drogado, pero no confío en él. No es la primera vez...

—Lo que te pasa es que tienes miedo, ¿no es así? —Daana agarró mi mano y la apretó. Asentí—. Te comprendo, yo estaría igual. Pero no soy nadie para decirte lo que debes o tienes que hacer. Es normal tener miedo, si él te engañó es comprensible.

—Gracias por comprenderlo —le sonreí—. No me creo que nos vayan a sacar de aquí.

—Yo tampoco me lo creo —habló Daana con la voz cargada de ilusión.  
En unas horas estaríamos libres.

## Capítulo 29

Las horas parecían no pasar en aquel cuartucho de mala muerte. Daana traqueteó mi puerta tal y como me había dicho, me abroché la cremallera de la chaqueta que me había prestado la chica, que más bien era de Márkov, y me levanté del mugriento colchón.

Daana entró en mi habitación con una bandeja en manos y me guiñó el ojo, Márkov me hizo un ademán con la cabeza y nos encerró en la habitación. Pude ver que tenía un arma en la mano y otra en la cinturilla del pantalón.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó, dándome la bandeja con algo de comida.

La rechacé.

—Estoy muy nerviosa, no tengo hambre —dije, haciendo una mueca de desagrado al ver la comida.

Daana rio entre dientes.

—Yo también estoy muy nerviosa, Márkov ha intentado calmarme, pero me es imposible —se frotó las manos, pues hoy hacía bastante frío—. Tienes que comer, estás embarazada y no es bueno que no comas. Hazlo por el bebé, ¿vale?

Asentí y probé un bocado.

Aunque no me apetecía nada me obligué a comer, porque sabía que mi bebé lo necesitaba.

—Daana, ¿cómo conociste a Márkov? ¿Por qué conoce a los Vólkov?

Daana torció el gesto.

—Lo conocí cuando llegué, ¿sabes? Todo el mundo me trataba como una basura excepto él —sonrió con ternura—. Él era quien me traía ropa para abrigarme, quien me protegía de Sergey y de todos los hijos de puta que hay aquí.

—¿Por qué Márkov no se ha ido si está en contra de Sergey? —le inquirí.

Daana suspiró.

—Es más complicado de lo que piensas. Márkov estaba aquí por su hermana, ella estaba con uno de los esbirros de Sergey a pesar de que él siempre se había negado. Por lo que sé, Sergey mató a su hermana cuando se negó a acostarse con él. Márkov lleva aquí años planeando cómo acabar con Sergey.

—¿Es un infiltrado? —pregunté sorprendida.

Ella asintió.

—¿Quién te piensas que le ha estado pasando información a los Vólkov? —Daana frunció los labios—. Márkov se ha sabido ganar la confianza de Sergey, por eso yo aún sigo viva. Cuando lo vi fue amor a primera vista. Márkov es tan cariñoso y bueno...

—Nadie lo diría —reí entre dientes.

—¿Alguien diría que Edik es cariñoso contigo? —rodé los ojos.

—No empecemos... —Daana rio entre dientes.

Sin embargo, un trueno resonó por toda la cochambrosa habitación. Me estremecí y me abracé a mí misma, habiendo dejado la bandeja en la cutre mesita de noche. Daana pasó uno de sus brazos por mis hombros. No obstante, de repente, escuchando de fondo la lluvia caer feroz sobre el suelo, oímos varios disparos seguidos.

Tanto Daana como yo nos asustamos y no dudamos en abrazarnos.



Los disparos eran consecutivos y cada vez se acercaban más a nosotras. El miedo me invadió por completo, haciéndome temblar. Millones de preguntas pasaban por mi mente. ¿Y si era Sergey? ¿Y si no conseguíamos salir de aquí vivas? ¿Y si...?

Gritamos cuando oímos los disparos justo en el pasillo, o lo que fuera. Daana, por si las moscas, se sacó una pistola del bolsillo de la sudadera e hizo que nos escondiéramos detrás de la puerta por si abrían, para que no nos vieran.

Creo que fue de las pocas veces que recé en completo silencio, lo único que quería era salir con vida de esta y poder darle una buena vida a mí bebé. Abracé mi barriguita de once semanas e inspiré para tranquilizarme.

Escuchamos como la puerta se abría lentamente.

—¿Natasha? —preguntó esa voz que tanto conocía.

Una sonrisa se elevó en mis labios y salí de detrás de la puerta. Daana guardó la pistola e hizo lo mismo que yo.

—¡Edik! —exclamé, lanzándome a sus brazos.

Sinceramente, estos cinco días de cautiverio me habían hecho reflexionar bastante. Sobre todo, por el tema del bebé. Necesitaba pensar con claridad, pero quizá me plantearía decírselo.

Edik me envolvió en sus protectores brazos y me recosté en su pecho, aspirando ese perfume tan característico de él. Me separó de su cuerpo y agarró mi cara entre sus manos; estaban frías, pero no me importó.

—¿Estás bien? —me preguntó, mirándome directamente a los ojos.

Asentí.

—Sí —murmuré, temblando levemente al sentir el frío que entraba por la puerta.

Edik se quitó la chaqueta que llevaba y me la puso, se lo agradecí con la mirada antes de que agarrara mi mano y me hiciera salir de la habitación.

Tal y como había deducido, por lo poco que me había dicho Daana, quien iba detrás de nosotros con Márkov; debíamos estar en uno de los peores lugares de Atlanta. Parecía que estábamos en una especie de casa vieja y mal cuidada.

Edik corría delante de mí, sin soltar mi mano. Intentaba seguirle el paso, pero me era imposible. Notaba mi cuerpo demasiado pesado. Edik paró cuando escuchamos nuevos disparos. Me apoyé en la pared y respiré agitadamente. Volvió a agarrarme la carita con las manos y hacer que lo mirara a los ojos. Su mirada color Caribe me absorbió.

—¿Te encuentras bien? —volvió a preguntarme.

Negué.

—No puedo más —resoplé.

Escuchamos nuevos disparos que me hicieron estremecer.

Edik frunció los labios y se dio la vuelta.

—Súbete a mi espalda, yo te llevaré —dijo, incitándome a que lo hiciera.

—Edik, no creo que...

—Súbete —me ordenó, mirándome por encima de su hombro.

Tragué saliva y lo hice sin rechistar.

Hizo que Márkov y Daana fueran delante, armados y atentos ante el peligro. Me sentía fatal, pues no quería ponerlos en peligro, y mucho menos ser una maldita carga. Pero mi cuerpo no me dejaba dar un paso más. La comida no había sido muy abundante en esos cinco días, mucho menos mis horas de sueño. Dormía a momentos, temiendo que Sergey apareciera por la habitación y nos hiciera algo. Lo único que quería era ir a un médico y que me dijera que el bebé estaba perfectamente.

Edik me llevó por el laberinto de pasillos cargada en su espalda. Márkov nos hizo parar, preparó su arma y disparó en cuanto vio. Me resguardé en el hombro de Edik, sentía náuseas.

Proseguimos el camino hasta llegar a una puerta de acero, Márkov la abrió con cuidado, siempre con el arma preparada para disparar.

—¿Estáis todos bien? —Alcé la mirada para ver a Aleksey—. Hola, Natasha —me saludó con una bonita sonrisa.

—Estamos todos bien, vámonos de aquí antes de que aparezca Sergey —Márkov torció el gesto, abrió la puerta y salimos—. Estoy seguro de que Sergey ya se habrá enterado de que estamos aquí y viene de camino.

Edik, tenso, asintió.

Salimos y giré mi mirada para ver que estábamos en una especie de casa vieja. Tragué saliva, diciéndole adiós a ese cautiverio. A Sergey le había salido mal la jugada; no esperaba la traición de Márkov, si no, nunca hubiera dejado la casa tan desprotegida.

Me bajé de la espalda de Edik y me subí al coche que conducía él mismo. Metió la llave en el contacto y salió deprisa de allí. Daniil iba en el asiento del copiloto, también tenso. Aunque conforme nos íbamos alejando, sus caras se relajaban.

Me recosté en el asiento y dejé escapar de mis labios un largo suspiro. De repente, las tripas me rugieron. Vi, por el reflejo del retrovisor, cómo Edik sonreía sin enseñar los dientes. Detrás de nosotros venía Aleksey; Márkov y Daana en otro coche similar al que llevábamos nosotros.

—¿Tienes hambre? —me preguntó Edik, mirando fijamente la carretera.

Había algunos bancos de niebla y la visibilidad era bastante complicada, eso sumado a la lluvia hacían la carretera y los caminos bastante peligrosos.

Asentí.

—Bastante —dije, murmurando por lo bajo.

Daniil abrió la guantera y sacó una bolsa que olía de maravilla. Olfusqué el ambiente cual perro, el olor a hamburguesa, patatas fritas y fritos invadió mis fosas nasales. Agarré la bolsa y la abrí. Me relamí los labios, escuchando como ambos hermanos se reían por lo bajo.

—Come todo lo que necesites y quieras —dijo Edik.

—Gracias.

La verdad era que no sabía muy bien porque le daba las gracias, si por salvarnos o por la comida. O por ambas cosas. Empecé a comer, sabiendo que quizá comerme eso no era lo mejor para el bebé, pero tenía muchísima hambre. En realidad, era el bebé quien me mandaba comerme toda esa cantidad de comida. ¿Cómo iba a negárselo?

Comí en silencio, escuchando como charlaban sobre el secuestro y sobre Márkov. No obstante, cuando iba por el último bocado de mi hamburguesa, Aleksey nos hizo las luces. Paramos en la carretera, uno al lado de otro. Edik bajó la ventanilla y habló con Aleksey por unos breves momentos.

—¿Paramos o seguimos? —le preguntó Aleksey a Edik a través del ruido de la lluvia y los truenos.

—Hay un hotel a pocos kilómetros, podemos quedarnos allí y deshacernos de los coches para que no sepan dónde estamos. ¿Tienes las identificaciones falsas? —le preguntó Edik.

Aleksey asintió.

—Te sigo hacia el hotel.

Edik cerró la ventanilla y volvió a conducir hasta llegar al hotel donde cogimos varias habitaciones. Y, cómo no, me tocó la habitación con Edik. Márkov y Aleksey se fueron a deshacerse de los coches mientras nosotros nos instalábamos.

Ahora bien, ¿le decía a Edik que iba a ser padre?

## Capítulo 30

Edik

La encontré en la ducha, con el agua surcando su perfecto cuerpo. Su pelo estaba totalmente mojado y pegado a su espalda. Se encontraba con esos preciosos y enormes ojos castaños cerrados, disfrutando de las caricias que el agua tibia dejaba por su compleción.

Siquiera se dio cuenta en el momento en el que toqué la puerta y entré para dejar ropa limpia encima del lavamanos. Me quedé embobado, admirando su cuerpo, cada uno de esos lugares que deseaba besar con afán.

El vaho difuminaba su silueta, pero no me hacía falta verla al completo para saber que era preciosa. Sexi. Exuberante. Provocativa. Todos los adjetivos que a un hombre se le pudieran ocurrir. Natasha era esa mujer que con solo mirarme hacía que todo mi ser ardiera en deseo. Era la única que había conseguido llegar a mi corazón, arrebatármelo con su cálida timidez hacía años.

Suspiré y salí del baño apresuradamente, sin crear estupor en Natasha.

Diez años perdidamente enamorado de la misma mujer.

Diez años en los que me equivoqué y le hice daño pensando que eso sería lo mejor.

Diez años soñando que volvía a tenerla en brazos.

Cuando me llegó la noticia de que Sergey se la había llevado, experimenté un grandísimo ataque de pánico. El miedo me pudo, pensar que le haría daño me aterraba. Yo debía protegerla. Sin embargo, Aleksey fue quien me calmó, diciéndome que todo estaba bien. Él era el que tenía más contacto con el tema de la mafia familiar y sabía que algo se traía en manos. Márkov siempre había sido nuestro pinche desde que Sergey mató a su hermana. Él fue quien se puso en contacto con Aleksey contándole la situación. Yo no supe nada hasta que Natasha me llamó.

Me senté en el borde de la cama y dejé mi cabeza en mis manos, previamente habiendo apoyado mis codos en mis muslos. Suspiré con cansancio, sentía el cuerpo pesado por la tensión. Habían sido cinco días de no dormir, de buscarla hasta debajo de las piedras.

Escuché como el grifo del agua se cerraba y la escuché canturrear. Miré la puerta del baño cerrada, como si pudiera divisarla a través de la madera en color claro. Me dejé caer en la cama y cerré los ojos.

El sueño me pudo, caí en ese abismo de tranquilidad hasta que sentí que alguien me zarandeaba. Aún con los ojos cerrados, agarré sus brazos y la noqueé en la cama. Mi respiración estaba agitada y tuve que parpadear varias veces para ver a Natasha con claridad. La solté asustado de mí mismo, de esa fuerza abrumadora que había surgido a causa de mi inconsciencia.

—Yo... —balbuceé—. Lo siento —me disculpé, poniéndome sentado en el borde de la cama.

Natasha se levantó consternada, se frotó el brazo, justo donde la había agarrado, y negó aún con esa fina línea que formaban sus labios.

—No pasa nada —murmuró, poniendo un mechón de su cabello gris (ya algo largo) detrás de

su oreja—. Aleksey ha venido y me ha preguntado si queremos bajar a cenar.

Asentí, frunciendo el ceño.

—¿Cuánto he dormido? —le pregunté, no llevaba encima ni el móvil ni el reloj.

—No mucho —se encogió de brazos—, creo que unos treinta o treinta y cinco minutos.

—¿Quieres bajar a cenar? —Sus ojos castaños hicieron contacto con los míos. Vi cómo se tocaba la barriga y asentía con una media sonrisa—. ¿Esperas a que me dé un baño?

—Claro. —Natasha se recostó en la cama y cerró los ojos—. Despiértame cuando salgas, por favor.

Asentí y me dirigí al baño en silencio.

Cuando entré, cerré la puerta y me apoyé en ella. Suspiré y me miré en el espejo. Sinceramente, no reconocí a la persona que me devolvía mi reflejo. ¿Dónde había quedado ese Edik de diecinueve años? Ahora solo veía un maldito manojito de problemas. Un estorbo para la persona que amaba, a la que ponía en peligro constantemente. Esta vez había tenido suerte, Márkov había sido el encargado de que Sergey estuviera lejos de Natasha en su cautiverio. Me apoyé en el lavamanos y me miré de nuevo, la rabia corría por mi iris azul.

La sed de venganza por intentar hacer daño a una de las personas que más amaba en este mundo.

Mi Natasha.

Me di una ducha y, al salir, las gotas de agua caían por mi frente fruto del flequillo ya largo de mi cabello azabache. Me eché el cabello hacia atrás y me sequé, luego me vestí con la ropa que Aleksey nos había traído y salí, viéndola totalmente dormida.

No pude evitar sonreír con dulzura.

Natasha estaba cual Bella Durmiente, boca arriba y con ese maravilloso y sedoso cabello esparcido por la almohada. Me acerqué sigiloso y la cama se hundió cuando me senté en su borde. Con las yemas de mis dedos rocé su mejilla, acaricié su carita y me paré en sus labios. Me quedé un buen rato con mis dedos ahí parados, pensando en si besarla o no.

Sus labios eran tentadores.

Me mordí el labio inferior y poco a poco fue bajando mi rostro hasta rozar mis labios con los suyos. Fue un simple roce, una leve caricia.

Natasha se removió.

Me relamí los labios y la zarandeé levemente para despertarla, sabiendo que ese beso se tendría que quedar para mí como el mayor secreto jamás guardado.

—Natasha... —susurré tiernamente—. Natasha, cielo, vamos a cenar.

Ella se volvió a remover y abrió los ojos poco a poco. Suspiró aún adormilada y se levantó despacio. Se sentó a mi lado y bostezó. No pude evitar reír ante su cara.

—Vaya cara que llevas —reí entre dientes.

Natasha me miró mal.

—Cállate, que no eres el más indicado para hablar —murmuró.

—Perdone usted, señorita, pero me he pasado los últimos cinco días sin dormir buscándola hasta debajo de las piedras —le dije, torciendo el gesto.

Natasha sonrió cabizbaja.

—Gracias —me agradeció.

Me acerqué a ella y pasé un brazo por sus hombros, la acerqué a mi cuerpo y apoyó su cabeza en mi hombro. Cerró los ojos, disfrutando del contacto.

—No tienes que dárme las —le acaricié el brazo con cariño, su vello se erizó—. ¿Vamos a cenar? Me muero de hambre.

Natasha asintió y se levantó de la cama.

Ambos fuimos al comedor del hotel y comimos lo que no estaba escrito. Hablamos un poco de cosas triviales, sin tocar el tema del secuestro o alguno delicado para Márkov y Daana.

Esa noche, después de haber cenado y de que cada uno nos fuéramos a nuestra habitación, Natasha me pidió una camiseta. Se metió al baño y salió con solo mi camiseta puesta. Tenía la cabeza gacha, seguramente avergonzada. Delante de ella, sin pudor, me quité la camiseta y el pantalón, quedándome en ropa interior. Me metí en cama y palmeé el lado vacío. Sonrió sin enseñar los dientes y se acostó a mi lado. Entonces, la agarré y la acerqué a mi pecho. Lo que más necesitaba ahora era sentirla cerca de mí, protegerla y velar sus sueños. Darle calor y cariño.

Intentar ganarme esa confianza que había perdido de nuevo porque sabía, a pesar de lo que ella dijera, que sentía por mí lo mismo que yo por ella.

Notaba cómo su corazón latía con rapidez; sonreí sin enseñar los dientes.

—Natasha... ¿te han crecido las tetas? —le pregunté, bromeando.

Me dio un golpe en el pecho y no pude evitar reír.

—Cállate, idiota —farfulló entre dientes—. Si me han crecido o no es mi problema.

—Vale, vale. Era solo para relajar el ambiente.

—Quizá si no tuvieras a tu amiguito pegado a mí... —comentó, removiéndose.

—¿Y qué quieres que haga? —le pregunté entre susurros, con la habitación a oscuras—. ¿Lo corto?

—La que te va a cortar la polla voy a ser yo como no te calles —dijo.

La abracé más a mi pecho, que resonó con una risa ronca.

—Está bien —le besé la coronilla—, descansa.

Dejé descansar mi cabeza en la almohada, aspirando su perfume natural. Cerré los ojos y me dejé caer en brazos de Morfeo.



Me desperté sintiendo un cálido y pequeño cuerpo a mi lado, con nuestras piernas entrelazadas y su cabeza en mi pecho. Abrí los ojos poco a poco y, entonces, la vi durmiendo plácidamente. Su pelo caía por mi pecho, sonreí sin enseñar los dientes y comencé a acariciar esas sedosas hebras de color platino.

Se removió y acabó fijándose en mis ojos azules cual mar Caribe. Siquiera habló, solo se concentró en mi mirada. Rocé su mejilla con las yemas de mis dedos, acariciando cada parte de su rostro.

—Buenos días —le dije, aún un poco adormilado.

—Buen... —Natasha tuvo una arcada y tuvo que salir corriendo al baño.

Enseguida me levanté y entré al baño de la habitación, la vi en el suelo de rodillas y vomitando. Me acerqué a ella y le agarré el pelo, puse una mano en su espalda y comencé a calmarla mientras tiraba toda la cena de anoche.

Cuando dejó de vomitar, se sentó en el suelo y se apoyó en mí.

—¿Estás bien? —le pregunté, ayudándola a levantarse.

Ella asintió.

—Sí, creo que he pillado una indigestión o algo —dijo.

—Ayer comiste muchísimo, ¿quieres que vayamos al médico? —le pregunté, preocupado.

Lo último que quería era que se pusiera enferma.

—No —dijo apresuradamente—, quiero ir a casa y dormir por un día entero.

Natasha sacó su cepillo de dientes, souvenir del hotel, y se lavó los dientes.

Me apoyé en la puerta, mirándola con los brazos cruzados sobre mi pecho. Me miró por el espejo, pero siguió a lo suyo. Se lavó la boca y se dirigió a abrir la mampara de la ducha. Me miró por encima de su hombro con una ceja alzada.

—¿Vas a quedarte ahí? —preguntó—. Voy a darme una ducha...

—Lo sé —asentí.

—¡Lárgate! —me gritó, tirándome mi toalla.

Reí y la dejé a solas en el baño.

Desbloqueé el móvil y vi que mi hermano me había mandado un mensaje. Nos esperaban en media hora en el restaurante del hotel para desayunar e irnos a casa.

Natasha salió del baño envuelta en su toalla y me mandó, literalmente a patadas, a la ducha porque decía que tenía mucha hambre. Fui a darme una ducha y me vestí en el baño. Cuando salí, ella ya estaba preparada.

Natasha y yo bajamos al restaurante del hotel en silencio. Nos reunimos con todos y desayunamos, de nuevo me sorprendí de todo lo que comió Natasha. Pero lo asocié a estos días en los que no había comido casi nada.

A las diez en punto salimos del hotel con los nuevos coches rumbo a Nashville. Nos esperaban casi cuatro horas de viaje por carretera.

Natasha y Daniil vinieron conmigo mientras que Daana y Márkov fueron con Aleksey.

Empezamos el viaje y Natasha no paraba de dormir y comer. Sin embargo, cuando estábamos en la setenta y seis de Dalton, una carretera que pasaba por el Heritage Point Regional Park, vi por el retrovisor como varios coches se acercaban a nosotros de una forma cautelar.

—¡Daniil! —exclamé, viendo como el coche provocaba que otro ajeno a nosotros tuviera un accidente—. ¡Mierda! ¡Son ellos!

Natasha se levantó y miró por el cristal de atrás, horrorizándose cuando vio el coche.

—¡Es él! —lloriqueó, encogiéndose en el asiento.

Daniil sacó de debajo del asiento dos armas y empezó a disparar por la ventanilla al coche que nos perseguía. Mi hermano Aleksey se dio cuenta de ello e hizo lo mismo. Los estragos en la carretera comenzaban a llamar la atención de una forma peligrosa. Tuvimos que tomar el desvío hacia del Heritage Point Regional Park.

—Hijo de puta —murmuró Daniil, disparando.

—Natasha, cúbrete la cabeza —le dije.

Ella hizo lo que le dije. El coche se acercó a nosotros y nos desvió, provocando que chocáramos con un árbol del parque. Aleksey fue el primero en bajar de su coche y comenzar a disparar a Sergey, quien se encontraba detrás de la puerta de su coche.

Ante el golpe me quedé algo noqueado, solo por unos segundos en los que reaccioné y miré hacia atrás para asegurarme de que Natasha estuviera bien.

—¿Te encuentras bien? —le pregunté con preocupación.

Ella abrió los ojos y asintió.

El golpe no había sido tan fuerte como creía.

Daniil me pasó el arma y abrimos la puerta, tiroteando a esos hijos de puta que venían a por nosotros.

Mi objetivo era claro, quería a Sergey con una bala atravesándole la cabeza.

Muerto.

Desangrándose.

Agonizando.

Quería que sufriera lo que él había provocado en otras personas.

Disparé y le di a uno de sus hombres, dejándolo herido en el suelo. Aleksey consiguió dispararle a otro en el pecho, matándolo en el acto. Le abrí la puerta a Natasha, pues el coche comenzaba a soltar humor y temía que pudiera explotar. Con cautela, la llevé hasta el coche de Aleksey e hice que me pusiera a salvo con Daana mientras nosotros encontrábamos la forma de salir de allí con vida.

Era complicado, otro coche llegó y tuvimos que acabar con ellos mientras que Sergey nos disparaba.

Pero tuve la oportunidad de herirle en el brazo cuando se le acabaron las balas. Supe que esa era mi oportunidad.

—¿Aún estás protegiendo a la puta esa? —Apreté la mandíbula, yendo detrás de un árbol cercano; Sergey aún creía que estaba detrás de la puerta del coche—. Dime, querido primo, ¿cómo te sentó saber que me la tiré? —rio cínicamente, disparando de nuevo a la puerta del coche.

Fallo número uno: perder de vista al objetivo.

Aleksey le disparó desde el coche, como si fuera yo.

—Que ganas tengo de volver a cogerla y escucharla llorar mientras pide ayuda —rio de nuevo.

Daniil y Aleksey volvieron a dispararle mientras yo avanzaba despacio. Me puse justamente detrás de él y lo apunté con la pistola.

—Dime, Edik, ¿cómo te sentará que me la folle mientras tú lo ves? —preguntó, disparando al coche de mi hermano.

Cargué el arma y fue cuando miró hacia atrás.

—Vete al infierno, hijo de puta. —Y disparé.

El cuerpo de Sergey cayó al suelo, ensangrentándolo todo a su alrededor. La bala le había entrado justo entre sus cejas. Tragué saliva y tiré la pistola al suelo, me quedé ahí, mirando su cuerpo inerte en el suelo.

La venganza no sabía a nada.

Quizás a tranquilidad, pero no era agradable matar a alguien.

Aleksey me agarró del brazo y me llevó hacia uno de los coches que había dejado la gente de Sergey cuando lo habían visto caer muerto.

Nos subimos los seis en un solo coche, conduciendo Aleksey. Natasha estaba a mi lado aún sorprendida, y blanca como la leche, por lo que acababa de hacer.

La verdad era que ni yo me lo creía.

Aleksey se alejó de aquello, llamando a su contacto de la policía para que diera parte de un tiroteo entre bandas para que no se nos acusara de nada.

Dejé que mi cabeza descansara en el respaldo y sentí como Natasha se apoyaba en mi hombro.

Cerré los ojos y mi mente me atormentó con esos momentos de mi infancia donde nuestro abuelo nos hacía presenciar asesinatos, entre otras cosas.

Ahora, yo era como ellos.



# Bella

Elizabeth y yo nos encontrábamos pegadas al ventanal que daba directo a la calle. Alexandra nos trajo unos té para relajarnos, y es que hacía una hora que habíamos tenido noticias de los chicos.

Todo había acabado.

El último del clan había muerto y, con ello, miles de personas habían quedado en libertad. La policía llamó a Vladimir y le contó sobre la muerte de Sergey; categóricamente, todo el patrimonio había quedado en manos de nuestra no tan común familia.

Junior se encontraba viendo la televisión, ajeno a todo lo ocurrido, mientras Emma estudiaba para su examen de matemáticas. Toqué mi barriga, ya abultada, y bebí del té.

—¿Crees que les ha podido pasar algo? —me preguntó Beth, mordiéndose el labio inferior.

Negué.

—Yo sé que no —dije, segura de mí misma.

Nadie se podía imaginar cómo me sentía cuando Aleksey se iba para ayudar a sus hermanos. Había veces que lo odiaba por ello, pero era su familia y sabía que nada iba a amedrentarlo.

Los recuerdos de cuando lo conocí volvieron a mi mente en ráfagas de imágenes.

Aleksey era un hombre atractivo, alto y fornido. No llevaba ni un solo tatuaje en su cuerpo, todo lo contrario, a sus hermanos. Me conquistó poco a poco, pero todo se torció cuando su abuelo hizo presencia en nuestras vidas. Fue la primera vez que lo vi apretar el gatillo, la primera vez que vi que no titubeaba al disparar a sangre fría a una persona.

A él no lo venías venir, pues parecía un chico extremadamente manso.

Y esa frase... ¡Dios mío! Aún recuerdo esa sonrisa y ese gesto torcido cuando me dijo esa frase.

El vello aún se me seguía poniendo de gallina.

—¡Ahí están! —gritó Elizabeth, dejando el té en la mesa y saliendo a la calle.

Parpadeé varias veces y la seguí todo lo rápido que pude. Efectivamente, habían vuelto sanos y salvos. Cuando lo vi no pude evitar correr a sus brazos y abrazarle. Aleksey me besó de una forma tierna que derretiría hasta los mismos polos. Nos miramos por unos segundos y sonreímos.

—Se acabó —me susurró.

Asentí complacida.

Después de muchos años, por fin podríamos vivir tranquilos, pues cuando acababas con el cabecilla del clan, todo terminaba.

De reojo vi como Elizabeth abrazaba a Daniil y cómo Edik y Natasha bajaban cabizbajos.

Debía hablar con esa chica.

Me separé de mi marido cuando Junior y Emma salieron en su busca. Era increíble ver cómo un chico, ese que conocí, tuvo el valor de encargarse de una niña pequeña como lo era Emma.

Al principio, cuando la conoció, le costó asimilarlo, pero después hizo de padre para ella. ¡No! En realidad, él era su padre. Toda la familia nos acogió con los brazos abiertos, y eso fue algo maravilloso después de todo lo ocurrido con la mía...

Todos fuimos dentro, Alexandra lloró cuando los vio juntos, sanos y salvos. Ella también se alegraba de que todo hubiera acabado; sin duda, Vladimir y Alexandra fueron los que peor lo

pasaron.

Ellos sí que son verdaderos supervivientes.

Hicieron todo lo posible para que sus hijos tuvieran una vida normal, o todo lo normal posible siendo un Vólkov.

Daana y Márkov recibieron un cheque por parte de Vladimir, un cheque que hizo que ambos abrieran los ojos impresionados. Por lo poco que sabía, se iban a ir a España para comenzar una nueva vida juntos.

Los hombres de la casa junto a Alexandra decidieron tener una reunión íntima en el salón. Las tres respetamos su intimidad y nos fuimos a la que era mi habitación, que en realidad era la antigua de Aleksey.

Hice que Natasha se sentara en la cama y cerré la puerta, asegurándome de que Emma y Junior estuvieran en el cuarto de juegos vigilados.

—¿Le has dicho a Edik que va a ser padre? —le pregunté sin andarme con rodeos.

Natasha suspiró

—Aún no se lo he dicho —dijo, dejándose caer en la cama.

—Pero ¿quieres decírselo? —preguntó Beth.

Natasha se encogió de hombros.

—Me encantaría, pero aún tengo mis dudas —comentó.

—Sabes que esa noche lo drogaron... —no me dejó acabar la frase.

—¿Y si eso es mentira? Chicas, os quiero, pero me estáis metiendo demasiada presión. Lo único que he estado escuchando todo el tiempo es lo que debería hacer, pero nunca os habéis parado a pensar en lo que yo necesito —soltó de una.

Elizabeth y yo nos miramos apenadas.

Tenía razón.

—Lo siento —me disculpé y me senté a su lado, agarrando una de sus manos—. ¿Qué es lo que tú necesitas?

—Tiempo —dijo, mirándonos—. Necesito volver a confiar en él, han pasado muchas cosas en poco tiempo y necesito asimilarlo. No quiero alejarme de él, le amo. Pero tengo miedo.

—Lo comprendemos —habló Beth—. Tú eres la madre, si tú has decidido darte un tiempo para volver a confiar en él, te apoyaremos.

Natasha sonrió débilmente.

—Muchísimas gracias, chicas —se levantó de la cama—. Tengo que ir al médico —se tocó la barriguita—. Necesito saber que mi bebé está bien, ¿me acompañáis? Y también necesito algo que me excuse ante el trabajo. He desaparecido cinco días...

—No te preocupes por eso —me levanté y le sonreí—. Vayamos al médico y luego buscaremos una solución para lo del trabajo. Por cierto, tus padres estaban preocupados.

Natasha me miró horrorizada.

—¿Saben ellos que...? —asentí. No habíamos podido mentirles, era injusto. Su padre empezó a echarle maldiciones a Edik, pero se alegró al saber que ese capullo roba-hijas había rescatado a su niña y a su nieto (o nieta)—. Me van a matar.

Elizabeth se echó a reír.

—No creas —torció el gesto—. Cuando le dijimos a tu padre que Edik iba a rescatarte nos dijo...

—¿Qué os dijo? —preguntó ella preocupada.

Me aclaré la voz e intenté ponerla como la de un hombre.

—Espero que el gran hijo de puta ese salve a mi niña, si no, lo mataré yo mismo —dije,

haciéndolas reír.

—Muy de mi padre —comentó Natasha—. Chicas, vamos al médico antes de que sea más tarde.

—Está bien, conduzco yo —dijo Beth, sacando las llaves de su coche.

Ella fue delante. Agarré el brazo de Natasha y la acerqué a mí. Le hablé por lo bajo para que nadie más que nosotras nos enteráramos.

—Me alegra que le des una oportunidad a Edik, pero, en serio, hazme el favor de alejar al imbécil de Charles, porque si no, lo mato yo misma —me chirriaron los dientes—. Es que no lo aguanto.

Natasha me sonrió y asintió.

Las tres nos subimos al coche de Beth y nos fuimos rumbo al médico con la excusa de que íbamos a llevar a Natasha a casa de sus padres.

Sabía que ahora le tocaba pasar por lo más duro, volver a confiar en Edik. Pero, como una vez me dijo Alexandra, una vez que un Vólkov pone el ojo en ti, es para toda la vida.

## Capítulo 31

Como bien dijo *Ethan Hawke*: somos el resultado de la suma de todos los momentos de nuestra vida.

¿Qué os puedo decir de la mía?

Habían pasado varios días desde que todo había ocurrido y me encontraba mejor que nunca. No había dormido tan bien en años.

Desde que llegué del médico me encuentro muchísimo más aliviada. Saber que todo había acabado me tranquilizaba. Me toqué la barriguita mientras miraba por la ventana de mi habitación. Ahora mi bebé y yo estaremos a salvo y todo gracias a su padre. Mi bebé no había sufrido después de todo lo ocurrido, estaba perfecto. Así nos lo hizo saber el doctor que me hizo un chequeo de urgencia.

Por desgracia, aún no me había decidido en si decírselo a Edik o no. Es posible que algunas personas no me comprendieran, pero estaba presa del miedo. No quería llevarme más chascos, y menos ahora que había una vida en juego.

Charles, en cuanto me vio en el colegio, me hizo preguntas a mansalva. Le inquirí en que solo había pillado un virus y presenté el justificante falsificado que me hizo llegar Edik. Mi madre había llamado sabiamente al colegio dando parte de ello, aconsejada por los Vólkov.

Me encontraba esperando a Edik pues me había llamado para salir un rato. Cuando recibí su llamada no pude evitar emocionarme. Planché mi jersey ancho y largo, de un material suave que me llegaba hasta casi las rodillas. Me había puesto unas mallas negras y unas botas de tacón cuadrado y bajo. La doctora que llevaba mi embarazo me había recomendado ir cómoda, pues parecía que el bebé iba a ser algo grande y, cuanto más cómoda, mejor.

Estaba en la semana doce de mi embarazo y, al mirarme al espejo, ya comenzaba a ver cómo mi barriga se iba abultando. Suspiré; los únicos que sabían esto eran mis padres, Elizabeth y Bella. No podía dejar que nadie más se enterara de momento.

Alguien traqueteó la puerta.

—Hija —mamá entró a mi habitación—, Edik está abajo esperándote.

Giré sobre mis talones y le sonreí.

—Gracias, mamá, bajaré en un momento —me dirigí a mi cama y agarré el bolso—. Dile a papá que no lo mate, por favor. Y de lo mío ni una palabra.

—Está bien, cielo.

Mamá salió de mi habitación y bajó por las escaleras, dejándome sola.

Volví a mirarme en el espejo de mi habitación y sonreí. Agarré mi abrigo y me lo puse. Comencé a bajar las escaleras escuchando como mi padre hablaba, más bien amenazaba, a Edik.

—Escúchame, niñato, no quiero ni una tontería más. ¿Te queda claro? —lo señaló con un dedo, mi padre parecía intimidante de esa forma.

—Está bien, señor —dijo Edik, intentando no reírse.

—Y quiero aquí a mi hija antes de las doce de la noche —bramó.

—¿Cómo? —pregunté yo, bajando los últimos dos escalones de las escalera. Miré a mi padre con los brazos en mis caderas—. Papá, ya no soy una niña como para que me pongas hora.

—Déjalo, Natasha. —Edik rio entre dientes y se dirigió a mi padre—. La traeré antes de las

doce.

Edik pasó un brazo por mis hombros y me llevó hasta su coche. Me abrió la puerta cual caballero y me monté; esperé a qué él hiciera lo mismo.

—¿Estás intentado ganar puntos con mi padre? —le pregunté curiosa.

—Pues sí —rio él metiendo la llave en el contacto del coche. Arrancó—. Sé que no le caigo bien, pero tengo que intentar ganármelo.

—Bueno —me encogí de hombros antes de ponerme el cinturón—, ¿dónde vamos?

—Había penado —comenzó a conducir— que podríamos ir al cine y a cenar, ¿qué te parece?

—Planazo —exclamé contenta. Lo escuché reír entre dientes y no pude evitar mirarlo de soslayo—. ¿Tú cómo estás?

Suspiró.

—Estoy hecho una mierda, pequeña —su cara se tornó triste.

—No tendrías que sentirte así...

—Sí que debo, Natasha —exclamó—. Pensé que matando a Sergey me sentiría bien, pero no es así. Soy igual que ellos. La venganza no es dulce, es una puta mierda.

Lo miré escéptica.

—Tú no eres como ellos, Edik —le dije—. Lo hiciste para protegern... —me callé— para protegerme, has acabado con el pesar de tu familia. Ahora todo se acabó, podremos vivir en paz de una vez después de tantos años.

Edik apoyó un brazo en la ventanilla mientras que con la otra dirigía el coche.

—Espero algún día poder perdonarme lo que he hecho, Sergey ha sido mi primera víctima —murmuró—. Lo único que me mantiene es saber que nunca más te volverá a hacer nada.

—¿Te arrepientes? —le pregunté, mirándolo.

—¿De matarlo? No —negó con la cabeza múltiples veces—. Mira, ahí está el cine —me dijo, aparcando.

Me quité el cinturón y bajé seguida de él.

Hacía frío.

Temblé al sentir el cambio de temperatura, pero, pronto, Edik vino a mi lado y pasó su brazo por mis hombros, atrayéndome a su cuerpo. Entramos a ver una película, sin embargo, fue Edik quien lo pagó todo, incluyendo un bote de palomitas gigante y dos refrescos. Fuimos a la sala y nos sentamos en la última fila. Edik se sentó a mi lado y dejó las palomitas en el asiento de su lado libre, girándose para verme.

—¿Qué? —le pregunté al verlo embobado y con una sonrisilla tonta en los labios.

—Eres preciosa —dijo, haciéndome sonrojar.

—Anda, calla —reí algo avergonzada.

—¿Sabes que no me has dado ni un besito? —me preguntó, acercándose a mí.

La sala se llenaba poco a poco de gente, a excepción de las últimas filas de arriba.

—¿Por qué tendría que darte un beso? —reí con algo de picardía.

—¿Ni uno aquí? —se señaló la mejilla.

Torcí el gesto divertida y negué.

—No.

—¿Por favor? —me rogó, sonriendo como un niño.

Reí y acabé asintiendo.

—Pero en la mejilla —me mordí el labio inferior.

Edik asintió y puso su mejilla. Poco a poco, fui acercándome y, cuando me disponía a besarle la mejilla, Edik giró el rostro y consiguió que nuestros labios se rozaran. Me separé, sorprendida

por aquel ligero contacto, pero Edik se encargó de agarrarme de la nuca y de hacer ese momento sumamente romántico.

Volvió a juntar nuestros labios en un candente beso húmedo. Dejé de respirar en aquel mismo momento, estaba en las nubes. Su lengua se coló de improviso en mi boca, jugando con la mía. Edik me mordió el labio inferior y me hizo jadear. Se separó de mí cuando las luces comenzaron a apagarse. Sonrió pícaro y me guiñó un ojo, dejándome con la respiración agitada.

Me acomodé en el sillón del cine y rocé mis labios con mis dedos, aún me ardían por su beso. Me los relamí y bebí de mi refresco.

Conseguí concentrarme en la película, cogiendo palomitas de vez en cuando. La sala no tenía demasiada gente, a decir verdad, pero bueno, hacía un frío que pelaba y la gente no quería salir a la calle.

Sin embargo, de repente, la piel se me puso de gallina al sentir cómo Edik ponía su mano en mi muslo. Lo miré de soslayo y vi como sonreía mientras veía la película. El muy maldito sabía cómo ponerme nerviosa. Intenté apartársela, pero lo único que conseguí fue que la subiera más.

—¿Qué haces? —le pregunté entre susurros, intentando que nadie me escuchara.

Edik se acercó a mi oído y rio roncamente.

—Tú solo relájate —susurró, mordiendo el lóbulo de mi oreja.

—Edik, ni se te ocurra —dije por lo bajo, sintiendo como comenzaba a meter la mano por mi malla—. Nos podrían ver...

Chistó por lo bajo, rozando mi parte íntima, ya húmeda.

Me sobresalté al sentir como Edik rozaba con sus dedos mi botón íntimo. Me mordí el labio inferior para evitar gemir.

¿Cuánto tiempo llevaría sin sentirlo?

Demasiado tiempo.

Y lo peor era que tenía las hormonas por las nubes, me era imposible negarme.

Edik dejó con su mano libre las palomitas en el asiento de al lado, que estaba libre, agarró su abrigo y nos lo puso por encima. Se aseguró de que las pocas personas que estaban allí no nos vieran.

Se acercó a mí, levantando el apoyabrazos para poder pasar un brazo por mis hombros. Apoyé mi cabeza en su hombro y cerré los ojos ante aquel movimiento de dedos tan placentero.

Mi mano rozó su miembro, erecto y encarcelado en su pantalón.

Respiré con dificultad, lo miré con las pupilas dilatadas por el placer. Edik me besó fervientemente, uno de sus dedos se introdujo en mi sexo. De una forma torpe, desabroché los botones de su pantalón, bajé la cremallera y acaricié su miembro por encima del bóxer. Edik aumentó el ritmo de sus caricias.

Era excitante estar en un cine y estar haciendo ese tipo de cosas.

Me sentía, de alguna forma, sobreexcitada.

Levanté mis caderas cuando sentí que ese ansiado orgasmo me invadía, Edik tuvo que callarme con un beso para que nadie me escuchara.

Respiraba agitadamente.

Me quité la chaqueta que nos cubría y me arreglé un poco, Edik se abrochó el pantalón y me miró con los ojos radiantes de antelación.

Se acercó de nuevo a mi oído y me susurró: —Vámonos a casa, voy a darte la mejor noche de tu vida.

Mordió el lóbulo de mi oreja e inmediatamente me encendió.

—A casa —dije, mirándolo intensamente.

Edik agarró mi mano y me sacó del cine a paso acelerado.  
Quizá esto no fuera correcto.  
Quizá esto fuera demasiado rápido.  
Pero era lo que deseaba.  
Solo quería estar con Edik.

## Capítulo 32

Edik condujo por las calles de Nashville aún con su mano en mi muslo, solo la quitaba cuando debía cambiar de marcha. El ambiente estaba cargado de erotismo puro y duro. Me relamí los labios, secos, cuando vi a lo lejos su edificio.

Edik entró al aparcamiento y apagó el motor del coche.

Parecía una cría en su primera vez, estaba nerviosa.

Nos bajamos del coche y anduvimos, yo por delante de él, hasta el ascensor. Miraba mis pies mientras caminaba, agarrada del bolso como si fuera un salvavidas. No sabía por qué me sentía así, pero cada vez que miraba de soslayo sobre mi hombro y lo veía con sus pupilas dilatadas y brillantes de excitación, el corazón se me agitaba y volvía a mi estado de chica vergonzosa de quince años.

Volvía a revivir a esa Natasha adolescente que se avergonzaba nada más hablar.

Cuando llegamos al ascensor, toqué el botón para que bajara y, de repente, sentí como me agarraba de la cintura y me giraba, provocando que mi espalda chocara levemente contra la pared.

Sus labios se apoderaron de los míos bruscamente. Escuchaba de fondo nuestros acelerados corazones latir en nuestros pechos juntos, pues Edik ya se había encargado de que no quedara ni un solo centímetro entre nuestros cuerpos. Mordió levemente mi labio inferior y no pude evitar soltar un suave gemido. Sus manos fueron de mi cintura a mis mejillas, hizo que el beso se intensificara.

El ascensor se abrió, Edik dejó mis labios, seguramente hinchados, y me agarró la mano para meterme dentro con él. Apretó el número de su piso y las puertas se cerraron.

Edik estaba frente a mí, apoyado en la pared del ascensor y mirándome con una sonrisilla de diablillo en los labios. Su mano volvió a agarrar la mía y me empujó levemente hacia su cuerpo. Choqué con él y dejé que se escondiera en mi hombro, aspirando el aroma de mi perfume. Jadeó y bajó su mano libre a mi trasero, apretándolo con cariño. Volvió a subir la mirada a mis ojos y dejó un suave beso en mi mejilla; reí entre dientes al sentir cosquillas a causa de su incipiente barba de dos días.

El ascensor volvió a abrirse en su piso. Había un vecino esperando a que bajáramos, su cara lo decía todo. Nos saludó por educación y se metió dentro del ascensor. Las puertas volvieron a cerrarse y Edik me llevó hasta su puerta, abrió y me dejó entrar a mí primero. Escuché como cerraba la puerta. Me abrazó por la espalda y caminó conmigo, dejando húmedos besos en mi cuello, hasta su habitación.

Al entrar me quedé parada mirando la cama. Tragué saliva duramente y apreté sus manos.

Edik se acercó a mi oído.

—Te juro que no sé qué pasó, Natasha —susurró en mi oído, claramente, con tristeza—. Me drogaron y...

Parpadeé varias veces y asentí, giré sobre mis talones y lo miré.

—Una oportunidad, Edik —le dije, pasando mis brazos por su cuello y alzándome de puntillas—. Solo una más.

Lo besé.

Edik bajó sus manos a mis caderas y me apretó a él para que no hubiera un centímetro de



nosotros que no se rozara.

Caminamos a ciegas hasta la cama, nuestras chaquetas quedaron en el suelo, al igual que los zapatos. Le quité la camiseta a Edik, separándome un momento de su boca. Paseé mis manos por su firme abdomen hasta parar en la cinturilla del pantalón. Edik me agarró de la barbilla y subió mi rostro hasta volver a besarme con pasión. Sus manos hicieron que mi jersey desapareciera por algún rincón de la habitación y me alegré, pues siquiera se fijó en mi barriguita, que poco a poco iba estando más abultada. Ahora, simplemente, parecía una barriguita algo hinchada, pero nada fuera de lo normal. Según el doctor se debía a que el bebé estaba colocado atrás, así que probablemente no tuviera tanta barriga como Bella, aunque nunca se sabía.

Tragué saliva cuando Edik comenzó a apretar mis pechos y gemí cuando sus manos expertas quitaron mi sostén y tomó un pezón entre dos de sus dedos.

Volvió a besarme, esta vez metiendo su lengua en mi boca sin permiso.

Comenzó a jugar conmigo, a darme besos húmedos que consiguieron excitarme más si es que era posible.

Mis manos bajaron hasta la cinturilla de su pantalón, desabroché los botones y bajé la cremallera. Al final, quedaron en el suelo entre el mar de ropa que íbamos dejando a nuestro paso. Edik hizo lo mismo conmigo, comenzó a bajar mis mallas hasta quedar perdidas por la habitación.

Me llevó hacia atrás hasta caer de espaldas en la cama.

Edik trepó por mi cuerpo hasta quedar completamente encima de mí, besó por un momento mis labios y fue bajando hasta llegar al valle de mis senos. Metió uno de mis pezones en su boca, lo chupó y mordió haciéndome jadear. Cerré los ojos, arqueando la espalda para hacer esa caricia mucho más intensa. Su risa resonó contra mi pecho. Su mano fue bajando hasta colarse dentro de mi ropa interior, lo escuché jadear abrumado cuando tocó mi sexo.

—Dios —lo escuché decir roncamente—, estás muy mojada.

Asentí, mordiéndome el labio inferior.

Edik dejó mi pecho y volvió a besarme, haciendo círculos en mi clítoris. Su mano libre, pues él estaba de lado y yo bocarriba, fue a parar a mi seno. Dos de sus dedos se colaron en mi interior, los movió de una forma experta mientras su pulgar seguía haciendo círculos en ese botón de placer.

Arqueé la espalda y dejé escapar un suspiro cuando sentí que dejaba mi zona íntima. Me sorprendí cuando lo vi descender por mi cuerpo, dejando un sendero de ligeros mordiscos hasta llegar a la gomilla de mi ropa interior. Fue quitándola poco a poco, tirándola al suelo.

Sonrió cual diablillo cuando paseó sus yemas por el interior de mi muslo. Junté las piernas un tanto avergonzada de verlo mirarme de esa forma tan sensual. Él, aun sonriéndome de esa forma tan tentadora, me abrió las piernas y bajó su cabeza poco a poco. Gemí cuando su lengua rozó mi sexo.

Me mordí el labio sintiendo cómo lamía, succionaba y mordía ligeramente mi clítoris. Y hubo un momento en el que perdí la noción de todo, del tiempo y el espacio. Solo sentí como ese tan ansiado orgasmo me recorría.

Edik volvió a trepar hasta llegar a mi rostro, me besó fervientemente e introdujo bruscamente su miembro en mí. Jadeé en sus labios al sentirlo dentro, duro y suave a la vez. Enrollé mis piernas alrededor de su cadera y dejé que me embistiera de nuevo, resguardando su cabeza en el hueco de mi cuello. Lo abracé, poniendo los ojos en blanco cuando volvió a introducirse en mí bruscamente.

Edik era esa mezcla adictiva de ternura y pasión desenfrenada que me volvía loca.

Me agarré de sus brazos cuando volvió a arremeter contra mi sexo húmedo, me escondí en su

hombro jadeando. Edik se mantenía apoyado en sus codos para no dejar todo el peso sobre mí. Tuve que agarrarme de las sábanas cuando comenzó a acelerar el ritmo. Inconscientemente, levantaba mi pelvis para que el contacto fuera aún más explosivo. Edik no podía parar de gemir y hubo un momento en que su voz me llevó a un nuevo orgasmo. Dejó mi cuello, su refugio, y fue hacia mi oído. Mordisqueó el lóbulo de mi oreja y me susurró, roncamente, en ella todo lo que deseaba hacerme.

Lo callé con mis besos, excitada a más no poder, perdiendo la cordura por llegar a la cúspide del placer.

—Más... —jadeé.

Edik hizo que lo mirara por unos segundos en los que sus embestidas fueron aún mayores.

—¿Así, pequeña? —me preguntó con la voz grave a causa del placer.

Cerré los ojos y eché la cabeza hacia atrás. Edik se levantó, atrayéndome con él, aún con nuestros sexos unidos. Se sentó con las piernas cruzadas e hizo que yo me sentara encima de él, con mi trasero en el hueco de entre sus piernas. Me agarré a sus hombros y dejé que el vaivén de nuestros cuerpos, ese baile tan sensual de nuestras lenguas y esos momentos donde las miradas eran eternas, surgieran solos.

Fui moviéndome junto a él, consiguiendo que acabara dentro de mí y yo sobre él en esa montaña rusa de sensaciones que hicieron que acabáramos exhaustos.

Me dejé caer en la cama y él a mí lado, ambos agitados y mirando al techo.

Edik me miró, sonriendo como un niño pequeño.

—¿De verdad vas a darme una oportunidad? —me preguntó, con la voz aún entrecortada.

Asentí.

—Sí —me acerqué a él y me acurruqué en su pecho—, la última, Edik, no la cagues —reí entre dientes.

—Te lo prometo —dijo, seguro de sí mismo—. ¿Quieres que nos demos una ducha y cenemos algo?

—Sí, por favor.

Edik se levantó y lo seguí hasta el baño. Nos metimos a la ducha juntos y dejamos que el agua cayera sobre nuestros cuerpos.

Cuando salimos, Edik me dejó ropa suya y nos fuimos rápidamente a la cocina para preparar algo de cena, que acabó siendo pasta. Sin embargo, tuve que coger el teléfono móvil, pues mi padre estaba llamándome. Me sorprendí al escucharlo, habían pasado quince minutos de las doce y estaba esperándome despierto, como cuando era una cría. Me regañó a más no poder y tuve que salir por patas hacia casa prometiéndole a Edik que quedaríamos otro día para hablar sobre la boda, y quizá me lanzara a contarle que estaba embarazada de una vez por todas.

## Capítulo 33

Salí de clase bastante cansada, a decir verdad. El embarazado comenzaba a hacer mella en mi organismo. Me había pasado todo el domingo corrigiendo exámenes y no había podido quedar con Edik, pero le había dado vueltas a la cabeza para ver cómo le decía que estaba embarazada. Quería hacerlo de una forma original antes de que el grandísimo despistado me preguntara por qué me estaba creciendo la barriga de una forma tan anormal. En el trabajo podía disimularla con camisetas algo anchas y era una suerte que aún nadie se hubiera fijado lo suficiente.

—¡Natasha!

Giré sobre mis talones antes de abrir el coche y vi como Charles venía hacia mí a paso acelerado.

Cuando llegó a mi lado me sonrió amablemente antes de agarrarme el violín y el maletín que llevaba en manos.

—¿Te apetece comer conmigo? —me preguntó.

Fruncí el ceño. Desde que había vuelto a la institución, Charles estaba más pegado que una lapa a mí, y me incomodaba muchísimo. Era verlo y ponerme de un mal humor... Se notaba a leguas que el bebé era de Edik, ni al pobrecito (o pobrecita) le gustaba la presencia de Charles.

—No creo que... —me interrumpió.

—Es para hablar sobre las evaluaciones de este trimestre —dijo rápidamente.

Por desgracia, la asignatura de Charles iba ligada a la mía y debíamos evaluar al alumnado juntos. ¡Matadme!

—Bueno, si es para eso, por supuesto. Te sigo con el coche —le dije, abriéndolo.

—Puedes venir en mi coche —dijo, encogiéndose de hombros.

—No, gracias —le sonreí lo mejor que pude —. Luego tengo cosas que hacer, te sigo.

Charles fue en busca de su coche luego de haberme dado mi maletín y lo seguí por las calles nubladas de Nashville (hacía bastante que el sol no salía) hasta un restaurante. Aparqué cerca de la puerta, en un aparcamiento público, y me bajé hasta llegar al restaurante donde me esperaba Charles. Con mi maletín en mano y siendo guiada por un camarero muy bien vestido, fuimos a una mesa un tanto privada ya reservada.

Ahí ya hubo algo que me olió mal.

Pedí muy atenta de todo lo que hacía Charles, pues se me hacía demasiado sospechoso que la mesa ya estuviera reservada, y lo conocía lo suficiente como para saber que algo me estaba ocultando.

Lo que más me carcomía era el haber estado con él casi cuatro años, perdiendo completamente el tiempo por estúpida.

—¿Cómo te encuentras después del resfriado? —me preguntó, antes de beber de su copa de vino.

Lo imité, salvo que yo estaba bebiendo agua.

—Muy bien, la verdad —mentí, sonriendo.

—Quería hablar contigo de varias cosas... —murmuró, desviando la mirada de mis ojos.

—Claro —me apoyé en el respaldo de la silla—, dime.

Lo escuché respirar, tomar aire y tirarlo varias veces. Fruncí el ceño levemente cuando fue a

hablar.

—Quiero que volvamos a estar juntos —dijo rápidamente.

—¿Perdón? —le pregunté confundida—. Charles, de verdad que...

—Escúchame —demandó—, quiero que volvamos a estar juntos porque hacíamos una pareja excepcional.

Reí incrédulamente.

—Charles, me halagas, pero no es posible.

—¿Por qué? —cuestionó enfadado—. Tú no estás con nadie y yo te amo. ¿Qué problema hay?

Me acerqué hasta él por encima de la mesa y le hice una señal con el dedo para que se acercara a mí.

—Hay tres razones —susurré—: no te amo, estoy con Edik y estoy embarazada de él.

Mi confesión hizo que abriera los ojos como platos, casi horrorizado.

—No es posible que tú...

—¡Oh sí! —reí, tocándome la tripita—. De casi tres meses.

Charles comenzó a hilar hilos y lo vi enloquecer. Dio un golpe en la mesa que hizo que las copas se cayeran y que la gente nos mirara.

—¿Cómo has podido hacerme esto?! —gritó en mi dirección. Lo miré con el ceño fruncido. ¿Estaba él gritándome a mí? —. ¡Después de todo lo que he hecho por ti! ¡Después de arrastrarme como un imbécil me dices que estás embarazada de ese hijo de...!

—¡No te pases! —me levanté y lo señalé—. No con el padre de mi hijo, ¿te queda claro?

Para ese momento me importaba bien poco el espectáculo que estábamos montando.

—¿Te atreves a decirme eso? —exclamó ofendido y fuera de sus cabales—. ¡Es que esto es la hostia! ¡He hecho todo lo posible para estar contigo! ¡Lo drogué por ti, Natasha! He hecho cosas muy feas para poder estar contigo ¿y me lo pagas así?

De repente, cuando comprendió lo que había dicho, se calló. Sin embargo, ya era muy tarde. Lo había entendido todo, lo había escuchado.

—¿Cómo? —le pregunté cada vez más enfadada—. ¡Drogaste a Edik para que se alejara de mí?! —le grité.

—¡Sí! —exclamó—. Lo drogué, Natasha, lo drogué —dijo desquiciado—. Un tío me dio la solución y lo hice...

—¿Cómo se llamaba ese tío? —le exigí saber.

—¿A ti qué te importa?

—¡Mucho! —un camarero se acercó para intentar calmarnos, pero me era imposible—. ¿Cómo se llamaba?!

—Sergey —respondió—. Pensé que eso haría que te alejaras de él.

Y fue cuando lo hilé todo.

Edik fue drogado de verdad, todo fue un plan macabro de Sergey para acabar con nosotros.

Los ojos se me comenzaron a aguar, agarré mi maletín y le di con él.

—¡No tienes ni puta idea de lo que eso conllevó, hijo de puta! —grité—. ¡No tienes ni idea! —pasé por el lado del camarero rumbo a la salida cuando Charles me agarró del brazo. Me giré y le di un bofetón que hizo que más de una persona soltara una exclamación de sorpresa—. No te vuelvas a acercar a mí en tu puta vida.

Salí del restaurante y me subí al coche. Metí la llave en el contacto, me limpié las lágrimas con el dorso de la mano y comencé a conducir camino del centro comercial más cercano que había.

Me planté en el Starbucks más cercano y me pedí un batido de fruta y un *muffin* de chocolate.

Estuve un buen rato deambulando por las tiendas y jugando a los topos, me desestresaba pegarles con el mazo, aunque pareciera una maldita loca.

Lo que necesitaba ahora era encontrar una forma de pedirle disculpas a Edik, él no me había mentido. Había sido el cabrón de... Simplemente pensar su nombre ya me hacía tener arcadas.

Decidí entrar a varias tiendas para comprar algo de comida para así hacerle una cena romántica de disculpa en su casa. Sin embargo, pasé por una tiendecita de bebés y se me ocurrió la forma perfecta de decirle que iba a ser padre.

Llegué a su casa sabiendo que estaba trabajando y que no llegaría hasta pasadas las siete de la tarde. Llamé a mamá para decirle que por fin me había decidido a decírselo, se alegró, pero me advirtió de que papá hablaría con él seriamente. Subí la compra por el ascensor y abrí la puerta de su casa con la llave que, de nuevo, me había dado días atrás. Así era Edik. Comencé a hacer la cena, antes habiéndome dado una ducha y poniéndome su ropa para estar más cómoda. Preparé la mesa diez minutos antes de que abriera la puerta.

—¿Natasha? —preguntó confundido al abrir la puerta de casa. Escuché como dejaba las llaves en la entrada y venía hacia mí— ¿Qué es eso que huele tan bien? —vi como olisqueaba el ambiente—. ¿Qué haces aquí, pequeña? —me preguntó, abrazándome por la espalda y dejando un beso en mi mejilla.

—Quería darte una sorpresa —le dije, llevando los platos a la mesa.

Volví a ir a la cocina y agarré su mano, atrayéndolo a la silla donde se sentó y yo encima de sus piernas.

—¿A qué viene todo esto? ¿Y ese regalo? —preguntó al ver la pequeña caja enfrente de él.

Me encogí de hombros algo avergonzada.

—He ido a comer con Charles, me dijo que era para hablar de las evaluaciones, pero era mentira. Era para que volviese con él —le expliqué. Edik me miró con el ceño fruncido—. Me confesó que fue él quien te drogó.

Edik abrió los ojos como platos y apretó la mandíbula.

—Hijo de puta...

—Todo lo maquinó Sergey —terminé de hablar. Edik respiró varias veces para relajarse—. Quería pedirte disculpas, cielo. No te creí y...

Me calló con un beso.

—No tienes que pedirme disculpas ni nada —me dijo—. Lo importante es que la verdad se sabe y que estamos juntos. Tú y yo, solitos.

Reí entre dientes.

—Eso es otra cosa que quería decirte —agarré el pequeño regalo y se lo di, levantándome de sus piernas—. Ábrelo.

Edik lo hizo despacio y cuando vio el chupete se quedó desconcertado.

—Pero ¿qué...? —murmuró, mirando el chupete de una forma extraña.

Me puse de lado y levanté mi camiseta, enseñándole la barriguita de casi tres meses que tenía. Edik se quedó blanco.

—Ahora no vamos a ser tú y yo solos —susurré, sonriendo.

Edik se levantó de la silla y se acercó a mí, tocó mi barriguita y abrió los ojos como platos.

—¿Es de verdad? —me preguntó como si se tratase de una broma.

Reí entre dientes.

—Estoy de casi tres meses, Edik.

Entonces fue cuando reaccionó.

Edik me abrazó fuertemente contra su cuerpo.

—No me lo puedo creer —exclamó impresionado—. Estás... Estás...

—Embarazada.

—¡Dios! —exclamó contento—. ¿Por qué no me lo habías dicho antes? —me preguntó, separándose de mí.

Desvié la mirada un tanto avergonzada.

—Porque me enteré después de... bueno, de que te drogaran y tenía miedo —le confesé.

Edik me sonrió con ternura y me besó.

—Eso ahora da igual. Ahora seremos tú, yo y nuestro hijo —dijo.

—O hija —reí yo.

## Capítulo 34

La cara que se le quedó a mi madre cuando le dije que me iba a vivir con Edik no sé si era de alivio, tristeza o de *por fin voy a poder estar con mi marido a solas sin que mi querida hija de casi veintiséis años me estorbe* (vosotros ya me entendéis). Sin embargo, mi padre fue muy duro con Edik. Charló con él a solas en el salón mientras que mamá y yo estábamos en la cocina poniendo la oreja para enterarnos de lo que decía.

Adoraba a mi padre, en serio.

Lo amenazó con que, si nos hacía daño al bebé o a mí lo mataba, algo demasiado tenue para ser mi padre. Le dio una charla de hombre a hombre, donde le comentó que tener un hijo no era una tontería.

Lo único que escuché que hizo que tanto mamá como yo os emocionáramos fue escuchar de Edik que nos cuidaría hasta el día de su muerte.

Cuando Edik y papá salieron, se dieron la mano y fuimos a mi habitación para hacer la maleta. Empaqué algunas cosas imprescindibles y metí ropa en la maleta. Me despedí de mamá y papá y me fui con Edik para ponerlo todo en su piso e instalarme.

Tengo que decir que Edik no me dejó hacer un solo esfuerzo.

Lo mejor de este mes que había pasado desde que me fui con él era ver cositas para el bebé y, claro estaba, la alegría de mis suegros al saber que iban a tener otro nieto. Ahora estábamos centrados en la boda de Elizabeth y Daniil, que sería en un mes. Edik y yo nos encontrábamos dando el último retoque al vídeo recuerdo que les estábamos haciendo.

—Está quedando precioso —le dije, besando su mejilla.

Edik palmeó mi muslo, pues estaba en sus piernas sentada, y besó mi mejilla.

—Espero que les guste —se rascó la nuca—. ¿Cómo te encuentras? —me preguntó, acariciando mi barriga, ya notable.

—Cansada, pero bien —reí entre dientes—. Hoy tenemos la ecografía, si todo va bien veremos el sexo del bebé.

A Edik se le iluminaron los ojos.

—¿Qué crees que será? —me preguntó.

—No lo sé —me encogí de hombros—. Me da igual que sea niño o niña, la verdad.

Dejé descansar la cabeza en su hombro y comencé a acariciarle el pelo de su nuca.

—Ahí tienes razón —rió entre dientes—. Siempre que venga bien, da igual el sexo.

Me levanté de sus piernas y caminé hacia la cocina, saqué un trozo de chocolate y me lo comí. Edik apagó el ordenador, se levantó y se estiró.

—¿A qué hora es la cita con el médico? —preguntó.

—Desesperado —reí—. A las seis de la tarde, ¿te han dado la tarde libre en el trabajo?

—Claro —resopló—, soy uno de los jefes —rió—. Me tomo la tarde si quiero.

Reí y fui hacia el baño. Me desnudé y me metí a la ducha seguida de Edik. Habíamos quedado en que, de momento, nos quedaríamos en el apartamento y que, más adelante, compraríamos una casa. Teníamos que comenzar a mirar las cosas para la habitación, pero lo bueno es que ya estaba pintada de un color neutro.

Salimos de casa rumbo al médico y por el camino Edik y yo no pudimos parar de hablar del

sexo del bebé. ¿Será niño o niña? ¿Cómo lo llamaremos? ¿A qué colegio irá? Lo único que teníamos en claro, tanto Edik como yo, era que sí o sí iba a ir a defensa personal, fuera niño o niña.

—Es importante que sepa defenderse —había dicho mientras aparcaba el coche.

—Coincido contigo en eso —me quité el cinturón y me abroché la chaquetilla que llevaba; estábamos a principios de marzo y la temperatura había subido bastante—, de las pocas veces que coincidimos en algo —reí, abriendo la puerta para bajarme del coche.

Edik me imitó y juntos entramos a la clínica, en seguida me atendieron. La doctora se extrañó al verlo allí, pues hasta el momento solo había visto a mamá y a las chicas. Hizo que me tumbara en la camilla luego de hacerme varias pruebas rutinarias. Apagó la luz y me levantó la camiseta. Edik, inmediatamente, se acercó a nosotras con una silla y se sentó, tomando mi mano con fuerza. Aún que no lo quisiera admitir, estaba nervioso por ver por primera vez a su hijo dentro de mi vientre.

Lo primero que hizo la doctora fue escuchar el latido, no pude evitar soltar una risilla por lo bajo cuando vi a Edik sonreír como un bobo. Le hizo una y mil preguntas a la doctora, a la que le faltó nada para mandarlo a la mierda por pesado.

—Ahora veremos el sexo del bebé —dijo la doctora, pasando el aparato de la ecografía por la barriga. De nuevo, Edik se quedó embobado mirando a la pantalla, agarrado de mi mano fuertemente—. Miren aquí —sonrió la doctora. Edik y yo desviamos la mirada hacia donde nos señalaba—, es un niño —dijo sonriente.

—¿Un niño? —preguntó Edik, sonriendo como un tonto. Me miró feliz, pletórico—. ¿Lo has visto? Es un niño —exclamó alegremente.

Asentí volviendo a mirar la pantalla.

—Y un niño muy grandecito —rio la doctora—. Señorita Dawson, ahora será cuando más le crezca la barriga. El niño se ha desplazado, dejando la parte de los lumbares.

—Vaya —fruncí los labios—, voy a ponerme más gordita.

—Seguirás estando preciosa. —Edik se levantó de la silla y dejó un beso en mi sien.

¿Se podía ser más zalamero? Yo creo que no.

El me ayudó a quitarme todo el potingue de la barriga y a levantarme de la camilla para volver a charlar con la doctora sobre una nueva dieta, pues cuando estás embarazada hay ciertas cosas que no puedes tomar. Edik se aseguró de tomar nota de todo, incluso de las vitaminas y de una nueva fecha para visitar a la doctora.

Salimos de la consulta y nos subimos al coche para ir al centro comercial de Nashville, el más grande de la ciudad. Edik estaba pletórico y emocionado porque nuestro bebé fuera un niño, y había tirado directamente hacia el centro para comprar todo lo que le hiciera falta, incluida la cuna. Volvimos a bajar del coche, pues aún faltaba bastante para que las tiendas cerraran, y fuimos directos a las tiendas de bebés.

Compramos ropa, pero sobre todo pañales y toallitas que sabíamos que sí o sí los íbamos a utilizar. También aproveché para comprarme algo de roa premamá y pedir el estilo de habitación de bebé que más nos había gustado, porque Edik se había empeñado en que fuera una habitación a medida.

Sin embargo, cuando nos encontrábamos en el Starbucks, ya que me había apetecido un batido de frutas, nos encontramos con alguien que llevaba varias semanas jodiéndome la vida.

Charles.

—Vaya —se cruzó de brazos cual imbécil y nos miró con burla—, si es la parejita del año...

Sus amiguitos rieron a sus espaldas y sentí un Déjà vu como cuando Logan nos torturaba a mí



y a Claire en el instituto.

Edik lo miró y se tensó.

—No molestes —le dijo, agarrando mi mano y comenzando a andar hacia el coche.

—Mira cómo huye... ¿seguro que no se la tiró mientras estaba contigo? —le preguntó a Charles uno de sus amigos.

—Posiblemente, es una guarra.

Paré en seco, me solté de la mano de Edik y giré sobre mis talones. Anduve hasta Charles con el ceño fruncido.

—¿Eres un maldito crío de instituto o qué? —le pregunté a la defensiva. Levanté mi mano y le di una bofetada—. Que sea la última vez que me dices eso, ¿te queda claro? Y tienes suerte de no soltar esas tonterías en el trabajo, reza para que no te escuche porque te juro que haré todo lo posible para que te despidan.

Lo amenacé.

Charles tocó la parte afectada de su rostro mientras que sus amigos se quedaban callados. No obstante, Edik llegó a nuestro lado apresuradamente dejando las bolsas en el suelo. La gente se quedó helada al ver aquello, incluido el de seguridad.

—¿Qué le has dicho a mi chica? —le preguntó, agarrándolo de la pechera amenazante.

El de seguridad se acercó e intentó calmar el ambiente.

—Por favor —los separó y se dirigió a Charles y a sus amigos—, dejen de molestar a la pareja o tendré que llevármelos.

Edik tensó la mandíbula, pero se separó de Charles sin dejar de mirarlo a los ojos. El guardia de seguridad se alejó sin perdernos de vista, Edik iba a darse la vuelta, pero se giró y le propinó un puñetazo a Charles en toda la cara, de esos que te rompen la nariz, cuando lo escuchó decir por lo bajo una palabra malsonante que iba dirigida hacia mí. Cayó al suelo, tapándose la parte afectada y sangrante. Me quedé estática en el sitio, sorprendida de su acto.

—Te lo advertí —Edik se agachó y lo miró con el gesto torcido—. Si vuelves a decirle algo a mi chica, te mato.

Era imposible que aquello me hubiera puesto los pelos de punta, literal.

Edik se levantó, volvió a agarrarme de la mano, cogió las bolsas con la otra y me llevó al coche en silencio.

Nos subimos y metió la llave en el contacto. Antes de arrancar, Edik me miró con una sonrisa en los labios.

—Mañana iré a tu trabajo a dar parte de esto, ¿te importa? No creo que quieran tener a semejante persona como profesor...

Me encogí de hombros.

—No sé si es por el embarazo o qué, pero me da exactamente igual lo que pase con él.

Edik se acercó a mí y besó mis labios, tocó mi barriguita con dulzura. Luego arrancó el coche y condujo hasta casa.

## Capítulo 35

Edik

Y el día de la boda llegó.

Me encontraba en la habitación donde Daniil se estaba vistiendo, de soslayo vi como mi hermano resoplaba debido a la corbata. Reí entre dientes y anduve hasta su lado para ponérsela bien. Nunca lo había visto tan nervioso, a decir verdad.

—Relájate, pareces un idiota —le dije a modo de broma.

—Es muy fácil decirlo... ¿Y si se arrepiente?

Rodé los ojos y acabé dándole una palmada en el hombro.

—Mira que eres idiota... —murmuré—. Elizabeth nunca lo dejaría todo, te ama demasiado.

Alguien traqueteó la puerta y esta se entreabrió, dejando paso a Aleksey y a nuestro padre.

—¿Aún no estás listo? —preguntó Aleksey, frunciendo el ceño—. ¿Vas a hacer que te espere la novia? —rio divertido.

—Cállate —respondió Daniil.

Papá se acercó a él y le dio una palmadita en la espalda, aunque todo el mundo sabía que nuestras palmaditas eran más bien golpes.

—Relájate, hombre —le dijo—. ¿Quieres una copa? —le preguntó, acercándose al minibar y sacando una pequeña botella de alcohol.

Daniil asintió con la cabeza y fue derecho al vaso que le cedía mi padre. Aleksey y yo hicimos lo mismo, nos pusimos unas copas y brindamos por los novios al estilo Vólkov.

Aleksey miró su teléfono y frunció el ceño para luego reír.

—Bella me está diciendo que Elizabeth está igual que tú. ¿Qué os pasa a los jóvenes de hoy en día?

—No eres el más indicado para hablar —lo regañé—. Tú te casaste en Las Vegas...

—Y no me arrepiento —levantó la copa y bebió lo que le quedaba—. Bueno, ¿vamos?

Papá fue el primero en salir junto a Daniil mientras que Aleksey y yo nos quedamos atrás. Llegamos a la puerta de donde se iba a celebrar la ceremonia civil, Aleksey entró para ir con mamá y sus niños, aparte de estar con su mujer muy embarazada, que saldría de cuentas en una semana. Papá lo siguió y yo me quedé a solas con él, esperando a la novia y a mi chica.

Daba gusto poder llamarla *mi chica* después de todo lo que habíamos pasado.

Desvié la mirada a la sala que habían reservado, todos nuestros amigos (incluidos Márkov y Daana, entre otros miembros que conformaban el clan) y familiares estaban allí, sabiendo que nada podría impedir este maravilloso día.

Habíamos luchado mucho para conseguir esta tranquilidad.

—¿En qué piensas tanto, hermano? —me preguntó Daniil.

Toqué mi corazón, justo donde tenía guardada esa reliquia que me hacía sentir tan sumamente nervioso. Comprobé que estaba ahí, preparada para lo que tenía previsto esta noche.

Escuché como Daniil reía entre dientes.

—Y luego soy yo el que está nervioso... —comentó divertido—. Si es que cuando dicen que

de una boda sale otra...

—Calla —farfullé.

—Imbécil —murmuró, desviando la mirada hacia el pasillo.

Una sonrisa de gilipollas total salió de entre sus labios. Miré en su dirección y vi como venían Elizabeth, con su vestido bohemio (muy de su estilo) y mi querida y amada Natasha con un precioso vestido de corte griego y esa barriga donde descansaba nuestro niño.

La abracé cuando llegó a mí y besé sus labios por un corto tiempo.

—¿Estás bien? —le pregunté.

Seguramente, estaría cansada de escucharme preguntarle eso. Pero me era inevitable no hacerlo.

Ella asintió.

—Perfectamente —me sonrió, besando mi mejilla.

—Estás preciosa —le susurré en el oído con picardía—. Y qué ganas tengo de quitarte el vestido.

Natasha me miró sonrojada, pero rio coqueta. Se acercó a mi oído y habló en un tono muy bajo.

—Yo también quiero eso.

Consiguió que la piel se me pusiera de gallina.

—Vosotros dos, dejaos de guarradas y vamos. Tenemos que casarnos —dijo Elizabeth divertida, guiñándome un ojo.

La muy... sabía que aquello me pondría aún más nervioso.

Y es que esto no estaba planeado desde el principio, todo ocurrió luego de saber que iba a ser padre.

Entramos al jardín de arte y todo transcurrió con normalidad. El momento del sí quiero, junto a los votos que habían preparado, fue emocionante. Natasha no pudo aguantar las lágrimas (que según ella eran por las hormonas), pero tanto mamá y Bella, como casi todas las mujeres de las familias, estaban llorando a moco tendido.

Aunque, sin duda, lo más emocionante fue el momento del vídeo. Estuvimos a nada de hacer llorar a mi hermano, quien en cuanto terminó me abrazó y me dio las gracias.

La fiesta comenzó y yo fui a por una copa, dejando un momento a Natasha con Bella y Elizabeth. Volví a tocar el lugar donde se encontraba mi corazón, comprobando que eso estaba ahí. Bebí de un solo trago todo lo que llevaba la copa.

—Tío, relájate —me dijo mi hermano Aleksey—. Mira, Daniil ha ido a por Elizabeth y yo voy a ir a por Bella ahora. Es el mejor momento, pronto empezará la lluvia de estrellas.

Asentí y me armé de valor.

—¿Crees que voy a ser un buen padre? —le pregunté.

Aleksey rio.

—Edik —pasó un brazo por mis hombros—, sé que vas a ser un buen padre. Al igual que sé que vas a ser un buen marido —miré a Natasha, quien hablaba animadamente con algunas mujeres asistentes a la boda—. Hemos luchado mucho para esto.

—Y que lo digas —tomé aire—. Aleksey, siempre he querido ser como tú, ¿lo sabías? Eres un ejemplo que seguir.

—¿Yo? —preguntó riendo—. ¿Por qué yo?

—Porque nos has protegido tanto a Daniil como a mí de todo sin importarte tu vida —respondí—. Nos has sacado de muchos líos, has arriesgado tu vida por nosotros. Pero, sobre todo, porque tuviste las pelotas de empezar a luchar contra el demonio que era nuestro abuelo.

Lo escuché tomar aire, lo miré de soslayo y vi como su cara había cambiado radicalmente.

—Solo luché por aquello que nuestros padres nos habían enseñado —dijo seriamente—. Lo único que quería era poder estar con la mujer que amaba, y te aseguro que nunca me perdonaré el haberlas puesto en peligro.

Aleksey pareció volver a aquel tiempo en el que huir y matar, ser el cazador y no ser cazado, era siempre la mejor opción.

—Es algo que nunca nos perdonaremos ninguno de nosotros —murmuré—. Gracias por ser mi hermano y enseñarme que el amor no es una debilidad.

Lo escuché reír.

—Mira que eres imbécil, Edik —me pegó ligeramente en el hombro—. Ve a por Natasha, el espectáculo está a punto de comenzar.

Me armé de valor y anduve hasta Natasha. Tragué saliva al llegar a su lado, pero era ahora o nunca.

—¿Puedes venir un momento? —le pregunté, interrumpiendo su charla.

Ella me miró con el ceño levemente fruncido, pero asintió.

Agarré su mano y la llevé hasta un lugar apartado, abrió una puerta e hice que subiera conmigo a la azotea del jardín de arte.

—¿Qué hacemos aquí? —me preguntó. Estaba de espaldas a ella, me había quedado en blanco. Miré al cielo y vi como la primera estrella fugaz recorría el cielo—. ¿Edik?

Giré y agarré sus manos con las mías, respiré profundamente y me lancé.

—Natasha, nos conocemos desde hace diez años —comencé a hablar—. Hemos compartido muy buenos momentos y otros no tan buenos —la escuché reír entre dientes.

—¿A dónde quieres llegar?

—A que eres la mujer de mi vida y que no me imagino una vida sin ti. —La lluvia de estrellas comenzó a surcar el cielo de Indianápolis. Aproveché que miró al cielo para sacar el anillo del bolsillo interior de mi chaqueta. Cuando lo vio parpadeó varias veces, como si no se creyera lo que estaba pasando. De fondo, comenzó a escucharse una sinfonía de violines—. Eres mi compañera de viaje, mi mejor amiga, mi amante... la mujer con la que quiero pasar el resto de mis días. Natasha, ¿quieres cas...?

No me dio tiempo a terminar, pues se lanzó a mis labios, abrazándome y llorando.

—Claro que sí —exclamó—. ¡Dios, claro que sí!

Reí y le puse el anillo, la miré intensamente y la abracé a mi cuerpo.

Como decía *Ricky Maye*, las estrellas son las cicatrices del universo. Eran todas esas batallas ganadas durante todos estos años de hazaña, grabadas en mi cuerpo a fuego lento. Dejando marcas, pero, sobre todo, haciéndome como soy. Porque no hay cicatriz que vea y no me recuerde lo mucho que me ha costado llegar a esto, estar ahora aquí con la princesa de mi cuento de hadas.

—Te amo —le dije, mirándola desde arriba.

Natasha me miró y sonrió, acarició mi rostro con el dorso de su mano.

—Te amo.

## Epílogo

Bella se encontraba apoyada en el marco de la puerta de la ventana, mirando como todo el mundo ponía en orden el jardín de la casa principal de los Vólkov para la boda de Natasha y Edik.

Hacia unos meses que tanto ella como Natasha habían dado a luz a sus bebés.

Bella escuchó unos sollozos y se dirigió a la cuna donde descansaba su niña, su preciosa Alexa. La agarró en brazos y la acunó volviendo a dirigirse a la ventana para observar como todo el mundo estaba de un lado para otro. Miró a la bebé con dulzura y le hizo carantoñas, provocando una risilla por parte de la pequeña Alexa de nueve meses.

Era su viva imagen, a excepción de sus preciosos ojos, que eran idénticos a los de su padre.

—Mamá —escuchó que decían desde la puerta. Bella miró y se encontró con Emma y Junior, vestidos para la ocasión—, Junior quiere los pelos de punta y le he dicho que no.

Su hija mayor frunció el gesto en desacuerdo.

—¡Pero yo lo quiero! —exclamó el niño.

Bella chistó, pues Alexa estaba volviendo a quedarse dormida.

—Haremos una cosa —dijo ella, sonriéndoles—, cuando termine la ceremonia te pondremos los pelos de punta. ¿Qué te parece?

—Vale, mami —dijo Junior, yéndose de la habitación corriendo.

Emma rodó los ojos y miró a su madre.

—¿Necesitas ayuda con Alexa? —le preguntó, a lo que Bella negó con la cabeza—. Pues iré a cuidar a Junior, no me fio de que lo destroce todo —rieron entre dientes juntas.

Emma era toda una mujercita. Había cumplido los trece años, pero a pesar de su edad no tenía ese comportamiento de adolescente en la edad del pavo. Era una niña que sabía lo que quería, sacaba buenas notas y salía con sus amigas. Le encantaban el deporte, la fotografía y los libros, algo que había sacado de su madre.

Bella la vio salir de la habitación y volvió a mirar a la pequeña Alexa, quien yacía dormida en sus brazos.

Alexa se llamaba así por su abuela y se llevaba tres meses con su primo Vladimir, el hijo de Natasha y Edik. Bella miró por la ventana y no vio a su marido, lo buscó por todo el jardín sin encontrarlo. Sin embargo, escuchó como alguien entraba a la habitación. Se giró y lo vio.

Su corazón latió desenfrenado al verlo entrar a la habitación.

Él se acercó y besó sus labios por un largo rato, sin pegar sus cuerpos pues su mujer tenía en brazos a la niña.

—Estás preciosa —le dijo, pasando sus dedos entre las hebras del cabello castaño de Bella.

Ella sonrió algo sonrojada.

—Es increíble que aún provoques esto en mí —dijo, dejando a la niña en su cuna.

—¿El qué? —preguntó Aleksey, curioso.

—Siento que el corazón se me va a salir del pecho cuando te veo, como la primera vez —respondió Bella.

Aleksey la abrazó por la cintura y la pegó a su cuerpo.

—No eres la única que siente eso, Bella. Yo aún no me creo haber conseguido todo esto —Aleksey acercó su rostro al de Bella, entremezclando sus respiraciones—. Eres la mujer que me

salvó, mi *principessa*.

Juntó su nariz con la de su mujer y la hizo reír.

—Eres un bobo —desvió la mirada por unos segundos de sus ojos—, yo no hice nada.

—Sabes que *siempre he sabido que a un ser humano solo lo podía salvar otro ser humano* —dijo Aleksey, agarrando su barbilla con dos de sus dedos y obligándola a mirarlo—. Tú fuiste ese ser humano, Bella. Mi princesa de cuento de hadas, la hermosa chica que se enamoró de la bestia.

Río.

—Eso es porque esa bestia no era un monstruo.

Bella lo abrazó por el cuello y juntó sus labios con lo de Aleksey, fundiéndose en un ardiente beso, sellando cada uno de los recuerdos que habían vivido en su pasado.

—¡Mami, mami! —la llamaron desde la puerta.

Bella se despegó de su marido y observó atentamente como Junior y Emma estaban allí, en la puerta.

—¿Qué queréis vosotros dos? —inquirió, con una ceja levantada.

Bella tenía que admitir que sus hijos eran unos cotillas y siempre la pillaban de una forma u otra con Aleksey.

—¿Cómo conociste a papá? —preguntó Emma con curiosidad.

Aleksey no pudo evitar reír, pero Bella fue quien se sentó en una silla cercana. Junior se colocó en sus piernas y Emma se apoyó en su padre, quien le revolvió el pelo.

Quizá no fuera le momento ni el lugar, pero aquella historia no tenía desperdicio.

—Érase una vez...

# Fin

---

<sup>[1]</sup> Niccolò Paganini (Génova, 27 de octubre de 1782-Niza, 27 de mayo de 1840) fue violinista, violista, guitarrista y compositor italiano. Está considerado uno de los violinistas más virtuosos de todos los tiempos, y contribuyó con sus aportaciones al desarrollo de la moderna técnica violinística. Sus 24 caprichos para violín Op. 1, son una de sus obras más conocidas y han servido de inspiración a numerosos compositores posteriores.

<sup>[2]</sup> El Shashlik es una brocheta de origen ruso que se prepara marinando la carne antes de pincharla y asarla.

<sup>[3]</sup> No me lo puedo creer

<sup>[4]</sup> Pensaba que a ti no te iban las vírgenes, primo.

<sup>[5]</sup> Los tíos ya están aquí.

<sup>[6]</sup> Id por dos coches nuevos